

SOMBRAS
SOBRE
LA TIERRA

SOMBRAS
SOBRE
LA TIERRA



**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
JORGE BATLLE IBÁÑEZ**

MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

ANTONIO MERCADFR

Ministro de Educaci3n y Cultura

ABELARDO GARCIA VIERA

Director del Archivo General de la Naci3n
Centro de Difusi3n del Libro

RAÚL VALLARINO

Director de la Biblioteca Nacional

ENRIQUE MENA SEGARRA

Director del Museo Historico Nacional

COLECCION DE CLASICOS URUGUAYOS

Vol. 175

Francisco Esp3nola

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

CENTRO DE DIFUSI3N DEL LIBRO

Director de Divisi3n Alfredo Corrolo

Composici3n Zully Cabreta y Mar3a Luisa Vesozzo

Correci3n Beatriz Pucurull, Valeria Spinelli, Renata Gerone

Informaci3n Roberto de Espada - Gustavo Iturbe

Compaginaci3n y cuidado de la edici3n.

A. M. Garc3a Viera

Francisco Espínola

SOMBRAS
SOBRE
LA TIERRA

Ensayos de

Alberto Zum Felde
Santiago Dossetti
Arturo Sergio Visca
Eneida Sansone

Tres preguntas y sus respuestas.
Carta a Carlos Vaz Ferreira
Última Entrevista
por
Antonio Mercader.

MONTEVIDEO
2001

ENSAYOS

de

Alberto Zum Felde
Santiago Dossetti
Arturo Sergio Visca
Eneida Sansone

FRANCISCO ESPÍNOLA

por

ALBERTO ZUM FELDE

Con «Raza ciega», colección de cuentos aparecida en 1926, obra primigenia de Francisco Espínola, irrumpe en la narrativa del Uruguay la fuerza de un temperamento literario con vocación de profundidad moral, con «sentimiento trágico de la vida», hecho hasta entonces nuevo en el medio intelectual de esta banda del Plata, y también de la otra, pues es preciso llegar hasta Roberto Arlt, autor de tan originales e intensos relatos como los contenidos en «El juguete rabioso», «Los siete locos», «Los lanzallamas» y otros, cuya aparición se produce más o menos por este mismo tiempo para hallar en la narrativa argentina modalidad de caracteres comparables aunque en el autor uruguayo esté presente cierto espíritu metafísico que no actúa en aquel. No obstante esta diferencia y otras, en ambos escritores parecía obrar, por primera vez en la literatura platense, un soplo dostoiévskiano.

No es necesario detenerse a recordar que, en el más genial y profundo de los novelistas del XIX, es, también aquel en quien la literatura europea de su siglo adquiere ese sentido de lo profundo, ese estremecimiento metafísico, dando vida a la creación novelística que toca al hombre en su fondo esencial subliminal, donde se debaten las fuer-

zas de lo demoníaco y lo angélico que estan en el. Pero oportuno es recordar aquí lo ya anotado en otros capitulos que la novelística americana operando casi exclusivamente en el plano externo de la objetividad ambiental y característica, si fue en escasa medida afectada por las corrientes del sicologismo decimonónico -Stendhal, Bouiget, Huysmans, etc - menos lo es por esta otra dimension de profundidad metafísica que representan «Los hermanos Karamazov». Con su mínimo de estudio psicológico flaubertiano en su máximo de gran pintura paisajística, costumbrista -sombreada de crítica social, la narrativa sudamericana parece ignorar a Dostoevski o admirarlo de lejos como a un dios extraño. Durante mucho tiempo se creyó (pero válganos la compañía no sólo en America, sino en gran parte de Europa) que el mundo novelístico de Dostoevski era algo típico y exclusivamente ruso. Su universalidad sólo pudo empezar a comprenderse cuando declinó al positivismo científico, pero como en América declinó mucho despues que en Europa - y como tras su declinación sobrevino el realismo marxista.

Que el latinoamericano en general no es un animal metafísico sino principalmente sociológico, es verdad que se percibe en seguida a través de su literatura. Y es solo en estos ultimos años que han aparecido algunas aisladas excepciones, como ésta que da motivo al comentario. Así, en los mismos escritores argentinos a quienes, a propósito,

nos referimos, el factor dostoevskiano se manifiesta en otro sentido que el metafísico. También Elías Castelnuovo evidencia en sus relatos de «Larvas» y «Tinieblas» (1923-31), un fuerte influjo de esa procedencia pero, mezclado con tendencias ideológicas marxistas manifestándose literariamente en un sentimiento de proletarismo humanitario, reivindicatorio, que desvía su arte del plano profundo del alma hacia el idealismo de las reformas sociales. Sus cuentos tienen fuerte dramatismo y un sentimiento de humanidad intenso, aunque cargando con exceso el ambiente sombrío de los cuadros, pero su defecto más evidente es que se percibe demasiado en su patetismo el rasgo dostoevskiano de personajes y escenas lo que falsea un poco su propio carácter rioplatense bonaerense, pecan de literarios. A esa índole literaria se agrega la demasiada evidente intención sociológica para impedir que la obra logre el grado de autenticidad y de valimiento que pudo alcanzar los que en gran parte, logra Roberto Arlt en los libros citados, precisamente por no haber pagado tan pesado tributo a esas tiranías mentales.

Este último es, también, en otro modo, el caso de Espínola, cuya autenticidad de carácter y cuya libertad de intuición son acrecidas en la obra por su mayor sentido de profundidad de lo real. Haber llegado a infundir a sus personajes y a sus cuadros ese estremecimiento espiritual, y ese patetismo humano, sin que en él aparezcan huellas vi-

sibles de aquellas influencias literarias, es ya una prueba de su fuerte personalidad propia, el influjo -si existe, en virtud de esa ley de afinidad mental a que aludimos antes- no es directo (que, entonces, es inhibitorio) sino indirecto, es decir operando como factor estimulante del propio temperamento del escritor

«Raza ciega» es un libro de ambiente y caracteres gauchescos, pero la visión de ello que da en sus relatos como cargado de electricidad dramática de alto voltaje es distinto a todo lo que, antes y después, se ha dado en la abundante narrativa platense de ese tema y carácter. Pasando rápidamente, en toques pictóricos certeros, sobre la objetividad costumbrista del medio, va derecho al alma primitiva de sus personajes: nudos de fuerzas trágicas tremendas, desatadas por el golpe de la peripecia. Pero estas fuerzas trágicas -subliminales-, sentimientos de heroicidad de justicia, de venganza, de sacrificio, no son ya aquellas puramente instintivas y pasionales que llenan la narrativa americana -y sobre todo el cuento- de su realismo sensual y semibárbaro: no, son fuerzas, en gran parte de índole moral como en la tragedia antigua, aunque en estado de rudeza campera, y mueven figuras y conflictos de significación humana más honda: por cuanto afirman la virtud sustancial de un tipo humano, el hombre bajo su aspecto regional: lo que les da un sentido de universalidad mucho más acusado que al resto de la narrativa gauchesca.

En los cuentos de «Raza ciega» no se trata ya sólo de caracteres, sino de almas es decir de lo esencial y lo abismal del hombre. Hasta dónde esta representación de lo abismal y lo trágico corresponde a una realidad geohistórica determinada, como es la gauchesca, o es sólo creación imaginativa del escritor, su proyección temperamental -y esas figuras expresan lo que el escritor ha puesto en ellas de sí mismo como imágenes de su pensamiento- es problema más que literario y que, requiriendo un estudio psicológico completo del tipo regional y del medio, nos llevaría demasiado lejos de nuestro rumbo. Es probable que los optimistas crean que sí y los pesimistas que no. Literariamente, lo que nos importa, a los efectos del juicio de valor, es reconocer que esa autenticidad existe en la obra misma, en cuanto creación, con suficiente poder de convicción artística.

Después de mostrarnos en «Raza ciega» seres exteriormente rudos y simples estremecidos hasta sus raíces más hondas por las potencias trágicas del alma el escritor nos da, en «Sombras sobre la Tierra», pobres cuerpos de pobres almas, en transparencia espiritual, como si los viera el ojo angélico. Se trata, en general, de un cuadro exteriormente sombrío, interiormente iluminado, de la vida de los bajofondos sociales, ubicado en un burdel de los suburbios de una ciudad de tierra adentro.

Otros novelistas habían pintado antes, con gran maestría, el ambiente del burdel, entre ellos, dos chilenos

ilustres, Edward Bello, en «El roto» y Eduardo Barrios en «Un perdido», obras ambas que se cuentan entre lo mejor de la narrativa hispanoamericana, pero la pintura se mantiene allí en el plano de la objetividad del carácter (aunque, en otros sentidos, la obra contenga valores psicológicos).

La proeza literaria de Espínola ha sido el manejar con difícil y delicadísima justeza el contrapunto paradójico de los dos planos: el objetivo y el subjetivo, un terreno que le ofrecía el máximo de riesgo y de triunfo. Pues mientras exteriormente se ve a las pobres mujeres moverse como autómatas, en el bajo y triste ajetreo de su menester y de su oficio -sin que se ahorre ningún detalle brutal o repugnante, antes bien, con lujo de ellos, pues ese lujo está dentro del procedimiento necesario para el contraste- interiormente nos las muestra, nos las transparenta, en un sueño casi en un sonambulismo de cosas ingenuamente románticas, como si sus ocultas almas, milagrosamente defendidas -y compensadas- por la caridad entañable del novelista, vivieran en un plano ajeno a las realidades de su comercio. Aún cuando su estructura general, de conjunto, sea algo indefinida, «Sombras sobre la tierra» es una de las producciones más valiosas de la novelística uruguaya.

El sentido de la obra supera y trasciende el plano simplemente social y moral del problema de la prostitución, de tesis más fácil y de primer grado para un escritor

Ahonda en lo psicológico, plantea problemas humanos cuya solución no es de índole realista sino espiritual. Esta novela señala así en la hora de su aparición, la excepción más categórica con respecto al predominio de la manera objetivista y regional del género en el Plata. La traslación del eje narrativo de lo externo a lo interno, de lo objetivo a lo espiritual, de lo accidental a lo esencial le confiere un mayor sentido de universalidad, tan difícil de encontrar en la narrativa hispanoamericana, y ese valor de esencialidad que se logra por ahondamiento en lo viviente, por la búsqueda de las zonas profundas de lo humano pudiendo entonces lo regional ser sólo la mera forma accidental de la universalidad del sentido.

El secreto, en el caso de esta novela, consiste en que todo ese realismo crudísimo del prostíbulo no es sino el mundo que se mueve en torno al eje subjetivo, que es el protagonista -protagonista puramente introspectivo, si es que tal puede decirse de una obra sin argumento, sin ninguna trama novelesca- y que, en el fondo es el propio escritor, pues es evidente que narra experiencias en gran parte autobiográficas. Obra así, sin mayor peripecia ni estructura externa -argumental- sería sólo como una pintura cruel y piadosa a la vez de la vida diaria del lenocinio, si no estuviera allí Juan Carlos, el joven intelectual, el personaje en torno al cual se mueve todo ese pequeño y triste mundo

de figuras y cuyo espíritu es ese foco que lo ilumina al trasluz y le da su sentido profundo. Este es el personaje tocado del soplo espiritual dostoiévskiano.

La presencia constante -como que es el propio narrador en primera persona- de ese personaje tocado por el soplo espiritual dostoiévskiano -centro sensible y doloroso de ese mundo, es lo que determina la profundidad del relato, introduciendo el examen de conciencia y creando la dimensión trascendente del cuadro. Es, en contraste diamántico con el verismo crudísimo de la pintura de ambiente, que el autor pone en juego aquel sentimiento de caridad profunda por las criaturas, que descubre -o postula- debajo de la tremenda miseria de sus vidas -una inocencia de corazón que las salva para una última, inembargable pureza.

El sentimiento místico de la comunión de las almas, ante el dolor, el pecado -la responsabilidad, la salvación, sentimiento neta y específicamente cristiano, que hace a uno solidario de todo el mal del mundo, la esencia misma del amor como caridad (como caridad y no como instinto), cuya suprema encarnación es el Cristo (el Cristo que no rechaza ni a la adúltera -ni a la cortesana -ni al publicano, ni al ladrón), es el que alcanza en el protagonista de esta novela una representación excepcional en la literatura americana. El personaje central de «Sombras sobre la tierra» -para que su parecido síquico con el autor sea más fiel- es un joven «intelectual» torturado por el pensamiento reflexi-

vo, que vive ante todo, el problema de su propia conciencia trascendental, y tanto más dramático cuanto que no es un creyente

Ese mismo espíritu, ya más estilizado en la forma, con mayor sutiliza de oficio literario, inspira otros breves relatos reunidos en un cuaderno con el título de «El rapto», aparecido muy posteriormente en el 1950 lapso de casi veinte años con respecto al libro anterior, en que el escritor no diera obra a la estampa, prima en ellos un clima poético, suprarrealista, que no se hallaba en los anteriores, si bien su carácter exterior vuelve a ser preferentemente el campero

Desde hace tiempo está siempre a punto de aparecer una segunda novela grande, "Don Juan el Zoro" en la que viene trabajando con ahinco, y sería, según idea y plan anunciados por el autor, una especie de síntesis interpretativa humanística de la vida gauchesca bajo la alegoría de la fábula

Alberto Zum Felde

1954 - 1966

MIS RECUERDOS DE FRANCISCO ESPÍNOLA

por

SANTIAGO DOSSETTI

Conocimos a Paco Espínola enseguida de aparecer «**Sombras sobre la tierra**», en plena incertidumbre cívica, creada por los acontecimientos del 31 de marzo de 1933

Vinimos a invitarlo para intervenir en un ciclo organizado por el Centro Democrático de Minas ciclo a cargo de figuras esenciales del pensamiento y las artes

Lo convocamos por mediación de José Flores Sanchez, secretariado del diario «El País» situado en Ciudadela y Rincón. Allí o en el café «La Noche», ubicado enfrente, esquina cruzada, nos seguimos encontrando, sistemática o esporádicamente, en los primeros tiempos. Y después, durante más de 30 años, en todo lugar posible, previsto o imprevisto

La rueda de Ciudadela y Rincón era amplia y diversa, como era amplia y diversa la tarea de orientación popular -política, estética, social, deportiva- que se cumplía, diaria y obstinadamente, desde el papel impreso

Recordamos a Carlos Reyes Lerena -promotor del profesionalismo en el fútbol- a Dionisio A. Vera, a los Montecoral, a Julio Suárez, a Juan José Scarone, a Servando Cuadro, a Luis P. Bonavita a Juan José Severino,

a don Carlos Sheck. Don Carlos, pulso regulador, inspiración motora y ojo aguilino del diario como institución intelectual y económica. Estantes y pasantes, sedentarios y trashumantes, todo un mundo caliente de vida y de sueños que hervía en proyectos, monólogos y controversias. Los monólogos estaban siempre a cargo de Paco.

Servando Cuadro popularizó a Freud y sus vericuetos mentales, utilizando el seudónimo de «Luz y Fer». Era cronista policial y en sus noticias y comentarios relampagueaban las alegorías y premoniciones freudianas, el análisis sociológico, un estilo particular. Fue poeta y ensayista a partir de la crónica policial.

El historiador Aníbal Barrios Pintos dedica espacio (algo avaro) al café «La Noche», en su reciente obra **«Pulperías y cafés, instituciones sustanciales del vivir oriental»**. No menciona a los Tabárez, sus propietarios, que eran minuanos. Y uno de ellos, Ramón, ampliamente conocido en el ambiente deportivo, pues había dado y recidido duro en las lides del boxeo.

El mundo restricto e inolvidable de Ciudadela y Rincón tenía los matices y particularidades de un mundo grande. Con los naturales ingredientes temperamentales, culturales, ideológicos y espirituales de su población. Paco, en su centro, era la llama cordial, atrayente, aglutinante, concertante. Había una armonía recóndita y cálida, originada en la gravedad espaciada de su voz, en la claridad de

su pensamiento. Mantenido como dinámica y programa en tanto se ideaba y realizaba el diario, y después, en el café, cuando la palabra, fresca de tinta y de luz, hendía la madrugada de las calles.

La normalidad es que el escritor sea atrayente sólo como tal. Y salido de sus páginas pierde atracción. La gracia entrevista por el lector se desvanece. Es cisne en el espejo de los lagos, ingrátido y celeste. Después resulta un pato vulgar, que se hamaca dificultosamente, en vaivén gordo y fofo. Creo que fue Molnar, Frank Molnar, quien lo vio así, fuera de su centro espectacular, sin la ayuda mágica de las aguas.

En Espínola había una tensa continuidad entre el escritor y el hombre fuera del libro. Fuera del libro, que es como si dijéramos el escritor «de particular».

La primera vez que Paco fue a Minas y narró sus emociones de niño bárbaramente removidas por la muerte de unas ratas cautivas, bajo chorros de agua caliente, regresó a nuestra casa, donde se hospedaba, ya día claro. Había estado contando sus experiencias humanas, mostrando las criaturas de su pueblo natal a un auditorio que se improvisó después de la conferencia. Y sobre el medio día, repuesto de la vigilia inmediata, disponía de otro auditorio, muy reducido y desperejo, es cierto, al que mantenía en el aire con el giro objetivo, casi visual, de su palabra. Eran mis dos hijos pequeños y su paloma mensajera.

Mientras armaba el cigarro y cebaba, moroso, el mate, Paco refería intimidades de Saltoncito esas intimidades que subyacen en el mundo impreso o lo sobrevuelan en giros de mariposa

Pensando en el Paco Espínola que no está en los libros porque estos tienen mundo propio, viven tiempo sin medida, pensando en el Paco de sangre y hueso, que se movió fuera del mito y la alegoría, que tenemos la obligación de documentar globalmente para fijarlo y entregarlo en toda su verdad de cuerpo entero, a las generaciones recordé a mis hijos y su pequeña paloma. Creo haberle dicho a Celia Mieres que la paloma oía tan atenta y conmovida como los niños. Es una hipérbole, pero define la situación y a sus protagonistas

Cuando se me convocó para integrar este panel conteste a mis distinguidos compañeros de la Academia Nacional de Letras que aceptaba el compromiso. Y me hice el propósito de referir algunos hechos menores inseparables y complementarios del hombre y el artista que evocamos esta noche

La primera vez que Paco fue a Minas no regresó en la fecha prevista. Debió quedarse un día más. ¿Para dictar otra conferencia? No, para seguir conversando con los amigos logrados en la vispera

Su pueblo natal, San José, recibió la constante migratoria, comenzada a partir de Masoller en 1904. El

campesino perdió el abrigo de la estancia, porque el hacendado había perdido su vigencia como combatiente armado. Se desentendió de capitanes y soldados, a los que había sostenido siempre económicamente y con el alma al brazo. Las grandes ciecientes de 1916 acusaron el trasiego humano. En la orilla de pueblos y ciudades o en el sobreancho de los caminos, se detuvieron los fugitivos que habían emprendido una imposible fuga de la soledad y la miseria.

La valorización vertical de los productos del campo -carne, cueros, lana- determinada por la primera guerra mundial y la crisis económica de 1919, hicieron más urgente y dramático el deslizamiento silencioso y masivo hacia el abrigo presentado.

Espínola, que se empinaba con el siglo, sintió y comprendió el drama de sus paisanos -sus hermanos, a partir de ahí- muchos de los cuales habían sido soldados de su padre. Los vio llegar, miserables y fraternos, asistió a su aquietamiento fatalista, a la vegetalización de su sangre, al enfriamiento de la esperanza. El campesino estaba derrotado e inerte, pero en lo hondo, mientras resbalaba, vació hasta los pueblos y allí se aqueresaba, siguió siendo lo que era: un terrón angelico, ansioso de tomar el rumbo de las nubes y de la milicia.

Paco fijó con nitidez esos seres y ese tiempo, en cuentos, ensayos y novelas. Pero, sobre todo, los sembró

con pensamiento redentor, en el aire, en las ruedas de café, en las reducciones periodísticas, en las almas receptivas de pueblos y ciudades. Sin documentarlos en el libro, el diario o la revista. Mundos y seres, reales o posibles, se formalizaron en el metal de su pensamiento y circularon en la pana grave y caliente de su voz. Se vertía en los seres de su amor, en un desdoblamiento simultáneo que le permitía la paradoja de ser protagonista y espectador de sus propios relatos.

Relator oral, motor conversacional sin esquema ni plan previo, Espínola prolongaba noblemente al escritor. Era manantial de esencias humanas y formas testimoniales. Las gentes de su memoria -que eran siempre de su amor- aparecían generosamente desnudas, mostrando toda su verdad -de sangre o de mármol- como las estatuas griegas.

El relator oral competía con el escritor apartado y riguroso, y hasta lo doblegaba, ya en el terciopelo de un silencio, ya en el relámpago de una acotación definitiva.

El escritor se muestra en los resultados conseguidos, en las consecuencias de su soledad germinal. Ha luchado y ha vencido. La palabra escrita, el texto, proclama su victoria.

El narrador confidencial crea ante testigos, se arriesga. Muestra los materiales de su manualidad, sus presentimientos, sus dudas. Vive al descampado y muestra la agoría de la creación.

Muchas de las piezas resultantes de encuentros conflictuales en el orden ético o estético, de conversaciones o controversias protagonizadas por Espínola, se habrán perdido. Otras, andarán por ahí, en el aire o subyacentes en la conciencia popular. Algún día saltarán desde memorias recónditas hasta la luz. Y Paco -sus dichos- sus relatos, sus gentes, las gentes de su intimidad- caminarán en hombros unánimes, impersonales y mostrencos, confundidos con las raíces y los cantos y los huesos, también unánimes.

Paco anduvo a campo traviesa con un fusil al hombro en 1935, en la revolución de enero. Cuando el país se pacificó y Paco regresó a Montevideo fuimos a su encuentro con Morosoli y el doctor Valeriano Magri. Magri era médico fisiólogo y poeta, dos caminos con un solo rumbo: el hombre.

Espínola contó sus andanzas, la experiencia mayor de enfrentarse al riesgo, al temor, a la noche, a los bichos y las gentes de los matorrales. Magri le reprochó haber expuesto la vida. La lucha tenía muchos fines y aquel no era el suyo. Tirar y dar en el blanco podía hacerlo cualquier analfabeto. La idea de Magri era la misma de Aparicio Saravia respecto de Carlos Roxlo. El hombre de pensamiento debía estar en otro lugar y disparar con otros proyectiles.

Paco se disgustó inicialmente, defendiendo su actitud. Después, ingresó en un silencio sombrío. Finalmente se marchó, hosco, frustrando un encuentro que habíamos concebido como bello y fraterno.

Volvimos a Montevideo a los pocos días con planes de acercamiento entre las partes desavenidas. Fuimos derecho a lo de Magri, en la calle Yí y en ella encontramos a Espínola pitando, tomando mate y conversando ancho y contento. Feliz de ser como era y de como eran sus amigos a los que envolvía con su ternura.

¿Qué había pasado?

Paco no había ido a la guerra a matar a nadie. Ni a que lo mataran. Tiraba, si había que tirar, por compañerismo. Se había producido una fractura en las instituciones de derecho. Era necesario evitar que esa fractura se extendiera y produjera la quiebra de las almas. No era él quien se había alzado en armas. Era su corazón.

Poco antes, César Vallejo definía el combate como una instancia momentánea, olvidable. «La sustancia primera de la revolución -decía- es el amor universal. Su forma necesaria e ineludible es hoy la lucha. Pero mañana, cuando la lucha cese -puesto que pasará, puesto que esa es la ley de la historia- la forma del amor será el abrazo definitivo entre todos los hombres».

Por el mismo impulso de compañerismo Espínola regresó a Magri, que había escrito versos y había luchado

toda la vida por los pobres y los infelices. Primero, en el Preventorio Antituberculoso del Cerro y después en el Preventorio Central de la calle Maldonado. Abandonarlo -que era una forma de no comprender y amar su lucha- hubiera sido una injusticia. Una injusticia que pesaría sobre todos los hombres buenos.

En el aire de la casa de Magri, azulado y movedizo en el humo de los cigarros, vibraban -tendrían que vibrar- las constantes y los símbolos de Hölderlin. «Pronto, cuando el corazón de la tierra se duela a solas, y recordando la antigua unidad, la tenebrosa Madre tienda hacia el eter sus brazos de fuego y el soberano llegue a su rayo - nosotros le seguiremos, en señal de que somos sus semejantes, y descenderemos con él a las sagradas llamas»

Santiago Dossetti

1974

FRANCISCO ESPÍNOLA
por
ARTURO SERGIO VISCA

Marco Histórico

En la década del 1920, en la cual inicia su actividad literaria Francisco Espínola, regía en el Uruguay la nueva forma de gobierno instituida por la reforma constitucional triunfante en el plebiscito de 1917 y puesta en vigencia en 1919. Durante esa década fueron Presidentes de la República sucesivamente, Baltasar Brum, José Serrato y Juan Campisteguy. El 20 de octubre de 1929 muere José Batlle y Ordoñez y el año siguiente se conmemora, con grandes festejos, el primer centenario de la Jura de la Constitución y a la vez se inicia un proceso de reforma constitucional, para elección directa de Senadores. Tres candidatos presidenciales se postulan para las elecciones de ese año: Gabriel Terra, colorado; Eduardo Lamas, nacionalista y Federico Flequim, neutral, patrocinado por **El Día**. Triunfa Gabriel Terra, que asume el 1º de marzo de 1931. El régimen mixto de gobierno, que posibilita las disidencias entre el Presidente de la República y el Consejo Nacional de Administración, crea las condiciones favorables para el golpe de Estado dado por el presidente Terra el 31 de marzo de 1933, año en que Francisco Espí-

nola publica su novela **Sombras sobre la tierra**. Las Cámaras y el Consejo Nacional de Administración son clausurados. Se designa una Junta de Gobierno que asume con el presidente Terra todos los poderes. El Dr. Baltasar Brum se suicida. Un levantamiento revolucionario, en el que participa el autor de **Raza ciega**, se produce en 1935 y es aniquilado en el encuentro del Paso de Morlan.

Rasgos Biográficos

Francisco Espínola nació en San José el 4 de octubre de 1904. Fueron sus padres don Francisco Espínola, prestigioso caudillo maragato del Partido Nacional, y doña Justina Cabrera. El mismo Espínola ha señalado la influencia que en su niñez tuvo el ambiente familiar. En un texto autobiográfico, tras de recordar que su casa paterna estuvo siempre poblada por la gente más heterogénea, escribe: *«Mis ojos se abrieron contemplando en ella indicios, pardos, negros y, moralmente, apreciando todos los grados de la condición humana, desde las escalas más altas hasta las más bajas. Y yo vi que ninguno valía más que otro sino por el cariño que despertaba, de manera que, allí, la justicia distributiva o estaba librada a Dios si es que hay Dios, en otro mundo o no estaba librada a nada, y se dejaba allí que el corazón, con inocencia, eli-*

gera solo, por su cuenta, a quién querer más». Y un poco más adelante agrega «Cuando yo todavía no iba a la escuela, mi padre me sentaba en sus rodillas y, entonces, las voces más puras del mundo me llegaban aclaradas por su enternecido comentario. No era Homero, precisamente, al que mi padre tenía que tomar entre sus manos, porque sabía cantos enteros de memoria, en la linda traducción de Hermosilla, como no era Virgilio, como no era el «Romancero», como no eran muchos otros. A veces, sí, me leía, debajo de un gran sauce que él mismo había plantado, mientras, a hurtadillas, mis ojos se fijaban a veces en el para mí atrayente misterio del gran revólver siempre pendiente de su cinto, y en una de sus heridas -la de la muñeca- de 1897 y de 1904. Y era Balzac, entonces, y era Hugo, entonces, pero en los momentos en que ellos no sólo eran genios sino que eran hombres buenos o eran más que buenos eran santos »

Cursó, en su ciudad natal sus estudios primarios y liceales, pasando luego a Montevideo, donde inició, y no concluyó, preparatorios de Medicina. Simultáneamente atendiendo a su vocación musical tomó clases de violín hasta que hacia 1920, a través de su amistad con don Javier de Viana, descubre su vocación de escritor. Espínola lo visitaba en La Paz, todos los domingos y según lo ha narrado Roberto Ibáñez, don Javier le recitó en una de esas ocasiones un *simple cantar* (El alma mía se muere /

ay, ay, ay / y se me muere de frío) y Espínola, comenzó a bosquejar sus versos iniciales. Escribió así varios breves poemas. Y poco tiempo más tarde -era mediados de 1922- tras un romancillo (donde además de cantar, contaba por primera vez), compuso un cuento *Visita de duelo* cuya asombrosa madurez impone una evidencia no menos asombrosa: la de que Espínola llegó a la vocación esencial de pronto y sin aprendizaje alguno. Publica entonces sus tres primeros libros: **Raza ciega** (1926), cuentos, **Saltoncito** (1930) y *Sombras sobre la tierra* (1933), novela y colabora en los periódicos maragatos **El pueblo** y **Los Principios** y en las revistas montevideanas **La Cruz del Sur** y **Cartel**, dirigidas la primera por Alberto Lasplaces y los hermanos Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz y la segunda por Julio Siguenza y Alfredo Mario Ferreiro.

Durante la dictadura del Dr. Gabriel Terra, iniciada con el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933, Espínola se halla decididamente ubicado en las filas de la oposición. El 28 de diciembre de 1934 participa en el combate del Paso de Morlán, Armado con un viejo Remington que no dispara, se ve obligado a quedar tendido contra el suelo mientras a su alrededor silban las balas. Desde el Cuartel del N° 11 de Infantería, en Colonia, donde se halla detenido, le escribe el 11/12/1935 al Dr. Carlos Vaz Ferreira una carta, donde recuerda la situación vivida de

este modo «*¿Qué se piensa cuando se está así, impotente en el suelo, sintiendo picar las balas alrededor, o pasar silbando finito'?* Poco todo dentro de una horrible soledad. No hay madre, padre, mujer querida. Eso se hunde en un abismo sin fondo. Exactamente lo que experimentaba con una infinita melancolía. Aquella batallita, aquel trasto inútil...» Y más adelante concluye «*La muerte allí, en aquel lugar, se me aparecía de una manera difícil de expresar -tal -valiéndome de la comparación más aproximada que encuentro -tal como lo que sentía quien supiera que lo obligaban a no bañarse nunca más en la vida. Una desgracia así, achicante, miserable. Y solo, solo. Desgarrado Frío*». Liberado, regresa a Montevideo. Ejerce la crítica teatral en **El País** y en **Marcha**. El 23 de mayo de 1937 se estrena, en **Teatro Urquiza** y por la **Compañía Nacional de Comedia**, su drama-pantomima **La fuga en el espejo**, publicado ese mismo año.

Inicia, en 1939 como profesor de lenguaje en el **Instituto Normal** su fecunda trayectoria docente que se continúa con clases de literatura en **Enseñanza Secundaria** y con cursos sobre Homero, composición literaria y estilística en la **Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo**. Su acción docente se prolongaba fuera, del aula, y ante amigos y discípulos en interminables charlas

a través de las cuales ejercía como sin proponérselo un magisterio que, fabulosamente, combinaba la originalidad del enfoque, cualquiera fuera el tema tratado, la campechanta campesina y la gracia de un habla coloquial sabiamente tratada. No menos singularizante de su personalidad fue su estupenda condición de narrador oral (o en términos rioplatenses de «**narrador de fogón**»). Inflexiones de la voz, gestos del rostro, ademanes, pausas estratégicamente colocadas en el discurso narrativo y, desde luego, su fabulosa inventa y su destreza de narrador nato, hacían de cada uno de sus cuentos una pequeña joya mímico-verbal. Idénticas cualidades exhibió en las disertaciones sobre Cervantes irradiadas por el **Canal 5 de televisión**. La arbitraria suspensión de esas disertaciones por parte de los directivos del **S.O.D.R.E.** provocó una enérgica protesta proveniente de los más diversos círculos intelectuales y políticos del Uruguay.

En la década del cincuenta, viajó por Europa e Israel y publicó dos libros: **El rapto y otros cuentos** (1950) y **Milón o el ser del circo** (1954), penetrante meditación, en forma de diálogo, sobre lo bello y la recepción estética. En 1961, es galardonado con el Gran Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública. Su última publicación fue **Don Juan, el Zorro** (1968), que reúne tres capítulos de una muy extensa novela en la que trabajó durante muchos años, contándola más que escri-

biéndola y que, finalmente, aunque inconclusa, fue publicada póstumamente en 1984. También póstumamente fueron editados, con el título de **Veladas del fogón** (1985), una serie de relatos publicados originalmente entre enero y agosto de 1935, en el suplemento semanal **La Revista para los Hogares Argentinos** del diario bonaerense **Crítica**. En el mismo suplemento público dos de sus cuentos más famosos: **Los cinco** (1933) y **¡Qué lástima!** (1936) titulados en tal ocasión, respectivamente **Los cinco jinetes rumbo al calabozo** y **Tres confusas borracheras**.

Francisco Espínola murió el 26 de junio de 1973.

La creación narrativa

El mundo narrativo creado por Espínola describe una parábola en la que es perceptible una matizada diversidad de entonaciones. Los cuentos de **Raza ciega** constituyen un mundo imaginario que difiere del que se hace visible en **Sombras sobre la tierra** y ambos muestran notorias disimilitudes con los configurados por sus cuentos, posteriores y **Saltoncito** y **Don Juan, el Zorro**. Globalmente considerada, la narrativa del Francisco Espínola puede concebirse -y así lo he señalado en otra ocasión- como formada por tres círculos concéntricos cada uno de los cuales constituye un orbe narrativo con su motivación y temperatura propia pero de tal modo comuni-

cantes entre sí que el primero se amplía en el segundo y el segundo en el tercero. El conjunto es, pues, un todo unitario que crece desde una personalísima intuición vital y regido por una idéntica concepción estética-narrativa.

El primero de esos tres círculos está constituido por ocho de los nueve cuentos de **Raza ciega** (1926) -la excepción es **Lo inefable**- y admite denominarse **mundo primitivo de raíz trágica**. El ambiente en que estos cuentos se desarrollan y por ende los personajes que los protagonizan son los constituidos por una zona de la campaña uruguaya -el natal San José del narrador- tal como era la fines del siglo pasado y comienzos del presente. Es un medio social primitivo habitado por seres que bordean la barbarie. Estos trazos justifican el primer término caracterizante de la denominación, el **signo trágico** que constituye el segundo: se justifica tanto por los rasgos que singularizan el **entramado anecdótico** (conjunto de episodios y situaciones) y la **línea argumental** (acción centralizadora), como por la fisonomía interior de los personajes. El entramado anecdótico y la línea argumental configuran situaciones intensamente dramáticas. La muerte, que está presente en todos los cuentos, uno de los cuales incluso se cierra con un homicidio, no es ajena a ese dramatismo. Se halla ahí una primera justificación del calificativo **signo trágico**. Otra se encuentra en la textura del alma

de los personajes. Estos genuinos representantes de su medio social, son seres elementales, exteriormente toscos e íntimamente asperos. Pero son, también, seres conflictivos. En el fondo de sus almas batallan, en tenaz pugna entimientos y fuerzas vitales antagónicos. Se da en ellos, pues, esa agonía (etimológicamente lucha) que desgarrar el ser y promueve el **sentimiento trágico de la vida** en estricto sentido unamuniano. De este modo la atmósfera trágica generada por el dramatismo de la acción se prolonga en la dimensión trágica íntima de los personajes, tal como inevitablemente debía ocurrir ya que son ingredientes narrativos interdependientes.

El segundo círculo está integrado por la novela **Sombras sobre la tierra** (1933) y cinco cuentos: **Lo infame**, (1926) **El rapto**, (1926) **Los cinco**, (1933) **¡Qué lástima!**, (1936) **Rancho en la noche** (1936) agregándose posteriormente **Las ratas** (1945). El escenario y los personajes de este segundo círculo no son ya los habitantes de un medio rural de vida primitiva y, por consiguiente, seres primitivos ellos mismos, sino seres cuya vida transcurre en la mayoría de los casos, en los suburbios -también los bajos fondos- de una ciudad del interior. Son -con pocas excepciones- desamparados sociales y todos en mayor o menor grado con menor o mayor lucidez, anhelan, alma adentro un mundo en que imperen el amor y la justicia. Experimentan es posible decirlo así, la nostalgia

de algo no vivido pero de algún modo entrevisto en lo hondo de la propia intimidad. Estos rasgos genéricos justifican que este segundo círculo sea caracterizado como **mundo fronterizo de signo existencial**. Es **fronterizo** porque los personajes (salvo algunas excepciones como Juan Carlos y los demás personajes del **Centro en Sombras sobre la tierra**) socialmente son seres situados entre el mundo de la naturaleza y la civilización, es de **signo existencial** porque psicológicamente, los personajes viven en una especie de **intemperie existencial**, hecha de la desolación y la angustia generadas por el antagonismo entre su desamparo social y el anhelo de un ensñado mundo mejor.

El tercer círculo se conforma con una novela para niños **Saltoncito**, (1930) dos cuentos, **El milagro del hermano Simplicio** (1933) y **Rodríguez**, (1958) una novela **Don Juan, el Zorro**, y la serie de relatos publicados postumamente con el título **Veladas del Fogón**. El rasgo diferenciador entre los textos que integran los dos primeros círculos y el tercero, y que da uno de sus perfiles caracterizantes a este último, se halla en que en los dos primeros se acentúa la perspectiva realista, mientras que en el tercero, la perspectiva desrealizadora. Tienen todos, además, en mayor o menor grado origen en motivos populares tradicionales, aunque reelaborados desde puntos de vista originalmente personales. Por estos motivos, el mundo narrativo configurado por este tercer círculo puede carac-

terizarse como **mundo tradicional de signo poético**. Estos rasgos son visibles con extrema nitidez en su novela, que él siempre llamó poema. **Don Juan, el Zorro**. Esta creación narrativa tan personal se nutre del estupendo orbe imaginario creado por el pueblo en torno de la figura del zorro, pero Espínola, genialmente transforma las esencias originales y, sin desvirtuarlas, les confiere nuevo y más amplio sentido y contenido. El zorro de las leyendas populares -valga el ejemplo- cuya picardía es tan grande como su astucia se convierte, sin ser desvirtuado, en un paladín de los perseguidos y en paradigmático representante de los hombres libres. Con lo que, notoriamente, adquiere un sentido ético que le otorga perfiles que en la saga popular están apenas insinuados, y su picardía se hace, así, heroicidad.

La diversidad de entonaciones perceptibles en el mundo narrativo espinoliano no impide que él se manifieste como un todo, cuya unidad proviene de que los tres círculos reseñados crecen desde una misma intuición vital y se fundamentan en una idéntica concepción narrativa. Esa intuición, en tanto que tal, no puede ser definida. Pero sí es posible rastrear algunas de sus manifestaciones. Una de ellas es el acendrado sentimiento evangélico que se expande por todas las páginas del autor de **Raza ciega** y que ha permitido establecer analogías entre su narrativa y la de los grandes maestros de la narrativa rusa del siglo XIX.

Ese sentimiento evangélico se expresa a través de la solidaridad del narrador con los desamparados sociales y la vivencia de una estremecida piedad por los mismos. Otra manifestación de la intuición vital espínoliana es la convicción del autor de que no hay seres malos sino seres que contra su voluntad hacen el mal. En cuanto a su concepción narrativa, se destacará aquí un solo rasgo y es el propósito, visible a lo largo de toda su narrativa, de que la misma sirva a una doble finalidad: apresar y expresar la esencia del alma nacional; trascender, por la calidad de la realización estética, lo regional, sin dejarse apresar por los aceros del mero pintoresquismo localista. Su narrativa expresa lo sustancial humano, a través de la fisonomía de lo rioplatense.

Valoración crítica

Los valores excepcionales de su obra literaria, más el atractivo que emanaba de su personalidad, convirtieron a Espínola en el maestro casi sin excepción reconocido como tal, de más de una generación de escritores uruguayos. Al respecto, y al cumplirse los 30 años de la publicación de **Sombras sobre la tierra**, Emir Rodríguez Monegal escribió taxativamente: «*Treinta años hace que Sombras sobre la tierra empezó a existir en nuestra literatura. En esos treinta años, Espínola escribió otros relatos, apare-*

cieron libro de muchos valiosos narradores se formaron (por lo menos) dos generaciones nuevas. Sobre todas ellas pesa de alguna manera la influencia de Espínola. Sin Espínola sería difícil entender la evolución de la narrativa uruguaya. Muchos de los que parecen maestros de hoy, incluso aquellos que están más alejados de su temática superficial (como Juan Carlos Onetti) arrancan de Espínola. Pocas veces un autor y un libro han tenido tan larga descendencia.

Cuando, en 1926, Espínola publicó **Raza ciega**, libro con el que inicia su trayectoria narrativa, hacía ya algunos años que se había iniciado en el Uruguay, sincrónicamente con todas las otras áreas culturales hispanoamericanas, un movimiento artístico y literario cuyo signo saliente era la concentración sobre lo nacional, pero realizada de tal modo que suponía una total innovación en los medios expresivos y en el modo de **ver** la realidad. Renovación y tradicionalismo son los términos en apariencia antagónicos en que se cifran las aspiraciones creadoras de esos años. Dentro de estas coordenadas se sitúa la creación narrativa del autor de **Saltoncito**. Su materia narrativa es, en gran parte la ofrecida por el tradicional criollismo. Pero su manera de **ver** y **expresar estéticamente** esa materia es radicalmente distinta a la de sus antecesores. Para comprobarlo sólo es preciso leer un cuento del mayor de los criollistas del novecientos, Javier de Viana, y cotejarlo

con uno de Espínola. Las disimilitudes saltan por sí solas a la vista y permiten **avalar** que son dos mundos narrativos igualmente valiosos pero de distintos signos estéticos. Con su habitual sagacidad, Alberto Zum Felde ha escrito: « *Raza ciega es un libro de ambiente y caracteres gauchescos, pero la visión de ello que da en sus relatos, como cargados de electricidad dramática de alto voltaje es distinto a todo lo que antes y después se ha dado en la abundante narrativa platense de ese tema y carácter* ». Esta originalidad que permitió que, en el prólogo de **Raza ciega** Pedro Leandro Ipuche afirmara que Espínola « *es de una originalidad 'venida', hosca y patrimonial* », es uno de los grandes valores de su creación narrativa, y no se manifiesta solo en **Raza ciega** sino también (y con nuevas matizaciones, como se ha expuesto en el apartado anterior) en sus siguientes obras. Esa originalidad es un valor permanente. En Espínola, como en todos los creadores auténticos, constituye su **atmósfera literaria personal**, intransferible e inconfundible.

Otra calidad visible en el mundo narrativo espinoliano y que confiere a su obra excepcional jerarquía, es la armonización, no fácil de lograr, de la más extraordinaria calidez humana con una no menos extraordinaria lucidez estética. Toda su obra es una sabia lección

de composición narrativa. Reiteradamente expreso Espínola que sólo le interesaron como temas narrativos aquellos que ofrecieran una dificultad técnica para su realización. Y, en verdad, supo siempre vencer magistralmente esas dificultades. Esta maestría, evidente en todos sus cuentos, se revela también en **Sombras sobre la tierra**, donde no narra un proceso anecdótico sino que estructura, con sentido musical, un todo en el cual cada detalle, colocado allí donde es preciso, adquiere un máximo de nitidez expresiva y sirve para evidenciar ambientes y crear situaciones y personajes. Idéntica sabiduría narrativa es ostensible en **Don Juan, el Zorro**, donde maneja incluso en forma eficaz y original procedimientos homéricos y realiza una estupenda labor estilística. En esta su novela-poema, trabajó infatigablemente, porque pensaba, como Valéry, que *«una obra no se termina nunca, si no es por impotencia o cansancio»*.

Dos textos

a) El hombre pálido

Tres rasgos destacan nitidamente en el mundo narrativo creado por Espínola: su excepcional capacidad para la creación de personajes (en los nueve cuentos de **Raza**

ciega, ninguno de los cuales supera las dimensiones del cuento de mediana extensión, se contabilizan casi cuarenta personajes todos con rasgos personales bien delimitados} su no menos excepcional destreza para introducir en esos personajes, en su mayoría seres elementales y casi primitivos, problemas éticos, pero sin descomponerlos ni falsearlos, su sabiduría narrativa, que hace de cada uno de sus textos una obra maestra de composición literaria. En **El hombre pálido**, cuento inicial de **Raza ciega** estas cualidades se evidencian con claridad de mediodía

Los párrafos iniciales crean una **atmósfera narrativa** que cautelosamente, sugiere la índole trágica del cuento

Todo el día estuvo toldado el sol, y las nubes, negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire haciéndolo pesado, bochornoso, cansado

A eso del atardecer, entre relampagos y truenos, aquellas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi como si le dieranusco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevarselo lejos

Tras esta inicial orquestación de una **atmósfera narrativa**, incisivamente realizada con pocos elementos y gran economía expresiva, se inicia la acción del cuento presentado a tres de sus cuatro personajes

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. El, capataz de tropa de don Clemente Farías, había marchado para «adentro» hacía una semana.

En la cocina negra de humo se hallaban, cuándo oyeron ladrar el perro hacía el lado del camino. Se asomó la muchacha y vio a un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

-¡León! ¡León! ¡Fuera! Entre para acá- gritó Elvira.

-¿Quién es? -preguntó la vieja sin dejar de revolver la olla de mazamorra.

-No lo conozco.

La joven volvió al lado de su madre y quedó expectante.

-Buenas tardes.

Agachándose -la puerta era muy baja- el hombre entró.

Es admirable, en este breve pasaje la destreza con que el autor visualiza una situación vital mínima y la convierte en narrativamente significativa. Para lograrlo se vale de dos distintos ingredientes. Unos descriptivos, destacan del tal modo que sin esfuerzo se fijan en la memoria del lector «**la cocina negra de humo**», el hombre que desmonta en la enramada «**con el poncho empapado y el sombrero hecho trapo por el aguacero**», la vieja que

interroga («¿Quién es?»), pero **«sin dejar de revolver la olla de mazamorra»** y, por fin, una descripción **indirecta** la altura del hombre evidenciada por el acto de agacharse para trasponer la puerta. Los otros son más sutiles y pueden incluso, pasar desapercibidos claramente hasta que concluida la lectura del cuento, adquieren significación. Son pequeños detalles que actúan como mojones narrativos que van señalando hacia dónde se encamina la acción. Carmen y Elvira están solas, condición necesaria para que el hombre pálido pueda realizar la acción que se propone, el pero **«que ladra hacia el camino»** indicando que quien llega es un forastero totalmente desconocido y el **«quedó expectante»**, mediante el cual ya se insinúa la situación interior de Elvira.

La situación planteada en el pasaje transcrito se prolonga a través de un breve diálogo donde el forastero da alguna información sobre sí mismo y solicita permiso para pasar la noche en el rancho. Este le es concedido. Graduando con exacta precisión la atmósfera dramática del relato, el narrador accede a la interioridad de Elvira y muestra como la atención expectante con que vio llegar al forastero se convierte en miedo.

La muchacha, ahora acurrucada en un rincón, lo miraba de reojo. Y cuando oyó que iba a quedarse sintió clarito en el pecho los golpes del corazón. Es que cada

vez más le parecía que aquel hombre delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una negrísima barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie

Hábilmente, creando una expectativa pero sin descubrir hacia dónde se encamina el relato, el narrador contrapone al temor de la muchacha la indiferencia de la vieja que ordena a la primera «A ver, apronta un mate» mientras sigue revolviendo la mazamorra y da conversación al forastero. Elvira apronta el mate y «trémula de miedo» se lo ofrece al hombre. Viene a continuación un pasaje que puede considerarse, dentro de ciertos límites el corazón del cuento.

Se dio cuenta que él la observaba. Los ojos encapotados, sorbiendo lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha.

¡Oh, sí!, había que cansar muchos caballos para encontrar otra tan linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas largas y flexibles. Tenía unos labios carnosos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pe-

cho abultaduto, lindo pecho de torcaza, las caderas ceñidas, firmes, las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera, toda ella producía unas ansias extrañas en quien la miraba, entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas... ¡no qué sé!, una mezcla de deseos buenos y malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan dulce, tan leal, tan triston que tenían a raya el apetito y ponían como alitas de ángel a las malas pasiones.

Embebecido cada vez mas en la contemplación el hombre sólo al rato advirtió que la muchacha estaba avusitada. Entonces algo le pasó también a él. Su mano vacilaba ahora al tenderla para recibir o entregar el mate.

Este pasaje revela otra vez y en forma muy especial la diestra mano de un narrador de lúcida conciencia estética. La intencionalidad creadora y el efecto final del cuento exigen aquí las vivencias del personaje ante Elvira. Pero esas vivencias -delicadas, complejas y de entonación casi lírica- quizás desvirtuarían al personaje -tan elemental o primitivo- si se las hubieran atribuido directamente. El narrador, entonces, las transfiere a todos cuantos pu-

dieran contemplar a la muchacha: *«toda ella producía unas ansias extrañas en quien la miraba»*) pero logra que el lector, espontáneamente, las sienta vividas por el hombre pálido cuando, tras la descripción, agrega *«embebecido cada vez más en la contemplación, el hombre sólo al rato advirtió que la muchacha estaba asustada»*. Se debe anotar asimismo que era situar en su ambiente la descripción, utiliza varios elementos netamente campesinos: *«había que cansar muchos caballos para encontrar otra tan linda», «la carne blanca, blanca como cuajada, tibui como plumón», «el pecho abultadito. lindo pecho de torcaza»*.

El cuento se continúa, sin perder tensión dramática, con la relación de algunos hechos triviales del diario vivir, preparatorios del descanso nocturno. El hombre se arrebuja entre sus cacharpas en la cocina, las mujeres se acostaron en sus camas, en el cuarto de al lado. Pero el sueño no cae en la cama de Elvira, cuyo corazón le golpea el pecho *«como alertándola para algún peligro»*. A eso de la media noche, oye que la puerta de la cocina que da al patio es abierta. El lector presume ya que el hombre pálido se ha ido aunque el escritor, para mantener el ritmo dramático de la narración, no lo dice y se detiene aún sobre el miedo de la muchacha que *«en su imaginación veía al hombre de barba negra clavándole los ojos como chispa.»* Pero éste, en efecto, ha salido y se inicia así la situa-

ción final Ensilla su caballo y luego se dirige a pie hacia la manguera Allí, de pronto

Otro hombre le saltó al encuentro, el poncho y el sombrero hechos sopa Era un negro

-¿Están las mujeres solas? - preguntó ansioso

Sombrió, el otro respondió

-Sí

-La plata tiene qu'estar en algún lao. Empecemo

-No No empezamos

-¿Qué hav?

-Hav que yo no quiero

-¿Que no querés?

-Si que no quiero.

-¿Pero estás loco?

-Peor p'a mi si m'enloquecí Pero vu dije Vamos p atrás

-¿El qué?

-No hav qué que valga Como siempre te acompaño cuando quieras, pero esta noche, no Y aquí menos

-¿Hum! Si te salieran en luces malas los que has matao, te cegaría la iluminacion, y ahora te entrao por hacerte el angelito

-Nadie habla aquí de bondá Digo que no se antoja y se acabó

-Peor pa vos, Iré yo solo Qué tanto amolar por dos mujeres

-Es que vos tampoco vas a n

-¿Desde cuándo es mi tutor el que habla?

-Desde que tengo la tutora - bramó el interpelado tanteándose la daga

- ¡Ah! ¿Querés pelear? Me lo hubieses dicho antes! Seguramente ya habrás hecho la cosa y quedrás la plata para vos solo Pero no te veo uñas, mi querido Venite, no más - y desenvainó su cuchillo

-¡Callate, negro de los diablos! - rugió el otro yéndosele encima

Tras este diálogo, que desnuda el alma de los personajes más que cualquier sondeo o análisis psicológico, los dos hombres, «a la luz de los relámpagos, entre los charcos», inician un duelo criollo, descrito en pocas líneas pero de estupenda eficacia comunicativa. El hombre pálido logra matar al negro y despues de limpiar su daga «en las mismas ropas del difunto», se aleja «como sin prisas, al trotecito» mientras murmura un soliloquio tremendamente expresivo «¡Pucha que había sido cargoso el negio! ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no, y dale! ¡Estaba emperrao!

La lectura de **El hombre pálido** puede promover dos interrogantes ¿tiene un real contenido ético la reac-

ción íntima del protagonista? „Qué consideraciones merece el homicidio con que se cierra el cuento? A la primera interrogante es válido responder que esa reacción carece en sí misma de contenido ético pero actúa a modo de catalizador psíquico y despierta en el hombre pálido algo que en el fondo de él yace oscuramente y que -sin que él mismo lo sepa- lo impulsa hacia el bien (aunque el personaje lo niegue cuando le dice al negro *«nadie habla aquí de bondad»*). Es la raíz angélica que yace en lo hondo de muchos personajes espinolianos y que responde a la convicción emotiva del autor -a la cual se ha hecho ya referencia- de que no hay seres malos sino seres que contra su voluntad hacen el mal. En cuanto a la segunda interrogante, podría dar lugar a largas consideraciones, porque la situación planteada es una de esas situaciones vitales en las que el Bien y el Mal se entrelazan inextricablemente y promueven problemas éticos -e incluso metafísicos- ante los cuales no son fáciles las respuestas taxativas. Porque, en efecto, el hombre pálido incurre en el Mal, mata a su cómplice como medio -quizás inevitable en la circunstancia en que se halla- de hacer el Bien, evitar que Elvira y su madre sean asesinadas y, quizás, violada la primera. Se está ahí ante una de esas situaciones que justifican el dicho paradójal de otro personaje espinoliano que afirma *«que el Bien está bien aunque sea Mal»*. Esta dimensión ética y metafísica, presente siempre en la narrativa de Espinola, le confiere una peculiar fisonomía abismal.

b) Rancho en la noche.

El hombre pálido es un cuento paradigmáticamente representativo de los cuentos espinolianos de dimensión trágica. Porque si la esencia de lo trágico es ubicar a un personaje ante la opción entre dos posibilidades, cada una de las cuales conlleva elementos negativos, sin que pueda evitar la opción de una de las dos, es evidente que la situación final de **El hombre pálido** ubica al personaje -dándole dimensión trágica- en una situación como la señalada. El hombre pálido, en efecto o mata a su cómplice incurriendo así en una forma del Mal o incurre en otra dejando que el negro cumpla con sus propósitos criminales. Su decisión está fatalizada entre una de esas dos opciones y carece de una tercera posibilidad. En **Rancho en la noche**, la atmósfera narrativa y la situación de los personajes son distintos a los de **El hombre pálido**. La dimensión trágica caracteriza la atmósfera narrativa de **El hombre pálido**, la dimensión poética, la de **Rancho en la noche** donde la realidad transparece estéticamente depurada y cuyos personajes carecen de dimensión trágica: son seres humildes que, líricamente se evaden -o procuran hacerlo- de su desamparo social mediante la ilusión que les proporciona el disfraz carnavalesco. Globalmente considerado, el cuento mantiene un estupendo equilibrio entre lo poemático y lo narrativo.

El cuento se inicia con un paisaje sideral, notoria transposición literaria de una de las famosas «**lunas**» del pintor Jose Cúneo en el cual la atmósfera poético-narrativa se logra mediante la humanización de la luna y las estrellas y por el diestro manejo de la materia verbal. Cada palabra está lúcidamente calculada para producir un efecto determinado, pero el pasaje no denota ningún esfuerzo de elaboración estilística. Nótese la precisión con que están humanizadas la luna y las estrellas mediante los adjetivos «**lejana**», «**casta**» y «**palpitantes**», notese, asimismo, el efecto verbal rítmico logrado mediante la reiteración del adjetivo «**blanco**», su femenino «**blanca**» y el sustantivo derivado «**blancura**». Reiteración que, además hace casi visible una noche esplendente de luz sidérea. El pasaje referenciado es el siguiente:

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen palpitantes, las estrellas? - «*¡Qué bella eres!* - *cantan* - *¡Qué blancura tan blanca!* *¡No hay blancura más blanca que tu blanco!* *¡Santo blanco, tu blanco!* *¡Blanco santo!*»

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano y sobre ese ran-

cho, aquí, mísero «¡Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!»

Desde el cielo se descende al final del pasaje transcripto hacia la tierra, y se llega hasta el rancho, que él también, canta «¡**Qué bella eres, blanca!**» y queda asimismo humanizado. Y desde esta vasta perspectiva exterior que va desde la luna hasta el rancho se llega al interior del mismo

Dentro -negro terrón, paja dorada- dos Mulvones se estiran por ver, y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo Marcial éste en su marcha para darse ufania. Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas éstas. Negra la cola rígida. Tremenda

-Qué manera de hacer calor!

-¿Dónde?

-Aquí

-¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

-No, no es nada, no, no es nada

Un gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son Gordos, los Claveles, y rojos. El, de inmaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

En este pasaje, con la irrupción de la presencia humana, se inicia la acción narrativa. Pero debe subrayarse que esa acción es mínima: se reduce a detallar algunas incidencias triviales del baile carnavalesco que se realiza en el interior del rancho. De ellas, destacan la expulsión del rancho, para que vayan al patio junto a los borrachos de la Muerte que a cada instante golpea a los bailarines con su guadaña, y de Juan Pérez, que no sabe bailar y además, *«estorba por diez porque tunde las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas»*, inmaculadamente blancas. También destaca la incidencia protagonizada por Pata de Palo, que, borracho como una cuba, es rechazado por su compañera de baile y sale al patio *«hecho una furia (...) en busca de Juan Pérez para que lo consuele»*. La casi carencia de acción no conspira contra el dinamismo del relato, porque es suplida por otros ingredientes que le proporcionan agilidad. Uno de ellos está constituido por la gracia, el humor y la ternura con que se han elaborado esas triviales incidencias a las que se ha hecho referencia: otros tres son el diálogo, la reiteración del paisaje sideral y la intervención de los instrumentos musicales, que también humanizados, narran una historia.

El diálogo permite sugerir una situación o bosquejar un rasgo de los personajes. Véase un ejemplo

-¡Qué linda, ay, qué linda pieza es la que va a empezar!

-¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno Yo soy trabajador - ha dicho, el Perro trémulo

-Esas ramas. ¡ay!

-¡Cuidado con sus ramas!

-¡Ay, que fastidio! ¡Esas ramas añan!

-Es que es de balde ¡no se puede bailar así vestido! Tireme esa rama para aquí y la otra para allá ¿No ve que de frente se me doblan para atrás? Y ahora sáqueme a mi despacito para el patio ¡No ve que me estoy descascarando y se me ve la camiseta?

Otro de los elementos dinamizantes es, como se ha dicho, la intervención de los instrumentos musicales -un acordeón jadeante y unas guitarras que «*cuchuchean entre ellas, oscuramente*»- que narran, a través de distintos pasajes una historia de amor. Se transcribe uno de esos pasajes

-«¡Oh -ha gemido el acordeón- Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo y golpeaba a su puerta Y ella no abría. Pero me oía, sí No estaba durmiendo Me oía Me oía Me oía »

-«¡Oh! ¡Oh! -las guitarras dejan brotar en trabazón oscura- «¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!»

*«¡No estaba durmiendo, no! Me oía -vuelo a que-
jarse desde su fatiga, el acordeón- No estaba dormida Y
había puesto trancas a la puerta Y me dejaba golpear y
mojarme mucho, ¡todo!»*

*«¡Oh! ¡Oh! -murmuran las guitarras, osciamente-
«¡Oh! ¡Oh! ha puesto trancas, ha puesto gruesas trancas! Y
ella, detrás, escucha todo y ríe»*

*Y el acordeón tosiendo, desde su cansancio, desde
su asma, las alcanza, cojeando Y aya para callarlas, les
confía*

*«¡Estoy todo mojado! ¡Me estoy muriendo de
frio! ¡Me estoy muriendo de este frío!»*

El paisaje sideral pintado contribuye a dinamizar el relato porque no es un paisaje estático sino movilizado por una pequeña historia poética, que se va intercalando en distintos pasajes del cuento. Las estrellas en efecto en un pasaje del relato, gimen gritan y claman «*porque la blanca tan blanca una advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho ras los horizontes*» Y en otro pasaje ya sobre el final del cuento esa nube «*can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva*»- avanza y devora a la blanca ensoñante luna, mientras las estrellas trizándose gritan Y el cuento termina mostrando, bajo ese paisaje sideral, a Juan Pérez Pata de Palo y la Muerte que se retiran del rancho, caminando campo afuera

Las anotaciones que anteceden pueden cerrarse afirmando que **Rancho en la noche** es una pequeña joya narrativa. El autor maneja aquí -como en otras de sus narraciones- la materia que le proporciona un aspecto de la vida popular campesina del pasado uruguayo. Pero no incurre en un superficial realismo costumbrista. Su proeza narrativa consiste en haber depurado estética y poéticamente la realidad pero sin desvirtuarla. Toda la acción humana se mantiene en un plano de equilibrio entre poesía y verdad. Y los elementos extrarreales -la humanización del paisaje estelar y de los instrumentos musicales- están introducidos con tanta naturalidad que no descomponen el realismo básico del cuento. Éste además mediante las reiteraciones temáticas, está construido con una estructura que lo aproxima a la de una composición musical, la cual no impide que el cuento sea también una estupenda composición plástica, donde se hacen nítidamente visibles la noche diáfana, toda bañada de blancura lunar, el rancho mísero y los humildes disfrazados sobre los que vuelca su ternura el narrador. Cabe agregar reiterando algo ya destacado, que todo el cuento revela una magistral sabiduría estilística que permitiría, línea a línea subrayar extraordinarios hallazgos expresivos.

Arturo Sergio Visca
1989

SOBRE «SOMBRAS SOBRE LA TIERRA»

por

ENEIDA SANSONE

Podría rastrearse la obra de Francisco Espínola novelista recién a través de sus primeros cuentos pasando por **Saltoncito**, donde subyacen muchos de los temas más queridos de Paco, hasta llegar a las magníficas páginas, definitivamente inconclusas, de **Juan, el Zorro**. Porque, como dijo Visca, hay una profunda coherencia en toda la obra del maravilloso escritor que homenajeamos en este acto

Voy a limitarme, sin embargo a examinar ligeramente **Sombras sobre la tierra**, novela que cumple 40 años de publicación (su primera edición es de 1933) y que lleva ya 6 ediciones, tratando de desentrañar, a la luz de la moderna crítica, lo que tiene de precursora, no solo en la Literatura Uruguaya, sino también en la Literatura de América Latina

Este año, al planear los cursos que se dictan en el Departamento de Literatura Uruguaya de la Facultad de Humanidades y Ciencias, el Profesor Roberto Ibáñez propuso el estudio de **Sombras sobre la tierra** de Espínola junto con **Crónica de un crimen** de Zavala Muniz y **La vida breve** de Onetti como «tres paradigmas» de la novela en nuestro país

Supimos que Espínola, ya muy decaído, se sintió muy contento al saber que los jóvenes estudiantes trabajarían en el examen de su primera -para algunos única- novela. Cuando se sintió enfermo pidió a nuestra Ayudante, la señora Norah Giraldo de Dei Cas, colaboración para ordenar sus papeles. Como me correspondía hacerme cargo de una parte del curso a dictarse, me puse a releer **Sombras sobre la tierra** y en una forma apresurada comencé a tomar notas, a indicar posibles temas de análisis y a registrar toda suerte de observaciones. Precipitada, desordenada, pero apasionadamente, con el deseo de darle una satisfacción a Paco, fui anotando mis impresiones en cuadernos que le hice llegar por intermedio de la mencionada amiga común. Con esa efusión generosa que él sentía para todo lo que uno le acercara con cariño se emocionó ante ese testimonio de admiración y amistad, que no fue ciertamente el único que Paco recibió en esos días. Dicto a la Sra. de Dei Cas un cariñoso y breve comentario, que firmó con mano temblorosa. Y es en base a esa aprobación cariñosa acerca de mi visión sobre su obra -visión todavía inmadura- que me atrevo a hablarles a ustedes hoy, para señalar algunos puntos de la novela que me parece merecer especial atención como vías de aproximación a la misma.

Uno de ellos es por ejemplo, la internación en el simple título de la obra

Sombras sobre la tierra En varias páginas de la novela se mencionan las sombras. Así en el 1er capítulo «voz de una sombra desembocada tambaleante a pocos pasos» «Turbando algunos de estos haces se mueven sombras densas» «Surge de un portal una mujer delgada y rubia en cuyo rostro maniposean las sombras» Es Margarita «A su derecha, las grandes sombras del Molino y de las barracas, más negras que la noche. Y las de los bosques que ocultan el río» Y más adelante, en el Capítulo 12 «Oh noche, donde las sombras descienden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón del hombre, en donde el hombre envuelve en sombras el corazón» Y todavía el Capítulo 32 estampa del prostíbulo en la mañana se cierra con estas frases «Y en la noche aparece la luz que las puertas recortan Y alrededor de ella, sombras, sombras que se acercan, se iluminan un efímero instante y son tragadas luego por la oscuridad» Estas son las almas del bajo que ya permanecen indelebles, nuestras para siempre, cercanas, vivas.

De la serie de valores que presenta la obra, se destaca el de la afectividad que la impregna. Pero es a menudo necesario desbrozar la maraña de lo afectivo para descubrir los recursos técnicos maravillosamente orquestados para verter esa afectividad, dada en matices de teinura, de piedad, de suave ironía. Una ironía que valdría la pena estudiar, hecha de una visión a fondo del alma humana, de

la criatura humana. Paco no guardaba para sí mismo esos recursos técnicos, con esa generosidad maravillosa que tenía, conversador extraordinario como aquí se ha recordado con viveza y frescura, los expuso a través de la simple charla amistosa, a través de disertaciones, en sus análisis en clases -ya fuera de un actor griego como de un poeta coterráneo- Eso hace que nos haya llegado a legar los secretos resortes de su composición. En el discurso que pronunciara al recibir el Homenaje de la Junta Departamental, habló no sólo de los íntimos impulsos que lo llevaron a crear su obra, sino de la forma en que él la fue orquestando de una manera que parecía misteriosa a los que estaban alrededor de él, pero que obedecía a un plan un diagrama riguroso. Eso nos indica que era un escritor conciente como nadie de su oficio, de su responsabilidad de escritor. De modo que sabemos que él trabajó su estilo trabajó duramente su materia expresiva y utilizó toda suerte de recursos técnicos. Entre esos recursos está el del manejo del tiempo. A pesar de que el relato es lineal, la novela retrocede en el tiempo por la evocación por el recuerdo, por ensueños, que van desde la primera aparición del tío Gamarra en el mundo novelesco, evocado por Carlín (volviendo al tiempo de su dolorosa infancia) a la presentación del pasado indígena a través de la ensoñación de Juan Carlos.

En un afán totalizador, buscando transmitir la esencia de la orientalidad, a lo largo de la novela se dan ele-

mentos de historia, de folklore, todos aquellos elementos, en fin, que hacen de nuestro país lo que es y que Paco sintió maravillosamente pues atisbó todas las aristas de la orientalidad. Por eso en su novela se puede rastrear la importancia del tango, el valor sugestivo de la guitarreada criolla, que él trata nuevamente en **Juan, el Zorro**, el valor del **boliche** como elemento aglutinante (el boliche aparece en sus cuentos y también en **Juan, el Zorro**). Motivos que todos sentimos por ser tan nuestros pero sentidos y recreados a través de una sensibilidad artística finísima que les da universalidad, que los hace singularmente valiosos.

Hay en **Sombras sobre la tierra** toda suerte de unidades narrativas: cuadros, estampas, episodios, cuento, insertados dentro de la narración general. Hay episodios que merecerían estudio especial: por ejemplo todos los **velorios** que se pintan en la obra, desde el primero con sus dolientes hermanos, el del enano, lleno de toques inefables de gracia, de hondura de observación, el de Margarita, que abarca varios capítulos y que está matizando por todos aquellos elementos de la vida diaria del prostíbulo que no se quiebran por el hecho de que se esté velando a Margarita, lo que da un realce especial al episodio en sí y lo hace digno de ser estudiado como una **nouvelle** aparte, independiente.

Quiero deliberadamente dejar fluctuando ante ustedes así, un poco vagamente, todas estas observaciones. Pero quiero señalarles otros recursos técnicos que utiliza Espínola, por ejemplo, el de la **gradación**. Y me refiero no sólo a la gradación adjetival sino también a la gradación de las oraciones, de los períodos dentro de un trozo determinado y en especial a la gradación de episodios dentro de uno o más capítulos. Y a este respecto me referiré al Capítulo 29 de la edición definitiva (28 de la 1ª edición).

En el Capítulo 29 se cuenta que el prostíbulo ha cerrado y Juan Carlos y la Nena (que se han separado de Martín y Renée) van al boliche de Sandalio (alias «El Perro»), «porque es lindo a veces estar solos y no hablar nada». Espínola comienza a plantear la situación de extrema tensión entre el bolichero y el moreno porque éste ingenuamente y con gran fineza, lo llama «Don Perro» (Son, ni más ni menos, dos personajes de nuestra más honda tradición folklórica, que aparecen repetidamente en toda la obra de Paco). Cuando la tensión parece que va a estallar en pelea, el relato se corta y se intercala el jocoso episodio del robo de la bombilla de Eduviges, que hace salir a Juan Carlos del bar. Es éste un episodio de valor accesorio, pero inserto magistralmente sin distraer la acción principal, distendiendo la tensión, pero trascendiendo la emoción del momento. A poco de regresar Juan

Carlos al boliche, ocurre la pelea entre el patrón y el negro. Otro motivo tradicional sabiamente inserto. Apaciguados los ánimos, el moreno habla con Juan Carlos y la Nena. Enseguida se intercala otro episodio jocoso, el del Flaco con Lulú en la mancebía de Águeda y aún, dentro de éste, el del viejito de calzoncillo atado que duerme con Mabel. Vuelve otra vez la acción al boliche del «Peiro». Juan Carlos y la Nena salen de él con el moreno, cuyo saludo supersticioso a la luna nueva hace que Juan Carlos evoque a su madre a través de la vieja costumbre criolla perdida. La ternura de Juan Carlos por su madre se trasfunde a la Nena.

Todos estos pasajes integran una gradación emotiva. Y ya, con esta muestra, vamos apreciando todo lo que es posible extraer de la novela si se examina desde el punto de vista de su estructura externa -no digo nada de la interna-, considerando alguno, tan siquiera, de los elementos señalados. Yo comencé mi primera aproximación a la obra tomando los más obvios: la pintura del **Bajo** y del **Centro** que, algunas veces, pocas, aparecen mezclados. Observando la novela según estos dos temas, se encuentran curiosamente, series numéricas (de tres y cinco términos, todavía hay que examinarlas mejor). Entiéndaseme, no quiero decir que Espínola estuviera manejando elementos numéricos, sino que los motivos principales de su novela se integran en un plan magistralmente orquestado, de acuer-

do con distensiones y concentraciones de la materia narrativa en su dramaticidad o en su comicidad o alojamiento de la tensión

Hay cortes narrativos en los que se le permite al lector tomar aliento. Estos cortes que Espinola mucho después de escrita su novela examinaba con tanta sutileza en la epopeya griega y que tuve la suerte de oír expuestos por él en sus clases de la Facultad de Humanidades

Otro recurso técnico que aparece con frecuencia en la novela es el de la **reiteración**. reiteración que va desde la repetición de una frase con sentido rítmico a la de un final de capítulo que se vierte con variantes a lo largo de toda la obra (es el caso de las sensaciones sonoras, en especial -no las únicas- de las que parten de las campanas famosas de la iglesia de San José, que cierran muchos capítulos de la novela)

Hay también otras reiteraciones: por ejemplo el estribillo «Que noche tan blanca» (Capítulo 77) o las expresiones «¡Ahú!, ¡Ahú!» en la alucinación de Juan Carlos, o frases más o menos largas que se repiten, casi exactamente, en varios pasajes de **Sombras**

Pero encontramos también reiteración de episodios o ensañaciones. Por ejemplo, cuando aparece Carlín en la novela se menciona su amor por Margarita y las circunstancias en que ha nacido ese amor. Pero, más adelante, en el velorio de Margarita, en el momento en que el lector

sabe que Carlín va a ser el doliente principal y más trágico, el recuerdo se reitera, pero ampliando, agregando matices a aquel episodio primero

Así también la evocación de Juan Gamarra por el mismo desdichado Carlín, cobra mas adelante una amplitud poética que culmina en el desenlace de la novela. Este es, pues, sin lugar a dudas, un recurso caro a Paco: la reiteración, en especial, la reiteración con variaciones

Otro recurso muy moderno de la novela, estudiado por Nathalie Sarraute en **La era del recelo** y que la autora señala como un matiz representativo de la novela más reciente, está ya en nuestro Espínola. Se trata de la **conversación y la subconversación**. En casi todos los diálogos de la obra hay un trasfondo estremecedor. Recuerdo en especial un pasaje en que aparecen Juan Carlos que prepara las elecciones y Carlín en un boliche. Cada uno tiene su mundo propio subyacente que no aflora en la conversación pero que está pesando en ella

A cada paso el escritor está proponiendo más de internación en una materia confusa, informe, ineludible, que vive alma adentro del personaje, que está indicando la presencia de un alma. Y esos son, precisamente, los momentos de encuentro del artista con su lector: los momentos a los que Paco aludía recordando la frase de Charles Du Bos: «La obra de arte es el punto de encuentro de dos almas»

Por intermedio de esos matices de la afectividad que emanan de la obra a cada instante nos estamos encontrando con el alma de Paco

¿Y qué decir de la estructura interna de **Sombras sobre la tierra**, expresada a través de recursos que no son del caso analizar en este momento? Señalo, simplemente que utiliza Espínola técnicas nuevas en nuestra novelística. A propósito quisiera leerles unas palabras que copié, a ese fin, nada menos de que de Juan Carlos Onetti, un escritor al que admiro profundamente y que nos dice, con motivo de la 2ª edición de **Sombras sobre la tierra** (Claridad, 1939) lo siguiente

« Demostró que era posible hacer una novela nuestra, profundamente nuestra sin gauchos románticos ni caudillos épicos y trajo hacia nosotros un clima poético, sin retórica, que emana de sus personajes y sus lugares, sin esfuerzo revelando la esencia angélica de los miserables» «Evadida del naturalismo árido que la precediera **«Sombras sobre la tierra»** avanza en un terreno de mayor riqueza, entre nieblas y actos desnudos claro y misterioso terreno donde tiene lugar la aventura humana y su absurdo»

Y afirma Onetti, aún

« aparecerá como el más largo paso dado en la evolución de nuestras letras y se nos mostrará como un recto tronco del que se desprenden nuevas y numerosas

ramas, ramas que surgirán mañana, unas, y ramas cuya ascendencia no está hoy claramente evidenciada»

Es importante reconocer en Paco este carácter de precursor de muchas tendencias que aparecerán posteriormente en nuestra literatura, incluso en el mismo Onetti. Y no estoy diciendo que Onetti las tome de Paco sino que Paco las sintió y las expresó primero. Por ejemplo, la nada, el vacío existencial, la sin razón de vivir que en muchas páginas de **Sombras sobre la tierra** se hacen explícitas y que vamos a encontrar en la novela posterior a Paco, no solo en el Uruguay, sino en Latinoamérica.

Sería importante tratar de rastrear precisamente todo lo que de novela encierra esta obra entregada hace cuarenta años. Y es ahora el momento de agasajar a Paco, a través de los análisis cada vez más penetrantes que podamos hacer de su obra, obra que se nos aparece como sumamente espontánea como la palabra viva de Paco, ya que leyéndola nos parece escuchar la voz de Paco relatándola y hasta pensándola pero que es una obra elaborada y maravillosamente elaborada y que merece, repito, toda nuestra atención.

Eneida Sansone

1974

TRES PREGUNTAS
Y SUS RESPUESTAS

CARTA
A
CARLOS VAZ FERREIRA

ÚLTIMA ENTREVISTA
POR
ANTONIO MERCADER

TRES PREGUNTAS DE ARTURO SERGIO VISCA A FRANCISCO ESPÍNOLA Y SUS RESPUESTAS

1 En su labor total figuran obras en apariencia muy distintas. Por ejemplo **Raza ciega**, **La fuga en el espejo**, **Milón o el ser del circo**. Sin embargo en la obra de todo escritor hay vínculos que relacionan lo distante y confieren unidad a lo aparentemente distinto. ¿Qué relación señalaría usted entre esas obras de aspecto diverso? ¿En la arquitectura total de su obra cómo las ubicaría?

2 Antonio Machado sostiene que en la obra de todo gran poeta hay siempre una metafísica implícita. Igual debe ocurrir en la obra de todo gran narrador. Por otra parte, Álvaro Figueredo ha hablado de **Sombras sobre la tierra** como de «una novela con metafísica». ¿Podría usted explicitar «un sentido», una dirección vital y filosófica, un contenido social implícitos en su obra?

3. La crítica ha escrito persistentemente de una afinidad entre su obra y la de algunos de los grandes maestros de la literatura rusa del siglo XIX. ¿Es exacto? Si es exacto, ¿en qué sentido y medida cree usted que pueda hablarse de esa afinidad? Si no es

exacto, ¿a qué atribuye la persistencia en el enfoque indicado?

Arturo Sergio Visca

I

Me es sumamente embarazoso satisfacer esta pregunta, por la peculiaridad de lo que yo hallo como relación íntima entre todo lo que he escrito. Son de tal naturaleza moral que hubiera preferido no se me interrograra en esto. Pero ante la obligación de contestar, prefiero hacerlo con palabras ajenas. En el trabajo con que Esther de Cáceres prologa «Milón o el Ser del Circo» mi diálogo sobre la recepción estética donde bajo otra forma, naturalmente expongo los resultados del curso de 1953 en la Facultad de Humanidades, mi amiga dice: «Sí no existiera otras relaciones, esta atención de toda el alma a lo humilde, a lo pequeño, a lo modesto, a lo triste que en tal aspecto implica el diálogo, bastaría para relacionarlo estrechamente con el resto de la producción del autor, tan diferente en su forma, en apariencia tan dispar en sus temas y móviles de primeros planos». «Caridad soterrada» señalaba hace algunos días Ángel Rama. Y poco después Rodríguez Monegal se expresaba respecto de mi obra en general: «Es un mundo hecho de bondad y de ternura». «Es un mundo espiritual,

un mundo hecho de alma» Y hace ya tiempo en 1934, Gustavo Gallinal escribe refiriéndose a lo que hago « una infinita perspectiva vital, el drama de los destinos individuales y colectivos. » Y como ya estoy colorado hasta los pelos, interrumpo las citas con ésta de Emilio Oribe, quien dice que el enjambre de personajes de «Sombras sobre la Tierra» se levanta «para asegurar que la triste humanidad sigue siendo tan buena y tan sin mancha como al otro día del Diluvio»

II

Aquí también el responder me produce escozor Porque la pregunta toca asimismo el seno de mi corazón, allí donde arden problemas de los de naturaleza mas íntima y reservada, reservada precisamente porque no hay palabras, ya que, precisamente, repito, no aparece interlocutor

Tal vez una de la causas de que escriba poco es la de que mi atención está siempre más absorbida en esos problemas que aplicada a los de la literatura es que esa especialización diría, vital a que se llega, y que se hace definitiva cuando un hombre tiene para algo ciertas facultades realizadoras evidentes, esa contracción, esa aplicación no se opera en mí de modo imperativo Y, además, yo me he amarrado fuertemente a un mástil y me he puesto

cera en los oídos, como Odiseo al acercarse a las sirenas, para no escuchar las exteriorizaciones del éxito artístico que -es una suerte loca- me ha seguido desde lo primero que escribí, en el sentido de que ellas me arrastren y me desvíen. Así como afronto diariamente con escrúpulo mis obligaciones sociales, así cumplo, a veces no sin denuesto, con mi alma, y le mantengo insubornablemente, hasta luchando con mis humanas debilidades, su libertad de asomarse a donde sus impulsos la incitan. Yo he sido demasiado condescendiente, demasiado débil. Cada vez más reflexivamente me empeño ahora en vivir ofreciéndole -y a veces con qué sacrificios, a costa de qué esfuerzos por tener que contrariar, por tener que entristecer, por tener que defraudar aunque sea apenas en detalles a los que me quieren y que, por eso, con exigencias inconscientes se contrarian, se entristecen, se sienten defraudados si no aspiro -si no pienso -si no procedo como ellos- me empeño, digo- en que mi alma vaya siendo lo más libre, hasta respecto de mí mismo, que pueda yo lograrle. Como Bolívar en el Monte Sacro, yo también, y en Europa, asimismo, hice un juramento de libertad. Sólo, sólo, yo, desierto de transeuntes el lugar, acababa de dar mi habitual vuelta nocturna -lenta y contemplativa,- en torno a Notre-Dame dulcemente fosforescente bajo los tenues reflectores en el aire negro. Asomado al deslizarse del Sena con la presencia casi tangible del pobre Apollinaire, le escuchaba

Le pleure est pareil a ma peine,

Il s'écoule et ne passe pas.

Y me prometí de pronto, como sabiendo de un sueño oscuro y como recibiendo luz muy viva, que mi vida seguiría corriendo, sí, sometida a todo, como la de todos, al ambiente, a los seres circundantes, a los personales cariños, instintos y debilidades, a mi propia «razón razonante», pero que, contra viento y marea, algo, algo, la esencia misma de mi ser, mi alma o lo que sea, no sería llevada, no pasaría entre el acontecer ni siquiera conseguirían rozarlas las orillas de mi existir, y que la tendría siempre indemne delante de estos ojos míos, especialmente atentos a ella, a su ensimismamiento, y a sus vuelos, a veces, hacia lo misterioso

Este es el sentido -por si de otro modo fue tomado- de las palabras con Onetti en casa de los Latcham, en la Embajada de Chile difundidas los otros días, cuando yo le decía, de mí y de él que, en el fondo, no se nos importa la literatura.

Mas, volviendo de este largo paréntesis, en lugar de seguir directamente, lo haré indicando que desde «Raza Ciega» Zum Felde halla ya presente «cierto espíritu metafísico» «un sentido de profundidad de lo real»; y halla que «Sombras sobre la Tierra» plantea problemas cuya solución no es de índole realista sino espiritual», que, efectivamente, estudiando «Sombras», Álvaro Figueredo, que apre-

ciendo «Cuentos» Carlos Maggi, que un extraordinario análisis de «Milón o el Ser del Circo» del Padre Jesuita, Darío Ubilla, han hablado de la intemperie metafísica bajo la que hace su camino mi alma. Búsquese mejor en ellos. Y no se me obligue a hacerlo yo, que eso por íntimo me escuese, más, como si sintiese que en medio de la calle, se me volatilizase la ropa y quedara desnudo. Además, a la mayoría de la gente no sólo entre nosotros, -lo que muestra lo adelantados y cultos que estamos,- estas cosas parecen ridículas o insinceras y ello crea otro pudor más al referirse a ellos. Claro que por otras razones, nunca supe si mi mujer me creyó cuando, a poco de casados llegué cierta vez a casa al aclarar el día y, frente a su cara de pocos amigos, me animé a declarar una verdad que aún sin mediar esas circunstancias, puede tomarse como la mentira más grande del mundo. «Anoche me encontré con Domingo Boidoli, me acompañó hasta cerca de aquí, entramos a un café. Y hemos estado hasta ahora hablando sobre Dios, te lo juro»¹

Lamento haber prestado o perdido los trabajos de Figueredo y del Padre Ubilla. Cito pues sólo a Maggi.

«Lo más angustiante es esto de colocarse entre los hombres, llenarse de compasión, y luego no encontrar un Quién al cual conmover con el sacrificio de su propia entraña. Su angustia es tan patente que se llega a sentir el ámbito sin fondo de esa ausencia. En el hueco que abre

ése 'No hay nadie' se queda el amor sólo, colgado de sí mismo, como una nota larga, como un eco sin sonido anterior, como algo que sigue vibrando, sonando indefinidamente, hasta más allá de lo posible, estrándose, ávido de hallar quien lo escuche y lo entienda» Y agrega «Es un cristiano dos veces desterrado», «Es un fanático inicial que no encuentra dónde descargar su fe y que sublima este fracaso reinventando este mundo dejado de la mano de Dios»

III

En mi adolescencia y en mi juventud los autores más leídos entre nosotros eran los rusos. Por razones largas de explicar, y que no interesan mayormente, yo fui de los que menos los leyó. Pero su influencia es evidente, aunque no tan fácil de ubicar. Porque su impulso fue moral más que literario, a ser como ellos, a amar como ellos, a compartir el corazón como ellos, no a escribir como ellos. Ni siquiera de escribir se trataba. En un reciente estudio Zum Felde cree sin seguridad percibir una influencia «indirecta» «como factor estimulante», de Dostoyewski, que ya había creído encontrar Gustavo Gallinal. Pero no se hallan «huellas visibles», agrega Zum Felde. Es que no puede haberlas. Aunque cueste creerlo, cuando escribí «Sombras sobre la Tierra» yo no conocía más que «Los Endemoniados» y esto en una lectura inconducente desde

el principio, porque advertí ya en las primeras páginas que había que dedicarle mucho tiempo y era preciso dejarlas para después. La mayor parte de lo que puede haber de común, guardando las distancias, -¿y que distancias!- es aquello que Dostoyewiski tiene de común con los demás rusos que existieron hasta principios del siglo Gorky, sobre todo, y Andreiev, de quienes yo admiraba con toda mi alma algunas cosas precisamente las hoy menos apreciadas por la mayoría. Es también, la común influencia evangélica en todos ellos y en mí, mejor que evangélica, bíblica, porque obra asimismo el Viejo Testamento.

Y todavía, la influencia que ellos y yo recibimos del Quijote y de la Picaresca Española la de esta última señalada en mí caso por Gallinal. Y aún más antes y después de «Sombras sobre la Tierra» la semejanza prodigiosa de mi hogar con tan frecuentes pinturas del ambiente ruso y la influencia de los innumerables seres de toda condición espiritual y social que desfilaron ante mis pupilas de niño y de adolescente y se asomaron como al de aquellos escritores sus hermanos, a mi corazón. Sin esos seres, y si mi madre y mi padre no hubieren sido como fueron, ¿pobre de mí! Porque judío, seguramente que Espínola no habría aprovechado muchas de sus más hondas y audaces intuiciones habría creído, tal vez, que eran disparatadas o alucinantes, antes de Freud, Dostoyewiski tenía intuiciones tan hondas y audaces y les daba importancia pero era

otro medio cultural el que lo envolvía . Además, creados y vividos sus personajes, de los cuales, repetimos Espínola no aparece mas que como un cronista ese sentido freudiano de las profundidades le ha servido para reajustar, a posteriori, detalles y orientaciones»

Realmente, me parecen sagacísimos estos párrafos de Cuadio. En una cosa, sin embargo se equivoca no porque hubiese diferencias entre el medio cultural de Dostoyewski y el mío es que él pudo expresar ciertas intuiciones sin temor a que fuesen disparatadas o absurdas, las dio a luz porque era un genio Yo, yo fui gracias a Freud, que trace muchas veces pinceladas obedientes nada mas que a impulsos cuyo significado desconocía o podría conocer a medias, pero que me animé a pensar que eran importantes

Los casos de Gorky y de Andreiev son diferentes El primero me infundió, creo, el modo, la actitud tan francamente respetuosa, reverencial mejor y tierna de recibir en el alma al personaje que se está creando, en la necesidad de descubrirlo, más para admirarlo y amarlo desde una intensa soledad íntima, que para ponerlo en escritura, aunque es preciso advertir que, sin duda, con menos rotunda evidencia Cervantes se comporta así, y así los de la novela picaresca. En cuanto a Andreiev, técnicamente más reflexivo que Gorky, más «artista», de él recibí, en lo que me es dado discernir, ese modo inicial mío algunos cuentos de

«Raza Ciega» de conducir la narración, no en su forma externa sino el movimiento interior, y esa saturación, diría que hay a veces en mis cosas como un brillo liso, algo que no encuentro ahora palabras para explicar (Figueredo señala coincidencias notables no tanto con los rusos sino con Kierkegaard en «Sombras» En ese entonces no lo había leído Y ahora, cada vez que lo tomo entre mis manos lo dejo porque me disperso y no entiendo

Pero yo creo que la influencia decisiva, reitero es la del pueblo del Uruguay, la de esos seres que tan mal se conocen entre ellos y por eso, ante sus retratos hallan en demasía lejanas reminiscencias o, detechamente, los creen inventados Con su noble cautela de siempre Zum Felde dice a tal respecto estas palabras alucinadoras «En los cuentos de «Raza Ciega» no se trata ya de caracteres sino de almas es decir, de lo esencial y lo abismal del hombre Hasta donde esta representación de lo abismal y lo «trágico» corresponde a una realidad geohistórica determinada, como es la gauchesca, o es sólo creación imaginativa del escritor esa proyección temperamental -y esa figuras expresan lo que el escritor ha puesto en ellas de sí mismo como imágenes de su pensamiento- es problema más que literario, y que requiriendo un estudio psicológico completo del tipo regional y del medio, nos llevaría demasiado lejos de nuestro rumbo Es probable que los optimistas crean que si y los pesimistas que no Literariamente lo que nos

importa, a los efectos del juicio del valor es reconocer que esa autenticidad existe en la obra misma, en cuanto creación, con suficiente poder de convicción»

Cuánta razón de la Dostoyewski al decir que «nada tan fantástico como la realidad»¹

Francisco Espínola

1989

CARTA DE FRANCISCO ESPINOLA
A
CARLOS VAZ FERREIRA
HISTORIANDO SU ACCIÓN DURANTE
EL ALZAMIENTO DE 1934 - 1935

Colonia, 11 de febrero de 1935

Sr Carlos Vaz Ferreira

Mi querido don Carlos Aquí estoy en el cuartel del 11 de Infantería, gozando de todas las comodidades que humanamente puede ofrecer esta gente Supe que Ud se quedó preocupado por esta, mi primer salida, preocupación de la que se enteró todo Montevideo Me ha vuelto Ud a hacer un honor que me obligará a trabajar de firme justificando en lo posible la confianza en mi depositada

El día 28 de diciembre peleamos en el Paso de Morlán Recién caíamos al paso cuando los jefes gritaron «A las armas» Corrí para formar la primera y única línea de combate Recién me habían dado un remington desesperadamente viejo A mi izquierda entró un joven profesor del Liceo de Mercedes, fino, cultísimo, valiente Se inició el fuego Nos llovían las balas Mi primera bala no salió Volví a carga y a tirar. Idéntico resultado Y me envolvían los endemoniados silbidos Cargué de nuevo, rabioso Y se atracó la bala de tal manera, que no hubo forma de hacerla mover No tenía baqueta. El jefe se me acercó y me ordenó que me quedara inmóvil, en el suelo,

para no hacer tanto blanco. Era imposible retroceder, pues detrás nuestro hervía un infierno de balas. Y allí me quedé, exactamente una hora y cinco minutos. Hubo un momento en que el fuego nos llegó por la izquierda y la derecha, también. Creí que nos rodeaban. Pero nuestro fuego los obligó a restablecer su línea.

¿Qué se piensa cuando se está así, impotente en el suelo, sintiendo picar las balas alrededor, o pasar silbando «finito»? Poco. Y todo dentro de una terrible soledad. No hay madre, padre, mujer querida. Eso se hunde en un abismo sin fondo. Exactamente lo que experimentaba era una infinita melancolía. Aquella batallita, aquel trasto inútil.

Había puesto delante de mí el rémington para preservarme un poco la cara. Pero lo deslicé a un lado para no verlo, ya que eso me producía una sensación de comicidad que me desolaba. La muerte allí, en aquel lugar, se me aparecía de una manera difícil de expresar, tal, - valiéndome de la comparación más aproximada que encuentro- tal como lo sentiría quien supiera que lo obligaban a no bañarse nunca más en la vida. Una desgracia así, achicante, miserable. Y solo, solo, solo. Desgarrado, frío. Algo de lo que yo había sentido (algo no exactamente lo mismo) para la segunda crucifixión de Jesús. Que tremenda intuición, don Carlos, ¿eh? Se muere con un melancólico fastidio.

Pero continuemos. Veinte minutos antes de cesar el fuego, se me hizo ir a buscar quienes transportaran un herido grave que se estaba desangrando. Me arrastré hasta una cuadra, más o menos, del monte. Después me incorporé, siempre con mi inútil armatoste. Y llegué ileso. Al llegar la noche terminó la pelea. Tratábamos de enviar los heridos en los autos hacia los pueblos cercanos. Los muertos quedaron en el campo. Y de pronto, un espantoso y potente ¡Cuaaaac! como una carcajada inconcebiblemente burlona, resonó en la noche. Aún los acostumbrados a la vida de campo nos estremecimos. Era tan fuerte que no parecía de zorro. «¡Se burlan de nosotros!», rugió uno. El enemigo, que se había retirado, ¿había vuelto y nos tendría rodeados? No, era un zorro. En mi vida olvidaré aquel grito. Un rato después, a pie, con nuestro jefe herido en un brazo, nos pusimos en marcha. Sin comer, entre espinas de la cruz y cardales que nos martirizaban, hicimos esa noche, dando vueltas para despistar, siete leguas a pie. Marchamos toda una noche, con brevísimos descansos. Yo había dormido dos horas el viernes, en Montevideo. Dos en San José, el sábado por la mañana. En la madrugada del domingo, muertos de frío, dormimos un ratito en la carretera, dentro del auto descubierto, cuando veníamos para aquí. Después, ni un momento en todo el domingo y el lunes. En ese estado siete leguas a pie. En uno de los brevísimos descansos, cargado de cosas, puse el codo

en la tierra y la cabeza sobre las manos para estar mas cómodo Y me quedé dormido Esos segundos de sueño me fueron fatales El descanso cansaba más todavía Cuando entramos a un monte, amanecido ya me eche sobre el suelo y quedé como piedra Ese día, martes por la noche volvimos a marchar a pie En silencio Sin pausas Entre las malditas espinas de las que todavía, todos los dias nos sacamos porción Dormimos en un monte, durante el día Cuando se estaba asando la comida, llegó un aeroplano, volando muy bajo Nos consideramos perdidos En seguida volvió a pasar Nos echamos al suelo pensando que nos iba a bombardear Pero siguió en otros lugares del monte ¡No nos había visto! El resto del día pasó tranquilo El miercoles se asó carne para dos días a fin de no hacer fuego tan seguido Yo no comí cuando lo hicieron todos para no comer caliente aquella carne Cuando lo quise hacer estaba tan cuidadosamente arreglada con hojas y ramas para conservarla fresca y libre de moscas, que no me animé a pedir El días miércoles pues, no comí Esa noche marchamos El jueves, la carne se había aqueresado Preferí tomar mate ¡Y qué mate! ¡La cebadura tenia que durar todo el día! Por la noche volvimos a marchar Los compañeros que habían salido en busca de caballos regresaron con unos pocos que no alcanzaban ni para los viejos A las diez de la mañana del viernes, nos agarraron prisioneros

Se sintieron unos tiros. Yo había podido conseguir hacía un momento, un tarro de conservas de durazno que encargue a uno que tenía que pasar por una pulpería. Cuando oí los tiros, hundí mi cuchillo en la lata, me eché al suelo detrás de un árbol e, indiferente a todo, me comí casi todo el contenido. Era viernes de mañana y no comía desde el mediodía del martes. Sin esos duraznos me hubiese muerto de debilidad. Porque no volví a comer hasta el sábado a mediodía.

Muchas cosas sobre sus ideas he pensado en estos días. Cada vez me parece usted más grande. Y este país más chico y menos digno de usted. Está Ud. condenado a morir como, por distinta causa, yo creí morir con un melancólico fastidio, lo más horrible que puede acontecer a un ser humano. Debe de ser usted, sin duda, uno de los hombres más desdichados del mundo. Menos mal que el espíritu es indestructible e indestructibles son sus obras. Algún día, se irá a beber en la fuente que usted llenó abriendo el pecho sin piedad. Y de esa falta de piedad consigo, chuparán piedad las generaciones venideras. Duro como el diamante, se dice. No, duro como el espíritu, hay que decir. Un abrazo fuerte de

Francisco Espínola (hijo)

Me mandaron al cuartel los Evangelios Apócrifos
Después se los pasaré. Hay un estudio muy erudito de
González Blanco que me es muy útil. Todavía estoy con él.
Es de grandísima importancia de demostración de que el
Evangelio de San Juan es anterior a los otros. ¿Y la impor-
tancia que se da a Pilón de la que yo no tenía noticias?

ULTIMA ENTREVISTA

por

ANTONIO MERCADER

¡Que bella es la vida!!

La obra y las acciones de Francisco Espínola merecían este pequeño homenaje consistente en reeditar su novela «Sombras sobre la tierra». No estoy tan seguro, en cambio, que se justificara la inclusión de una entrevista que le hice para la revista argentina «Siete Días Ilustrados», a mediados de 1972 es decir el año anterior al de su muerte. Al releerla me arrepiento de no haber hablado más de otras cosas, de literatura por ejemplo, de la condición del escritor, de sus reflexiones sobre el Uruguay de los años setenta, y de no haber reflejado su giaccho de charlista inimitable, su manera de narrar en alta voz. En vez de hacer eso, deslumbrado por la personalidad de «Paco», intelectual y hombre de acción al que veía entonces -¡vaya por Dios!- como al «Malraux uruguayo», le presté demasiada atención a sus relatos de soldado revolucionario y me quedé en la superficie de muchos temas. Es cierto, lo digo en mi propio descargo que la entrevista era para una revista de Buenos Aires en donde «Paco» era casi un desconocido, y que me costó mucho explicarle a su director la trascendencia del entrevistado no sólo como

litérato sino más bien como un entrañable personaje nacional, lo que me llevó a aligerarla y a procurar hacerla más vendedora: un empeño que resultó estéril. La entrevista salió, es evidente, demasiado corta y demasiado liviana, aunque ahora tal vez pueda justificarse su publicación por tratarse de una de las últimas -si no la última- de las notas que se le hicieron, y porque releída hoy deja ver a un Espínola que siente que está llegando al final de su existencia («¡Qué bella es la vida!», dice, evocando las últimas palabras de Toulouse Lautrec.)

Lo que sigue es la nota a «Paco» Espínola tal como fue enviada en 1972 a «Siete Días Ilustrados» y que nunca llegó a ser publicada

«Perdoná ch'hermano si no te acompaño hasta abajo, pero escaleras me dan ahogos», disculpa al despedirse. Y todavía, mientras estoy en el hall, escucho su voz grave por última vez: «Olvidate de las cosas que te dije de alguno, no quiero pasar por crítica». La puerta se cierra. Un viento helado trepa por la rambla y se airemolina ante los cercanos muros de la cárcel de Punta Carreta. Desde la calle, veo correr la cortina en su ventana, en el primer piso y puedo imaginar lo que pasará en el mínimo

apartamento, sencillo, apenas confortable reducto atiborrado de libros y recuerdos Francisco Espínola, Paco maestro de las letras orientales, ex-combatiente revolucionario, uruguayo entrañable, casi una leyenda, está en su sillón, los pies junto a la estufa eléctrica, su cuerpo enjunto enfundado en el sobretodo que lo resguarda del frío en las noches como ésta Desplegada en sus rodillas la carpeta, sus ágiles manos dibujan apuntes sobre una epopeya La canción de Rolando, uno de sus libros de cabecera que relee con atención de principiante De tanto en tanto, esas manos vuelan hacia el mate forrado de cuero vacuno y sus labios aprietan la bombilla

«. y si somos dos mateando es igual porque mateando no se grita, no se discute, y las cosas que se dicen son sentidas», me había invitado un par de horas antes quizás para desinhibirme cuando llegué a coartar su monólogo con el amaigo y los guerreros galos

Al principio, claro, hablamos de literatura, el arte mayor que lo apasiona desde 1926, año en que publica **Raza Ciega**, compendio de sus primeros cuantos, desde San José, su ciudad natal, cierra su ciclo más rico al editar, en 1933 **Sombras sobre la tierra** En estas dos obras descansa buena parte de la fortuna literaria de este escritor refinado, algo lírico, proclive al énfasis social. En los

cuentos, impecable ejercicio de estilo, surge el campesino rústico acosado por grandezas y miserias cotidianas, en Sombras completa la radiografía de un mundo provinciano que expulsa a la gente o la margina en tabernas y burdeles pueblerinos

«Estaba angustiado», memora «quería creer y no podía, así que empecé a compadecerme, esa compasión me desbordó y reflujo en los demás tal vez porque Unamuno acierta cuando dice que amar es compadecer. En esos años mi capacidad de amar se proyectó, fatalmente, sobre los más desdichados, de ahí mi conocimiento profundo del ambiente perdido», explica

En el tragicómico suicidio de un enano o en el suicidio de la joven prostituta aflora la ternura del escritor que se convierte, llegado el caso, en implacable cronista de un día de elecciones o en protagonista de una noche de vino y de guitarras. De ese modo, el debutante se volvió niño prodigio y sus primeros pinitos quedaron impresos entre las mejores páginas de la literatura oriental, desde entonces su nombre se liga a una especie extinguida de creadores como Rómulo Gallegos o Graciliano Ramos, es decir, en la primera de las cinco olas de narradores latinoamericanos del siglo XX

Es cierto que su producción no creció luego al compás de su fama literaria, que una pieza teatral, algunos cuentos, un ensayo sobre estética y tres fragmentos de **Don Juan, el zorro** (la que será su segunda, esperada novela) no colmaron las expectativas. Pero restringir el influjo de Espinola a sus escritos, a su morosa actividad, es negarse a entender el magisterio sutil e indiscutido que comparte un Uruguay con otro monstruo sagrado, Juan Carlos Onetti, el nihilista genial de *La vida breve*. Si Onetti ha sido el gran solitario, Paco fue el gran extrovertido: el animador de las peñas literarias y de las otras, el contador de historias, el profesor de literatura.

«El uruguayo es un tipo profundo», comienza a liar un cigarrillo. «Andá a un boliche y escuchá a la gente sin cultura, en copas», pasa su lengua por la hojilla de la cual sobresalen hebras de tabaco rubio. «Verás que la charla toma una coloración grave, profunda, como si tuviéramos siempre la necesidad de estar en cosas importantes», lo enciende y suelta una bocanada de humo.

Ahí está, con su figura de romántico demodé: traje y corbata oscuros, camisa blanca bajo el sobretodo negro, la mano derecha sosteniendo su cabeza, los dedos sobre un cabello oscuro, sin canas, y los ojitos chispeando tras el cristal de las gafas, sólo le falta una flor en la mano para completar una imagen fugada de un daguerrotipo.

Sobre el escritorio tallado en cedro descansa un oxidado rifle Remington. En 1935, el autor de Sombras lo empuñó en el combate de Paso Morlán. Se describe de melena al viento, levita negra, cuello de palomita y zapatos de charol (*«porque no tuve tiempo de cambiarme la ropa ni de ir al peluquero ¿sabés?»*), revisto entre los alzados contra Gabriel Terra.

«Al primer batallón que se nos vino encima lo sacamos cortito, pero cayó la noche, sabíamos que el gobierno mandaba refuerzos para cazarlos dentro del monte, así que cargamos los heridos y salimos en la oscuridad rumbo al norte buscando unos a las tropas de Basilio Muñoz. Pero de madrugada ya nos tenían rodeados. Nos quedan ciento diez tiros, dijo uno. Los jefes deliberaron largo rato; yo era soldado raso pero igual escuchaba, algunos querían aguantar lo que viniera, pero Antonio Paseyro dijo no podemos sacrificar tanta gente y corrieron la orden de entregarse. Nadie quería rendirse, muchos lloraban, y en eso pensé que no era bueno que entregara mi fusil, así que lo puse al pie de un tala».

Ese Remington al que Paco le hizo una muesca en la culata por si alguna vez volvía a sus manos, lo reencontró veinte años después, cuando el entonces presidente uruguayo Luis Batlle Berres, otro revolucionario en la misma

gesta, lo rescató de un arsenal y se lo devolvió «Carajo, qué emoción. Una mañana dos soldados golpean la puerta de mi casa y me entregan el arma. Se la manda el presidente de la república, dijeron, y casi me cargo redondo» Acañando la culata, el dedo índice sobre la muestra, murmura con voz melancólica «No te imaginás lo que fue aquella revolución. nunca fue más linda la vida, ahí sí conocí a mi gente» Se oye el silbido de una sirena policial. Paco menece la cabeza «Hoy la gente, el Uruguay está achucado, pero el hombre, qué joder, sigue siendo el mismo. escarbalo un poquito y te encontrás con el soldado de Artigas, con el mismo espíritu de antes bajo esa apariencia seriosa que tenemos los uruguayos»

Serrote solemne, así es Espínola aunque lo matiza con humos, con ternura, ingredientes que asoman en sus escritos, aún en los más íntimos como en la carta que le envía al filósofo Carlos Vaz Ferreira desde el frente revolucionario «Se sintieron unos tiros. Yo había podido conseguir, hacía un momento, un tarro de conservas de durazno que encargué a uno que tenía que pasar por una pulpería. Cuando oí los tiros, hundi mi cuchillo en la lata, me eché al suelo, detrás de un árbol e indiferente a todo me comí casi todo el contenido»

« ¡ Ah, si me hubieras visto »¹, se ríe. Que imagen aquella la del escritor atildado, ya célebre marchando a los saltos sobre la tierra arada junto a sus paisanos. « *Tenia que cargar con mi cruz, ch'hermano. Mi bisabuelo, fundador del partido blanco en Carpintería, cuando se estrenaron las divisas blanca y colorada. Mi abuelo, que durante el sitio de Montevideo más de una vez cuidó la tropilla de azulejos de Manuel Oribe. Mi padre y mis tíos marcharon de poncho blanco junto a Aparicio Saravia. Así que anda viendo si tenía pedigre, si tenía obligación de estar allí* »

Colgado en la pared, en lugar preferente, reposa el mohoso clarín de Camunda. « *el negro corneta que acompañó a Aparicio en el noventa y siete, porque antes, ¿sabés?*, las ordenes se daban con clarines y a los sones de ese clarín que ves ahí galoparon mi padre y mis tíos » El clarín, un jirón de la época uruguaya, se lo entregó a Paco en los años cincuenta un anciano asistente de Acevedo Díaz. « *Cuando me muera* », pide, « *tendré que ir al Museo Histórico Nacional* »

No lo habíamos convocado expresamente, pero sin querer asoma en la conversación el fantasma de Juan Carlos, el protagonista de **Sombras sobre la tierra** cuando asume la inutilidad de su militancia política (« *Quién ganará nada? Ni nosotros ni ellos. ¡Nadie!* »), se desespera en

un día de elecciones el personaje literario») Casi cuarenta años después aquel gesto de impotencia de Juan Carlos se torna decisión: es el escritor, es Paco quien con toda tradición a cuestas, se afilia al partido comunista. ¿Cómo es posible?, le pregunto. *«Juan Carlos no pudo sacarse los lazos tradicionales en aquel momento. Pero años después para mí fue distinto. ¿Vos recordás lo que Juan Carlos le dice a un amigo? No se trata de abandonar vivos sino muertos. El año pasado, después de mucho penar comprendí que si seguía así abandonaba a mis muertos dejando morir a los vivos de hambre y ahí me decidí: no fue fácil».*

Charlar con Espínola es evocar continuamente, entre mate y cigarrillos armados asoma el San José de su juventud, los nombres de sus primeros amigos, alguno de ellos poetas, buenos poetas, aclara, cuenta cosas de cuando se vino a Montevideo a vivir en una pensión, siguiendo la senda de tantos estudiantes jóvenes del interior. *«años difíciles pero lindísimos»*, aclara, para él, recordar y amar es la misma cosa porque, según afirma, la raíz sanscrita de ambos verbos es idéntica. *«Por eso el amor es una subversión de la naturaleza: se tiene presente lo que está ausente»*, sentencia.

La llama de un fósforo al encender el cigarrillo realza su rostro anguloso, de mandíbula salida, con gestos que de vez en cuando evidencian sus orígenes paisanos. Suspira. Está claro que se distiende cuando abandona los temas políticos, que no son los suyos. Quien reunió la doble condición de intelectual y hombre de acción prefiere hoy rehuir las discusiones de política y hablar con amor de su tierra, de sus dos hijos, de su devoción por Carlos Gardel (*«uno que no se mareó por la fama y la fortuna, que nunca olvidó a sus amigos»*) y de una comida que compartió alguna vez en Varsovia con Yllya Ehrenburg.

Se dice inquieto por la falta de formación cultural profunda que hoy advierte, carencia que adjudica a las pocas lecturas serias porque *«como dijo Claudel y muchos olvidan, leer es un acto grave»*. Prosigue a las risas, antes de dar vuelta el mate: *«Imaginate ahora se abren escuelas para enseñar a leer ligero»*. Se pregunta cómo leer ligero a Homero, por ejemplo. Sin embargo, admite que hay menos cultura porque *«el hombre moderno tiene muchas preocupaciones, y esas sí que te aman (el hermano, te siguen por todas partes)»*.

Justamente, a las *«múltiples y responsabilizadoras tareas»* que lo absorbieron desde siempre achaca la lentitud con que escribe, característica que suelen reprocharle

«Siempre tuve que estudiar mucho porque nunca se sabe lo suficiente cuando uno se enfrenta a un joven ansioso por aprender, ¡si es imponente eso!» No le gusta, en cambio, que le insinuen que tal vez le pesó mucho la responsabilidad de mantener el nivel de su primera novela, aunque admite en esa morosidad *«pudieron obrar causas subconcientes difíciles de señalar porque la ciencia avanzó en todo menos en conocer el interior del hombre»*. Además como justificándose, anuncia que sigue trabajando en **Don Juan, el zorro**, cuyos tres fragmentos conocidos, editados en 1968, permitieron a la crítica vaticinar *«una obra redonda, de estilo geométrico y de ambiciones ecuménicas»*

Sus horas laborales, ahora que renunció a la docencia, se reparten entre la Facultad de Humanidades cuya revista dirige y la asesoría cultura que presta el canal 5 Sobre la onda estatal de televisión a la cual sigue unido a pesar de la decepción sufrida años atrás cuando su ciclo de charlas literarias televisadas fue clausurado intempestivamente (*«nunca me dieron razones»*, deplora). Cosa curiosa en un hombre de su generación, el interés que muestra por la TV, un medio que, según dice, le permite *«estar en contacto con lo que pasa en el país y en el mundo»* y admirar de paso a sus artistas preferidos, los actores de Jaujarana, un programa humorístico que sigue religiosamente porque *«ellos logran con inteligencia y sobriedad*

algo tan difícil como es hacer reír a la gente» El resto de su tiempo lo dedica a leer febrilmente *«porque soy viejo y me voy a morir, y antes de irme quiero enterarme de todo lo que este mundo contiene»*

A los setenta y un años siente que no puede esperar más de lo que ha recibido en la vida *«que fue de gran generosidad conmigo»*. Aunque vive en austeridad, a pesar de los tragos amargos, se declara contento y expresa *«gratitud por todo»*. En ese agradecimiento incluye *«a la gente que me abraza por la calle, al guarda del ómnibus que esta mañana no me quiso cobrar el boleto porque hace veinte años fue mi alumno»*. En suma, está agradecido a un pueblo que lo distingue que lo ha querido desde sus años del San José de los comienzos, que lo ha admirado como escritor, como uruguayo visceral, como narrador verbal y maestro de generaciones. Y a la hora de hacer un balance, concluye *«no tengo de qué quejarme, bueno estaría»*. A la gente que se amarga por nada, le recuerdo aquella última frase de Toulouse Lautrec desde su lecho de muerte, dirigida a su madre: ¡Qué bella es la vida! Y eso lo dijo Toulouse, un tipo que soportó todas las desgracias. ¿Qué derecho tengo yo a decir otra cosa?

Antonio Mercader

1972

FRANCISCO ESPÍNOLA

Francisco “Paco” Espínola nació en San José de Mayo el 4 de Octubre de 1901. En esa ciudad, de la cual también eran oriundos sus padres Francisco Espínola y Justina Cabrera, realizó estudios primarios y secundarios, trasladándose luego a Montevideo, donde comenzó a cursar Preparatorios de Medicina. Sin embargo su verdadera vocación era la creación literaria. Narrador, ensayista, dramaturgo y maestro de varias generaciones, inició su trayectoria creativa en el periodismo, llegando a colaborar en diversos medios como - por ejemplo -, la revista “Mundo Uruguayo”.

Su vida tuvo las emociones propias de un ser humano entregado a los desafíos de la pasión, el intelecto y los grandes ideales. Participó en el levantamiento armado contra el gobierno de Terra, comenzado a fines de 1934 y que continuó a comienzos de 1935, cayendo prisionero durante la acción de Paso de Morlán, vivencia que el propio autor registra en una personalísima crónica epistolar dirigida a Carlos Vaz Ferreira.

Lector voraz y consumado orador, que fascinaba al auditorio mediante una apelación conativa no exenta de cierta magia inimitable, este autor se dedicó precozmente a la creación narrativa, llegando a publicar -a los 25 años de edad-, **Raza Ciega** en 1926.

Obsesivo corrector de sus propios textos, la demora entre publicación y publicación confirmaba ese afán perfeccionista que combinaba el rigor de la técnica con el oficio de la escritura y un inefable carácter localista. Espínola alternó este universo creativo con una docencia magistral que marcó a fuego el legado intelectual de diversas generaciones. Profesor en el Instituto Normal en Enseñanza Secundaria y en la Facultad de Humanidades su obra no sólo quedó plasmada en títulos como **Sombras sobre la tierra** (1935) o **El rapto y otros cuentos** (1950) sino en memorables conferencias sobre múltiples temas que iban desde la figura de Carlos Gardel hasta la colera de Aquiles, pasando por cursos antológicos de “Análisis y composición literaria” relectura de los clásicos grecolatinos, autores nacionales y un exhaustivo estudio sobre el primer acto de **Hamlet**, de William Shakespeare.

Esa capacidad exploratoria lo hizo internarse, además, en el difícil territorio de la literatura infantil para crear un verdadero clásico como **Saltoncito** (1930) o apostar a la literatura dramática en **La fuga en el espejo**, que fuera estrenada en 1937. En todas sus obras aparece ese toque de acertada construcción formal e intuitiva artesanía para seleccionar términos y pulir la articulación de fragmentos que, por momentos, alcanzan un grado óptimo de relación entre forma y contenido.

Viajo a Europa en 1948 y en 1958. En esta última oportunidad integró la delegación de nuestro país a la X Conferencia General de UNESCO conjuntamente con el Ministro de Relaciones Exteriores, Profesor Oscar Secco Ellauri y con el Dr. Arturo Ardao. Su personalidad carismática y su cultura, rigor conceptual y amplio dominio disciplinar hizo que su figura no pasara desapercibida por el Viejo Mundo. En París dejó un permanente recuerdo en las peñas de los cafés literarios que celebraban los intelectuales latinoamericanos y en el "Grand Hotel Saint Michel" ubicado en el N° 19 de la Rue Cujas que ha ocupado un lugar propio en el imaginario colectivo de la intelectualidad uruguaya.

El carácter de hombre de San José marcó definitivamente a Espínola, que sobre todo situó en zonas suburbanas de esa localidad, los escenarios propios de la novela objeto de esta edición. De esta manera **Sombras sobre la tierra** no solo propone una mirada compasiva de los desposeídos sino, también, el entrañable rescate de personajes reales como Basilia Castro de Silva, amor que causó indeleble huella en el escritor.

Francisco Espínola falleció el 26 de Junio de 1973. Su primer matrimonio con su prima Raquel Berto Oribe, de breve duración, no tuvo descendencia. De su segundo matrimonio con Ana Raquel Baruch (Dolly) tuvo dos hi-

jos Carlos nacido en 1943 y María Mercedes (Mecha nacida en 1949

En la vida del autor se publicaron las siguientes obras: «Raza Ciega» (Cuentos La Cruz del Sur, Montevideo 1926 reimpresión en la Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos, Montevideo 1963), «Saltoncito» (Relatos para niños, Impresora Uruguay, Montevideo 1930 con ilustraciones de Luis Scarpini, en ediciones posteriores fue ilustrada por Mario Spallanzani, Henry José Cortazzo, Guillermo Fernandez, en 1988 esta obra fue editada para ciegos por la Fundación Braille del Uruguay), «Sombras sobre la Tierra» (Novela, Sociedad Amigos del Libro Rioplatense Impresora Uruguay S A Montevideo 1933, para el detalle de las ediciones posteriores de esta obra, véase el criterio de la presente edición) «La Fuga en el Espejo» (Drama-Pantomima, Editorial Alba, Montevideo, 1937), «Las ratas» (El Faro, Montevideo, 1945) «El Rapto y otros cuentos» (Número, Montevideo, 1950), «Milón o el ser del Circo (Ensayo Homeje a Paul Valéry Ensayo, Impresora Uruguay, Montevideo, 1954), «Antología» (Edición homenaje del Liceo de San José, 1957) «Discurso de San José de Mayo» (Pronunciado en el Liceo Departamental el 5 de octubre de 1957, Impresora As Montevideo, 1957 reimpreso en 1977 por la Junta Departamental de San José), «Tres Cuentos las cinco, ¡Qué lástima!, Rancho en la noche» (Facultad de Humanidades

y Ciencias. Universidad de la República, Montevideo, 1959) «Cuentos» (Reúne los cuentos de «Raza Ciega», «Saltoncito», «El rapto y otros cuentos» y se agregan «Las ratas», «El milagro del hermano Simplicio» y «Rodríguez», Universidad de la República, Colección Letras Nacionales Vol I Impresora Rex, Montevideo 1961), «Tres relatos de Don Juan, el Zorro» (Edición anotada por Carlos Maggi, Centro Editorial de América Latina Buenos Aires 1968), «Los últimos cuentos» (por Francisco Espínola y otros, Colección La Invención Editorial Giron, Montevideo, 1972)

En forma póstuma se publicaron «Don Juan, el Zorro» (Edición a cargo por Arturo Scigio Visca y Wilfredo Penco, Editorial Arca, Montevideo, 1984, reimpresa en 1991) «Veladas del fogón» (Editorial Arca Montevideo, 1985); «El Paco en París» (Recopilación de artículos sobre su viaje a París aparecidos en el Diario «El País» de Montevideo, Editorial Tiempo Uruguayo, París 1984, «Última Crónica» de Justino Zabala Muniz (Anotaciones de Francisco Espínola, Ediciones de Nuevo Mundo, Montevideo, 1987) «Cuentos Completos» (Agrega «La Yraraca» completando a 17 la totalidad de sus cuentos (Editorial Arca Montevideo, 1988, reimpreso en 1990)

Prologó las siguiente obras «El gato con Botas» de Angel Curotto (Colombino Hermanos, Montevideo 1941), «Hombres» de Juan José Morosoli (Editorial Cultura americana, Montevideo, 1942), «Ismael» de Eduardo

Acevedo Díaz (Editorial Jackson Buenos Aires, 1945) «Barlovento» de Carlos Salvagno Campos (Librería Universitaria, Montevideo, 1950); «Catálogo de la Exposición de Joaquín Torres García» (Ministerio de Instrucción Pública, Talleres Torres García, Montevideo 1951), «Espejito' e cachimba» de Humberto Correa (Corporación Gráfica Montevideo, 1961), «Hombres tierras y ganados» de Esteban F Campal (Talleres Gráficos 33, Montevideo, 1962, reimpresso por Arca en 1967), «Soledad» y «El combate de la tapera» de Eduardo Acevedo Díaz (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos Vol 15 Imprenta Uruguaya S A, Montevideo, 1954 y Editorial Río de la Plata Montevideo, 1963), «Cuentos confidencia confesiones» de Rodolfo V Talice (Arca Montevideo, 1969), Máximo C Maneiro Vázquez «S A » (El Siglo Ilustrado Montevideo, 1971).

Se encuentra publicada parcialmente su correspondencia con Carlos Vaz Ferreira y Esther de Caceres. De los reportajes que le fueran realizados mencionamos «Autobiografía» (publicada fragmentariamente en «Capítulo Orienta - la historia de la literatura uruguayal» N° 26, Montevideo, 1968 y «Francisco Espínola», fascículo 15 de Literatura Uruguaya Diario «La Mañana», Montevideo, 1989), «Tres preguntas y sus respuestas» (Diario «El País», pagina «Artes y Letras», 21-I-1962) «Última Entrevista»

por Antonio Mercader para la Revista «Siete días ilustrados», de Buenos Aires

Registros grabados con la voz de Francisco Espínola «Francisco Espínola narra sus cuentos» (Disco de 78", Sello ANTAR. S O D R E , Uruguay década de 1960, «Paco comenta» (Contiene «El Hombre pálido», «¡Que lástima!» y «Rodríguez»), Cassette Ayuí Uruguay, 1987, «Composición de sus Cuentos "¡Qué lástima!" y "Rodríguez"», y «Ciclo de Charlas "Los creadores actuales en la Literatura Nacional" organizado por los Centros de Derecho, Economía y Notariado en el Salón de Actos del Sindicato Médico del Uruguay»

Bibliografía sobre Francisco Espínola y su obra Alcides Abella: Prólogo a Cuentos de F G (Edic Banda Oriental -EBO- Mud , 1980) Fernando Ainsa «Una alegoría existencial el reino sagrado de las «condenadas» sobre la tierra (Revista de la Biblioteca Nacional entrega en homenaje a Francisco Espínola, N° 8, Montevideo Diciembre 1974), Jorge Albistur «Don Juan, el Zorro Con Espínola hemos tenido un clásico» («La Semana», Semanario Montevideano 14-IV-1984); Jorge Arbistur «La mentira de Don Juan, el Zorro» («La Semana», Montevideo 15-IX-1984), Juan Carlos Alles «Confecciones de Francisco Espínola» («Mundo Uruguayo» N° 773 Montevideo 14-XII-1933), Enrique Anderson Imbert «Francisco Espínola en Historia de la Literatura Hispanoamericana» (Fondo de Cul-

tura Económica , Vol II Méx 1992), Jorge Arbeleche y Graciela Mántaras «Panorama de la Literatura Uruguaya (Entre 1915 y 1945)» (Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1995), Mario Arregui «Unas sombras que siguen vivas» (Semanario «Marcha» 16-XII-1966), Mario Arregui Conferencia sobre Francisco Espíndola en el ciclo de Homenaje de la casa del Autor Nacional grabación (Mud P-VII 1983) «Mario Arregui «Ramos Generales (Ed Arca, Mud 1985), Mario Benedetti «Ha editado la Universidad de la República los relatos de Espínola» (Diario «La Mañana», 8-IX-1961 9-IX-61), Mario Benedetti «El cuento como arte» en «Literatura Uruguaya del Siglo XX» (Editorial Alfa 1963), Mario Benedetti «Francisco Espíndola» en «Diccionario de la Literatura Uruguaya» (Arca- Credisol, Montevideo 1989), Elina Berro «Conversación con Espínola» (Diario «El País», 5-IX-62), Esther de Cáceres Prólogo a «Milón o el ser del circo» (Montevideo, 1954), Esther de Cáceres Prólogo a «Raza Ciega y otros Cuentos» (Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, vol 117, Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S A , Montevideo, 1967), Margarita Carriquiry «Apuntes para una tipología de los personajes de Francisco Espínola» y «El Infierno deshabitado un concepto revelador» en «Francisco Espínola después del silencio (Editorial Arca, Montevideo 1987), Julio J Casal «Exposición de la poesía uruguaya desde sus orígenes hasta 1940» (Editorial Cla-

ridad Buenos Aires, 1940). Guido Castillo «Tres fragmentos de Don Juan, el Zorro de Francisco Espínola» (Revista «Entregas de La Licorne» N° 4, Agosto 1954, reeditado en «Cuadernos de Literatura» N° 6, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo 1968), Enrique Centrón «Sombras sobre la tierra» (Semanario «Acción», Marzo a julio 1934), Uruguay Cortazzo y Graciela Tognacca Análisis de «El hombre pálido» «Análisis de las variantes» (Revista de la Biblioteca Nacional, cit), «Diccionario de Literatura Uruguaya» (3 vols. Editorial Arca, Montevideo 1987-1991), Santiago Dossetti «Mis recuerdos de Francisco Espínola» (Revista de la Biblioteca Nacional, cit), Equipo de Profesores de Literatura de Interior y Montevideo «Muestra de Literatura Uruguaya» (2a Edición, Tradinco S A. Montevideo, 2001), Enriqueta Espínola «Mi padre» (Editorial Ejido, Montevideo, 1968), Enrique Estrázulas «El Paco que yo conocí» (Revista de la Biblioteca Nacional, cit), José Fabbiani Ruiz «El ensamblaje sico-expresivo» (Diario «El Nacional», Caracas 6-III-1966), José Fabbiani Ruiz «Bajo un cielo duro y encapotado» (Diario «El Nacional», Caracas 12-III-66), José Fabbiani Ruiz: «Saltoncito o la realidad inefable» (Diario «El Nacional», Caracas. 17-IV-1966), Alvaro Figueredo «Los valores fausticos en la narrativa de Francisco Espínola» (Revista de la Biblioteca Nacional, cit), Manuel Flora Mora Conferencia sobre Francisco Espínola (Versión grabada en

Ciclo de Homenajes de la Casa del Autor Nacional Montevideo 1983), Julio Garet Mas «Letras Uruguayas» (Editorial Florensa & Lafon, Montevideo, s/f), Daniel Gil Conferencia sobre Francisco Espínola (Ciclo de Conferencias de los sábados, Montevideo, 1982), Daniel Gil «Psicoanálisis de "Las ratas"» (Version grabada en Ciclo de Homenajes de la Casa del Autor Nacional Montevideo 5-8-1983); Daniel Gil y Luis Zorrilla «Las ratas» Un recuerdo de infancia de Paco Espínola» (Talleres Gráficos Imprex, Montevideo, 1986), Norah Giraldi de Dei Cas «Aplicación del concepto de idea generativa» en el relato» (Revista de la Biblioteca Nacional cit), Joaquín Gonzalo «Francisco Espínola nos habla de la génesis y el mensaje de «Milon» o el ser del circo» (Diario «La Mañana», 19-X-1955), Alfredo Gravina «Redescubrimiento de un mundo» (Semanario «Marcha» 16-XII-1966), Luis Hierro Gambardella «Los cuentos de Francisco Espínola» (Diario «Acción» 1-X-1961), Roberto Ibáñez Prólogo a «La fuga en el espejo» (Editorial Alba, Montevideo, 1937), Pedro Leandro Ipuche «El yesquero del fantasma» (Editorial Biblioteca de Cultura Uruguaya, Montevideo, 1943), Junta Departamental de Montevideo «Homenaje al escritor Francisco Espínola» (Setiembre 6 de 1962), Ana Inés Larre Borges «Las veladas perdidas» (Prólogo a «Veladas del fogón», Editorial Arca, Montevideo 1985), Ana Inés Larre Borges «Paco Espínola ante la crítica» (Semanario

"Marcha". Montevideo, 18-VI-1987), Ana Inés Larre Borges «Francisco Espínola, poeta» (Biblioteca Nacional Departamento de Investigaciones Literarias, Montevideo, 1992), Ana Inés Larre Borges «Francisco Espínola, el último escritor nacional» (Semanario «Brecha» Montevideo, 1999), Lilia Longo Armendáriz (Véase Juan Justino da Rosa), Mirta Ana López «Francisco Espínola Una vida y la creación literaria» (Revista CINEDU, San José de Mayo, Uruguay, 1984), Mirta Ana López «Su mejor homenaje Leerlo» (Semanario "Hechos" San José de Mayo Uruguay, 21-VI-1985), Clotilde Luisi «Francisco Espínola» (Revista «Idea», Módena, 6-VII-1952), Carlos Maggi «Gardel, Onetti y algo más» (Editorial Alfa, Montevideo 1964), Carlos Maggi «Paco Espínola Vida y Obra» (Capítulo Oriental La historia de la literatura uruguaya N° 26, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968), Graciela Mántatas «Francisco Espínola Vida y obra» (La Casa del Estudiante, Montevideo, 1986) Carlos Martínez Moreno «Imagen múltiple de Francisco Espínola» (Texto Crítico N° 2, Universidad Veracruzana, México, 1975), Gustavo Martínez «El Hombre Pálido pentecostés de un maestro» «Rodríguez la magia del callar» en «Francisco Espínola después del silencio» (Arca, Montevideo 1987) Juan Carlos Mondragón «Espínola una lectura con lentes» y «Cuentan que contaba lindísimo» (Diario "La Hora", 27-VI- 1985 y 27-VI- 1987), Tatiana Oroño «Espínola»

(Editorial Técnica, Montevideo, 1991), Paco Espínola 1901-1973» (Suplemento especial del Diario "La Hora" Montevideo, 26-VI-1985), Alberto Paganini «Estremecida ternura por las cosas» (Semanario «Marcha» Montevideo 16-XII-1966); Ricardo Pallares Cárdenas «Rodríguez» la más alta expresión de la maestría de Espínola (Revista de la Biblioteca Nacional. cit.) Alejandro Paternain «Dos personajes y su autor» (Diario «El País» 29-IV-1962), reeditado en «Francisco Espínola después del silencio» (Arca, 1987), Wilfredo Penco «Don Juan, el Zorro» (Serie de notas en el Semanario «Correo de los Viernes» Montevideo, 4, 11, 18, 25 de V y 1-VI-1984), Luis Juan Piccardo «Aspectos de la técnica de Espínola a través de un pasaje de Don Juan, el Zorro» (Revista «Número», Julio-agosto 1950), Angel Rama «Caridad soterrada» (Semanario «Marcha» 13-X-1961); Angel Rama «Francisco Espínola I El cuento nativista» y «Francisco Espínola II La caridad soterrada» (Semanario «Marcha» 6-X-1961 y 13-X-1961), Angel Rama «El maestro Francisco Espínola» (Diario «El País» 6-XII-1957), Walter Rela «Contribución a la Bibliografía de la Literatura Uruguaya (1835-1962)» (Editorial Síntesis, Montevideo, 1986) Walter Rela «Diccionario de escritores uruguayos» (Ediciones de la Plaza, Montevideo 1986), Carlos Reyless «Historia Sintética de la Literatura Uruguaya» vol III (Editorial Alfredo Vila Montevideo, 1931), Emu

Rodríguez Monegal «Los treinta años de Sombras sobre la tierra» (Diario «El País» 13-II-1962), Emir Rodríguez Monegal «Literatura uruguaya del medio siglo» (Editorial Alfa, Montevideo, 1966); Juan Justino da Rosa «El Paco que yo conocí Reportaje a Casto Canel» (Revista de la Biblioteca Nacional, cit). Juan Justino da Rosa y Lilia Longo Armendáriz Análisis de «El hombre pálido» y «Análisis de las variantes» (Revista de la Biblioteca Nacional cit); Julio C da Rosa «Un viaje con Paco Espínola» (Revista de la Biblioteca Nacional cit); Jorge Ruffinelli «Don Paco, el narrador» (Semanario «Marcha», Montevideo, 25-XI-1968), Jorge Ruffinelli «Palabras en orden» (Editorial Universidad Veracruzana, México, 1985), Eneida Sansone «Sobre Sombras sobre la tierra» (Revista de la Biblioteca Nacional N° 8, cit), Silvia Sclavo «La narrativa de Francisco Espínola Claves críticas» (Editorial del Nuevo Mundo, Montevideo, 1987); Ciro Scoseria «La fuga en el espejo» (Diario «El Día» Junio de 1937), Graciela Tognacca (véase Uruguay Cortazo), Arturo Sergio Visca «Francisco Espínola» en «Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo» (Universidad de la República Montevideo, 1962), Arturo Sergio Visca «Soleidad y desolación» (Diario «El País» 22-IX-1963), Arturo Sergio Visca «Raza ciega» ha cumplido cuarenta años (Diario «El País», 2-I-1966), Arturo Sergio Visca. «Reedición de Sombras sobre la Tierra» (Diario «El País»

Diciembre de 1966), Arturo Sergio Visca «Francisco Espínola» en «Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo» (3 vols., EBO, Comunidad del Sur, Montevideo, 1968), Arturo Sergio Visca «Federico Espínola en aspectos de la Narrativa Criollista» (Montevideo, 1972) Arturo Sergio Visca «Los tres momentos de la narrativa de Espínola» (Revista de la Biblioteca Nacional N° 8, cit.), Arturo Sergio Visca «Federico Espínola en nueva Antología del Cuento Uruguayo» (Biblioteca Mayor, Ediciones de la Banda Oriental, S R L., Montevideo 1976) Arturo Sergio Visca Prólogo a «Cuentos Completos» de Francisco Espínola (Editorial Arca Montevideo, 1980), Arturo Sergio Visca «Don Juan, el Zorro Historia de una novela excepcional» (Prólogo a «Don Juan, el Zorro» Editorial Arca, Montevideo, 1984), Arturo Sergio Visca «Estudio sobre Francisco Espínola» (Fascículo de Literatura Uruguaya N° 14 dedicado a Francisco Espínola Diario «La Mañana», Editado por Sociedad Editora Uruguay S A Montevideo, 1989), Ida Vitale «¿Eso? Mágica, eso» (Diario «Epoca» 25 VI-1962), Luis Zorrilla (véase Daniel Gil), Alberto Zum Felde «Proceso Intelectual del Uruguay» (Editorial Claridad, Montevideo, 1941, Ediciones del Nuevo Mundo, 3 vols., Montevideo, 1967) Alberto Zum Felde Prólogo a «Sombrias sobre la Tierra», Alberto Zum Felde «La Narrativa en Hispano América» (Editorial Aguilar

Madrid, 1964), Alberto Zum Felde «Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana» (Editorial Guaranía, México 1955-1958). Existen además estudios de Gustavo Gallinal, Emilio Oribe y de Darío Ubilla

Roberto de Espada

Gustavo Iribarne

Abelardo M. García Viera

CRITERIO DE EDICIÓN

"Sombras sobre la tierra" fue publicada por primera vez por las Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, volumen 5º de la Colección, Montevideo- Buenos Aires, e impreso en los Talleres de Impresora Uruguaya S A , Cerrito esquina Juncal, Montevideo figurando en el colofón la fecha 24 de noviembre de 1933 La segunda edición la tomó a su cargo la Editorial Claridad, incluyéndola en la Biblioteca de Obras Famosas figurando como volumen 34 de la Colección, (San Jose 1641- 45 Buenos Aires 1939) La tercera edición corresponde a la publicada por el Centro de Estudiantes de Derecho (concesionario del Servicio de Librería de la Universidad) impresa en la Imprenta Nacional, (Montevideo, Uruguay, noviembre de 1966). La cuarta edición fue realizada por la Editorial Arca integrando la Colección Narrativa Latinoamericana, impresa en los Talleres de Imprenta Letras S.A , (La Paz 1825, Montevideo Uruguay, setiembre de 1969). La Editorial Arca reeditó esta obra en el año 1990

La presente edición ha sido cotejada con los cuatro ediciones realizadas en vida del autor. La primera y segunda edición no presentan variantes. Las siguientes han variado en la diagramación, presentando espaciados en interlineas que pautan tiempos y temas, apreciándose supresiones y agregados y variantes de lenguaje. Por tal razón, estas últimas ediciones fueron tomadas en cuenta para la preparación del texto en esta oportunidad.

Como Proemio se incluyen diversos estudios sobre Francisco Espínola y su obra realizados por Alberto Zum Felde, (publicado en «La Narrativa en Hispanoamérica», Editorial Aguilar, Madrid, 1964) y como Prólogo a la edición de "Sombras sobre la tierra" del año 1966, Santiago Dossetti (publicado en "Revista de la Biblioteca Nacional" N° 8, Entrega en Homenaje a Francisco Espínola, Diciembre de 1974), Arturo Sergio Visca (publicado en el Fascículo de Literatura Uruguaya dedicado a Francisco Espínola N° 14 por el Diario "La Mañana", Montevideo, 1989) y Encida Sansone (recopilado de la citada Revista de la Biblioteca Nacional).

Se ha incluido además Tres preguntas de Arturo Sergio Visca a Francisco Espínola y sus respuestas (publicación tomada del Diario "El País", página "Artes y Letras" del 21 de enero de 1962) la carta que Francisco Espínola enviara a Carlos Vaz Ferreira el 11 de febrero de 1935 historiando su participación en los hechos de armas

de 1934, y la "Última Entrevista" realizada a mediados de 1972 por el Dr. Antonio Mercader destinada a ser publicada en la Revista "Siete Días Ilustrados" de Buenos Aires

a Carlos Reyles

Y como llego cerca, viendo

la ciudad lloro sobre ella

SAN LUCAS

Ella dobla a la izquierda porque en un rancho, a la media cuadra, vive un perrazo malo y salidor Pero en la primera bocacalle tuerce a la derecha y sigue descendiendo

Es alta noche Marcha por una de las sendas que el tránsito mantiene entre yuyos y gujarros De cuando en cuando, hundidos en el fondo de los predios, ranchos mudos El callejon delante, a unas cuabras, se puebla apretadamente, a ambos lados, en un trecho de ochenta metros, hasta morir al pie del alto terraplén de la via férrea Se constituye entonces en la calle principal de una barriada Casuchas bajas algunas. Otras ni eso De ladrillo, de barro Recompuestas con latas y madera Apenas recortándose en la noche validas de la propia luz que sale hacia la calzada a oscuras La primera de estas casas tiene una puerta en

la ochava que la evidencia entre todas desde lejos . En ésa
lleva ella clavados los ojos cuando oye un ladrido

Se detiene

Silencio

El ladrido se repite, pero ya no inquieta

Continúa

Hay un aire fresco con olor a tierra húmeda Va
dejando a los lados cercas de alambre que rompió en por-
tillos el abandono de años Altos como hombres se desta-
can yuyos

En el pedregal hay un pausado resonar de cascos
Un caballo cruza el callejón Solo Hacia abajo Hacia el
río A paso lento, abatida la cabeza . ¡Como un hombre!

Lo deja pasar Sigue la marcha

Croan sapos, ahora Están en una charca que la últi-
ma lluvia aproximó hasta el camino llevándole fulgores
pálidos entre el pastizal

-¡Milonga! ¡Milonguita!

La llama así una voz aguardentosa, voz de una som-
bra desembocada tambaleante a pocos pasos

-¡Milonguita!

Se aproxima confiadamente hacia el cariñoso que
al inclinarse, trastabillea y cae casi sobre ella

Después de repetidos esfuerzos, él desiste de parar-
se Se sienta Vuelve a llamarla.

-¡Vení, no tengas miedo!

Ella vacila un instante Ladra

-¡Después que me caí por vos!- echa en cara el del
suelo al verla alejarse al trote

Se ven mejor la iniciación de la barriada Al frente,
el callejón abre dos brazos también con luces tendidas a la
noche Tienen, calle por medio, cañaverales que los ocul-
taban Por la puerta del corroído edificio en ochava se dis-
tinguen formas humanas Enfrente hay otra casucha, a la
que se sube por un muy alto escalón de piedra En el pri-
mero, un bulto se acurruca escasamente alumbrado por
detrás Delante a ambos costados en la oscuridad, cho-
ros débiles de luz Turbando algunos de estos haces se
mueven sombras densas

Alguien se desprende del mostrador que ahora se
advierte bien por la puerta ochavada se tambalea en el rec-
tangulo amarillo y se hunde en la calle negra

Milonga saca el cuerpo de un brinco para que el
encandilado no se la lleve por arriba Y queda plantada

Nadie duerme en estas casas. Todas tienen los por-
tales abiertos y mas o menos iluminados

Se oye estrépito de latas a tumbos Y un camión
aparece doblando por el callejón

-¡Pare en la luz, no más!

Del camión se desuelgan siete hombres dando un
gran salto Visten prendas criollas y puebleras Es gente de

las chaclas circundantes que viene por un rato y regresa en la madrugada

Surgen mujeres entre las luces de los portales componiéndose los vestidos y el cabello

El lugar se surca de voces

Milonga sube los dos escalones del bodegon

Hay un olor a caña De la que beben todos los que están junto al mostrador un hombrecillo cabizbajo, sentado en un banco, con su guitarra, dos vareadores de caballos pequeños como monos, en el rincón más lejano un indio oculto bajo gran sombrero

Quien despacha es un gigantón en camuseta con larga melena entrecana y un solo ojo Visto de perfil por el lado del ojo parece un santo Por el otro, algo feroz Porque, además, de la órbita vacía sale una cicatriz que termina en la quijada De frente el lado malo prima sobre el bueno, el ojo que no existe sobre el de dulce mirar

-¡Mir'a Milonguita!- exclama

Tres pardos que beben acodados sobre el mostrador se tornan, entonces

Milonga gana el interior del despacho Acariciada por el tuerto se inmoviliza, meneando el rabo Es de pelambre blanca la cachorra Con una como corbata renegrida alrededor del cuello

-¿Qué le ha pasao? -sigue el patrón - ¡Tres días sin venir amiga!

-Déle un medio'e masitas Yo la convido -dice
desvanecidamente el de la guitarra

Y en dúo se abre desde el grupo del mostrador

-¡Y a lo mejor, es fina!

Al Tuerto esto le parece sin sentido

-¿Y eso qué tiene?- replica volcando casi pegado a
la inclinada media cara bondadosa un bollón de vidrio
sobre el mostrador

Van cayendo pequeños bizcochos de formas diver-
sas, con coloreados ornamentos de azúcar

Los pone en el suelo. Vuelve a acariciar al animal

Al incorporarse, se dirige al extremo del salón, don-
de el hombrecillo y la guitarra se han quedado dormidos

-¡Hele! -reconviene al sacudirlo, dándole el lado
ciego- ¿Cómo es eso?

El borracho, antes de abrir los ojos, ha estrechado
contra sí el instrumento como para huir juntos Pero lo apoya
en seguida sobre las rodillas Y tiene una mirada inyectada
de sangre, tristísima.

Rasguea un poco Cuando se compone el pecho, le
viene un golpe de tos. Se estremece todo Recuesta la gui-
tarra a la pared. Se incorpora trepidando

Pasado el acceso, vuelve a su lugar enjugándose los
ojos con la mano

Su voz, que ha sido bella, surge ahora

*Cuando la suerte que es greta
fallando \ fallando
te largue parao*

Los pardos se tornan hacia el cantor porque mirando, se oye mejor

*Cuando estés bien en la via
sin rumbo, desesperado*

Milonga que ha husmeado las golosinas sin probarlas, se escurre por entre piernas Sale en dos saltos y atraviesa la calle Sube el escalón de enfrente, donde la mujer acurrucada ya no está Han cerrado la puerta

Escucha

Una cama comienza a cruji

Desciende, entonces Sabe por experiencia que, mientras cruje una cama, la puerta correspondiente no se abre aunque se la rasguñe

Viene uno de poncho, a caballo Pero no dobla en el callejón, sigue de largo Seguro a lo de Agueda que está a la vuelta O al holiche del Perro que queda poco más hacia afuera

-¡Milonga! ¡Milonguita!

Acude

Surge de un portal una mujer delgada y rubia en
cuyo rostro mariposean las sombras La alza en brazos y se
mete con ella por un pasadizo que ilumina un farol colgado
del techo

- ¡Tres días! ¡Tres días, pícara!- reconviene
oprimiéndola contra el corazón

La perla ha entornado los ojos

La muchacha tiene un largo traje blanco, sin mangas

Veras que todo es mentira -

llega desde el despacho de bebidas perdiendo palabras en
el trayecto

verás que nada es amor

Que al mundo nada le importa

¡Yira yira!

Aunque te quebre la vida

aunque te muerda el dolor

En habitación muy próxima se oyen voces Una se
destaca, bronca

- ¡La plata tampoco trae la felicidad! ¿A qué decir
que la plata ?

Por el pasadizo que hace años fue de ladrillos, como
lo denuncian todavía cuatro o cinco fáciles aún al tropiezo

un hombre ha seguido a la joven y a la perra. Y se detiene con ellas.

-¿Qué hacés? ¿Quieres pasar? - pregunta la muchacha al advertirlo, siempre abrazada a la perra, que ha abierto los ojos, contrariada.

Trasponen la puerta de una alcobita con piso de madera hundido en partes. Hay además de la cama, un ropero de espejo, dos sillas, una mesita. Junto a esta, en el suelo, una palangana y un calentador a media luz, con su caldera encima. Sobre la mesa, sentado, un rollizo muñeco de celuloide. En la pared, un cuadro de San Isidro, cuyo arado guía un ángel resplandeciente.

Se aspira una atmósfera de paja mojada.

El hombre pone el saco sobre una silla, ella, la perra en el suelo.

Se oyen voces en la calle. En seguida, pasos de mujer, presurosos, por el zaguán.

-¿Cómo te llamas?

-Margarita, ¿por qué? - responde la joven ya de espaldas sobre la cama.

-Y pa nombrarte.

Milonga decide echarse bajo la mesa.

-¡Bueno, pero sacá la perra, mujer!

Discuten. Luego, Milonga es empujada afuera.

La puerta se cierra.

Milonguita, en la calle, otea la noche La hunde al
trote

*Buscando un pecho fraterno
para morir abrazado
-clama el tango desde el boliche-
Cuando te dejan tirado
después de cunchar,
lo mismo que a mí,
cuando mueres que a tu lado
se prueban la ropa
que vas a dejar*

La llaman desde los portales Ella buscando el
medio de la calzada invadida por el pasto en grandes tre-
chos continúa imperturbable Hay ventanas que han sido
alargadas hasta el suelo y, ahora, son puertas donde las
prostitutas se independizan de sus patronas Por una entre-
abierta ve a una mujer acostada Debe de hallarse enferma
porque si no, a estas horas, no estaría bajo las cobijas y
sola

Llega al terraplén que limita el callejón Lo trepa
Se para entre los rieles de la vía del ferrocarril Suben de
los campos vahos frescos, perfumados Un ojo enorme
avanza, retrocede, avanza entre jadeos. Es una locomotora
que maniobra Un poco a la izquierda allá arriba, el pue-

blo se puntea de focos amarillentos. A su derecha, las grandes sombras del Molino y de las barracas, más negras que la noche. Y las de los bosques que ocultan el río.

Lanza un ladrido. Se escucha. Vuelve a ladrar. Ladra al silencio. Como quien escupe hacia abajo desde un puente.

Ahora desciende al callejón por donde vino.

Tendido entre una casucha y un rancho de ladrillo y zinc, hay un corralón con un hueco al medio. Dentro, a pocos metros, se levantan dos piezas aisladas en el campito bajo un ombú que les ha rajado las paredes soliviantando los cimientos. Una de las piezas, con la puerta abierta de par en par, presenta como único mobiliaje, dos bancos largos y una rinconera que soporta una lámpara.

La perra se asoma allí. No ve a nadie. Oye una voz conocida en el otro cuarto. Alzándose sobre dos patas, rasguña la puerta que los comunica.

-¡Esa es Milonga, en fija!

Chirría una llave. El pelo en desorden, una mujer abre. Milonga se escurre hacia el interior. Hermosa golilla blanca se anuda al cuello un hombre, frente al espejo.

< > >

Ya ha dejado atrás la barriada. Va a quedar también a sus espaldas la charca de los sapos. Al tropecito, camino

del regreso, su fino oído percibe de pronto un extraño rumor en la calma nocturna

Se detiene

Son como ronquidos, allá, entre el oscuro yuyal

Husmea Se aproxima sin recelo Rodea el bulto tendido a lo largo en el pasto Torna agitada al callejón Regresa En eso escucha un trote y un metálico golpear, isócronos, del aldo del pueblo Milonga sale al encuentro del sargento de recorrida Se le cruza ladrando, corre hacia el yuyal, ladra vuelve trabando casi al caballo, huye de nuevo y ladra, enloquecida

El soldado detiene su cabalgadura Vacila Endereza al yuyal, la diestra sobre el revólver

-¡Ah, borracho de los diablos!

Desmonta Sacude al caído

-¡Arriba! ¡Esto no es fonda!

-¿Que hora es? -arrastra el de abajo

Abre los ojos Ayudado, se incorpora Recién entonces, con creciente abrumamiento, va comprendiendo el error padecido

-¡Vamos! ¡Marchá!

El soldado monta

-¡No, p' al Bajo no! ¡Pa la comisaría! ¿O es que te han quedao ganas de fiesta? . ¡Cuidao, cuidao con las piedras! . . ¡Firme, he dicho!

El borracho se cuadra al instante y luego, abre las piernas hasta lograr el perdido equilibrio

El soldado retrocede hacia el yuyal seguido por la perra Allí descabalgua Encendiendo fósforos rebusca en el suelo

Cuando el contraventor lo ve regresar, se pone tieso, cuadrándose militarmente otra vez Y siente algo fresco reconfortante en su cabeza Es el mustio sombrero chorreando agua

-¡Marchá!

Milonga se pone junto al trastabillante despertado, dispuesta a un lindo paseo con los tres Con su amigo, con el sargento y con el caballo No advierte que entre el croar que se acentua para luego irse debilitando hasta apagarse al amigo y a ella los va arreando por el callejón

-¡Juera! ¡Juera! le digo!

Con estas palabras, en la puerta de la comisaría el soldado de guardia le ha prohibido la entrada Y allí se planta ella, perpleja. La raída vestidura de su compañero brilla a la luz ahora, húmeda de rocío, como confeccionada con finísima tela

-¡Pa qué saldrá en libertad, si vuelve en seguida al calabozo!

Esto lo reflexiona en voz alta el pequeño guardiacivil que, puro casco, espada y pantalones, hace guardia

Rechinan trancas de hierro

-¡Juera, le digo!

Como saca el machete, ella huye perseguida por un casco que ha rodado al inclinarse su enardecido usufuctuante

Dobla, ya sola a la derecha, veloz Y a la cuadra, se escurre por la cuneta de desagüe de un alto muro

Da a patio espacioso, con un enorme ombú Bajo el corredor bastante iluminado hay tres puertas cerradas y una, más pequeña entreabierta A ésta se dirige Corresponde a la cocina Hay allí una mujer ya entrada en años Sentada en un sillón lee un libro, lejos de los ojos.

-¡Che, Nena! -grita al ver a la perrita- ¡Ahí tenes a tu hija!

-¿Eh? ¡Ya voy!

La voz de la que invisible, contesta, agrega, para alguien, más bajo:

-¡Bueno, adiós, señorcito! Y ya sabe la casa ¿A ver si no se pierde!

Pasos resueltos que se alejan por el corredor Y pasos menudos que llegan.

Surge una joven en la puerta de la cocina, arreglándose aún el pelo

-¿Adónde andabas, mala? ¡Mue qué horas!

Y la que llega recibe de la mujer sentada pequeño disco de lata a cambio del billete de un peso que le tiende

Es hermosa Tiene los ojos y los cabellos negros, la faz pálida, los labios acentuados con «rouge»

Ruido del gancho que mantiene entreabierto el zaguán

-Hay gente Póngale la arpillera en el cajón, así se duerme, ¿quiere?

La muchacha se inclina, guarda el disco de lata entre la media y la carne, bajo la liga, y sale apresurada

-¡Adelante! -se oye su voz alejándose por el corredor- ¡Pasen señores! Sí está. Pero está ocupada En cuando se desocupe ¡Pasen! ¡Pasen!

Milonga observa el arreglo de su cama El corazón le palpita con violencia, todavía El casco aquel rodando, era verdaderamente impresionante

Se mete dentro del pequeño cajón, tranquilizándose Y sierra los ojos, dichosa

Otra vez sentada en su sillón, la mujer entrada en años sonríe Recoge el libro lo distancia de sus ojos aun sonriendo Pero se pone grave de golpe, al recobrar turbamente el hilo de la lectura Y echa atrás la cabeza para alejar más el libro, ávida, la presbítica

Junto al mostrador de lo del Tuerto, un gigantón habla del mundo en tono amargo Es Bonifacio el peón del Molino ya duro de alcohol Un mulato retacón, echada atrás la cabeza, no pierde palabra, asombrado y conmovido En medio del pequeño salón, alrededor de una mesa

poblada de copas hay un grupo de hombres de golillas negras, envueltos en sus ponchos. Son «dolientes» que han llegado de un velorio próximo. Allí también se bebía fuerte. Pero tomar siempre en un mismo sitio, aburre. Todos, menos uno, están achicados, silenciosos, como si, aterridos, se estuvieran calentando alrededor de un fogón. Alto, cubierto el rostro por una barba inculta, el «doliente principal» preside el grupo con aire grave, circunspecto. Desde dos días atrás, desde que llegó de su «puesto» de «El Cautivo» llamado con urgencia de casa del hermano enfermo, nada se ha hecho allí sin consultarle. Y esto satisface una oscura aspiración. Su sombrero tiene una cinta de merino negro más ancha que la de los otros, como que es de cuatro dedos. También más que los otros está borracho. De cuando en cuando pega con la palma en la mesa, y exclama:

- ¡Sí, señor!

Hace un momento el viejo de la guitarra cantó un tango. Los enlutados, acomodándose en sus sillas, habían quedado de cara al cantor.

*Vida cruel y cobarde,
traicionera y feroz.*

reconvenía amargamente la voz cascada-

*me has basurao el alma
y después dicen que hay Dios!*

El «doliente principal» experimentó entonces un clarear en su conciencia. Como cuando cesa de pronto un viento fuerte y las cosas adquieren de nuevo su quietud. Su hermano, aun después de ser tendido en el cajón y de encendidas las velas, lo mantenía indiferente. Pero ahora, ahora sí, de golpe, comprende que está inmóvil para siempre, que la tapa, recostada ahora verticalmente a una de las paredes del rancho, va a adaptarse con exactitud al féretro dentro de poco. Y que ya no verá más al menor de los Carranza pasándose el dorso del índice por el bigote poblado. Un dolor profundo le estrujó la garganta.

-¡Sí, señor!- repitió dando otro golpe en la mesa. Luego agregó, compungido:

-¡Pobre el finadito mi hermano!- y se achicó al igual que los otros.

Pero se rehizo. Le pareció sentir que de él estaban dependiendo muchas cosas importantes. Golpeó con fuerza las manos. Y mandó servir otra vuelta. Mas la música, no ya las palabras, cuyo sentido perdía, los soncos de la guitarra, el acento del cantor, le agolpaban tristeza infinita. Un catre de tientos, unos bancos en el «puesto» de «El Cautivo» extraviado en la inmensidad del campo. ¡Ah! y

un perro y un caballo Y cincuenta años arriba del lomo
Eso era su vida, eso era todo

-¡Sí señor!

En una mesa próxima el trovero ha quedado
cavilante, entredormido, apoyado en su guitarra Arincon-
nado en lo más obscuro hay un indio bajito, hundido todo
bajo gran sombrero. Este indio bebiendo está desde tem-
prano de la noche Empecinada, se le ha aparecido una
imagen en la mente Es la de una flor La de una flor azul

Era una flor azul

Y su espíritu gira en derredor, gira y no arranca

El tuvo una flor en el ojal del saco, Era una flor
azul

-¡Buenas! Medio litro de caña A devolver la bote-
lla

Era una flor azul Tenía al medio una pintita blan-
ca Era .

-¿Cuatro reales? Está bien ¡Buenas!

Era una flor azul en el ojal del saco El se la fue
quitando despacio Hasta que ella largo la blanca mano
Pero al ir a agarrarla .

-¡Y cómo pudo ser de lindo el mundo! -clama el
gigantesco Bonifacio desde el mostrador- ¡Pero todo está
perdido! ¡No hay salida! ¡A ver eche otra vuelta a todos!
¡Y p'aquel de allí! ¡Usted mozo! -indica al de gran sombrero

Era una flor. ¿eh, yo?. Caña chica. Era una flor azul. ¡Grande no, chica! ¡Salú! Era una flor azul. Y ella tenía también azules los ojos. Y él un caballo de ancas.

-¿Hay guindao del bueno? Bueno, un medio litro.
¡Ah, y fósforos!

Era una flor azul junto a aquellos ojos azules llorando inmóviles, abiertos. Tenía un tallo largo y el siguió hacia el arroyo, la sacudía en la bombacha al caminar. Cuando la alzó a los ojos.

-¡Sí, señor!

Y una mano cae, esta vez casi acariciante, sobre la mesa de los enlutados.

Era una flor azul trizada ya. Abrió los dedos ahora inútiles. Cayo de la barranca. Iba hacia abajo, hacia el gran río, tendida sobre las aguas veloces, tirando de su tallo, la flor azul.

El viejo de la guitarra se compone el pecho con antigua, inconsciente prestancia.

Y tiene que dejar su instrumento e incorporarse, trepidando. Se sacude. El pecho resuena a latas viejas encerradas en un cuero. Pasado el acceso, toma asiento lagrimeante. Rasguea con un golpe seco.

Decí, por Dios, qué me has dado

canta-,

*que estoy tan cambiado
¡No sé más quién soy!*

-¿No convidás con un anís? ¡Parecés un ombu! Solo
y pura copa

Una fina mujercita de verdes ojos vivaces se le plantó
delante al solitario sombrero rudo. Viste largo traje blanco
sin mangas

El indio se acomoda en la silla con esfuerzo, y con
mayor esfuerzo atiende y dice

-A pagar lo que guste, mocita

-A ver, un anís. ¡Uff, estoy tan cansada!

Ella se sienta

Quedan mirándose en silencio, un rato. Después

-¿Qué decís- le dice ella sin preguntar, con una sonrisa
iluminada

- era una. Aquí andamos.

-¡Tenes una cara triste, te voy a decir. !

El consigue una sonrisa

El tango trata de elevarse, cauteloso, entre el catarro
siempre en inminencia de su cantor

*Ayer por miedo a matar
en vez de pelear
me puse a correr
Me vi a la sombra o finao,
pensé en no verte y temblé*

El tango gira en sus espíritus como viento entre hojas. Los ha juntado a todos menos al del indio del sombrero. Cuando, sin saberse cómo, la canción termina, el silencio se mantiene cual si aguardaran el eco.

-¿Vos has visto flores azules?- pregunta lento, casi con la garganta, él.

-¡Uff! ¡De todos colores!

-Son lindas, ¿eh?

Ella comprende que su compañero va a «quedarse» de caña. ¡Si lo pudiera arrastrar a su cuarto! Una «Dormida» así, casi no es «dormida». El cliente paga lo mismo, pero en cuanto se acuesta se queda como piedra. Y ella puede ir a otra pieza a trabajar allí. O descansar, dormir ella también. Como piedra.

- Era una flor azul. ¿Pa tu cuarto? Ya anduve con una, recién.

Ella no insiste. Apura el resto del vaso. Se incorpora.

-¡No te vayás! ¡Tomá otra, pues!

-No. Hay que trabajar, mi querido. ¿No te das cuenta de que no hay más remedio? Adiosito.

Frente a dos vasos vacíos el indio se queda solo. Pide otra caña. Le parece ahora que las conversaciones hubieran subido de tono. Le llega todo lo que dicen. Y el ruido de las copas que se enjuagan en un tarro. Se ha alejado de sí mismo y no consigue volver. Todo se ha ido con la mujer, a quien no desea, sin embargo, no la desea. Pero se

hace preciso estar con ella, acostarse con ella, si es necesario Ella tenía razón ¿Si a ella no se le acuestan, cómo va a vivir?

Se incorpora con trabajo Paga, de pie
Tambaleando, las piernas abiertas, sale Se recuesta a un árbol

-¿En cuál de aquellas luces estará?

Recorre, ansioso y dándose contra las paredes el
callejón Escudriña Inquiere Vuelve

-¿Una toda de blanco?- repite en el portal, a carcajadas la mujer Y grita hacia el interior

-Ché, Margarita, a ver si sos vos, vení.

Se abre una puerta

-¡Oh! ¡Qué andás haciendo!

¡Es ella! ¡Es ella!

El indio entra penosamente, los ojos como de pescado

Lo mira, ella

-¡Se ha cargado, el hombre! ¡Bueno venga conmigo!

La puerta se cierra. Ella coloca la caldera sobre el calentador Sin querer, ha movido la mesa, y el muñeco de celuloide se cae de costado La joven lo sienta, hablándole como a un niño

-¡Pobre m'hijito! ¿Se pegó fúcte? ¿Eh?

Después de quitarse las botas, lo demás es fácil. El indio se acuesta por fin. Y bien estrechada a él se tiende la muchacha.

Al cabo de un momento, ella se sorprende a pesar de sus previsiones. El no se mueve. Como si se hubiera quedado dormido al abrazarla, al pegarle la cara contra la cara, con los ojos abiertos, de pescado. ¡Y, sin embargo, dentro del ropero, bajo llave, están los cinco pesos!.

Era una flor azul. Era una... ¡Era un amor inmenso! ¡Era una mujer que no era india!

-¡Ay, querida! -dice el indio sin moverse ni presionar los brazos- ¡Ay, mi querida!

* * *

¿Como es que, a pesar de ser lunes y ya cerca de las once, andan aún dos muchachas por la plaza principal del pueblo? No hace frío, la noche es serena, pero aun así ¿es posible que dos mujeres, ni en el mejor de los casos acompañadas por un hombre, paseen por la plaza, los lunes, cuando las once se acercan? ¿Quiénes son la rubia esbelta, la regordota y morena que exteriorizan con tanta audacia su desaprensión? Pero, ¡ah, no! No es por oposición a las tradiciones que, ya cerca de las once de la noche, andan dos muchachas hoy lunes. Se advierte bien ahora porque, si bien están contrariando una firme costumbre, no cami-

nan alrededor de la plaza, como lo haría un verdadero iconoclasta sino en un ángulo recto de treinta metros de lado que ostensiblemente limitan avenidas laterales. Esa norma consagrada que, hasta en los días festivos, cuando apiñada la gente se estorba, obliga a andar en anchas filas fuera de la acera, sobre el balastro rojo de la plaza, esa norma es respetada. Además, ¡si es que están nerviosas! Sobre todo la regordeta. A cada momento, cuando lo permiten los plátanos que bordean la acera, ella ojea el reloj de la torre de la Iglesia enfrentada a la plaza. Dentro de cinco minutos este reloj demasiado tremendo para el pueblo -tanto que en tiempo calmo, desensimisma hasta a varias leguas de distancia-, dará las once.

Las dos muchachas apresuran el paso. Llegan hasta donde debe llegarse, vuelven sobre sus pasos hasta el otro extremo establecido, tornan.

-¡Y nos vamos! ¿Qué vamos a hacer? ¡Ya van a ser las once!

Es la gordita quien habla. Le parece que los plátanos son compasivos monstruos con los brazos alzados de desesperación al verlas allí, ya cerca de las once, ¡hoy lunes!

-¡Pero Martín dijo que lo hallaría!

-Sí, pero

Y en eso se escucha un alto ruido como de cadenas. Y se abren en el silencio tremendas campanadas.

Un hombre cruza la calle hacia las abrumadas. Es alto. Tendrá poco más de veinte años.

-¡Por Dios, Juan Carlos! ¡Ya son las once! ¡Y nosotras, por ti en la plaza todavía!

-¿Pero qué pasa, Lala?

Mientras pregunta ha estrechado la mano de la regordeta, que está muda.

-¡Que has dicho que no irás mañana al cumpleaños!

-¿Y?

-Y Olga lo supo. ¡Y está!

-¡Será puro mujeres! ¿Qué voy a hacer allí?

-No se trata de eso. Que cualquier otro amigo no vaya bien. Pero que tú... ¡Eres malo con ella, Juan Carlos!

-¡Y me quieres hacer creer que soy su novio?

Ha alzado la cabeza. Los ojos le fulguran.

Pero los ojos de la rubia, claros ojos ardientes, también.

-¿Y me vas a hacer creer que no la quieres? -repregunta con rabia.

Ha erguido airada su cuerpo turbador.

La mirada del hombre se atempera. Permanece un momento silencioso.

-La quiero, sí -dice después, triste- ¡O yo que se! Pero

Ella da a sus palabras un tono mimante.

-Bueno -interrumpe- ¡No seas así! Yo le diré que más Y tú, mañana, serás el primero en llegar ¡Acompáñanos!

-Pero es que yo

-Usted tiene que ir Ya lo dijo Un hombre debe tener palabra Y a otra cosa

Ya han salido por fin de la plaza Puertas cerradas a la calle vacía Duermen ya, sin duda

- ¡Anoche te peleaste con uno! ¿Estás loco, Juan Carlos? ¡Que dirá la gente! ¡Mira si Olga se entera! ¡Hay que tener más juicio!

-¡Ah, sí! ¡Me iba a dejar provocar!

-¿Y para qué andabas andabas por ahí? ¡eso es muy feo!

La calle por donde van tiene a esa altura árboles en la acera que la oscurecen en círculos

-Es mejor que andar por aquí .

-¿Por el Centro?

-¡Claro que sí!

La voz de la joven tiene una extraña resonancia cuando, entrecortada, dice al cabo de un momento

-¡Me parece que tienes razón! Mira Juan Carlos, si yo fuera hombre

-¿Qué, Lala?

Por primera vez en lo que llevan caminando él mira con fijeza a aquella espléndida hembra

-¡Ay Juan Carlos, si yo fuera hombre sería como tú!

-¿Y pelearías con indios? - bromea él por alejar la
suspensión que está a punto de hacerse en su alma

En vez de contestar, ella reconviene

-¿Por qué te apuras?

El saca un cigarrillo. Se detiene al encender. Y am-
nora el paso

Lala guarda silencio. Juan Carlos se dirige a la otra
joven

-¿Usted va mañana al cumpleaños?

-¡Sí, como no!

-Y su novio, ¿ha venido a verla?

-¡No, pobre! ¿Tan lejos!

Concepcion ha llegado del campo a pasar una tem-
porada con Lala, su prima. Allí, en la lejana estancia, se
hizo de un novio estanciero. Y, ahora, todos los hombre le
parecen mejores que su novio, a quien quiere, sin embar-
go. Por eso, la regordeta está tan triste desde que llegó, y
acoquinada.

Lala lleva erguida la cabeza, prietos los labios lige-
ramente abultados aun así. Como camina aproximando los
omóplatos, le surgen más los senos firmes.

Van callados, ahora, hasta que llegan.

Lala sólo dice, al abrir la puerta de calle

-¡Bueno, adiós!

Juan Carlos desanda Meditabundo Cada vez mas
sombrió Entre chatas casas cerradas

* * *

Ya se desvistieron Concepción, sentada en la cama,
espera que la otra termine por fin de despeinarse Lala está
frente al espejo Es innecesario el lento y largo pasar del
peine Pero continúa Aparece a intervalos la mancha de la
axila, el nacimiento de los senos bajo la camisa de noche
Se ha lavado y el rostro está más pálido Pero los labios
apenas si han perdido el color Se contempla, fijos los ojos,
el alma ausente aunque atada a la imagen Cuando, brusca-
mente, comprende que ya no es posible despeinarse más,
revuelve aún entre los botecillos del tocador Luego, abre
su cama y se acuesta, también

-Concepción, ¿tienes sueño?

-Un poco

-Yo también Buenas noches,

Y mueve la llave de la luz

Al momento funda un codo y apoya la cabeza en la
mano

-Olga está loca por Juan Carlos- oye Concepción
en la oscuridad

-¿Sí?

-¡Sí, loca! Y él... él, en el fondo, la quiere. Pero ¿yo qué sé! ¡Es tan extraño! ¡Ah es extrañísimo! Cuando se enoja es un león. Y siempre tiene alguna mujer, ¿sabes? ¡Claro que eso no lo sabe Olga! Ahora vive con una llamada Nena

La gordita experimenta un interés embargador

-¿Es linda ella?

-¡Lindísima! ¡Esa sí que es linda!

-¿Y cómo lo sabes?

-¿Por quién va a ser sino por mi hermanito? ¡Pancho! Yo le saco cosas. Pancho sabe todo porque también él hace de las suyas. Pero Juan Carlos las hace en grande. Todo en Juan Carlos es así. Es más bueno que todos. Es más malo que todos.

-¡Oh! ¿Es malo? -salta Concepción acuciada por la curiosidad mientras la imagen de su gaucho amor se cae de espaldas.

-¿Estás loca, muchacha? ¡Que va a ser malo si es un santo!

-¡No, ya sé! Yo quería decir

-Y no es que lo diga yo. Todos todos lo dicen. Pero ¿sabes? ¿sabes? se enoja... ¡y adiós! Se lleva todo por delante. Entonces da miedo verlo. Se le arruga la frente, se le ponen los ojos como brasas.

-¿Tú lo has visto?

Concepcion esta sedienta de asombros

-¡Yo, no! Pero me lo imagino
Y Lala agrega en búsca, enérgica transición
-Yo tengo que arreglarlo con Olga ¡Ella es tan
buena! ¡Yo la quiero tanto! Y él, me hace mucho caso
-¡Y Olga es linda! A mí me parece muy linda
-Buena, más que linda Lo que se dice linda ¿sabes?
linda no es Pero ese aire esa bondad Linda,
no creo

Comienzan a rodar por sobre el pueblo, hacia los
campos, recónditas campanadas

-¡Jesús! ¡Mire qué horas! ¡Y nosotras todavía des-
piertas!

Exclamando esto, Concepcion se tapa hasta la ca-
beza.

* * *

Erguido el cuerpo, gacha la frente, Juan Carlos en-
tra al café.

Un jorobadito, al verlo se levanta sonriente de la
mesa en que está con varios indios

-¿No precisa nada?- pregunta estrando la garganta
para mirarlo

-Andá con tus amigos. Quiero estar solo. Pidan de
tomar

Se sienta en un rincón, en la penumbra. Una mueca va acentuándose. Retira del bolsillo un ajado papel. «Me despidió como aquel de quien una vez me hablaste».

«¡Adiós, soy ahora un ser inmortal!», vuelve a leer.

Es la última carta del joven que, allá en Córdoba, se abrió la frente de un pistoletazo.

—¿Y con esto qué hago, eh?— preguntase rabioso.

Le han traído un vaso de caña. Se lo vuela. Se ha puesto iracundo. De buena gana descavaría la fosa y sacudiría al muerto. Este deseo, al nacer, antes de concretarse en imágenes definidas, ya lo amarga y lo amilana. Pero, como por inercia, bajo el influjo de un envión, la escena se la representa. Y saltan a un tiempo un seco sollozo suyo y la cabeza del cadáver.

No lo han oído. Inseguro, sin embargo, no atreviéndose a mirar en derredor, tose, carraspea.

—¡Soy una bestia! ¡Pobrecito!

Una niebla sedante va envolviendo su pensamiento. Pide otra caña. Bajo tragos ahora espaciados, comienzan a surgir en la mente visiones pasadas. Cuando, después de años de estudio en Montevideo, él regresó al pueblo, estaba vacío, laxo y sin madre, ya Luis María era un niño al partur él. Ahora se había transformado en un adolescente con cara de marfil antiguo y grises ojos febriles. Reconoció en su compañía al Bajo, las «cachimbas». Lo siguió hasta los garitos, donde el muchacho con sus locas apuestas ha-

cía temblar el corazón de acero de los jugadores de oficio. Cuando el mal que en secreto iba minando el pecho hizo crisis en el joven, Juan Carlos lo acompañaba largas horas. Sentado junto al lecho lo veía morir. Su piedad acrecentó el cariño. Por distraerlo, narraba imaginadas, estafalarias aventuras en las tabernas y los callejones del Bajo. Para suplir las menguas de la imaginación comenzó a llevarle libros. En los alces que el mal daba al muchacho, hasta llevaba discos con grabaciones ilustres. Quería envolverlo en una atmósfera pura y esperanzada. Para acrecentarla trató, asimismo, de recordar lo que en sus años de estudio, había aprendido y no del todo olvidado, aunque no pensaba ya nunca en ello. Como era hornado e inocente, había dado fe, sin examen, a cuanto le enseñaron. En la actitud de aquel noble mozalbete de Francia que decía a su profesor de matemáticas: «No os comprendo, señor. Pero os creo porque sois un caballero». Además, ¡algunas de esas cosas eran tan bellas! Las revivía con nitidez junto al muchacho. Tenía éste una extraña acción sugeridora ahora, tendido en la cama, exangüe, silencioso y ávido. A su presencia, a Juan Carlos le subían a la memoria evocaciones claras. Habían estado dormidas largo tiempo en su conciencia sin que él se introdujera allí a despertarlas. Y ahora abrian puras y cristalinas las alas a su alrededor. Las veía flotar, las sentía contempladas por el muchacho arrobado y ya casi sin voz. A veces se complacía en improvisar sobre ellas, y se

alejaba en corazonadas divagaciones hasta la más aguda tensión del espíritu. El dulce enfermo cerraba los ojos para seguir mejor a Juan Carlos, para no perderlo.

Pero más tarde, en los bodegones del Bajo, en la soledad desamparada de su casa, (frente al retrato de su madre en ocasiones) aquellas ideas, aquellos sentimientos a los que había abierto de par en par, con candidez, el alma en su extrema juventud, fueron encarados por primera vez por Juan Carlos. Y otras experiencias, otras meditaciones hundidas también sin el menor contacto jamás con los otros comenzaron a surgir furtivas y a hacer su oposición. Comprendió que, en otros tiempos, había descubierto cosas en las que no creyó, sin embargo, o en las que no quiso creer y olvidó pronto porque él era un aquel entonces demasiado joven y fácilmente horrorizable para soportarlas. Se habían hundido todas en un pozo perdiendo su sentido. Pero para irrumper ahora como responsabilizándolo, como obligándolo a decidirse. Eran fantasmas tétricos, desoladores manchantes. Sacudían las construcciones armoniosas que antes amara con fe, las zamarreaban cual si hubieran estado asentadas en el aire. Y había un desmoronamiento de inocencias. La Verdad negra y yerta no dejaba nada en pie. Y se escurría ella, ella también ya sin formas dejándolo solo, hacia un hueco insondable cuyos bordes le resultaban a Juan Carlos más anchos que la conciencia humana. Claro que, junto al adolescente encendido de fiebres y de

ansias, se libraba muy bien de revelar lo que pasaba en su espíritu. Mantenía con insistencia aquello que él había perdido. Seguía agitándole ante los ojos visiones espléndidas. «El amor es una escala por la cual ascendemos -decía haciendo dulce su voz- Dios está cerca cuando estrechamos la mano de un amigo, cuando el hijo mira a la madre, cuando los amantes juntan sus labios. Pero hay más todavía. Y el alma sigue, de amor en amor, hasta allí donde se entrega en cándida e infinita beatitud». Así hablaba hasta desvanecer al muchacho en una amorosa, ciega languidez. A veces, con esa irascibilidad que le ha hecho dar y recibir muchos golpes, Juan Carlos sentía arranques de echarse sobre el otro y gritarle en el oído. «¡No creas lo que te digo! ¡Es mentira, idiota! ¡Yo por mi cuenta puedo inventar cosas tan lindas como éstas! . Una cosa es el deseo y otra la verdad. Mientras se piense con el deseo no será posible conocer nada, porque el deseo toma la delantera y va creando con qué satisfacerse». Entonces, remordido de su impulso, compadecido o necesitando ceder a su vez, aunque fuera un instante, se impulsaba en una idea hermosa y se cortaba solo. «Dios es el Bien, es la Belleza. » Y ponía un disco en la ortofónica. «Dios va a surgir de aquí, de junto a Beethoven. Cierra los ojos. Yo también cerraré los ojos. Y subiremos juntos». Entonces Beethoven le parecía más desolado y abandonado. Aquel amor que brotaba de la música, subía, bajaba, giraba sin conseguir apo-

yarse en nada. Y tan intenso amor posábase en la tierra. la abrazaba llorando y se quedaba mudo. O estallaba en coros de alegría que eran como el nuevo renacer de los deseos, como el empecinamiento en la esperanza. Pero Juan Carlos distinguía entre lo que era ansia creadora y lo que puede ser verdad. Subiendo, girando, descendiendo como la música, andaba su alma otra vez anhelante. Y posaba también en el mundo. Pero allí quedaba. De allí no volvía a tenderse hacia lo diáfano. El se sentía besar la tierra como se besa a alguien en medio de hostil soledad, en un recíproco compadecer, en una mutua representación del fin de ambos. Y, como quien, a medida que se hunde, va estirándose hacia arriba y subiendo las manos, su memoria traía le sin embargo las frases más luminosas para el muchacho agonizante. En varias oportunidades vio a su amigo en el límite mismo entre la vida y la muerte. Entonces, ante la inminencia del fin, hasta los téticos fantasmas de su espíritu temblaban de angustia. Hasta ellos mismos dejaban de ser algo negador para abrazarse, también gemebundos, a las blancas visiones maltrechas. Pero Juan Carlos mentía, seguía fingiendo como un actor. Paseaba por el cuarto, acentuaba sus palabras con ademanes armoniosos. Hacía rico en matices el timbre de voz. Y por su parte, cuando las angustias físicas de la falta de aire pasaban, el muchacho de espaldas en el lecho, pálido, entreabiertos los labios en actitud de entrega, daba sin temor su espíritu a la meculcada.

idea de la muerte, para gozar con ella febriles delirios. Entonces Juan Carlos se apresuraba con cualquier cosa de las que tenía a mano «¡Mira cómo el Dante va ascendiendo a través de las esencias!» Y una voz, ya cada vez más potente en su conciencia, al mismo tiempo le gritaba «¡Sí, en el desco! ¿Por qué te olvidas que él murió rabiando?» «¡Mira cómo asciende!» -seguía el- «Allá los coros de ángeles la Rosa Mística y la beatitud!» -insistía dando al rostro un aire transfigurado, al tiempo que se le helaba el corazón

Y ahora, desde el sanatorio de Córdoba donde se operaba el milagro del restablecimiento, la carta aútoz como un marronazo en la cabeza, como otro pistoletazo en la cabeza.

«Yo ya estuve al lado de la Muerte, en las orillas de la Muerte. Ahora, en la vida, me siento un desterrado. Nada tiene ya objeto para mí. La ausencia no me hizo olvidar lo que me enseñaste. El trasmundo que me abriste, me llama. Te quiero más que nunca, al perderte. A ti te debo todo. Siento en este instante, repetidas con tu acento, aquellas palabras aladas de tus lecturas «Huyamos hacia esa patria divina» Para peor, mi salud mejoraba. Y podría vivir, todavía, como los otros. No, quiero llegar al fin a «admirar aquellas esencias divinas» de que me hablabas, «aquellas esencias llenas de calma y beatitud que se desenvuelve en el seno de una luz tan pura como nosotros mismos» Juan

Carlos me despido como aquel que tú conoces. «¡Adios, soy ahora un ser inmortal!» Y te digo, al partir: «¿Cuándo estarás conmigo en el Paraíso?»

Juan Carlos se ha servido otra caña. Bebe. Elí, Elí ¿Lamma sabachthani? ⁽¹⁾ recuerda. Y el frío le cala los huesos.

-¡Pero querido! ¡Si Jesús se asustó!

Los ojos se le agrandan.

El es el culpable. Ahora ve al joven sucida recostado a la pared del cate. Por un hueco negro de la frente se le tiende un chorro negro sobre la cara. Y le habla. Le dice sin rencor y con amargura: «Me has muerto, Juan Carlos!» No dice más. Pero eso tiene muchos significados para el que está vivo: «Me has estallado!» «¡Quiero volver atrás!» «¡Quiero vivir, llorar, amar!» «¿Que es esta tan estrecho?» «¿Qué es esta tan horrorosa soledad?» Significa: ¿Lamma sabachthani?

Una mano que se le posa en el hombro, lo hace estremecer.

-¿Qué tal, Juan Carlos?

Es un joven de su misma edad. Toma asiento a su frente. Y pide de beber.

(1) Penúltimas palabras de Jesús en la cruz: «Señor, Señor!», por que me has abandonado?»

-¿Oh, Martín!

Y aferrándose a otra idea que le cruza, aunque es asimismo dolorosa, pregunta, con tal de salir de lo que lo ahoga

-¿No has ido a ver a la Nena?

-Estuvimos con Pancho esta tardecita

-¡Pobre Nena, tan buena! ¡Ay, Martín, yo soy una bestia!

-Yo no sé si volverme a amigar con la Coca. Me mandó buscar, ¿sabías?

Lo dice el recién llegado por cambiar la conversación. Pero, en seguida, siente necesidad de hablar de eso

-En el fondo ella me quiere. Yo estoy seguro

-¿Y?

-¿Te parece que no será feo después de tantas cosas? ¿Que no estará mal que?

De la mesa del jorobadito, agraciada por Martín con otra «vuelta», llega un triple ¡Salúd! a copa alzada

-¡Salúd! -contesta el invitante levantando su vaso

Juan Carlos bebe un trago. Enciende un cigarrillo. Echa una humada y se queda mirándola

Martín no osa hablar

Al cabo de un rato, Juan Carlos, que entre sus pensamientos halla sin querer el hilo de la conversación, arguye

-A la Coca le hacés un bien arreglándote con ella. Y el bien siempre está bien aunque esté mal. ¡Digo yo! Sabras se lo escuché una vez a mi madre. Yo le reprochaba lo santa que era con todos. Ella se sonrió y me dijo: Cuando el bien siempre está bien, aunque esté mal!

Luego cambiando el tono

-¿No tienes moretones?

A pesar de lo extemporáneo de la pregunta, Martín sabe que se refiere a la Nena

-¡No! -dice sin pensar. Y luego, ya reflexivamente- No le vi -agrega

-Quizá se peló los codos. ¡Y la sacudi del pelo! Así con una mano. ¡Qué bárbaro! -continúa doliente- ¡Soy una bestia! ¿Y se tiene derecho a leer algo, a pensar, a inquietar algo cuando se pega así, ¡ves!, y después se enreda el pelo entre los dedos y ¿Quién ha de responder a un corazón sucio?

Se yergue agitando los brazos enfurecido. Parece, así, más alto, muy alto.

Vuelve a caer en la silla. Sus palabras ahora, al otro muchacho le parecen pronunciadas en un idioma desconocido pues sólo le consiguen estremecerle, crecientemente, una inquietud opaca y dolorosa. Igual a una fuerza que lo sacudiera como a una vara.

-¡Y soy bueno sin embargo! -musita Juan Carlos al rato hundiendo la cabeza en el pecho, tal cual si una mano

gigante le agarrara desde la cabeza a la espalda oprimiendo hacia abajo Pero se libera Se estira

-¡Me estoy matando! ¿Dónde está mi sentido, mi sentido, mi sentido?

Su brazo se alarga hacia adelante Y viértase en la boca el vaso de caña sin tocarla con los labios, la cabeza tendida hacia atrás como quien se deguella

-¿Qué vida es ésta, Martín! ¿Qué hay que hacer, Martín?

El otro se debate como atado a un potro

-¡Pobre Martín! -exclama, asaltado por una súbita compasión- Te entristezco más con estas cosas, ¿verdad? Tú tienes tus cosas Y yo

Sus ojos están húmedos

-¡No digas eso! Yo estoy triste sí, pero no por mis cosas Por todo eso que dices y que no entiendo Por lo mismo que no soy capaz de comprender bien tendría que agradecerte que me hables como si fuera igual a ti

-¡No, si yo sé que no debo hablarte de esta manera! ¡No debo! Pero necesito hablar, hablar a alguien Y tiene que haber algo que mantiene nuestra esperanza Pero eso de tener esperanza sin saber en qué, es más horrible que no tenerla ¡Ay, Martín, a veces yo quisiera que todos los que amo se muriesen de golpe!

En el corazón de Martín un monstruo hace con su puño lúgubre badajo

Y en ese instante del extremo de la taberna, llegan los sones de una guitarra. Por la atmósfera cargada de caña y de humo se abre paso un huaino. Tímido, inocente, azorado. Hace la idea de una aparición cándida que se ha enfrentado, sin comprenderlo, a una presencia irremediable como la muerte. O cual si un recién nacido, por llorar, sonriera.

Juan Carlos trata de contenerse. Hasta que no puede más.

-¡Ay, vamos, que me ahogo!

Martín deja una moneda entre las copas. Salen mudos.

-Yo voy hasta lo del Tuerto -dice Juan Carlos de pronto, deteniéndose, ya entre las últimas luces del pueblo- ¿Por que no vas a acompañar un rato a la Nena, si no hay gente?

Después de un rato se separan.

-¿Nos vemos más tarde?

-¡No, no! Quiero estar solo ahora. Me ire temprano a casa. Me gustaría que fueras a acompañar un poco a la Nena.

Juan Carlos avanza, aun. Luego dobla a la izquierda, sintiendo los ladridos de un perro que sus pasos despertaron en un rancho a oscuras.

Entrente, ahora, a lo lejos, el callejón del Bajo, la puerta amarillenta del boliche del Tuerto. Y fulgores mas

débiles en portales y ventanas que marginan la franja negra del pasaje

Hacia los campos invisibles cruzan el aire recónditas campanadas.

* * *

El Bajo es el desahogo del pueblo. En sus prostíbulos se desvían y se extinguen las llamas de la pasión que, de otra suerte podrían causar estragos. Allí, arriba en el Centro, las muchachas pasan, sin peligro de su honor los mejores años, los que bullen en las venas como enjambre, mirando sus días solitarios y sus faldas vacías, con la imagen del novio al que penoso ahorrar va acercando lentamente tan lentamente, de manera tan extraña al amor, que lo transforma en vulgar cosa acostumbrada

El Bajo es el vaciadero. Se desprenden los mozos de unas monedas y de un ansia y suben hacia sus moradas ya apaciguados. Para seguir en medio de sus cuatro sueños cortos y en su vida larga

Esto asquea. ¡Este pagar e irse, este saldarlo todo con cinco reales o un peso! La vida de la prostituta se hace vida recién con su «macho». El «macho» es el semejante con quien la soledad se prolonga, que permite pensar en alta voz, ante el que no se está obligada a ocultar una pena, con el que se puede ser digna, más femenina, ¡sentirse ella

misma alguna vez! No es imposible verla apartarse de él para arreglarse la liga después de haberse desnudado diez veces en la noche ante ojos siempre renovados, dar un rodeo para no pronunciar una palabra infame. Además, él constituye su apoyo frente a una patrona siempre ávida de ganancias, al comisario enamorado, al milico extralimitante y al compadrito avieso. Allí donde la ley no la ampararía, esta otra ley, la del cuchillo, que ha hecho siempre menos víctimas porque es más humana ya que para ser juez no se sube a un estrado sino que hay que pararse frente a otro cuchillo. Lo que hace la sanción más digna, lo que le da ingerencia al Juicio de Dios. Y por sobre todo, el «macho» significa esa preocupación por alguien, necesaria al ser humano. Restituye a su estatura lo que los otros vuelven bestia. ¿Tener por quién llorar, por quién escrutar el destino, poder hacer mil sobrecogientes conjeturas ante su demora, sentir violentos palpitos al ruido de unos pasos. ' ¡con-padecer la vida! Vive recién entonces puesto que ama, gracias a él, el único. ¡Y con qué dicha, que la amiga consigo misma, ella espera en el lecho donde él no se ha de levantar en seguida, como los otros, donde lo contemplará dormido, donde lo despertará con un beso alguna vez!

¿Algún golpe? ¿Algún sacudón por el pelo?

Esto no es condición de una clase. Es condición humana. También con gritos y con miradas se golpea y se

arrastra. Y para esta clase de víctimas no existe la salvadora oportunidad de una fuga o de un cambio de hombre. Porque ellas están atadas ante testigos por un documento y por un pacto sagrado. A veces, también por unos ojos infantiles.

El sentimiento sexual se atenúa en la prostituta. Cuando el amor nace en ella es más desinteresado que el de allá arriba. Porque más que a su hombre, es al alma de su hombre lo que abraza quien vive «vendiendo la vida» como dicen aquí.

Y no puede afirmarse que este amor es menos duradero. Mujeres de otra condición sienten seculares mordazas cada vez que piensan en tales cosas.

El Bajo es un vacradero, sí.

Pero también es un refugio.

* * *

La mayoría de las mancebías se agrupan en las afueras del pueblo. Las patronas Iracema y Zulema, calle por medio sus prostíbulos como protegiéndose recíprocas, son las únicas que se atrevieron a asentar sus reales entre el caserío mismo. A pesar de eso, arrastraron con sus usos y costumbres la descendida región de donde provenían. Para los pueblerinos, las dos casas enclavadas en la falda de la colina siguen perteneciendo al Bajo. Se está, pues, en el Bajo, sin pisarlo, con sólo tocar en alguna de las dos «pen-

siones» Y hasta las gentes honestas que viven más próximas que ellas a la harrada infame, si miran hacia arriba y distinguen las fincas de las dos patronas se dicen «Mirá el Bajo»

Milonga duerme en el para ella mullido lecho de una plegada arpillera doblada en un cajón de fideos. A Zulema siempre leyente cerca de la lámpara y lejos del libro acompañan la Nena y otra joven. Esta es muy delgada. Y la palidez de su tez resalta gracias al vestido negro que la ciñe. Sólo tiene pintados los labios. Se llama Julia Zulema, de cuando en cuando gesticulante, ha detenido la lectura

-En los libros -reflexiona en alta voz-, cuando más triste mas lindo. En la vida, más feo. Es una cosa muy tremenda. Sólo Juan Carlos puede explicarme este

Torna la cara hacia la Nena

-Haceme acordar -recomienda

Ya va a entregarse otra vez a leer. Pero la Nena aun sabiendo el alcance que la otra da a su recomendación, pregunta lo mismo, ansiosa

-¿Cómo dijo?

-Que me hagas acordar

-¿Pero cuándo, si estamos enojados?

-¿Cuando te amigues, mujer!

Y reanuda la lectura

-¡Ah, sí entonces sí!

-¡Boba! -salta la otra joven al verle la expresión-
¡Ni que no se fueran a amigar más!

-Sí porque total. ¡me pegó por nada, no más!

Su pecho palpita El llanto contenido le brilla en los
ojos

-La culpa la tiene una -dice Julia, la pálida la ceñi-
da de negro- Juntarse con un hombre ya sabiendo que no
se puede llegar a un fin Somos unas tontas Nosotras no

-Sí, pero una quiere y ¿qué le va a hacer?

-Por eso digo Yo también, una vez ¡Ay, qué cari-
ño, Nena!

Y posa la manita sobre el seno todavía túrgido En-
torna un momento los ojos

-Fue en Santa Rosa del Cuareim El era argentino .

-Juan Carlos tiene ya veinticuatro años

-¡Ay, qué cariño, aquél Nena!

Suena la media hora en el reloj del pueblo La pita-
da de un soldado rasga el silencio

-Y aunque nos quieran, al fin, nos dejan -prosigue
Julia- Y una siempre con ese miedo, ¡siempre con el Jesús
en la boca! . Se llora más el amor en el Bajo que en el
Centro, ésa es la verdad

Zulema, que está con la atención repartida entre el
libro y lo que conversan, interrumpe

-¿Amor? ¡Ya no hay amor! ¡Todo es materialismo!

Las jóvenes rameraas han quedado duramente sorprendidas de afumación tan rotunda

-Yo las veo a ustedes - continúa la patrona- las veo y me río ¡Amor! ¡Amor había antes! ¡Y qué hombres antes! ¡Se mataban por nosotras! Andaban siempre a puñaladas Y la policía no se atrevía a acercarse de noche al Bajo sino de a dos, por lo menos. Ahora un guardia civil lleva preso al marido, al amante y a la mujer. ¿Pero qué saben ustedes de amor? ¡Hay gente en el zaguán!

-¿Pero usted cree, señora, que...!

- ¡Ya no hay amor, he dicho! ¡Y se acabó! ¿No están oyendo que les dije que había gente?

Es entonces que las jóvenes perciben claro raseo de espuelas en el corredor

Detrás de Julia se asoma la Nena. Esta hace un gesto de contrariedad porque -sin saberlo, esperaba a Juan Carlos. Se sobrepone. Y sale con la otra al encuentro del recién llegado

Es un joven de poncho, de ojos pequeños y vivos lampiño como un indio. Debe de tener el caballo en la puerta porque trae rebenque colgado en la muñeca

-¿Querés pasar a la preza?

Ambas hacen la misma pregunta. El, que ha clavado los ojos en la Nena, le asiente con la cabeza -sin dejar de mirarla. Adquiere que este mujer es más hermosa que todas las que ha visto en su reciente recorrida por el Bajo

En vez de perder el tiempo, se debe venir derecho a las mancebías de más arriba ¡Qué bien le sienta a esta muchacha el pelo negro, derramado sobre los hombros, enmarcando ese mirar tan dulce! Parece

-¡Qué lujete -piensa, emocionado-, andar con una mujer así!

Ella le ve el rebenque en la diestra

-¿Querés entrar el caballo y atarlo al ombú?

-No, Está maniao Vengo por un momento, no más

Sigue a la Nena y entra a una alcoba débilmente iluminada Ella mueve el mechero de la lámpara La luz se difunde

La habitación tiene una ventana a la calle Pero debe permanecer siempre cerrada porque la policía no la consiente abierta De día y de noche Siempre Hace ya tiempo, cuatro años, por lo menos durante toda una primavera y un verano, se abría esta ventana y aparecía en ella un mujer hermosa y pálida Tenía los cabellos negros los ojos azules, ojeras muy hondas Al llegar el otoño, tras los cristales, veíasela aún, cada vez más blanca A su lado, a veces surgía un hombre todavía joven, de cejas contraídas y rictus apenado Una noche, quien pasaba por la calle pudo advertir ese perfume penoso que adquiere el olor de las flores al mezclarse con el de los cirios La casa fue deshabitada Trizaron sus vidrios las pedradas del chiquillerío. Hasta que cierta mañana, muy temprano,

abrióse de par en par la casa. Pintores hicieron su tarea. La ventana ostentó alegre color verde. Y uno a uno fueron colocados nuevos cristales. Pero tras ellos ya no se vio otra cosa que los postigos, también verdes, ahora. Porque la casa había sido alquilada por Doña Zulema. Y sobre todas las casas en que ella ha asentado sus reales desde hace veinte años, es decir, desde cinco después de huir de la suya, peso terminante prohibición policial de abrir las ventanas. Entre las rejas y los balcones floridos y con muchachas del barrio, siempre los postigos verdes.

A los lados del lecho de dos plazas hay sendas mesas de luz con floreros muy cucos, desde los que sobre tallos de alambre, asoman corolas de papel. Al medio de la pieza una mesa cubierta por un tapete. Allí el cliente sin prisa y con dinero puede beber a solas con la mujer. En un rincón otra mesa más pequeña. Sobre ella, una botella, un calentador a kerosene. Y frascos, cajas, potes de uso femenino. En otro extremo un biombo verde evita ver una palangana y un balde. Un gran ropero con espejo y varias sillas completan el mobiliario. Y por sobre todo cae la luz de la lámpara que una pantalla suaviza en celeste.

A esta habitación ha conducido la Nena al joven domador. Como él está acostumbrado a su rancho paupérrimo y al prostíbulo de cinco reales, como por primera vez viene a una «pension» esta alcoba relativamente confortable le provoca sensaciones que lo conmueven.

-¡Si uno pudiera llevarse a un cuarto así a la hija'el capataz Echague! -piensa comenzando a desvestirse

En verdad, parece una habitación como para quedarse siempre. Sin embargo hay que entrar y salir de prisa. Diez o doce minutos a lo sumo quince. O toda la noche. Pero esto, claro está, no es para todos. Aun esperando a las dos de la mañana, cuesta caro. Además, después de gozar da ganas de irse. No se sabe por qué, pero da ganas. Ciertamente que si se lucha consigo mismo durante un rato, vuelven otra vez ansias de permanecer. Aunque cada satisfacción trae su descontento. Y cada descontento, un nuevo como renacer de imprecisas esperanzas.

Sentándose en la cama, el joven domador se dice con arrebato:

-¡Quién la viera conmigo n'este cuarto a la hija'el capataz Echague!

Y como ella está obligada a tener un novio rico, «chapeado» de plata y oro, cinto repleto, casi ahoga a la Nena al arrojarse desesperado sobre ella.

Cuando la Nena sale, el corredor está solitario. Acompaña al gaucho hasta el zaguán. El desmanea el tordillo.

-Buenas noches -dice muy grave, montado.

-Adiós.

Ni lo mira. Tiene la vista hundida en la calle que se pierde en lo oscuro. Vuelve al interior. Alguien conversa a

puerta cerrada en el cuarto de Julia. En la pieza siguiente la «sala», está doña Zulema con un hombrecillo

-Che, te voy a presentar a este señor

La Nena le da la mano. Y después de canjear con la patrona su billete de un peso por un pequeño disco de lata, toma asiento mesa por medio, buscando ensimismarse

-¿Donde andara Juan Carlos? ¿Si por lo menos viniera Pancho, o Martín o alguno!

El recién llegado está horrracho. Viste traje ciudadano, con demasiado grande cuello duro y ufana corbata en moña. Del lado derecho levanta un poco el negro bigote, y su sonrisa fija deja ver el blanco de los dientes que corta como vidrio

- Juan Carlos puede ser que a estas horas este

-Vení ¿Qué vas a tomar? Sentáte aquí

Ladeando el cuerpo retira las piernas de abajo de la mesa

Ella se le sienta en las rodillas. Doña Zulema sale a buscar de beber

-Yo me tomo esta otra, ¿eh? -dice la vieja cuando regresa con una bandeja con vasos y tres botellas de cerveza. Y la destapa

-Pero me la tomo allá, ¿eh? -agrega en seguida. Así los dejo solitos a ustedes

El de la sonrisa asiente, ya muy atento a los encantos de la Nena

Doña Zulema, que disimuladamente ha recogido el tapón, torna a la cocina. Por el camino, con mucho cuidado, vuelve a tapar la botella a fin de ponerla en su casillero. Ya en su sillón, coge el libro. Cierra los ojos, piensa un momento. Y los abre y los clava.

La Nena ha bebido apenas medio vaso. Por suerte él está urgido. Tanto que, cuando entran al dormitorio, sin llegar al lecho ya la abraza y trata de besuquearla, pronunciando palabras incoherentes y sucias, con la sonrisa creciendo. Ella gana el otro lado de la cama, se desviste y lo espera. Al acostarse, mientras él se le tiende encendido de lujuria, la joven recobra al fin el hilo de su melancolía. De tal manera se disocian en la prostituta cuerpo y espíritu. Besos apasionados recorren las mejillas, el cuerpo de la muchacha, cuya boca está prieta y esquiva. Abstraída, ella contempla el juego de su imaginación en serenos recuerdos venturosos. Y cuando él se desprende y rueda a su lado, tiene que hacer un violento esfuerzo para incorporarse e ir por la palangana. De buena gana se quedaría así, tendida boca arriba. Que los hombres entraran a poseerla y que salieran sin perturbar su ensoñación de esfumadas imágenes, que le consiente el verse mirando silenciosa hacia el ombú del patio a través de los vidrios, junto a su amante, oyendo cómo la tapa de la caldera donde hierve el agua llena la habitación de un suave rumor. Pero no es posible abstraerse. Hay que levantarse, acompañar a cada cliente

fuera del cuarto atender a otro. Maquinalmente, a medias absorbida en su fantaseo sonámbula, conduce a éste hasta el umbral de su puerta.

Entra Julia

-¿Querés llevarle a doña Zulema? ¡Estoy tan cansada!

Julia sale con el dinero. Cuando regresa halla a la Nena tendida en la cama. Se reclina ella, a su vez, hacia los pies. Se acoda. Cualquier cosa que digan aviva más en Julia el deseo de revelar lo que oyó a uno de sus clientes. Por necesidad de identificar con el de otro ser un oscuro dolor que le ha nacido. Hasta que no puede más. Y suelta. Juan Carlos peleó con un indio la noche anterior, en el Bajo, en lo del «Perro». Estaba borracho. A pesar de eso, en cuanto el indio quiso sacar la daga, ya tuvo a Juan Carlos encima.

A la Nena se le achica el corazón. Como si una mano yerta, subida del fondo del pecho, se lo fuera apretando.

Y se levanta de la cama porque alguien está en el umbral.

Julia también se incorpora, diciendo:

-¡Entre, señorcito!- a un hombre bajo y gordo, con flamante traje claro.

Pinta un pulpero de campaña. Rebosa alegría ingenua. Está algo ebrio. Entra con la mano tendida y una sonrisa ancha.

-¡Ah, muchachas! yo... a mí siempre me gusta pasar un rato con buenas muchachas cuando vengo al pueblo. Yo

Lo hacen tomar asiento

Se escuchan pasos. Julia se asoma. Y antes de desaparecer, para no ser menos amable, pide cortésmente permiso.

-¡Sí, cómo no! ¡No faltaba más! Atienda, no más.

El del traje nuevo permanece un breve instante silenciosamente sorprendido. Advierte en él un cambio brusco que lo tiene perplejo. Ahora, con una sola mujer, su satisfacción es mayor que momentos antes con dos. Ahora sí está verdaderamente contento.

-¿Cómo es posible que con una...? - se pregunta.

-¿Querés?

-Todavía no -se apresura a interrumpir- Yo tengo plata. Vamos a tomar, primero, como buenos amigos, mi querida. No hay que apurarse. ¿Para qué, si yo tengo plata?

Del bolsillo del pantalón saca un fajo de billetes. Lo vuelve a guardar. Sonríe. Piensa con satisfacción que la joven ha de haberse asombrado al ver en él tanto dinero.

-Yo, coñac. Vos, lo que se te antoje tomar.

Y vuelve a decirse:

-¿Cómo es posible que con una...?

La Nena sale. Mira hacia el ombú del fondo cual si algo pudieran hallar sus ojos allí. Aunque ha entrado el otoño y el fresco de la noche no permite sentarse debajo hay todavía un farol colgado de una rama. En la cocina donde están depositadas las bebidas, entra a Zulema para que vaya a aumentar el gasto. Pero esta hace un gesto de impaciencia sin sacar los ojos del libro lejano. Mas las palabras importunas la han distraído y le permiten darle un alce a la vista.

-¡Que cosa! -exclama aprovechando la interrupción- ¡Al revés! ¡Cuanto más tristes las cosas en un libro, mas lindo!

La Nena regresa a su cuarto con una botella de coñac, la de la cerveza ratos antes destapada y vuelta a tapar por Zulema, y los vasos.

Sirve. El forastero bebe un trago. Paladea.

-¡Uff! ¡uff! ¡queridita! Este coñac no es bueno. Yo estoy acostumbrado a tomar, no creas que no. En mi casa. Pero esto no tiene importancia, mi querida, ¿no es cierto? - agrega en seguida, arrepentido, al advertir recién el aire desolado de la Nena y creyendo que se debe a sus palabras- ¡Esto no tiene importancia! Cuando uno se divierte no es necesario que las bebidas sean buenas. Ahora, claro, en el campo cuando uno está solo en la casa. Después que se van los clientes y uno cierra y se queda solo en la casa.

Una ráfaga de tristeza cruza fugaz por su espíritu
Empina el vaso Arma grueso cigarro Engancha un dedo
en la pesada cadena de oro que, saliendo de un bolsillo del
chaleco, sube, se escurre por un ojal y desciende a perder-
se en otro bolsillo Se recupera

-Mi preciosa, besame

Y le presenta la mejilla

-¡Ja, ja! Yo tuve novia, una vez ¡Pero era una boba!
No le gustaba nada de esto Se ponía colorada y me miraba
con ojos de ternera Los padres estaban apurados por el
casamiento Ella, sin embargo decía que Y yo, yo me
empecé a dejar estar porque a la verdad . ¡Las mujeres
así, no sirven, mi queridita! ¡Uff! ¡Yo siempre digo que la
mujer debe ser cariñosa!

La joven ha llenado de nuevo la copa de coñac ¡Ah,
si ese pañuelo rojo, que tan mal cuelga del bolsillo supe-
rior del saco, ella se lo pudiera poner en la boca a aquel
buen hombre! El no cesa de hablar a pesar de que los ojos
se le van achicando, la córnea enrojecida

-¡La vida es la vida, mi queridita! ¿No te parece? A
la pulpería va siempre un gringo quintero de una estancia
Cuando vuelvo del pueblo y me agarra solo, le tengo que
contar todo lo que he hecho aquí, y con las mujeres que he
estado Y él dice siempre «¡La vida es la vida!» Y tiene
mucho razón, ¿no es cierto, queridita?

Ella asiente con la cabeza y

-Bueno, ¿vamos a la cama?- propone

Julia está en el corredor De pie, frente a un hombre de poncho y barba, sentado en uno de los largos bancos De pie también, junto a él un adolescente casi un niño Quiere éste decir algo a la prostituta y las palabras le surgen entrecortadas, sin ilación El emponchado hace una seña intencionada a la mujer Esta rodea la cintura del muchacho

-¿Vamos a conversar a mi cuarto?

-¿Y usted?- inquiere el mozalbete angustiado, como queriendo que su compañero lo siga Sus ojos imploran

-Yo me quedo aquí, no más

Así responde el otro mirándose la punta de las botas

El joven se descubre Estremeciéndose, pisa en la habitación Va a hablar y las ideas no acuden Ella comprende Hay que iniciarlo ¡Cuánto hace que inició a aquél! ¡Cuánto!

Es delgado, alto, trigueño Calza botas altas Viste bombachas, chaquetilla corta, de finísimo paño negro Al cuello, un pañuelo también negro Le asoma un cinturón con hebilla de plata

De ajustarse en palabras lo que la mujer siente al contemplarlo, se expresaría así Es bello y misterioso como un dios

El, que ha tomado asiento junto a una mesa idéntica a la del cuarto de la Nena, se incorpora bruscamente cuando oye el chirriar del cerrojo al ser cerrada por dentro la puerta. Trata de dominarse. Da unos pasos y vuelve a sentarse. Traga abundante saliva. Baja la cabeza. Y los latidos de su corazón aumentan a medida que la joven se aproxima. Pero se ha sentado frente a él, sonriendo dulcemente, apoyando un codo sobre la mesa.

-Me parece que yo, que te he visto aquí otras veces, querido

-¡No, no!- exclama, ahogándose

-¿Y ése que estaba con vos, quién es?

Se anima un poco. Él. Alza la vista y mira a Julia. Cuando las miradas se encuentran, él desvía la suya.

-Es capataz de casa.

-¿Qué te hiciste en la mano? ¿Qué cicatriz!

El intenta sacar el pañuelo, pensando que debe secarse la frente.

-¡Dejá la mano, no seas así! ¡No me querés nadita!

Se la abandona. Con un esfuerzo angustioso se sobrepone. ¡Pero tiene una tribulación tan sofocante! Sin mirar sigue viendo las dos hojas pegadas de la puerta.

Le está besando la mano. A su vez, trémulo, él posa sus labios en la nuca ofrecida de la prostituta. La muchacha permanece inclinada, inmóvil. Siente los labios del joven besar sin fuerza, aún con temor y sin deseo.

-¡Vos sos muy bueno!- dice Julia, los ojos cerrados, sin alzar la cabeza

Y le arde la ánsia de incorporarse y estrechar entre sus brazos el esbelto cuerpo virgen

Ahora él le alisa los cabellos casi dorados. Querría pedirle un beso en la boca. Pero teme al encuentro de las miradas. ¡Si no hubiera tanta luz!

Se oyen pasos en la otra habitación. El arrastrar de una palangana. El rumor de agua que se vierte. Y pasos más sordos.

Julia siente, ahora, el deseo de estar siempre así, toda la vida así, bajo una mano que la acaricie con tanta dulzura. Se reinicia en olvidados misterios, a su vez. En su antigua vida natural de la que, a veces, flota algún recuerdo en la conciencia, entristecedor como un niño herido. Pero comprende que es necesaria otra cosa. Además despiertan en su corazón ardorosas ganas de morder los labios inocentes.

Alza la cabeza. No finge. Es sincera esa expresión de entrega que al rostro ahora expuesto de la muchacha dan los párpados caídos y la boca entreabierta.

-¡Besame en la boca, mi querido!

Se juntan los labios. Llega hasta la médula del joven como una corriente eléctrica. Abraza ahora también

-¡Que lindo sos!

Y lo atrae Julia y lo sienta en sus rodillas, y le muerde la boca y le ciñe la cara entre las manos. Lo desea, ya, como muy pocas veces se puede desear a alguien en las mancebías.

-¡Qué lindo sos! ¡Que lindo así! todo de negro!

* * *

Ha quedado tendido sobre el lecho. Julia, acodada, le sonríe con ternura. Decaída, laxa, ella también. El está triste, desalentado. Antes, allá en el campo, se imaginó otra cosa. No aquello tan efímero. No este tan helado desgano.

La muchacha lo besa por última vez. También presa de creciente frialdad.

-Bueno, ¿vamos a vestirnos?- propone.

Calza lentamente las botas mirando sin atención una estampa del Crucificado expuesto delante de él. Se anuda el negro pañuelo al cuello, frente al espejo. Del cinto, cuya plateada hebilla resalta, saca varios billetes.

-¡Pero es uno, no más!

-¡Los otros son para vos, pues!

Conmovida por reacciones oscuras que cada vez la embargan más, olvida dar las gracias. Y pregunta.

-¿Cómo es que me dijistes que te llamabas?

-Juan Manuel -contesta el joven con imprevisto
tono de imperio- ¡Abrió esa puerta!

El corredor está solitario En la «sala» no hay nadie

-¿Se habrá ido?

-No debe de estar con doña Zulema Esperame

El estancierito da unos pasos, impaciente Mira por
encima del ombú la noche azul

En el otro cuarto, de espaldas en la cama, la Nena
hace como que gime como que suspira Para apresurar al
hombre

En efecto éste rueda a su lado, entornados los ojos

Se viste Paga. Ella ordena rápidamente el lecho, la
habitación Abre la puerta Salen El del traje flamante va
un poco atontado Siente sueño Desearía ya estar en la
fonda para poder tumbarse al fin En la calle, bajo un farol,
una intanquilizante idea lo detiene Mira hacia atrás Saca
el dincio Lo cuenta Y continúa la marcha, tambaleándose.

Al volver del zaguán la Nena advierte al gauchito
bello y agotado Va a hablarle cuando ve a Julia salir de la
cocina Y al capataz detrás, acomodándose en el poncho,
pasando la mano sobre la ancha barba renegrida

-¿Y los muchachos, vinieron?- pregunta la Nena,
ansiosa

-¿Vámonos, compañero? Mañana hay que madru-
gar

-Sí, señor Cuando usted quiera

-Sí, está Martín -contesta Julia sin mirar a la Nena, pues se ha quedado con los ojos fijos en uno de los que se alejan

Lo de irse así, fríamente, sin saludar, disipa la indiferencia que por él le había sobrevenido. Y la está apenando. Se le agrandan los ojos, ahora fijos sobre la puerta de calle otra vez clausurada

La Nena irrumpe en la cocina

-¿Y Juan Carlos?

Conserva aún en la mano cerrada dos billetes y varias monedas. Al advertirlo, los entrega a Zulema. Menos unos níqueles que, situándose de espaldas al recién llegado, a Martín, pone bajo la liga junto a un nuevo disco de lata recién recibido de la patrona, y que el sábado será canjeado por dinero contante y sonante

Al fin se entera bien. La pelea no pudo tener la menor gravedad. A Julia le han exagerado, evidentemente. Y Juan Carlos, que está muy triste, en cualquier momento vendrá. Eso ha asegurado Martín, bebiendo caña con doña Zulema. La Nena, que no acepta una copa, pasea cabizbaja por la cocina. De vez en cuando detiénese junto al cajón donde, las últimas noches, duerme Milonga a pata suelta. Y donde no dormirá muchas más. Porque esta perra sin dueño tiene gustos nómadas. Zulema, que desde hace ratos se siente de muy buen humor, al punto de haberse distraído de la lectura por el efecto consternante que sus palabras

sobre el amor produjeron rato antes en sus «pupilas» (se distrajo también porque le ardía la vista, y esta contenta, asimismo por la tristeza que le provoca la novela), ha dado a la charla un tono de zumba. De pronto pregunta mecándose en el sillón y por acentuar la chanza

-¡Y! entonces, Martín, la otra mujer lo tiene loco a Juan Carlos?

-Tanto como eso... ¡Pero le va gustando!- dice Martín siguiendo sin ganas la broma

La Nena mirándolos, se detiene. Y súbitamente exclama, exponiendo el rostro

-¡Miren si soy boba! ¡Sé que es mentira y se me caen las lágrimas!

Rien los otros. Ella también. Y su llanto rueda incontinente. Y va empujando su sonrisa. Hasta borrarla. Hasta trocarla en casi mueca.

Entonces huye a su cuarto y se arroja sobre la cama. Bruscamente, doña Zulema se pone grave.

-Dejala. No vayas. Dejá que se desahogue. Yo no creía que lo iba a tomar así. Y hay que traerle a Juan Carlos. ¡Yo también lo preciso, lo extraño! ¡Yo les digo a estas muchachas que no hay amor, por verles las caras! Si no hubiera amor, ¡adiós! a todos nosotros. ¡Y adiós, m'hijo. adiós a Dios! ¡Sería el fin del mundo, Martincito! Quedamos nosotros mismísimos, por un lado. El, por otro. ¡Y, lo que Dios nunca se pensó se pasaría llorando el pobre!

El, en el fondo noble, corazón de Zulema no se resigna a haber sido causante de la conmoción de la Nena

-¡Se quieren, sí! ¡Cómo no se van a querer!

Este estado de espíritu sirve de propicio campo a la evocación de las novelescas vicisitudes en que ratos antes se hallaba enfrascada

-Martín -interroga de pronto, deteniendo el mecer de su sillón-, ¿qué quiere decir ebúrneo?

-Color marfil, señora

-¡Sí, bien me parecía! Porque era un manto de novia. Y Ricardo Corazón de León iba a ir al casamiento En su carroza seguro ¡Mire que los infieles han dado que hacer! Para imponer la religión ha tenido que correr mucha sangre Y ahora mismo hay gente que no cree. ¡Dios mío! ¡El mundo va mal, Martincito! No creen, no creen en nada ¡Como las bestias! Vaya y pase lo de la Cruz ¡Pero y la Estrella! ¡Pero y los tres Reyes Magos, Martincito!

4 * 1

A las dos de la mañana, Julia, que desde temprano no había aceptado una invitación, se dirige al Centro La Nena cierra el zaguán porque ya Zulema se ha retirado a su domicilio particular, donde una joven hija suya de trece años duerme castos sueños, celosamente defendida Sin desvestirse ni apagar la luz, la Nena se tiende en el lecho,

boca arriba. Ahora es innecesaria tal posición. Puede acostarse ya bajo las sábanas. La puerta de calle está cerrada, y nadie entrará ya. ¡Pero tanto ha deseado desde horas antes estar a solas cuando se hallaba así, boca arriba! Además, sin saberlo, espera a Juan Carlos. Y está pronta a acudir a su aparición. De cuando en cuando un recuerdo más vivo sube consigo una lágrima y provoca parpadeos. Y algo también va subiendo con ellos, oscuro y denso. Se establece un equilibrio entre el sueño y la vigilia. Imágenes que fluyen casi libres, sólo atadas abajo, que se unen a capricho por encima, que se transmutan y se estuman. Como si percibiera desde un columpio, la Nena las siente aproximarse, alejarse hasta la vaguedad, volver. Cuando aparecen el monte, el álamo altísimo, el largo puente de enormes pilares, una enramada con algunas mesas -la del rancho de la «picada» del río- y todo se va envolviendo como en una niebla mientras imprevistamente se destaca entre ellos el mismísimo ombú del fondo del prostíbulo, quiere emerger. Pero el poder de atención la ha abandonado. Su mente flota en el vacío. Sus párpados, que han logrado entreabrirse, se vuelven a cerrar. Y ya libre de ella misma, el ensueño empieza a levantarse en su espíritu.

La Nena duerme, ya

* * *

-Antes, todo el país era campo y campo, no más, y todo el mundo vivía mejor que ahora. Ahora hay veces que los cristianos no tenemos en dónde ganar un pedazo e' carne. ¿Que hay muchos adelantos? ¿Y pa qué sirven? ¡Cada vez hay más miseria, más fealdá mas maldá! ¡Caray con los sabios, amigo, con los que mandan en el mundo!

Esto profiere Bonifacio, el gigantesco Bonifacio, de pie junto al mostrador, entre cuatro indios también borrachos y pendientes de la boca coronada de pelos largos

-¡Esto de los sabios está muy bien!- acota y comenta Florismán en voz baja, complaciente, con aire de hombre que no se sorprende mucho por nada

El, el mejor guitarrero del contorno, escuálido de cara y largo pescuezo rojos, de rojos bigotes mosqueteriles está sentado en un penumbroso rincón, con dos mulatos y el Mellizo Juan

-¡Eso es muy verdad! -continúa- Creemos que sabemos, pero no sabemos nada. El mundo está lleno de misterios. Y dicen que cuando uno va sabiendo y sabiendo, se empieza despacito a dar cuenta de que cada vez va sabiendo menos y menos

Se echa atrás en su silla. Se pasa la mano por la frente y agrega con solemnidad

-El sabio más sabio, ése ya no sabe nadita. Ahí tienen ustedes clarito otro misterio.

-¡Hele, loco! -salta el Mellizo Juan- tan atropellado siempre, clavándole sus ojos cegatones- ¿Entonces, nosotros que semo suno sanimales reconocido semo sabios?

¡Esto es otro misterio Mellizo!- sostiene terminante Florismán.

-¡Pero como vamo a ser sabios nosotros, cristiano! e Dios! ¡Eso se lo discuto al sabio que me salga!

Escandalizado, en brusco ademán se ha llevado a los hombros las haldas del poncho

Los dos mulatos clavan, suspensos la vista en Florismán repitiendo lo mismo con los ojos. Uno de ellos está con ganas de preguntar ¿Y los maistros?

Alguien se recorta en la puerta

-¡Mn 'á Juan Carlos!

-¡Buénas noches para todos!

-Buenas

-Adios Florisman, ¿y la guitarra?

-Quedó en casa ¿Gusta sentarse con nosotros?

Se sienta dando la espalda a la puerta de un pequeño reservado donde se oye la voz de una mujer y otra vaotoni cascada

En la mesa la controversia termina por consideración al recién llegado. Mas, de cuando en cuando el Mellizo Juan o sus compañeros, muy descosos de seguir, buscan los ojos de Florismán. Y se establece entonces un diálogo de fulgores

-¿Pero cómo vamos a ser sabios nosotros, cristiano e
Dios!

La bajada de párpados del guitarrero y un leve cis-
pamiento de boca repiten empecinados

-¡Ese es otro misterio!

Juan Carlos ha mandado echar una vuelta general

En el mostrador, ahora, Bonifacio guarda silencio
La presencia querida del recién llegado impuso freno a los
espíritus

La puerta del reservado se abre Sale Luisa la pupi-
la de Encarnación Se adelanta hasta el mostrador y hace
una seña al Tuerto Este retira un candelero que asoma en-
tre las botellas de la estantería, enciende un fósforo, da
fuego a la vela y se la entrega La muchacha traspone la
puerta y se aleja hacia el fondo Cuida de plantar los pies
sobre los ladrillos dispuestos de distancia en distancia que
la luz va evidenciando

Como si quisiera que alguien se enterara de todo su
pensamiento, Bonifacio, al principio con voz amarga pero
natural luego enardeciéndose por grados, comienza

-¡Antes era tan linda la vida! En cualquier lado uno
encontraba.. Uno llegaba a un rancho ¡Ah, qué cosa! Y
el trabajo era una diversión ¡Y eso que no era juguete!
Palar, domar, boliar ¡Dios Santo!

-¡Ah, era linda! -exclaman en coro los indios que lo
rodean

Y visiones de la patria antigua resurgen ante sus
ojos

En la mesa del rincón Florismán ha callado. Pero
aguza el oído aguardando el momento oportuno de discu-
rir ante auditor como el que tiene ahora. El Mellizo Juan y
los mestizos, que le adivinan la intención, ya están preve-
nidos. Y esto, a su vez, Florismán se los descubre. Se atusa
confiado las guías del bigote rubio.

-Ahora nos hacen cinchar en cosas feas, nos revien-
tan y nos dejan morir de hambre - prosigue Bonifacio.

De soslayo mira hacia el ha poco llegado. Y conti-
núa.

-Por lo menos a los animales los cuidan. los tienen
bien gordos. ¡Seguro! Si se mueren, hay que comprar otros.
A nosotros, no. ¡Hay gente a bocha!

Bebe su caña de un trago.

Los indios también, alzando previamente los vasos
a la altura de la vista y diciendo: «¡Salú!» al invitante.

-¡Ah, todo está perdido! ¡Nosotros y el mundo, todo!

Descarga el puño sobre el mostrador. Y mira hacia
la mesa de Juan Carlos.

Uno de los indios, sonriendo tristemente, exclama:

-Pero no hay que hacerse mala sangre! Total, ya

Bonifacio se estira, enfurecido.

-¿Cómo? ¿Y los niños?

En su rincón, Juan Carlos, que azorado atendía a Bonifacio se escalofría

El indio no comprende.

-¿Los niños qué? ¿Qué hay con los niños?

-¡Los niños! Ellos son inocentes y pagarán lo mismo. No deberíamos preñar más, no deberíamos dejar parir más

La muchacha que salió hacia el fondo regresa con la vela aún encendida. Sopla. Se la entrega al pulpero. Y éste la vuelve a su estante y torna a clavar su ojo vidente en Bonifacio, a exponerle su media cara angélica, atentísimo

El gigantón sigue lanzando miradas provocativas a Juan Carlos de manera ostensible para todos

Sin resultado. Florismán invita al joven, con fútiles pretextos, a ir a otro despacho

Juan Carlos no tiene miedo. La situación tan sólo le provoca una extenuante tristeza. Con disimulo ha corrido el revólver y desprendido el broche de la canana

-¡No hay que dejar parir más! ¡Que se acabe el mundo! ¡Que no haga más hombres arriba'el suelo! ¡O que todos los hombres se corten la lengua pa no enseñar nada a los chiquitos, pa que ellos empiecen solos!

Nadie se atreve a acallar la voz, que ya es rugiente.

-¡Y hasta queremos ser buenos, hasta queremos querer y no sabemos cómo! ¿Eh? ¿Quién lo explica? No ustedes, que son una manga de animales, pero otros... ¿Por

qué no hablan los que son inteligentes, los que leen libros eh?

La alusión es directa. El acento provoca más que las palabras. Juan Carlos se contiene, sin embargo.

-En algún libro debe estar todo eso. Y si no está, ¿pa qué sirven los libros? ¿Pa que enseñar a leer a los chiquitos? ¡Queremos ser buenos y no podemos! ¡Hay que contestar! ¡Y el que no conteste es tan animal como nosotros y mucho más hijo de puta!

Entonces Juan Carlos se pone de pie. Se adelanta hacia el provocador.

-Estoy viendo que querés pelear, Bonifacio -dice con la cara blanca- Acepto. Salí a la calle.

Los demás, cejjuntos, se han echado atrás.

El gigante permanece inmóvil, mudo, mas largo aun porque se ha erguido todo. Vacila ante el que avanza. Cuando están ya frente a frente, tartamudea.

-¿Usted sabe que yo no tengo miedo a nadie!

-¿Y a mí qué se me importa?

-¡Pero yo no quería pelearlo! Yo quería... tirarle de la lengua. Yo.

La imprecación que le sale al joven es atroz.

Y caen un puño y Juan Carlos.

Apartando de dos manotazos a los que van a levantarlo, como si su contacto lo pudiera ofender más, clama Bonifacio.

- ¡Yo lo quiero, lo quiero! ¡Yo siempre lo he querido! .

Esto, que profiere sacudiéndose con desesperación ante el joven tendido a sus pies, paraliza al atropellante Mellizo Juan ya de cuchillo en mano

- ¡Y le he pegao! ¿Quién explica esto?

* * *

Juan Carlos sube hacia el Centro. A paso largo y lento, abatida la cabeza, el hombre

A los lados, casas cuadradas, ya a oscuras, cada vez mas próximas. Nadie transita. En las calles solitarias inutilmente contienen a las tinieblas las lámparas eléctricas. Para los que duermen, no es necesario. Para los otros, para los que están despiertos en el Bajo, estos focos son un penoso obstáculo, estos focos alumbrando hacia abajo y a los costados, como si la luz se arqueara sosteniendo el peso de la noche. El hombre que sube hacia el Centro parece que va sufriendo también la carga. Ascende con él, de la paz de los campos, un aire suave. Como el huano que salió de la guitarra hace un rato, en La Cachimba. A medida que sube aumentan los grandes edificios comerciales. Cerrados ahora, claro, hasta un momento antes de levantarse los habitantes de las otras casas, para esperarlos pronto. A ellos y a los que vienen de los campos. Son comercios antiguos. Las

generaciones se suceden y ellos quedan. Algunos crecen en el transcurso del tiempo. Se ensanchan. Abarcan más espacio, desalojan habitantes, hasta derrumban casas. Y siguen abriendo puertas. Son puertas distintas de las comunes. Son puertas de madera gruesa y dura, sostenidas a sus marcos por poderosas bisagras. Y además de desmesuradas cerraduras tienen, por dentro, cada una, dos ganchos rectangulares donde va a introducirse al anochecer una tranca de hierro. ¡Es extraño! Cualquiera diría que detrás de todo esto están el dueño, la mujer del dueño, los hijos del dueño. O la madre. Pero no. Si no tuviera la fuerza capaz de hacer saltar las puertas y encendiera luz, no vería más que las cosas del dueño. Inútiles ya estos faroles, estas cariatídes de luz. Los del Centro están encerrados, dormidos. Los otros, los despiertos del Bajo, esperan, precisamente, a que la luz se apague para subir. Por suerte, a la dos de la mañana. Entonces la noche se viene más, avanza de golpe. Si los que duermen bajo los techos bajos abrieran los ojos y se asomaran, la verían mirando hacia dentro, esperando en la calle como una madre abandonada. Y la quietud se violenta. Cual si la noche se condensara, hiciera pie en las colinas que respaldan al Bajo, suben sombras entre las sombras. Por los huecos negros y largos de las calles van aquellos que del Centro fueron expulsados a la luz del sol. Ellos, o sus padres. Pues la maldición perdura.

sin fin a través de las generaciones Y hay dos pueblos en el pueblo, entonces Opuestos como dos hermanos

¡Levanta paredes, cierra puertas escóndete, escóndete, Caín, tú, «Centro» de todas las ciudades! Ese sueño tuyo es lo que algún día te hará despertar y llorar

Juan Carlos atraviesa ahora la luz azulosa que sale de una taberna Esas lámparas del bodegón son estrellas cercanas y tibias Quizá sin las estrellas podamos ver la noche Pero no podríamos sin ellas sentirnos mutuamente experimentar la noche Misteriosa Confundible. Las horas de las tremendas preguntas para las cuales un solo gemido parece que ya les basta al perdón y a la paz Se expone allí, bajo las lámparas, cuando la luz eléctrica se apaga, el espíritu insumiso del pueblo, refugiado en el Bajo Como con el placer de la ronda de los niños cuando el Ogro duerme Pero sólo un escaso tiempo Hasta la aurora. Hasta los gallos

¡Los pobres gallos!

¡La pobre aurora vigilante en los abismos para dar, manchada de luz, sucia de luz, la voz de alarma bajo el horror del lucero inmóvil de espanto!

¡Oh, noche, que ocultas al hombre de las leyes de los hombres y haces de cada callejón un seguro camino hacia la burla de los jueces, hacia el descanso y el olvido mellando la mirada de los de ojos altivos que no te frecuentan! A quien temen los que te duermen, los de los muchos cerrojos, los que te auyentan de ellos con poder-

sas lámparas porque, les traes de lejos entre tus pliegues,
esos clamores gemebundos que los estremecen sobre la almohada ¡Oh noche donde las sombras descienden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón, del hombre en donde el hombre envuelve en sombras el corazón!

¡Amor sombrío! ¡Amor ciego!

¡Oh Jesús negro!

¡Oh hermana de la muerte!

¡Ay, madre noche!

El hombre que viniente del Bajo cruza el pueblo
pasa frente a la casa hasta donde horas antes, acompañó a
Lala y a la regordeta Concepción. Piensa entonces en Olga.
Ve delante de sus ojos a aquella cuyo corazón, contra su
propio deseo, debe ser salvado de caer en los remolinos de
la vida del joven Olga, crespo el cabello verdes los ojos
meciendo en los labios una sonrisa triste.

Dobla a su izquierda. Llega a una casa entre árboles.
Allí se detiene.

Abre el zaguán. Busca la llavecilla de la luz. El zaguán y el patio se iluminan. Da un portazo.

Es un patio colonial con habitaciones a tres lados
bajo un ancho corredor. En medio, una palmera gigante. Y
un aljibe de brocal de azulejos.

Abre otra puerta. Enciende luz. Se echa en un sofá
con el mentón pegado al pecho. Una sensación de helado.

desaliento le sube en el alma Algo se estira en él por sobre sus ideas, y no hace mano

De pronto alza la cabeza Sus ojos buscan los ojos del retrato colgado en la pared Una conmoción honda lo invade Como eso que sacude cuando se hunde la cara en un seno querido y se llora allí Pero los ojos de Juan Carlos estan secos. Se yergue, estira el cuello

-¡Qué vida ésta, mamá!

Es la imagen de una bella mujer joven Le cae sobre los hombros el cabello negro, profundamente negro, como los ojos De un negro casi sin luz, sin brillo Por eso más dulce y profundo Ella parece fluir de una remotísima tristeza O alejarse así, de frente, hacia una remotísima tristeza

Juan Carlos se ha incorporado Con los ojos fijos en los ojos de mansa y honda oscuridad

-¡Ay, mamá! -exclama gemebundo- Yo no estoy enojado contigo, pero Pero ¿en donde me encuentro? ¿Qué es esta vida mamá?

El rencor ha ido impregnando su acento a pesar suyo El rencor que, al faltarle el sostén de las palabras, se le salta a la cara

Y en eso la luz se apaga de golpe

Y en las tinieblas, encima de su cabeza, resuenan dos tremendas campanadas que se prolongan como en un zumbido

Esto abre el cauce cerrado. Primero es un mudo rodar de lágrimas.

A tientas, detrás de las manos, se encamina hacia su cuarto.

Sin encender la palmaria de la mesa de noche, se arroja sobre el lecho. Y hunde el rostro en la almohada.

-¡Cómo, cómo es posible que te eche nada en cara!

* * *

Lo que está frente a ella es un perro negro, de agudos dientes. Al rozarlos con la mano le producen una sensación vagamente dolorosa. Pero no. Es un piano, es un piano abierto lo que tiene delante. Ella se sienta y queda absorta. Una ramita cae sobre el piano, produciendo leve chasquido. La rama de un árbol. Porque el piano está al lado de un monte, bajo el álamo altísimo. Junto a un río. El largo puente de enormes pilares queda a sus espaldas. Próximo hay un rancho. Al frente, una enramada. Debajo, algunas mesas solitarias, con muchos, muchísimos vasos rojeando vino, amarilleando caña. De pronto despierta una melodía. Más que melodía, en seguida son acordes vagamente dolorosos. Como el clamor de muchas bocas amorazadas. ¿Pero puede caer una ramita? ¿De dónde? No, no hay árboles, no hay álamo, no hay puente. Y, no hay. No, no hay piano. Se echa hacia adelante, toda ojos. Es

una pared negra Fria y tan alta que llega al cielo Juan Carlos está allí, atado a la pared con gruesas cadenas, blanco como el papel Tiene la vista fija en ella aunque parece no verla El corazón de la joven palpita. Corre , va a correr hacia él, mas el pie derecho, ¡ah!, ahora el izquierdo ¡Y los brazos, que han querido tenderse! Hace un esfuerzo supremo ¡No! Nada responde a su voluntad Está como pegada, como atada El pie izquierdo

-¡Olga! ¡Olga!

Abre los ojos

La luz viva los hiere Aun así, mira ¿Es Juan Carlos, de pie a su lado . ?

-¿Por qué me miras con esos ojos? ¿Te asustaste?

-¡Ay, mamá!

Es su madre, de pie, a su lado

* * *

Ancha de ropas almidonadas, pelo de ceniza y piel de carbón, pisadas de loro entre arrastrante pollera

-¡Niño, el mate!

Juan Carlos despierta Agarra primero el vaso de agua tibia que ella le tiende Se enjuaga la boca Después sobre con avidez por la bombilla

La negra se le sienta en la cama Desde que Juan Carlos dejó de ser niño todas las mañanas las vieja Basilia

entraba al dormitorio con el mate. Al principio a las nueve. Después, a las diez. Después, a las doce. Llego una época en que, a veces, la cama del joven amanecía sólo destendida en la cabecera, como ella la dejó por la noche. Y él no estaba en la alcoba. Los hechos fueronla acostumbrando a entreabrir todas las mañanas la habitación, a mirar previamente y a aprontar o no el mate, según

-Traiga la caldera, doña Basilia

-¡No, que se enfría!

La negra sale alfojando el cuerpo. Estos pies que se van retorciendo hacia adentro, duelen.

Juan Carlos enciende un cigarrillo. Se siente descontento. Relampagueante, una idea ha cruzado por su espíritu al abrir los ojos. Nacida del deseo de buscar y de provocar a Bonifacio y al indio de la pelea de noches atrás en lo del Perro. Eso le advierte que va a estar de mal humor. Y se apena.

Vuelve Basilia con el mate. Como los pies se le han ido cruzando tanto, tiene que levantarlos más de lo normal a cada paso, para no trabarlos. De la sensación de caminar en el barro. Llega enojada. En la cocina le gastan el agua.

-¡El Capitán, que parece que no hay más caldera!

-¿Y se ha venido con otro? ¡Como si no hubiera bastante con ellos! ¡Abusan, niño!

-¿Hay otro?

-El siempre tray alguno Yo cico que ése, anoche durmió aquí

-¡Lindo el mate! ¿Quién es?

-Uno tembleque Pa tomar el mate tiene que fundar primero el codo en la rodilla Y recién de allí lo agarra

Hace un gesto de desdén

-¡Uff! -repone- ¡Esos están todos averiados! Y pa mí que si no está en tranca! lo que es el Capitán ése anda duro desde temprano

-¡Ya sé quién es! Es amigo mío- Le alarga el mate- No hay que decirle nada

-¡Yo nunca les digo nada!

-Ya sé Digo, no más

En una silla está colgada su ropa Busca el reloj Van a ser las doce. No tiene ganas de comer Tiene sed Desearía tomar mate bien seguido Pero le disgusta contrariar a la negra Cuando lentamente ella vuelve, trata de conseguir que traiga la caldera Ella interpreta mal

-¡No! ¡Si ya les dije! ¡Que agarren otra, si quieren! Y se sienta en el lecho campante

Saca de un gran bolsico chala y tabaco. Arma Luego, un yesquero de pedernal Lo hace chisporrear y, aplicando el cigarro, aspira gravemente, preocupada ¡Se ensimisma una tan bien fumando! Juan Carlos está triste Ella piensa que andan mujeres en el asunto ¿Qué será?

-Por mí, que vayan comiendo si quieren Yo no tengo ganas todavía

-¡No, si aquí no se puede comer hasta que a los señores se les ocurre! Ni Carlín ni don Mangunga han venido ¡Abusan, niño!

-Pero señora, si porque les demos de comer hamos de fijarle hora a su apetito!

La anciana se embarulla Luego, sonriendo

-¡Yo digo por decir, niño! -justifica Y cambiando el tono- ¡Pero que abusan! -musita

Se acomoda gravemente Va a hablar Mas el intenso deseo de conocer la causa de la tristeza del joven le atrae en ese instante la atención como al fondo de un pozo Y de allí no puede salir

Las palabras de Juan Carlos, al tenderle el mate, alargan un cabo

-¡Son así! ¡No es por mal!

Pero Basilia ha olvidado lo que quería decir

El queda solo Quiere pensar en algo sin saber a punto fijo qué es Está vacío Y entonces, desde lejos, empiezan a surgirle el Capitán, Carlín Mangunga el Tuerto, el guitarrero del huano, Lala Martín, la Nena Olga

Su espíritu ancla en ésta.

-¡Pobre Olga!

Basila regresa

-Carlín me preguntó si estaba levantado

-¿Vino? Después lo llama No, no lo llame Ya me levanto

La imagen de Olga ha tenido la virtud de barrer las otras imágenes Para disiparse ella también, en seguida. Y dar paso a su amigo el nutriero, a quien hace tiempo no ve, a su «hermano» Yuca Tatú Juan Carlos presume que debe de estar, ahora, allá, en el Arazatí, entre los esteros, atendiendo a sus trampas A solas con la soledad Un deseo le muere al nacer, ahogado Sin embargo Juan Carlos ha podido retenerlo aunque ya inactivo Lo piensa, pues, como quien con la imaginación continuara la detenida historia de un difunto

-¡Quién sabe si no está ahí la solución!- se dice

Y se ve solo entre los esteros del inmenso campo de los suyos, de sus campos en cuyo contrato de arrendamiento hizo estipular una cláusula por la cual se permite vivir allí y cazar nutrias en todo tiempo a su amigo Tuca Tatú

La negra va y viene en silencio y como sobre espigas En una de las veces anuncia que ha llegado Mangunga y que están todos comiendo, ya.

-¿Y usted por qué no come? Tráigame la caldera, yo cebo

-¡Pa lo que vi'a comer yo! ¡A ellos se les antoja carne y carne . '

El brazo libre de Juan Carlos se alarga. La palmea el hombre con mimo

-Pero, señora! ¡Y antójesese a usted otra cosa! Usted manda aquí, usted es la única que manda

A Basilia se le embrollan las ideas

-¡No, si yo digo que decir, niño! -Y piensa con rabia- ¿Quién será la condenada que lo tiene triste?

Atraviesa el cuarto, hacia el patio, como por un «bañado» Alzando las chatas patitas enfundadas en zapatones de paño

Juan Carlos salta de la cama Abre y cierra una puerta Se oye el agua del baño de lluvia

Mientras se viste, toma mate, aun

-Don Mangunga está muy seguro d ir al cielo Pero pa mí qu'ése si asa, no más Está contando en la cocina que Dios le dijo a Eva cuando se l'escondía después de lo de la manzana «Eva, Eva, se ve que tenés colita e'paja y tenés miedo de que se te queme!» ¡Eso no puede ser niño! ¿Cómo Dios v hablar ansina?

Juan Carlos sonríe sin saber qué decir

-¿Dios v'hablar ansina?-insiste ella-, ¿con lo'e colita e'paja? Que los otros borrachines digan de Dios cosas d esas ¡Pero don Mangunga!

La negia se atribula Ella sabe bien que Juan Carlos, a veces viene borracho Y el dolor de herirlo hace que su ya poco flexible espíritu halle al punto, sin embargo, una salida a la embarazosa situación

-Eso sí, tomar no toma ¡Es como mujer! Y ¡y se
toba las servilletas pa pañuelos! Ya le dije a Amalia que en
la mesa no hay que perderle pisada

-Es que no tendrá pañuelos ¿No hay cuellos lim-
pios?

-¿Pero, niño! ¡Porque no tenga !

Saca un cuello del ropero

-¡Pero niño! -sigue protestando- Si todo el mundo
juera suyo, usted lo perdía -Y agrega, entres encías- Lo
perdía más de lo qu está.

Juan Carlos se siente alegre, ahora Ríe con el cue-
llo en la mano Ha pasado otra vez el brazo por los hom-
bros de la anciana

-Vieja ¿qué harías vos si fueras dueña del mundo?

La ve embrollarse Ha tomado en serio la pregunta
Juan Carlos se cree entonces en la obligación de insistir
Aunque con el pensamiento en otro cosa atendiendo al
optimismo que sube sin imágenes en su conciencia, repite

-¿Eh? ¿Qué harías?

-Y lo primero lo primero . resucitar a m hija
¡Y que me perdone el Señor!

-¡Que saquen la comida!

Le entrega el mate Y frente al espejo se anuda de-
masiado fuertemente la corbata

Come despacio, sin ganas, bajo los ojos de Basilia
fumante, acodada en el extremo de la mesa y así haciéndole

la más larga. Le embarga otra vez el ánimo una sensación de amargura. Como si estuviera a punto de recordar algo que le allegara ya anticipadamente, su impregnación penosa.

Un jorobado, Carlín, aparece en la puerta del comedor. Tendrá veinte años. Es de facciones regulares, casi bellas. Un astillazo allá en el rancho en que recogieron al niño guacho la piedad de un tal don Juan Gamarra y los a medias insatisfechos instintos crueles de su mujer, fue lo que lo dejó así. Doblado. Haciéndole horrar la nuez del pescuezo al mirarle la cara a la gente de pie. Los brazos no son largos, lo parecen. Si él pudiera erguirse sería armonioso y bello. ¡Y todo por un marlo! Por aquel marlo encendido que, al conjuro del rápido girar de la mano en alto desataba círculos misteriosos, surgidos quién sabe de dónde, ante los cuales el niño se fue olvidando del mundo hasta que sintió en la espalda el dolor atroz del golpe. Los ojos castaños tienen una expresión dulce y afectuosa. Pero si se repara en ellos a la vez que en la boca, entonces se comprende que Carlín pide a todos perdón por su presencia.

Juan Carlos le ordena que lleve a herrar el caballo, por si sale en la tardecita. Ha olvidado la promesa de asistir a la fiesta de Olga. Ya va a agregar algo cuando se contiene mirando a Basilia. Pone el cubierto sobre el plato. La negra se incorpora, lo retira y sale.

-¿No has ido a lo de la Nena, no?

-Como usted dijo que

-Sí tenía miedo de que hubieras ido. Cuando yo estoy enojado con ella, no hay que ir. Si no, dirán que vas mandado por mí.

-Donde estuve jue en lo de la Coca. ¡Lo quiere al joven Martín! ¡Es un rancho! Se viene abajo solo. Y el compositor de gallos que ahora vive con ella, está preso.

-Sí, ya sé. No le vayas a llevar ninguna carta de ella a Martín. Que se arreglen solos.

-Me quiso dar una ella.

-¿Y vos?

-Nada. ¡Con lo de la otra vez! Y desconfió en el aire qu'era uste. Me dijo: «Juan Carlos es el que no te deja. Los amigos no quieren que nos arreglemos. Es que lo quieren más que a mí». Y yo le dije: «Pero, Coca, y si usted lo quiere, ¿pa qué le hace esas cosas?» Y ella me dijo: «Porque lo quiero». Y no habló más. Pero estaba cada vez más triste, la Coca. D'eso estoy seguro. Se le veía a la legua.

-Bueno, allí tampoco hay que ir por ahora, ¿oís?

Basilia entra con una dulcera.

-Puede que este caliente. lo quería empezar temprano, ¡pero aquí manda todo el mundo!

Saca del trinchante un plato pequeño. Sirve.

-¡Esto es dulce! ¡Esto sí que es dulce! -aprueba Juan Carlos sonriéndole y cada vez más preocupado, mientras aquello como recuerdo doloroso que no llegaba aún a su conciencia, se la sigue impregnando de desolación.

Carlín lo contempla en la actitud de un perro fiel

-La quiere a la Nena -piensa el jorobadito- ¡Y es que es linda, es que es buena!

Entonces siente el corazón. Lo siente al punto de poder contar sus palpitaciones. La imagen de la Nena alzó otra imagen, pronta siempre a boyar, y que, ahora, le estre-mece su pecho como. Ha surgido Margarita, la del Bajo, ante sus ojos. Con sus cabellos rubios, sus ojos verdes. Y es en él, ahora, esa dulce tristeza del amor flotante sobre impresiones dolorosas, hirientes, agrias. Cual si junto a una bordona trémula chasqueara la prima de alambre, mal pulsada. Se ve ya mozaibete, con la moneda caliente de tenerla en la mano, resolviéndose a entrar. Estaban todas sentadas en el patio del prostíbulo, con varios hombres, aquella tarde. En un sillón había uno ventrudo, que se daba aire con el pañuelo. Al jorobadito le gustó Margarita porque era hermosa y con cara de buena. Y por eso eligió a otra. A la mas fea, casi vieja. Porque no era linda, porque no parecía tan buena, a juzgar por las estridencias de su boca desdentada. La llamó aparte con un ademán. Cuando ella estuvo a su lado, él rojo, hízole seña de ir al cuarto. ¡Y adivino su tisa! Se la vio venir. Y apenas si comprendió las chuzonerías de las otras y de los hombres. Todo, todo estaba ya encerrado en aquella carcajada que cortaba en serrucho. Se halló como clavado entre el griterío. Entonces prorrumpiendo en llanto, se curvó más para ocultar el rostro.

como grana. Hasta que alguien se incorporó, iracunda. Y una blanca mano de seda, sacudida de sollozos también, le acarició la frente después del tirón por el brazo y del chirriar de los pasadores de la puerta. ¡Que silencio entonces en el patio! Y allí, dentro, en la cerrada alcoba, ¡qué blanca mano de seda, la mano de Margarita sobre su cara fría! ¡Qué palabras tan tiernas! El se sentía como un niño. Ella enjugaba las lágrimas del jorobadito y las suyas. Le posaba los labios sobre los cabellos en desorden. ¡Qué acentos tal dulces! ¡Mas reminiscentes todavía que los de las banditas de música de los circos! Se le acostó encima, él. Y fue beatitud del alma entre el delirio del cuerpo, el suyo. Pero después... ¡Ah!, él estaba cegado en aquel cuarto, como si gasas blancas le velaran los ojos, pero después, después, a la salida, al rato, pasado el deslumbramiento, recordó, de cuando estaba arriba, la boca de Margarita, esquiva, pegada a la almohada. Y entonces comprendió todo. La amó de golpe y para siempre. Y no se hizo ver por ella nunca más.

-¿En qué piensas, Carlín?

-¿Eh?, ¡yo, no!

-¡Tenés una cara!

Juan Carlos se incorpora. Saca cigarrillos. Le ofrece uno. Se pone él otro en los labios y, encendiendo los dos, abandona el comedor.

Una voz llega de la cocina, donde comen los protegidos de la casa.

-Está escrito. *Morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará, el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará*

Llega también una tos grave, acatarrada Y ruido de loza

Cuando pisa la calle topa a su amigo Manuel Benítez Al estrecharle la mano advierte el anillo de oro en la cobriza diestra de Manuel Entonces recuerda el cumpleaños de Olga Y sobre su billetera, escribe una esquila para un joyero entregándola al jorobado, que acude a su grito

-¿Adonde vas, Manuel?

-Pa lo de Mansilla

La límpida luz del día denuncia hasta el detalle las miserias de su interlocutor Es un indio viejo con cuatro pelos duros caídos, de bigote Y un mirar dulcísimo, en ojos eternamente inyectados en sangre Le cuelga todo, el gran saco, los grandes pantalones, desflecados abajo

Se ha aproximado, también, un cuzco feo Es el perro Tupambay o Coco Con su cabeza erguida contempla al joven, meneante el rabo

-¡Adiós, Tupambay!

-Está gordito, ¿eh?

-¿Dónde te metés de noche, Manuel?

-Y por el nenito Uno llega tarde hace ruido El gurí se despierta y llora Hay que ir a verlo Siempre dice Eustaquia que vaya

-Sí, tengo que ir.

-De noche, si quiere lo mismo Yo ya no salgo de noche, Nos pasamos las horas conversando con Eustaquia, después que viene de hacer los mandados Compré un mate de café Cinco riales Es un ángel de loza Y el mate arriba de los aloncitos.

-Tengo que ver esa preciosura, también

-La vieja ceba mate Y el chiquito no se despierta. A la madrugada ella se levanta, le da leche de yegua calentita, en la mamadera . ¡Venga p'aquí, Tupambay!

Manuel llama indistintamente Coco o Tupambay a su perro Por regla general, cuando Manuel está irritado, cuando furioso -como sucede frecuentemente por causas nimias-, profiere palabras atroces -apenas simbolizadoras de sus atroces pensamientos-, le grita Tupambay Pero cuando lo llama desde los tristes ensimismamientos que también con frecuencia le acontecen, entonces lo denomina Coco A veces, hasta Coquito Juan Carlos, una noche, entre caña y guitarras, con mucha cautela, pudo descubrir el por qué de los dos nombres Manuel tuvo una vez un perro. Se llamaba Coco, ¡oh!, sólo Coco, ése Era en un pueblo lejano, allá por la frontera del Brasil Una noche se le murió sangrando por la boca entre dolores tremendos Se murió mirando a su amo, que no podía decir nada Nadie podría concebir las ganas aquellas que levantaban el alma de Manuel Benítez a cada convulsión de su compañero.

derrumbar a manotazas las casas del pueblo a cuchillo abrir vientres, de arriba a abajo. Se le murió contemplándolo sangrar por la boca, porque había comido, quién sabe en dónde, bolos de carne con vidrios dentro. Tardó seis meses en saber quién fue el bárbaro, pero lo supo al fin. Como sus propias investigaciones no tuvieran éxito, Manuel Benítez caminó dos leguas una mañana en que el sol abría la cabeza y achicharraba los pastos. Y llegó a un rancho todavía parado sobre la colina gracias, sin duda, a uno de los sortilegios de la habitante. Esta era una hechicera, Isabela de nombre, que lucía entre arrugas y mugre ojos azules, aun estupendos. ¡Pero necesitaba haber llevado un hueso del peiró! Mientras descansaba bebieron caña, conversaron. Regresó por la tarde a su casa. Al día siguiente desenterró la gusanera. Desprendió un huesito, se lavó las manos y saltó con los pies como bote. El sol, allá arriba, empezó a retostarlo.

La vieja lo aguardaba decidida a jugarse entera, porque había cobrado simpatía al recurrente. Humaredas de olor áspero se elevaban en un braserillo. Llenaban la única pieza del rancho. Ardían en las narices. Impregnaban, pegánbanse a las ropas. Con el hueso en la mano, el brazo de la vieja se elevaba haciendo círculos. El azul de sus ojos fulguraba.

—¡Oíme!... ¡Oíme!

Arrojaba en el brasero puñadas de unas hojas extremadamente delgadas y secas

-¡Estás ahí, Mandinga! ¡Que se le revienten las tripas!, ¿oís? ¡Que sangre por la boca! ¡Pero que el que hizo eso muera más del dolor que de la sangre! ¡Oí, Mandinga, del dolor, del dolor no de la sangre!

A Manuel Benítez le temblaba la mandíbula

-¡Tanto tanto, no, Jesús! -fue a gritar demudado

Pero algo dentro de sí lo miró con desprecio

-¡Sos flojo, Manuel! -parecía decirle

Y nadie de los del barrio experimentaba nada. A nadie se le enrojecía de sangre la boca, a no ser a la pobre Asunción, la mujer del milico, incapaz de nada malo y cuyo ataúd llevó Manuel con otros cinco. Era tísica. La sangre venía del pulmón. Tres meses así pendiente de los de la barriada. ¡Ah!, hasta aquel lunes de tardcecita en que, de paso para su casa, bajo la llovizna oyó aquellos gritos en el boliche del Entrerriano. Y pasó a la trastienda, y siguió hacia el cuarto. Había varios hombres. Pero Manuel nunca supo quiénes. El Entrerriano se revolvía en la cama y echaba sangre por la boca.

-Era una úlcera. Al hospital. Ha perforado el estómago -dijo el hombrecillo que llegó en el auto, mientras esperaba que volvieran de la farmacia.

Manuel salió abrumado. ¿Si él hubiera podido saber de otra manera quién mató al Coco! Porque lo que él necesitaba era, tan sólo, odiarlo.

Ya pasados dos años recogió un cachorrito recién nacido. Iba en un carro de basura. Lo echarían con ella, de relleno, en viejas canteras. Lo salvó y le puso Tupambay en recuerdo de la batalla de 1904. Pero al poco tiempo, cuando se le hizo familiar, cuando le agarró cariño, sucedió que trabucaba el nombre. Lucho con eso. Después, se entregó. Dos nombres y dos perros compartieron ya definitivamente el cuerpo del magro Tupambay. Que ahora, en esta tarde plácida, va tras su dueño y Juan Carlos, desaprensivo.

-Sí, mañana. Con seguridad, mañana de noche, iré.
¿No te parece bien?

-¡Ah! ¡Que alegrón va a tener Eustaquia!

Un hombre viene en dirección contraria. Viste de gris, el sombrero como semilla de dátil con alas. Tiene por toda la cara esa sonrisa que asoma en las casas del pueblo desde las oleografías de santos. Se detiene a estrechar la mano a Juan Carlos, y su sonrisa se le disipa en humildad lastimera.

-¿Qué me dice, amigo mío? ¿Qué me dice, mi distinguido conterráneo? ¿Ha visto los diarios de hoy?

-No ¿por?

Están en el medio de la acera Detrás de Juan Carlos, Manuel Detrás aun. con la cabeza alzada y el rabo vibrante, Tupambay o Coco

-¿No vio? ¡Quieren promulgar una ley para rebajar los arrendamientos!

Ha inclinado la cabeza sobre el pecho Y mira a Juan Carlos por entre las cejas

-¡Ah! Eso sí sabía .

-¡Su campo, mi campo, todos lo campos!

Se yergue Ha retirado la humildad de sus facciones La sustituye por una expresión iracunda

-¡Ese es Lenin, que muerto y todo llega hasta aquí!
¡Ese es Trotski, ése es Stalin, el bandido! ¡Pobre Artigas!
¡Qué diría él o alguno de los Treinta y Tres Orientales si contemplara esto! ¡Ay, vamos andando! Yo no tengo qué hacer ¿A dónde va el querido amigo?

-Al Club

-¡Ay, yo no puedo entrar, no soy socio! Pero vamos a un café, mejor yo invito, se entiende.

-No, me esperan allí -Y agrega para obligarlo a olvidar el ofrecimiento- Sí, habrá que rebajar los arrendamientos.

Román Calero cae en el tema como a un pozo

-¡Pobre patria! -dice, dando por cada paso de Juan Carlos dos o tres de los suyos-. ¡Ya no hay patriotismo!
¡Ah, perros rusos! -Y cambiando el tono, como si de Juan

Carlos dependiera la solución, añade convincente y meloso- Pero es que en Rusia puede estar bien lo que aquí no puede de ninguna manera estar bien. ¡Allí hay mucho campo, mi amiguito!

Le da el brazo. Se lo pega al cuerpo. Y sube y baja el otro, con la palma hacia arriba.

-¡Pero aquí! ¡Pero en este país pequeñito! ¡Aquí no hay campos, esa es la verdad, talentoso amigo, aquí no hay campos!

Se ahoga. Carraspea. Mientras sobre el desaliento de Juan Carlos se tiende una napa retozona.

-Además, allí todo es distinto. Allí hasta se pegaba y aquí

Se detiene y retira el brazo que estrechaba el del joven. Se golpea el pecho a dos puños.

-A ver, ¿quién puede decir sobre la faz de la tierra que Roman Calero ha pegado a un peón o a un arrendatario? ¿Quién es capaz de sostenerlo sin calumniarlo? ¿Eh? ¡Nadie! ¡Mis manos están blancas como la nieve!

La sonrisa no ha retornado. Pero sí el aire inocente. Vuelve a coger al joven por el brazo.

-Yo pensaba, ahora, comprar otro campito. Ocho-cientas hectáreas, campo flor. Hoy o mañana me casaría con una joven, con una joven bien joven. ¿entiende usted? bien joven. Yo estoy enfermo, mi amable amigo. Friso ya en los sesenta años. ¡Pronto moriré!

Dicho esto se sonríe con modestia. Luego, continúa

-Entonces una viuda joven y rica ¡cuántas cosas podría hacer! ¡Casarse con un joven honesto viajar tener uno o dos hijos! Usted, usted mismo podría casarse con mi esposa ¡con mi ex esposa! Dos fortunas unidas Dos grandes corazones unidos ¡Yo veía todo eso! Y ahí tiene. El parlamento nacional Muchos hombres sentados fumando, sin saber qué hacer Hay allí, al fondo, un hombre de corazón podrido raquílico Odia Nos odia a nosotros A sus hermanos A los Abeles, este Caín Y habla Y ya está la ley Ya ve con que sencillez ¡Y para esto tanto luchar, tanta sangre derramada! Contra la madre patria, contra el Imperio del Brasil ¡Su Majestad Alfonso XIII hubiera evitado esto!

Están frente al Club

-¡Bueno, adiós!

Juan Carlos mira hacia atrás, pero la calle está solitaria Ni Manuel ni su perro

Subiendo la escalinata oye la voz del que lo acompañara

-¿Usted no tiene amigos diputados o senadores?

-¿Para qué?- responde el joven, tornándose sorprendido, sin descender de escalón

-¡Para escribirles! ¡Aún sería tiempo de dar marcha atrás, Juan Carlos! ¡Es una obra patriótica, Juan Carlos!

Lo está mirando con los brazos tendidos hacia él

-No no tengo ¡Adiós!

Sube casi corriendo Saluda amablemente al
galoneado portero Riendo atraviesa el hall Pero al entrar
al salón del bar una brusca desolación le cae encima Es-
coge una mesa solitaria

-¡Yo soy rico!- se dice sentándose

Y musita con la cabeza clavada en el pecho

-¡Qué vergüenza que el estado tenga que interve-
nir!

El mozo pone sobre la mesa la taza de café, el azu-
carero

-¡Qué sinvergüenzas somos! ¡Yo soy un Román
Calero!

Lo llaman desde una mesa donde hay tres señores
Dos son ventrudos enhiestos, de cara roja El tercero en-
juto, tiene una blanca barbilla en punta

Se acerca como quien se somete a un castigo, a una
humillación merecidos

El mozo le lleva el servicio

-¿Qué me dice de lo de los diarios? - pregunta ano-
nadándose uno de los gordos

-De lo de las rebajas en los arrendamientos -aclarar
el otro

Son hermanos No llegan a los cuarenta años

-¡Qué voy a decir yo!

Ha hablado con desaliento, cual si sintiera sobre sus hombros un enorme fardo que lo doblara

Los gordos se apenan de él, al advertirlo. Se desorientan. Tratan de convencerse en lo íntimo de que, al fin y al cabo, no es no es para tanto

-¿O será para tanto? -se pregunta uno de ellos

-¿Podrá venir después otra cosa, todavía?- recela su hermano.

Y, con solidaridad de clase, tácitamente intentan conformarlo. Aunque, debido a las recientes dudas, se tranquilizan a sí mismos, también. Mientras, el viejo de las barbas de chivato, con leve sonrisa, los observa en silencio

-Bueno -dice uno de ellos-, es claro que es posible. Sí, lo esencial, ahora es conocer en todos los detalles el proyecto de ley

-¡Ja ja! Conocerlo bien

Desde el otro lado de la mesa, el segundo gordo le pincha el pecho con el índice adivinando a su hermano

-¡Ja ja! Y una vez bien conocido ¡se le busca la trampa!

Juan Carlos no reacciona con estas palabras.

Los gordos se inquietan, se entristecen más. ¿Sabrá algo, todavía peor, que ellos ignoran?

-¡No tiene azúcar!- advierte el de la barba al ver que Juan Carlos va a llevarse a los labios el pocillo de café

Pone entonces, tres terrones. Revuelve. Sobre
Ruedan hacia los campos dos campanadas
Aun así, uno de los gordos mira su reloj de oro
-¡Al diablo! ¡A trabajar!- exclama después
Sólo Juan Carlos ha permanecido sentado. Antes
de salir, el vejete sostiene, apoyando ambas manos en la
mesa

-Los títulos de deuda pública. He ahí el lugar seguro
Marcha entre los hermanos, que le discuten encen-
didos

-¡Ah, sí! -dicen atropellándose- ¿Y el progreso? ¿Y
el dar trabajo a la gente? ¿Si no damos trabajo, quien lo va
a dar? ¿Y si no hay trabajo, cómo se vive?

Juan Carlos queda allí, solo, agobiado sobre su si-
lla. Cuando al cabo de un rato, luego siente argentino rascos
de espuelas, alza la cabeza. Pero vuelve a inclinarla para
que no se acerque el Jefe de Policía. Por suerte se ha senta-
do en el extremo del salón, en las mesas de domino. Con
los únicos que aún permanecen. Pues los demás se han ido
al sonar las dos. A sus empleos, a sus oficinas, a sus escri-
torios.

Y él no quería estar solo, sin embargo,

Se incorpora. Sale. Tan abstraído que no ve al
galoneado portero que lo saluda descubriéndose. Baja la
escalinata.

Se respira en la calle un airecillo fresco y puro Va de espaldas al campo, hacia la plaza

—¿A dónde iré?

Pasa una joven a su lado Casi corriendo Lleva envuelta en trozos de diario una botella de leche Se advierte porque el papel está roto ¡Cómo corre ahora la muchacha! Es rubia Va ceñida por un traje claro Se la traga la boca de un comercio Hay en la puerta, pendiendo sobre la acera, una bota alta, de montar Pero no se mece al airecillo fresco de la calle como un ahorcado No se mece porque está fija porque es de hierro

Al pasar, Juan Carlos mira hacia adentro Frente a una dama observante por encima de sus lentes de carey la muchacha, entojecida y sudorosa destapa cajas Una se vuelca Cae un zapato blanco, pequeñito De niño Juan Carlos, que ha hecho instintivo además de ir a recogerlo, enciende un cigarrillo Aspira una bocanada

La plaza está solitaria bajo la luz dorada, bajo los plátanos dorados A su frente la Iglesia Altísima, blanca Con el gran reloj de tremenda campana Se distinguen otras campanas por dos ventanillos encimados Hay campanitas chicas, también, en las dos torres Para las misas y los funerales En ese lado de la plaza se tiende una fila de autos Son de alquiler Algunos choteros duermen la siesta, dentro Insensibles a las campanas Como si, por estar al pie de las torres, el sonido les pasara por alto

Juan Carlos atraviesa la plaza. Pasa junto al monumento que tiene en el centro. Sobre un basamento sonríen cuatro leones de mármol, abúlicos, medio echados. De entre ellos sale una pirámide de granito rosa. Y allá arriba, sentados, de pierna cruzada, otra vez de mármol, cuatro ángeles rollizos. ¡Trasciende tal seguridad del monumento! Parece como que cada figura está contada en las siete restantes.

Juan Carlos se hunde por una calle angosta que separa la Iglesia de la Jefatura. Vuelan palomas de nido en las torres. Blancas, resplandecientes en el sereno azul. No muy lejos se divisa el verdor de los campos, apadado por la distancia. En este pueblo, casi de donde se pare -o desplazándose pocas cuadras-, uno ve, de día, el campo, de noche, la oscuridad. Y estas dos inmensidades agobian, achican. Y, al mismo tiempo, extrañamente, esperan.

Vienen hacia él dos largas cincuentonas. De rostro enjuto. Llevan rosario en la mano.

Voltea una campana. Talan. Muy melodiosa.

Tornan muchas palomas del límpido azul.

-¿A dónde iré?

Recuerda a Manuel Benítez, a su mujer, la mandadera de prostíbulos. Eustaquia. A su perro, Tupambay o Coco. Dobla a la izquierda. Sigue una calle que se despuebla a lo lejos, cada vez más verde.

Cuando termina el empedrado busca el medio de la calzada, que está más transitable. El paisaje se acorta de abajo, a sus costados, al él hundirse en una prolongada zanja. Y luego, cuando sube el repecho, va emergiendo otra vez. En la puerta de un rancho lo saluda una clara voz:

-¡Adiós, Don Juan Carlos!

La mujer es joven. Tiene el vientre abultado. Parecen salir de abajo de su falda tres chiquillos harapientos, descalzos. Y un cuzco overo.

Lo contemplan trepados al alambrado, los niños: el perro dando saltos.

Ya ha cruzado el «Abrojal», que cae también bajo la despreciada jurisdicción del Bajo. Ahora ve el rancho de Manuel. Es de ladrillos hinchados de musgo, con techo de cinc. Bajo un ombú hay una batea de lavar ropa. Y al pie, agua lechosa, estancada. Detrás del rancho se tiende una escolta de yuyos, de tártagos retorcidos. Y entre ellos paca una yegua trodilla.

-¡Pobres! ¡Pobrecitos!

Recuerda cuando, una noche, vio por primera vez juntos a Eustaquia y a Manuel. Entraron del brazo a la Cachumba. Él, muy orondo, ella con la zozobra dichosa de una novia. . . , ¡recién entonces, a esa edad y después de tanta cosa!

Para un cataclismo sentimental que devastó en el alma de Manuel Eustaquia, así tan grotesca, fue un remanso fue sombra, fue todo lo acogedor lo que hace falta.

Ocurrió durante una campaña electoral la iniciación de la catástrofe. Uno de los candidatos era el hombre adorado por Manuel. La lucha lo tenía altivo y fiero. Sólo hablaba de cosas importantes. El perro, durante estos días, era, invariablemente, llamado Tupambay. Cierta noche en un comité -oliendo a alcohol- anunció a los organizadores de la reunión que iba a hacer uso de la palabra. Tomáronlo a chacota y rieron a carcajadas. Manuel vestía con paquetera. El primitivo poseedor de su traje debió de ser apenas un poco más alto. Llevaba cuello de celuloide, pero sin la superfluidad de la corbata. Alguien, desde un balcón, dirigíase a la concurrencia agolpada en la calle. Aplaudían. Delante, veíase agitar las manazas al negro Saura, que siempre aplaude por encima de su cabeza. Indudablemente, de ser cierto lo que decía el orador, todos debían votar a aquel candidato. Hasta los cinco Falero, indecisos, desconfiados al principio de la campaña, aplaudían más frenéticamente que los otros. Y se sacaban y se ponían los sombreros, jubilosos. Cuando terminó el orador, la bandita tocó una marcha. Casi funebre, porque para que no se perdiera el del trombón, que estaba borracho, el director marcaba un compás muy lento. De pronto, Manuel apareció en el balcón, dejando a todos fijos, extra-

viando definitivamente al del trombón que produjo en su instrumento un sonido paralizante. Manuel sonrió con dulzura a la lejanía, como a un amable ser invisible para los demás, y dijo persuasivo:

-¡Señores! ¡Concurrencia! ¡La vida es mala, pero el hombre es bueno! Voy a

Dos brazos lo agarraron por los hombros y lo sacaron del balcón. Y mientras los siguientes oradores disipaban las últimas dudas, Manuel, en un boliche próximo, ahogaba en caña la sensación de su fracaso.

Más borracho que siempre al acostarse en su tugurio, se olvidó de apagar la vela. Algún movimiento la volcó sobre la cama. Cuando Manuel pudo librase de las llamas tenía un brazo y el costado del cuerpo achicharrados. Lo llevaron al hospital. Y, allí después de unos días de fiebre, de dolores atroces, Manuel supo por primera vez lo que era la felicidad. Y lo poco que ella dura.

Las monjitas del hospital se acercaban con recelo a aquel gran pecador de cara fiera. Pero disiparon sus inquietudes el dulce acento de Manuel: su docilidad, sus palabras agradecidas y corteses. Hasta la Hermana Superiora bajó cierta mañana a conocer a aquel endemoniado de las largas mentas que, sin embargo, tan bueno estaba pareciendo a las monjitas. Manuel hasta la llamó Madre. Convencida la santa mujer de que no le habían exagerado en lo más mínimo, envíole después, con una de ellas, escapularios,

medallas, estampas, habiendo agregado nuevos elogios cuyo carácter causó misteriosa sensación

-Se ve que ha tenido ojos muy lindos

Cuando Manuel pudo comer su asombro y su dicha no tuvieron límites. Delicadas manos femeninas hacían para él dulces pasteles, deliciosas golosinas. Lo miraban las monjas como a un niño, bajo la contenida indignación de los enfermos. Y él, que nunca había sido tratado así, se afinaba hasta el niño que tenía en su corazón desbordante de ternuras.

La contemplación de una de las imágenes sagradas le produjo desde el principio un bienestar infinito. Sentado en la cama, con un brazo ceñido por los vendajes, se pasaba largos ratos mirando el rostro de la Virgen de ojos soñadores. Y un día, cuando menos lo esperaba, recordó al fin que él vio a una mujer muy parecida a una mujer que miraba así. Entonces él no era un ex hombre, era un soldado de la octava división revolucionaria. Se echó a reír para no confesar su turbación. ¿Fue después del combate de Cerros de la Aurora?

Manuel era el tema de la conversación de las jóvenes religiosas. Experimentaban un asombro placentero. Si hubieran sido menos inocentes, se pondrían tristes. Pero sus ideas se alargaban apenas fuera de ellas, no pasaban del recinto hospitalario más allá de cuya verja la vida desnuda se ofrece con todos sus horrores, aunque también,

con todos sus encantos. Acostumbradas a presentir en cada hombre a un escapado del infierno que agarra a la primera mujer que pasa para arrastrarla con él hacia las llamas, ¿qué no habrían pensado de aquel grandísimo pecador - ¡más aun que los otros! -, cuando llegó una madrugada envuelto en tufo alcohólico y con un olor a carne chamuscada que asociaba fatalmente la idea de Satanás? Y, ahora ¿quién de entre ellas podría experimentar inquietud ante la cara andiada de lacios pelos y bigote ralo?

-¿Y éste es de los de la peor clase? - se preguntaban
¡Si las monjitas hubieran seguido pensando!

Pero no lo hacían. Y, por eso, estaban contentísimas. Y las risas resonaban con más frecuencia en el amplio salón de costura.

-Hubo grandes pecadores -decía una noche la Hermana Superiora- que se volvieron buenos y hasta fueron canonizados

(Las monjitas, por obra y gracia de Manuel, suponían ahora canonizables hasta a los enfermeros)

-Recuerden, hijas mías, a San Agustín y a tantos otros. Es necesario, Hermana María del Rosario, que mañana, al llevarle el chocolate, le insinúe la conveniencia de hacer la Comunión. Debe obrar con cautela, porque los hombres, hija mía, tienen instintos feroces y hay riesgo, todavía, de que este empedernido pecador se ponga furioso y llegue a decirle palabras desagradables. No olvide que

tiene el brazo derecho libre, y que puede arrojarse sus frascos de medicamentos

La aludida sonrió

Y esa noche alguna monjita soñó cosas raras. Satanás, entre las llamas, completamente solo. Y en el cielo los hombres, todos los hombres, hasta esos de enhuertos bigotes y ojos apasionados, tendían blancas, angélicas alas.

Alegremente llegaban las campanitas de la capilla Manuel, con gran solemnidad, entió en ella sostenido por la Hermana María del Rosario, que se alejó veloz en cuanto él se acomodó de rodillas frente al confesor

-Cuéntame tus pecados, hijo mío

-Y yo ¿cómo quiere que me acuerde?

-Bueno, por ejemplo, dime, ¿alguna vez has robado?

-¡Héle, loco! ¡Abaje esa prima, compañero! ¿Usted con quién creé qu'está hablando?

Con grandes dificultades para ambos terminó la confesión. Y comulgó, ¡todo!

Mas tarde las monjitas rodearon la cama. Dulces, una copita de oporto, más estampas, pañuelos, ¡la mar!

Un mes después, al Director del Hospital le comenzó una preocupación creciente. Manuel podía ser ya dado de alta. Se paseaba tranquilamente por los corredores y el jardín, fumando buen tabaco proporcionado por las monjas, hacía pequeñas diligencias a pedido de otros enfer-

mos, las quemaduras estaban ya casi cicatrizadas. Pero cuando el Director del Hospital se le aproximaba, Manuel ponía tal cara de angustia. Además, la Hermana Superiora, sin pestañear, habíale manifestado que Manuel ¡solía tener fiebre de noche!

Todas las mañanas el Director subía as escaleras con una resolución irrevocable. Mas, del extremo de la sala, lo recibía una mirada de cordero que se desangra, una monjita llegaba hasta él para detallarle nuevas dolencias de Manuel, y el doctor terminaba por morderse los bigotes, nerviosamente.

Hasta que llegó el día de la catástrofe

Un chiquillo avisó en el hospital que el sobrino de Manuel había perdido a su «angelito». Manuel, después de meditar seriamente, comprendió que tenía la obligación de asistir al entierro. Obtuvo permiso para salir hasta las cinco de la tarde. Era un día hermoso, limpio. Las monjitas le dieron todo el dinero que había juntado, y un ramo de flores. El dinero se lo regalaría a su sobrino para ayudar a solventar los gastos de la fiesta del velorio. Las flores, claro, para el muertito. Pero hay seis o siete pulperías entre el Hospital y el Barrio Industrial, pasando por el Bajo. A las ocho de la noche a Manuel le faltaba recorrer algunas cuadras todavía. Y aun, cruzar frente a dos boliches más con tentaciones de sirenas. Comprendió, constrictado, que no podría pasar de largo. Y que, además, era inútil, ya, porque

el entierro se debió realizar a las cuatro. Entonces siguió bebiendo desesperadamente.

Las monjas se hicieron un ovillo en sus camitas al furibundo griterío de Manuel. Y comprendieron que el demonio les había arrebatado definitivamente su presa.

El Director, por la mañana, sin animarse a aparecer, dio desde su despacho la orden de expulsión.

Ni una monjita había en el largo trayecto hacia la puerta. La Hermana Superiora tomó también disposiciones terminantes. Porque un poseído es un espectáculo terrorífico.

Pero la Hermana María del Rosario, tan hella con sus ojazos melancólicos, espió el pasaje tras el visillo de una ventana. Vacilante el andar, la cabeza hundida en el pecho, cruzó el pecador. La joven religiosa no sintió el espanto anunciado por la Superiora. Lo que sintió fue algo tan infinitamente generoso que se echó a llorar.

Nada pudo borrar en Manuel el recuerdo de aquellas amables horas, de aquellas sorprendentes horas en que la realidad se adelantaba al ensueño o, cuando menos, resucitaban ansias muertas hacía muchísimo tiempo. Y experimentó la necesidad de una mujer en su vida, como antes, como cuando era un soldado de la octava división, cuando lucía en su sombrero una divisa blanca. Para que lo quieran a uno con toda el alma es imprescindible que lo quieran también con la bestia que cada cual lleva encima. El lo

advirtió con claridad e iba a proceder en consecuencia. Pero, ¿a qué mujer se podría acercar él con esas intenciones sin que le produjera risa o miedo? Mientras el perro -ahora Coco- lo contemplaba fijamente, Manuel medía las dificultades de la empresa. Y, de pronto, cuando menos lo esperaba, sintió que la felicidad estaba de nuevo a su alcance. La mujer era Eustaquia, mal agraciada mandadera de un prostíbulo. Los escrúpulos que nacieron en el alma de Manuel habían sido ahogados por esta rotunda reflexión.

-Los cuerpos son diferentes, pero las almas son todas iguales.

Cierta noche los parroquianos de La Cachimba se vieron sorprendidos por la presencia de una pareja que, del brazo, llegaba hasta una mesa y tomaba asiento, ceremoniosamente. Eran ellos, ¡Manuel Benítez con una mujer! Verdad es que Eustaquia no lo parece. Porque con unos mechones de pelos grises, tres dientes boca agolpada sobre el lado izquierdo, ojos que se esfuerzan por vigilarse mutuamente y dos pequeños bultos de pellejo recogidos sobre el pecho, una mujer no parece una mujer. Ella pidió leche y él caña al azorado mozo. Manuel advirtió que en aquellas circunstancias debía extremar su galantería. Y pidió bizcochitos para ella. Pero allí jamás los hubo. Contrariado, hizo traer dos panes criollos. Eustaquia bebía a pequeños sorbos y con ciertos chasquidos. Mojando en leche su sonrisa nueva.

Del rancho de Manuel surge una mujer alborozada
-¡Adelante, don Juan Carlos! ¡Pase! ¿Viene a ver al
niño? ¡Ta dormidito!- Entra a la habitación de piso de tie-
rra bien barrido En las paredes hay muchos amarillentos
retratos de caudillos Unos, uniformados Otros, con trajes
gauchos Con divisa todos en torno al sombrero

La sonrisa endereza un poco la boca de Eustaquia
Le salen mechas entrecanas bajo una especie de cofia ce-
leste

-¡Mírelo que lindo!

Juan Carlos se aproxima a la cuna Levanta un tra-
po Aparece la cara del niño, pálida

-¡Oh! ¡Es muy lindo!

Eustaquia se siente madre Radiante, créese ahora
en la obligación de ser modesta

-¡No, qué v`a ser! ¡Lo qu'es muy bueno!

Le arrastra un sillón destartalado

El va apoyando el cuerpo, receloso, hasta sentarse

-Tiene ropa que no sabemos dónde ponerla Todas
le han hecho cosas

De una gran caja de cartón comienza a sacar peque-
ñas prendas, blancas o de vivos colores Entre cliente y
cliente trabajaron para el niño las mujeres de las mancebias
Tan costosas como algunas de esas prendas pocos niños
han usado en la ciudad

-¡Conoce esto?

Es un gorrito con lana y seda lo que le muestra en la mano

-Sí, de la Nena- responde él sacudida el alma por una ráfaga de tristeza Recuerda la dulce sonrisa, la dulce mirada que, en la habitación de la Nena se volcaban semanas antes persistentes, sobre las manos en labor

-¿Y esto?

-Sí, de la Nena

Después de una prolija exposición, se sienta ella también, en un banco

A la cabecera del camastro en una gran oleografía está San Bernardo en un paisaje nevado y rodeado de perros Como Eustaquia sorprende al visitante contemplando el cuadro, se levanta, lo descuelga y se lo da

-Lo compró Manuel ¿Como a él le gustan tanto los perros! Y a mi también me gustan los perros

Ha vuelto a colgarlo

-¿No ve? -dice señalando con el índice hacia una repisa-. Este es el mate que compramos en cinco reales ¿usted ve, es tirao!

-¡Oh, qué preciosura! ¿Cómo no!

Es un ángel de loza arrodillado Sosteniendo el recipiente entre sus alas doradas

Oyense vagidos

Eustaquia se incorpora de un salto Juan Carlos también se incorpora

-¡Se despertó!

Con la boca otra vez enderezada por la sonrisa
Eustaquia se inclina sobre la cuna

-¡M'hijito! ¡M'hijito querido!

Y le posa entre los labios el chupete sujeto al biberón por un cordón blanco

-Sáquelo y dímelo, para tenerlo un poco

Juan Carlos vuelve al sillón Y recibe en sus brazos al pequeño

Este niño nació hace dos meses en el Hospital Su madre es prostituta, del lenocinio donde Eustaquia oficia de mandadera Cuando salió del Hospital, el problema del niño, crecientemente perturbador desde hacía meses, se planteó en términos perentorios Hasta que Flora, la patrona, halló una satisfactoria solución Eustaquia es tonta, pero es buena Manuel se emborracha pero es bueno Y hay un panadero que ofreció una yegua para proveer de leche El niño pasó a manos de la pareja, que recibiría una pequeña mensualidad para los gastos Mientras, claro está, que no se arreglaba cierto asunto en Montevideo, donde dos ancianos estaban ya casi a punto de perdonar un antiguo dolor de honra

El primer día a Manuel le hizo gracia aquel muñeco Al segundo, le preocupaba Se pasó una hora mirándolo dormir pensando nunca sabría en qué Después, lo quiso Y se dolió cuando cierta noche al llegar ebrio de las

tabernas. dio portazos, enojándose con Eustaquia que discute a lo pirincho, y volteó bancos, conmoviendo la cuna. El niño, tan bruscamente despertado, lloraba. Manuel Benítez comprendió que, al día siguiente, tendría que meditar problemas imposibles de resolver en aquel preciso momento. Por la mañana, salió con el perro Coco o Tupambay sin vocear sus décimas. Se hundió en una taberna y no la abandonó por mucho rato. Muy borracho, es verdad, pero con una solución hallada para no despertar al niño era necesario no salir de noche. Esa misma tarde, turbado ante el misterio del cambio de vida que se iba a iniciar, adquirió el sorprendente mate de loza. Compró también café tostado, en grano. Y a pocas cañas, nomás, llegó a su casa. Después de cenar, en el sillón que Eustaquia había aportado a la unión, tomaba mate de café cómodo. Ella cebaba el mate. El niño dormía.

Juan Carlos posa los labios en la cabeza cubierta de pelusilla. De pronto siente necesidad de hablar, de hablar de cualquier cosa, pero lo interrumpe Eustaquia, que parece haber adivinado su súbita zozobra.

-La madre lo dió. El es ahora de nosotros. Y doña Flora me dijo también, El es de nosotros dos.

-¡Ah, claro!

-Ella no está aquí. Se fue a trabajar a Canelones. Como aquí todo el mundo sabe la cosa. Y pa el cliente una madre siempre es una madre.

Juan Carlos está recordando lo que oyó en los prostíbulos. De una manera u otra el niño será llevado a Montevideo. A casa de sus abuelos maternos, los únicos conocidos, o si no, a un hospicio.

Bruscamente la imagen de Olga aparece en el espíritu del joven. Con tal verdad en seguida, que anda por el cuarto. Y él, entonces, estrecha al niño sobre su corazón.

Es féucho todavía, pero mira con firmeza, endurece el cuello, ya.

-Es de nosotros. Nosotros lo vamos a criar bien. El viejo le va a comprar una alcancía. Así, cuando grande, tendrá su pasar.

Juan Carlos siente frío en el corazón. No se anima a mirar a Eustaquia, que se incorpora, sopla cenizas en un brasero, echa carbón encima, vuelve a soplar. Mas ahora de pie, por medio de una larga caña hueca. El carbón chisporrotea. Eustaquia pone una caldera. Saca la yerba al mate.

Mientras eso hace, Juan Carlos sí la mira. Pero cuando ella vuelve a sentarse, él inclina la cabeza y besa leve, repetidamente, la mejilla del niño, que comienza a llorar.

-Después, con el tiempo, tenemos que alquilar otra casa. Con dos piezas, -dice Eustaquia.

Eustaquia ha alzado al niño y se pasea, meciéndolo.

-Dice el viejo que así este hijo viene a la hora que quiera y nosotros no nos enteramos de nada.

Y añade, con la imaginación en un futuro lejano.

-¡Pobrecito! ¡El viejo es rezongón, pero es bueno,
el viejo!

* * *

Mientras tanto en la habitación de la Nena por mejor iluminada, el doctor ha terminado con Zulema, quien, a pesar de no ejercer, debe someterse lo mismo a la inspección médica dos veces por semana.

Ella se retira. El hombrecillo ha puesto el espéculo dentro de la palangana de agua hirviendo que hay sobre la llama de un calentador. Y anota algo en un formulario con muchos nombres.

Entra la delgada, la triste, la de la faz pálida y los ojos verdosos. Julia y cierra la puerta que comunica con el cuarto donde están las otras prostitutas, ya examinadas.

Viste el traje negro, a faldas largas, que la afina más y la embellece. Le tiende una libretita gris donde está su pequeño retrato. El la toma y, sin mirarla, la deja sobre la mesa. Retira el espéculo del agua hirviendo, lo sumerge en otra palangana de agua fría.

Es un trance apenante, éste. Hasta para las más veteranas. Enrojecida, la muchacha se tiende de espaldas en la cama, con una almohada bajo los riñones.

El doctor ha introducido el espéculo, apartando primero la punta del vestido con que la joven se defiende has-

ta el último instante. hace luego un movimiento de torsión
Y destornilla una llave para que se abran las valvas del
instrumento La ramera tiene la mano derecha sobre la cara
Como si el ruborizarse fuera también un motivo de rubor
El médico mira atentamente Al cabo de un momento se
incorpora meneando la cabeza

La joven se ha vuelto a cubrir con el extremo del
vestido

El la hace cerrar las piernas e incorporarse El corazón
le salta a la prostituta

Observa, ahora la garganta la boca Enciende un
fósforo y vuelve a mirar

-¡Oh, oh!- exclama con orgullosa satisfacción el
hombrecillo

Ha confirmado su sospecha. Descubre en el interior
de los labios dos o tres llaguitas

-¡Bueno, mi hijita, vos no podés estar aquí! Tenés
que marchar al a Montevideo- enmienda atenuando

Julia siente que el corazón le pesa cual si bruscamente
se le hubiera vuelto piedra y los ojos se le dilatan,
fijos en el hombre y sin verlo No es el miedo a la sífilis, es
el terror al hospital de Prostitutas, del cual se cuentan cosas
espantosas Advierte que ha quedado con la boca abierta
Y la cierra crispándola en involuntarios estremecimientos

El doctor le percibe en la mano el billete de un peso,
doblado a lo largo, con el cual ella había entrado en la al-

coba. Se lo toma, entonces. Y lo mete en el bolsillo. Pone de nuevo el espejulo en su valija, después de sumergirlo un momento en el agua hirviente. Preocupado se lava las manos. Sabe que todas se asustan. Pero comprende que la que, helada, lo está mirando, tiene un miedo cerval. Y ese espanto sin palabras lo apabulla. El doctor se apena a ojos vistas. El no sirve para estas cosas. El quiso ser escribano, antes. Recuerda que también le gustaba la agnimensura.

-¡Bueno! -exclama cariñoso- ¡no hay que tener miedo!

Ella no dice nada. Y mantiene las dilatadas pupilas fijas en él.

-Yo daré cuenta a la Jefatura a las cuatro -prosigue-, para que no tengas tiempo de estar presa. El tren sale a las cinco. Con una buena serie de inyecciones, pronto te tendremos de vuelta, te aseguro.

Le posa, afectuoso, la mano sobre el hombro. Ella entonces, mira al suelo acentuando un rictus.

-¡Comprende que no puede hacer otra cosa!

Como ella no habla, él, bajo brusca desazón, decide irse.

-¡No es culpa mía! - se dice revolviéndose - como si ahora él mismo lo reprochara. Y agrega en voz baja.

-¡Hasta la vuelta, m'hijita!

Se pone el sombrero. Se arregla la corbata. Coge la valija. Al salir apresurado, dice todavía, con voz dulce y conmovida

-¡Adiós, Julia!

Su nombre, pronunciado con tal acento, toca extraordinariamente en el corazón de la muchacha y rompe el dique de las lágrimas

Zulema, desde el otro cuarto, ha sentido el sollozo. Irrumpe, interrogante. La Nena acude también, por el corredor. Y rodeándole la cintura, la lleva sin decir palabra hasta su habitación. Detrás va Zulema, que ha estado varias veces en el Hospital Germán Segura y sabe lo que es aquello. Va mintiendo piadosamente, mientras algo en ella le permite, asimismo, sin embargo, sacar cálculos de lo que tendrá ganado su pupila, y de lo que habrá de darle de más, y de si no será posible conseguir que la Coca se inscriba de nuevo en el Registro de la Prostitución para reemplazar a la que se ausenta y

Un recuerdo intempestivo hace que sollozos más violentos estremezcan el pecho de Julia. El del gauchito lindo de la noche anterior

-¡Si supiera dónde anda! -piensa- ¡Si le pudiera avisar! ¡Si no está perdido! ¡Se contagió!

Se sienta en la cama

-¡Qué vida ésta! -exclama- ¡Qué infierno éste!
¡Pobrecito!

-¿Quién?

-¡No, nadie! ¡Es que estoy loca!

La Nena no sabe qué decir, abrumada. Por eso va a la cocina y libera a la perra, a Milonguita, encerrada por entrometerse a ver lo que no hay que ver en el cuarto donde estaba el doctor. Cuando regresa se dispone a preparar-le la valija a la muchacha. Se sube a una silla y desde allí la alcanza de sobre el ropero.

Zulema quiere descalzar a la doliente para ir poniéndole los zapatos nuevos.

-¡No, dejenme! El dijo que no iba a dar cuenta a la policía hasta las cuatro.

La patrona se emociona visiblemente.

-¿De veras? ¡Que corazón! ¡Flor de doctor!

-¿El tren sale a las cinco o a las cinco y media?

-A las cinco. No estarás nada presa.

-¡Sí, pero allá! ¡Más peor que estar presa!

Recuerdos de su accidentada juventud abruman a Zulema. Palabras conformantes se le ahogan ya casi en los labios. Abandona el cuarto y vuelve al punto. Trae una libreta en la mano, un lápiz azul y lagrimones en los ojos.

-Vos tenés «visitas» fiadas -dice entre un profundo suspiro- Como es plata segura, me hago yo cargo de eso.

La Nena no halla camisones en el ropero. Julia indica una caja grande detrás del mueble. Y se suena con un ya empapado pañuelito rosa.

-Vamos a ver lo que tengo que entregarte ¿A vos te quedan algunos otros reales?

-Sí, en la cartera hay ocho pesos o diez, no sé

-Bueno, no llevés más que te los roban. Claro que si precisás mas, m'escibís en seguida. Y si cuando te den el alta querés volver, aquí siempre tendrás pieza

-Sí, yo cuando pueda, vengo. Le debo a la lavandera esta semana. Y el agua de olor que trajeron de la farmacia. ¿A ver?

Enjuga sus lágrimas. Pero como le vuelven, se le estiran y se le ensanchan las letras del papel que ha retirado de la mesa de luz.

-Son veinticinco reales

-¿Y la hechura del vestido, está paga?

-¡Ay, no! Es ¿cuánto dijo la modista?

La Nena recuerda la suma

Zulema aritmetiza

-Bueno. Eso lo pago yo. Está tranquila. Lo pago yo.

Alguien se para en la puerta. Es Martín que llega a visitarlas.

Entonces Julia llora más fuerte. Abrazándose al muchacho como una hermana.

Al enterarse, él trata de consolarla. Y en una, sin responder a las preguntas de Zulema sobre las posibilidades de arreglo con la Coca, se absorbe en una idea.

-¿Si Juan Carlos pudiera hablar con el Jefe o con alguien?

Todas se asen de inmediato a esta esperanza. Juan Carlos salvó una vez a la Coca bajo la promesa de recluirla, hasta que estuviera fuera de contagio, en la casita de Pancho y el Flaco.

Apurado sale el joven hacia la calle. Bajo las campanadas de las tres de la tarde. Al trasponer el zaguán casi tropieza con Milonguita que huye casta, hacia el prostíbulo, de un perriazo vagabundo y cachondo.

La Nena siente ganas de llorar, ahora.

-¡Ah, si Juan Carlos llegara a tiempo! -piensa- ¡Qué bueno es, Dios mío!

En la cocina se encuentra con Zulema, que está calentando agua para llevar unos mates a la caída en desgracia.

-¿Ves? ¡Si no te hubieras pelcado, él estaría aquí, seguro!

-¡De veras!

Y suelta el trapo. Como si hubiera sido suya la culpa de que él, ebrio, al decirle ella tan sólo que aquella noche no tenía muchas ganas de ir al Centro, la derribara de un empujón.

-Bueno, tirele la yerba al mate. Ahora, ahora con llorar no se saca nada.

Y agrega para sí, avivando a soplidos el fuego, cerrados los ojos, entre nubes de ceniza

-¡Ah, muchachas, muchachas! ¿Quién las entiende?

Cuando la Nena llega con el mate, Julia supone que estos ojos grandes y buenos han llorado sólo por compadecerla. Entonces, sin coger el mate, la abraza entre sollozos, agradecida.

-¡Todas dicen, querida! ¡Es el infierno, aquello!
¡Todas dicen! ¡María Bustillo se enveneno en Florida por no ir!

Y ambas lloran así, de pie en medio del cuarto. Y el mate derrama también sus gotas sobre el piso. La Nena llora por más motivos. Pero, al fin y al cabo, causados ellos, a su vez, por una misma cosa invisible y siempre presente.

* * *

Al poco rato de salir Martín de la mancebía eran ya varios los que revolvían el pueblo en procura de Juan Carlos. ¿A quién iba a ocurrírsele ir a buscarlo junto a la cuna del hijo del lupanar?

Juan Carlos, devolviendo el mate a Eustaquia, saca el reloj. Se incorpora.

-Van a ser las cinco. No espero más a Manuel. Dele muchos recuerdos.

Se inclina sobre la cuna.

-A los niños no se les debe besar. Pero en la cabecita no es nada

Y posa repetidamente los labios, muy flojos, sobre la pelusa sedefia

La tarde se demuda. Ahora hay nubes al oeste. Y despliega el sol en ellas como un abanico de varillas oscuras

Ya en el camino oye la voz de Eustaquia

-Si los ve a Manuel y al Tupambay dígalés que vengán ligerito p' acá

Torna la cabeza entonces. Eustaquia va hacia la yegua con un jarro y un banquito. Ahora se ve el potrillo. Parado como sobre patas ajenas. ¡Tan largas son!

Se oyen en la lejana torre cinco campanadas

¡Adiós adiós Julia!

Juan Carlos se dirige hacia el Centro. Ataja por un baldío. Una voz conocida grita atrás, con dulce júbilo

-¡Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!

Se da vuelta y espera

Viene hacia él el viejo Mangunga agachado bajo una bolsa que no pesa nada porque sólo contiene algunos invariables tarros vacíos

-¡Don Juan Carlos!

Le tiende la mano percutida, que el muchacho estuecha sin asco. El aire alegre del principio se altera bruscamente en el rostro del anciano

-Hoy, en su casa, quería ir a verlo al comedor. Y la señora Basilia me dijo que no.

-¿Ah, sí! ¿Qué cosa! ¿Y cómo se halla esa salud?

-¿Va para el Centro? Lo acompaño hasta alguna carnicería.

-No, señor. Usted esta noche come, como siempre, en mi casa. Si no, me resiento.

Juan Carlos está apenado. Ignora si Mangunga ha resuelto de verdad no ir más a comer a su casa.

-¡Ay, don Juan Carlos, iré! Yo no puedo comer en otro lado! A mí me dan en las fondas... a mí me dan en lo de la niña Olga... a mí me dan en lo de... ¡en todas partes! Pero su comida es distinta, don Juan Carlos. Usted no tiene lástima, usted tiene amor. Y yo como amor. ¿entiende lo que le quiero decir? ¡Mire ese pajarito, pobrecito! Esas semillitas que está comiendo estarían ahí, lo mismo, si no hubiera pájaros. La tierra no las ha criado para darles de comer. Ellos las encuentran... tienen ganas... y comen. En su casa es donde yo me siento pájaro del Señor. Nadie me da. Yo como.

Se ha detenido. Y Juan Carlos, también.

-¡Mírelolo! ¡Ja, ja! Se revuelca, ahora. Se para y vuelve a echarse en el suelo. ¡Ah, gorrioncito loco!

Juan Carlos se distrae de la contemplación porque no es gorrion sino chingolo, el saltarín. Pero vuelve a sumergirse otra vez en ella.

-Nosotros antes -prosigue el viejo-, éramos así Cuando niños. Ahora no tocamos la tierra sino cuando tropezamos o cuando nos pegan y dan con nosotros contra el suelo. O ya muertos. ¿Por qué?

Un cuzco venido de los ranchos los ha visto al atravesar el campito y se les pone al lado. Ahora mira al pájaro con ojos codiciosos, inmóvil, replegado.

-¿Por qué tenemos miedo a la tierra? ¿Por qué no la queremos? ¡Es nuestra madre! ¡Dios la amo, don Juan Carlos! Fue un amor muy grande entre Dios y ella. Dios echó su aliento al barro. ¿Y qué es alentar? Alentar es querer, es darse. Aquello era, entonces, hacerla un poco lo que Él. ¿Quién pudiera haber visto aquello! Dios y la Tierra. ¿Se da cuenta, don Juan Carlos? Dios echándole el aliento, alentándola, diciéndole «¡Serás yo!» «¡Serás yo!» ¿Y qué son los hijos? Son la madre dividida. Toda la humanidad es la tierra incorporada para llegar a ser Dios. ¿Y por qué entonces nos hemos revelado contra nuestro origen?

El perro se arroja de pronto sobre el pájaro. Y queda saltando ante el fugitivo inasequible y próximo, pues éste revolotea a pocos palmos de altura.

Juan Carlos se encoleriza.

-¡Fuera! -le grita al artero can, pateando el suelo.

-¿Se da cuenta, don Juan Carlos? ¡Hasta dónde ha llegado el hombre! ¿Quién podrá acusar formalmente a este perro?

Han reanudado la marcha

-Amalos los unos a los otros dijo Nuestro Señor ¿Y quién lo hace bajo la bóveda estrellada? La Tierra, sólo Solito ella cumple Hay muchos que dan cosas, sí Pero, ¿quien ama a los otros? ¿Dónde esta el que ama a los otros?

Se ha detenido y obliga a Juan Carlos a que se pare en el límite del campito Ha dejado su bolsa en el suelo

-¿Donde está? Yo lo sé! Está en usted! No es todo usted, pero está ahí- Y le señala el corazon

Hasta las últimas frases, Juan Carlos lo escuchaba con interés, con cierta emoción Ahora se siente en ridículo Para peor don Mangunga saca del abultado bolsillo luego de una vieja Biblia, papel de fumar y tres coliflas que desmenuza y lía en un periquete Este profeta echando bocanadas de humo apestoso!

-Ya es tiempo de que se haga por los hombres algo más que amarlos- se dice el joven, rabioso

Le aparece una arruga entre las cejas Sus ojos quemarían a los del viejo si hallaran

Levanta uno de los hilos del alambrado que limita el predio y oprime hacia abajo el otro, con el pie Se desliza trabajosamente don Mangunga Luego pasa él

El viejo lo contempla alejarse, con el sombrero en la mano alzada La agita ahora Y

-¡Oh, Dios mío! -exclama con voz fuerte, pero para sí o para el mundo- ¡Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!

Eso está mal- se dice Juan Carlos al oírlo, mientras sube hacia el Centro

Se halla frío, ahora Y la misma arruga mantenida entre las cejas es atenuada por una sonrisa de desden

-Eso está mal ¿Cómo va a haber paz si hay voluntad? ¿Como puede haber voluntad si hay paz?

Cuando toma el llamador de lo de Olga, donde se oye música y claras voces de muchachas, ya se ha repetido varias veces

-En lo que debiera estar todo el mundo de acuerdo es en que yo soy un ser despreciable

Ha acudido Olga palpitante al verlo.

Estrecha la mano tímida entre las suyas

-¡Que seas muy feliz, Olga!

-¡El anillito que me mandaste es precioso!

Desde la puerta de la sala, unos ojos verdes los contemplan, radiantes los de Lala Esta siente unas ganas locas de besar a Juan Carlos porque, a pesar de todo, le hizo caso y vino Otros ojos, con profundo interés también se le fijan al joven los de la regordota prima de Lala

El vals sigue en el piano Deben de estar danzando unas con otras las muchachas

Lala hace como que se asoma a la calle para pasar
junto al joven y decirle por lo bajo

-¡Así me gustas, Juan Carlos!

«Por qué las parejas danzantes se desunen cuando
el entra, como si les sorprendiera su intimidad?» Es que tal
vez cada muchacha danzaba con un fantasma espléndido
Como no ha de haber ningún hombre en el pueblo. Con el
ser soñado, que tendrá que adaptarse a un ser real. O que
no podrá adaptarse nunca

-Es un vals muy lindo. ¿Cómo se llama?

-«Destiny»

-¿Vamos a oírlo otra vez?

Y vuelve el vals. Y ahora, también, la danza. Negli-
gentemente, porque se cortó el ensueño y ellas, las bailari-
nas, están recobradas. Amiga con amiga ahora. En el cum-
pleaños de Olga

-¡Mira, Olga, qué atento! ¡Así dan gusto los hom-
bres!

-Roberto ni se apareció para mi cumpleaños

Como Roberto es el dragón de la que habla. Olga
enrojece. Juan Carlos no sabe qué decir. Pero salta Lala en
su ayuda. Y lleva lejos el tema escabroso

Con la mirada, Olga se lo está agradeciendo

* * *

Esta noche no hace fresco Hay, pro el contrario, un calor húmedo Juan Carlos se ha sentado en la enramada de la Cachimba a solas con un vaso de caña Se siente profundamente desdichado La visión del amigo suicida, las tristes impresiones que don Roman Calero le despertara, el presentimiento de la tragedia que estallará sobre Eustaquia y su marido -inminente ya la llevada del niño a Montevideo, con sus abuelos-, se juntaron en su alma Luego, hundiéronse dejándole amargo fondaje Hasta que empezaron a levantarse, enterneciéndolo más recuerdos de cuando, como antenas de insectos, veía moverse las agujas de crochet en las manos de las prostitutas Durante el día - a veces entre cliente y cliente, por la noche- todas se esmeraban en hacer prendas para el que iba a nacer Preocupadas, nerviosas. La que no sabía, aprendió de las otras Y semanas antes de dar a luz, ya la joven embarazada era objeto de agradables sorpresas La primorosa mantilla de Luisa llegó a último momento Porque a una que a medio bordar tenía la manchó un hombre Y ella debio empezar de nuevo, arrojando a la basura, entre llantos, la maculada, contrariando a Encarnación, que aconsejó lavarla. .

Estos pensamientos lo llevan insensiblemente, a embargarse en su amor por la Nena. Quiere estar con ella No hablarán nada El se sentará al fiente y beberá caña. Estará bajo sus ojos Bajo aquellos ojos que lo vuelven un niño protegido

-Vivir me asusta ésta es la verdad ¿Yo no nací para vivir ?

Comprende que no es posible pensar así que eso no tiene sentido Intenta continuar la frase hasta que lo consiga Porque hay veces que las palabras se tienden como puentes, y por ellas, aunque se desvíe desvirtuándose, puede pasar y revelarse el pensamiento

-Yo no nací para vivir así

Entonces piensa de que otra manera Mas ahí su idea se va disipando cual humo en el aire No retiene sino una naciente sensación vaga y dulcísima, ahora

Bebe el resto del vaso Quiere otra caña Llama

-¡Félix!

El mozo se asoma Regresa al mostrador para traer la botella

En la enramada con quinchá de paja cuelga un gran farol

Frente a la nueva caña él posa el codo sobre la mesa y el mentón sobre la mano

Un cuzquito overo cruza el fondo La ternura desbordante de Juan Carlos hace que lo llame, a falta de otra cosa

-¡Chicho! ¡Chicho!

El perro se estremece y se echa en el suelo Se ve que las palabras, a pesar del acento, lo han atemorizado

-¡Venga, venga aquí, chicho!- repite Juan Carlos, interesándose

El can se aproxima entre las patas el rabo, la cabeza inquieta

-¡Chicho! ¡Chicho!

La mano pasa por la cabeza, por el cuello, por el lomo que se arquea. Las miradas se encuentran, luego Juan Carlos, entonces, bebe un trago

Cuando vuelve a mirarlo, el perro tiene clavados los ojos en él. Unos ojos tristes y dulces. Como los de ciertas mujeres. También se les suele encontrar así, a veces, en los hombres. Pero en raras ocasiones

Juan Carlos le nota, ahora, una pata herida. Y en la blanca palambre de la paleta, una costra pardusca

Los ojos le están siempre clavados. Entonces él endulza la mirada, posándola en ellos. Y experimenta intenso sosiego. Un como manto sedante, algo como una dulzura infinita, fluye para él de los ojos fijos, apenas parpadeantes. Y la paz gris y melancólica va brotando de su corazón, embargándolo todo

El perro se ha echado en el suelo. Es feúcho, de raza inferior. Un cuzco ranchero cuyo dueño ha de estar borracho, irascibilitándose, acodado en algún mostrador

Los ojos sobre los ojos, ¡a qué antiguos remansos transportan, en qué mecedores ensueños sumergen, sobre qué blandos regazos hacen descansar!

-¡Chicho! ¡Chicho!

El brazo se estira. La mano acaricia. El lomo se curva. Entorna los ojos el can.

Luego, otra vez mirada con mirada. Y una voz, después.

-¡Camundá! ¡Venga acá, le digo! ¡Venga, porque lo reviento de una patada!

El perro se incorpora. Y ya en la puerta que da al salón, sin detener su trote de tres patas, torna la cabeza y vuelve a mirar. Al encontrarse con los ojos de Juan Carlos de detiene. Y se achica y se pierde cuando vuelve a oírse la voz.

-¡Camundá! ¡Vení o te rompo otra pata, caray!

Por la misma puerta se adelanta Martín. Tras él Pancho, hermano de Lala, y el Flaco. Escualido éste. Gordo y rozagante, aquél. Ambos con los ojos irritados y la palabra no muy segura.

Juan Carlos corta por la mitad la detallada narración de su buscarlo infructuoso para que acudiese a salvar a Julia.

-¡Yo me quiero arreglar con la Nena!

-Y andá. Te está esperando siempre. Nosotros te acompañamos.

-¡No, quiero ir solo!

Hay un silencio en que las cañas suben a la boca.

Al mirar hacia la puerta Juan Carlos ve que el perro está de nuevo allí. Sobre sus tres patitas. Contemplándolo. Con miedo tal vez de aproximarse por la prohibición irritada de su amo.

-Es la una y media. Vayan ustedes y le avisan para que no se acueste.

-Pero vamos todos.

-¡No! ¡A esta hora no! ¡Tan temprano, no! ¡No quiero encontrar a nadie con ella!

Se ha echado sobre el respaldo de la silla, el antebrazo sobre la mesa, las piernas extendidas. Y al hablar mantiene la vista dulcemente sobre la del perro desconocido todavía estático.

Cuando los amigos se incorporan para retirarse, Martín pregunta por lo bajo:

-¿Qué te parece, me arreglaré con la Coca? Sabías que

-Y... si te parece.

-¿Pero vos qué decís?

-Arregláte. Vos la querés, Martín.

-Sí, puede ser. ¡Pero es que ella me quiere!

Juan Carlos se queda solo.

-¡Félix!

El mozo vuelve a llenarle el vaso. Recobrando su cómoda postura, Juan Carlos mira hacia la puerta. Mas allí ya no hay nada. Y una voz, ahora desde la calle, le llega.

-Pero Camundá, ¿querés que te quiebre otra pata?
¡Ya vas a ver!

La luz amarillenta del farol parece que se le ha li-
cuado dentro del vaso. Luz velada, melancólica. Apenas
alumbradora.

* * *

El formidable reloj de la Iglesia da las tres. Y la
grave sonoridad envuelve en círculos el pueblo todo y si-
gue sobre los campos.

Del brazo, Juan Carlos y la joven prostituta suben
hacia el centro por callejas oscuras.

La luz eléctrica se ha apagado hace una hora ya. La
luna esplende.

-A Florismán lo encontré cuando yo venía a ver-
te. Salía yo de La Cachimba y él estaba en el mostrador.
Fue a buscar la guitarra y ya nos estará esperando.

-Yo me parece... que a ése no lo he visto nunca.

-Es posible. ¡Ya verás cómo toca! No lo conoces
porque no va nunca a cafés ni iba a los bailes. No quiere
trabajar de músico. Dice que no se debe cobrar por tocar la
música.

-¿Pero no te parece que no está mal cobrar?

-No creas. A lo mejor, él tiene razón.

La Nena duda, aún. Mas comprende que no debe seguir insistiendo

-¿Y de qué vive, entonces?

Se detiene estrechándose a su amante. Por el medio de la calle viene un perrazo blanco

-¿No será lobizón? ¡Hoy es viernes, me parece!

-¡No seas boba! ¡Y hoy es miércoles, no viernes, señora!

El corazón de la joven palpita con violencia. El perro pasa al lado de ellos y sigue su camino, silencioso

-¡Ay, Jesús! ¡Qué susto me ha dado! ¡Tan grande y tan blanco! ¿Qué me decías?

-¿Yo? ¡Nada!

-Sí, ¿qué me decías hoy? Que Florismán vive de

-¡Ah! Es lustrador de muebles y de pisos. Pero aquí pocos hacen lustrar sus muebles o encerar sus pisos. Pasa miserias. ¡Y si vieras cuántos chiquilines!

-¡Pobre!

-Cuando están muy desharapados, los da a gente pudiente, y

-¡Eso está mal!

-No, porque después, a los pocos días cuando se los han vestido y calzado, él merodea por los lugares donde los asiló y llegada la oportunidad los llama y se los lleva, muy campante, ¡Miralo! es aquel alto

Entran al café

Florismán está de pie en el mostrador. Al ver a la pareja coge la guitarra de sobre la mesa y se aproxima. Juan Carlos hace la presentación. Él saluda a la Nena afectado y caballeresco. Tiene un orgullo secreto y no bien discriminado que esta noche satisface ampliamente. Por eso se siente feliz y una energía inusitada le recorre las venas. Acaricia sus enhiestos bigotes rubios y apenas si interviene con gestos en lo que le convesan. Desearía ponerse a tocar de una vez por todas. Cuando hablan de eso, él afina al aire la guitarra. En seguida, sus manos se convierten en dos arañas activas.

El mozo ha traído dos vasos de caña y uno de guindado.

Los del mostrador, la gente de las mesas se apres-
tan a escuchar.

En una rueda hay dos muchachas que sonrieron a la Nena cuando entró. Una es Estefanía, pupila de Iracema. La otra es Luisa, la rubia de lo de Encarnación.

-Si tiene gusto voy a tocar un estilo antiguo.

El hordoneo es como una fuerza oscura que invita a apoyarse en él a algo esquivo y próximo. Esquivo y próximo porque, a la vez, parece que quiere alejarse y que se asusta. Hasta que sobre los bajos comienzan a temblar unos sonos claros. Pajaritos en el monte o gotas de rocío en los alambrados o, mejor, esas lucecitas que danzan en las suspensas noches del campo.

La imaginación de Juan Carlos, suelta, anda alrededor de la guitarra. Un acorde, una frase musical, la aleja, la hace remolinar entre hundidos recuerdos. El instrumento atráela de nuevo. La contiene, meciéndola. Y la proyecta sobre otra región del alma a la que orillea sin penetrar. Va y viene por los senderos que abre y borra el guitarrero.

-¡Buenas noches!

Son el Flaco, Pancho y dos «chiruzas» desconocidas, bastante mal trajeadas, hurañas o encandiladas. O ambas cosas juntas. Se sientan en otro extremo del salón.

Juan Carlos ni los ha mirado. Pero la Nena, sí. Y los observa con inquietud. A pesar de la ufanía de que rebozan, ambos muchachos tienen machucones en el rostro. Un ojo del Flaco mira con dificultad entre las hinchazones que lo circundan.

La Nena, impaciente, aguarda a que el guitarrero termine.

-¿Y a éstos, qué les ha pasado? ¿Y esas mujeres, de dónde han salido?

Juan Carlos mira a su vez. Sonríe. Los invita por señas a sentarse con ellos.

-No -gritan a una.

Pancho, sombrío, agrega arrastrando un poco las palabras:

-¡Hoy no queremos música!

La Nena quisiera seguir inquiriendo Pero el guitarrero ha anunciado

-Voy a tocar, si tienen gusto una marcha militar

Da un rasquido seco Comienza Intenta imitar el tambor y los clarines Pero por las seis cuerdas filtran ciertas cosas, no más. La guitarra no puede difundir esos asuntos marciales, de arrogancia agresiva. Los atempera el instrumento, de por sí. Y contrariándolos, hace evocar el caminar inocente y efímero alegre de hombres sencillos, sin rencores, sin nada heroico que realizar, a no ser vivir.

Juan Carlos ha advertido la transformación del aire guerrero, que otras veces oyó ejecutado por la banda del pueblo. Es la primera vez que percibe semejante escamoteo. Mira la boca de la guitarra como algo misterioso y muy grave.

El guitarrero sigue, ebrio, enardecido. ¡Es que cuando hay gente como Juan Carlos, que sabe apreciar¹. Se da cuenta de que esta noche está tocando como nunca.

Con armónicos imita al clarín. Las bordonas, pisadas hábilmente, cuando no los dedos tamborileando sobre la caja, hacen los tambores. Y de todo esto sólo sale una incitación que afloja el espíritu, lo abuena y lo invita a marchar por la vida con los demás seres fraternalmente, entre dichas melancólicas.

¡Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!

El versículo que el viejo Mangunga le gritó por la tarde, surge en la memoria de Juan Carlos

Florismán, la cabeza erguida siente otra cosa. Ve un ejército enorme, con banda lisa al frente. Reluce el sol sobre las armas. ¡Banderas y banderas! ¡Con qué nitidez se destacan los clarines!

Él no percibe que la caja sonora se le resiste. Y que varía, trasmuta, retiene, bruja.

Muy antiguo recuerdo, que de un tiempo a esta parte le suele boyar casi a flor de conciencia, emerge nítido en Juan Carlos. Él estaba -cinco años tendría- en la sala de la vieja estancia. Miraba por entre las rejas el campo inmenso. A su lado, sobre un sofá tapizado de celeste —no, de rosa, había una guitarra boca arriba. Cruzó a pie —más allá del jardín, con un caballo de tiro el viejo Faustino, el que fue soldado de Urquiza, de tajos en el rostro. Llevando chiripá claro. Él, sin coger la guitarra, comenzó a pulsar cuerdas. Una a una —lentamente, abstraído. Y en su corazón de niño surgió una infinita —acariciadora— tristeza. Se sintió sólo, abandonado en un lugar desconocido. Solo y triste y feliz en su soledad. Pasaba un dedito por las cuerdas. Y comenzó a llorar. Caían las lágrimas por la palidez del rostro. Y él se envolvía en los sones como en un manto tibio. No la sintió cuando ella entró a la sala. ¡Cómo se recortan claros ahora, los recuerdos! Llega desde el fondo de sus años el acento de su madre: «¡Pero m'hujito!, ¿por qué llo-

ra?» Él, sin saber qué contestar dijo «¡Tenía miedo!»
«¿Pero miedo a qué?» «No llore! ¿Miedo a qué, si esta con-
migo?» Poso la cara en el seno de su madre. Una dulce
felicidad lo enternecía

La voz de la Nena retrae la evocación,
-Ahora, un estilo bien lindo, si quiere, Florismán

× × ×

Se han ido hace rato casi todos los parroquianos y
el cumplido guitarrero

Vuelven hacia la mancebía. A los lados, casas cua-
dradas, a oscuras, cada vez más espaciadas a medida que
se distancian del Centro. El cielo mantiene todavía su in-
tenso azul brillante, tenuemente demudado, ahora, al pare-
cer, hacia donde se adelantan los jóvenes

Juan Carlos está conmovido

-Parece a veces, Nena, que hay una gran presencia
en la vida que comparte nuestro dolor, que compadece.
Cuando, sufriendo mucho, nos ensimismamos, cuando es-
tamos solos de toda soledad, o cuando estamos como yo
contigo, ahora, sin turbarnos ni con el pensamiento, enton-
ces se hace más presente, aun, ¿Será eso Dios, Nena? Pero
es que a veces se tiene la sensación de que hay un sufri-
miento suyo que es anterior al nuestro, que su dolor puede
ser la causa del nuestro. Que Dios es desgraciado, que es

impotente para algo. Que es un prisionero como nosotros.
¿Después de Dios puede haber otra cosa?

Se ha preguntado esto a sí mismo. Pero la Nena que lo único que pudo retener fue la última frase responde

-¡Eso es un gran pecado, Juan Carlos!

-¿Piensas que esa otra cosa recién entonces sería Dios? ¿Pero por qué ha de ser nuestro Dios el último término?

-¡Ay, Juan Carlos, yo no entiendo nada, pero no hables así!

-¡Estoy muy mareado, Nena! ¡Hoy he tomado tanto! No puedo pensar bien. ¡Qué lástima! ¡Me pierdo! Pero eso

La idea de Olga llega secretamente se funde poco a poco con su pensamiento, y se aleja entre un remolino de imágenes desociadas

-¡Qué lástima que haya tomado así, querida! ¡Algo importante pasa en mí que pudiera atraparse!

Cae en una intensa sed de amar y ser amado

-¡Nena, Nena, soy como un niño!

Suspéndese el silencio sobre el mundo. Reina absoluta quietud entre los altos yuyos que bordean el camino. Sólo en el cielo escintilan las estrellas

-¡Ay, Nena, Nena! ¡Qué buena eres! ¡Qué bueno me haces, Nena!

Y aprieta contra su cuerpo el brazo de la joven prostituta con lo que la obliga a aminorar aun más el paso
¡Nena, Nena, te quiero como un niño!

Deshorda su corazón de ternura Y le mana de muy adentro un sentimiento agradecido y sumiso

La Nena, oscuramente intuye Oscuramente, pero es lo mismo Se siente segura de Juan Carlos, ¡Y está tan conmovida! Se estrecha a él y le pide que le rodee la cintura

Arden límpidas las estrellas

-¿Te das cuenta de lo linda que es la noche?

-Sí -afirma ella

Y comprende, de golpe, que la noche es muy hermosa

-¡Mira las estrellas! Parece que es

Su espíritu se ha alejado hacia otras noches y otras escenas La frase se interrumpe

-¿Qué parecen las estrellas, Juan Carlos? Decime

-Parece

Y sin exacta correspondencia con su pensamiento, sigue

-Parece que nos están mirando que nos quieren

La Nena vuelve a mirar hacia lo alto y acepta todo, sin esfuerzos Los están mirando y amando las estrellas

-Sí, Juan Carlos -musita.

Y trata de apresurar el paso Quiere llegar en seguida Ansia estar ya acostada, entre sus brazos, ofrecida

El la ciñe a su cuerpo, obligándola otra vez a no apresurarse

* * *

-¡Los labios, querido! ¡Los labios! ¡Mordeme los labios!

Poco después, silencio

En este lado de la ciudad, ya todos duermen. Todos. Mientras allá arriba, en el Centro, comienzan a abrirse miradas y puertas. Chirría la roldana de los aljibes. Transitan por las calles seres cuyo número se acrecienta. Y los comercios, despiertos un poco antes, esperan. Hay niños que han sido sacudidos bruscamente en las camas. Sólo en el Bajo reina la calma. La dicha o el olvido. Olvidos, al fin. Ya está saliendo el sol.

* * *

Zulema había iniciado sin éxito tentativas para atraer a su prostíbulo a la Coca, la ex amante de Martín. Era necesario suplir a Julia con otra tan atrayente como ella. Luego dirigió sus miradas hacia Lulú, bonita pizpireta de lo de Agueda. Y estaba ya a punto de sonsacarla, cuando se produjeron acontecimientos que dieron al traste con las tentativas. Parece que Lulú no quería ya a su amante, a Eusebio,

sino al rubio que de manera tan significativa la había ceñido en el tango bailado a compás de un coro tarareante y pianísimo porque desde hace tiempo la policía no permite música en las mancebías. Ideó un plan. Y sin participar a nadie ni aun al Rubio sus verdaderos sentimientos, demostró en forma tal, interés por un tercero, por Eustaquio, que la fingida pasión llegó a no ser secreto para nadie. De esta manera, lo desagradable posible, -una pelea a puñaladas- se efectuaría entre Eustaquio y su marido, excluyendo así al ser realmente amado de toda contingencia peligrosa. Las demostraciones culminaron la noche en que Eusebio halló a su concubina en arrumacos con Eustaquio. Se produjo la prevista escena violenta, que no pasó a mayores por la decidida intervención de las otras mujeres y de un guardián del orden público. Jurando venganza desapareció Eusebio del Bajo para deshacerse de su nuevo amante, de Eustaquio que celoso revisaba siempre todos los rincones -y cuya exasperación ella no temía-, Lulú dejó bastante a la vista, el borrador de una carta amorosa sin destinatario, aún. El altercado que con este motivo sostuvieron no dejó dudas a Eustaquio de que Lulú no lo amaba. Satisfecho -a pesar de todo- porque le había sacado la mujer a Eusebio -no pensaba que su resentimiento con Eusebio fue posterior a la falsía que él le hizo- abandonó sin pena ni gloria el lugar de su aventura. Pero ese mismo día circuló por todo el Bajo la noticia de que el Rubio, ignorante de

tales tejes y manejes, se había arreglado con una prostituta recién llegada de Florida a la «pensión» de Iracema. Esto dejó a Lulú en el estado de completo anonadamiento que es de imaginarse. Con Eusebio -¿se vuelve siempre a los primeros amores?- era imposible reconciliarse ya. La situación de Eustaquio en nada interesaba, pero, aun así, otra cosa muy distinta sería si pudiera contar con él, pretensión completamente irrealizable. Además, en su corazón azotado prematuramente desde años, algo era capaz todavía de amar y de alimentar el sufrimiento. Y Lulú quería, ahora más que nunca, al Rubio afortunado. Por consecuencia natural, en vez de atender a su profesión tomaba de paño de lágrimas a los llegados a la mancebía, trocándolos de interesados por sus encantos en contristados participantes de su infelicidad. Zulema vacilaba ahora entre dejar las cosas quietas e insistir ante la atribulada muchacha para llevarla a su mancebía, cuando un telegrama de Montevideo despejó el fosco horizonte.

«Diga si tiene pieza. Renée. Y la dirección para responder»

Muy satisfecha, Zulema contestó al punto. «En efecto. Zulema»

Y se puso a imaginar cómo sería la tal moza. Momentos hubo en que llegó a tener totalmente dibujada una figura, con psicología perfectamente determinada. Mas, sedienta de superación, la borrada y en rápidos rasgos cons-

truía otra mejor. Mientras, hizo lavar el piso de la habitación que le destinaba. Hasta ella misma, ayudada por la Nena, limpió vidrios y espejos.

* * *

Esta tarde, al tiempo que Zulema se apresta a recibir dignamente a su nueva pupila, Juan Carlos y Martín salen del Club. Martín ha decidido ir a ver a la Coca. No a proponerle un arreglo que, lo sabe de antemano, sería aceptado como tantas veces, sino a conversar, a verla. Le dejara unos pesos para que vaya tirando hasta que el actual marido, el compositor de gallos, salga de la cárcel. Ella lo ha mandado buscar otra vez, y debe ir.

Al llegar a la plaza, donde reina inusitada animación, se separan. Juan Carlos se dirige a la Iglesia de gran gentío en el atrio. Martín toma a la izquierda, atravesando el pueblo hacia el rancharío pomposamente llamado Barrio Industrial. Se ha formado alrededor del Molino Grande. Gracias a éste. Y gracias también a la ley de ocho horas, que obliga a establecer hasta tres turnos cuando, pasadas las cosechas, el Molino trabaja día y noche.

Atraviesa la vía del ferrocarril. Sigue sin desvíos hacia el Molino porque la calle está empedrada. Luego se hunde entre árboles y zanjas. Le han dicho que ella vive tres ranchos después del «boliche» de los Peraza.

Ahora divisa la sórdida morada

Entonces le surge un recuerdo conmoviéndolo. Ve a la joven como cierta noche, en el lecho a su lado, poco después de enmaridarse. Absorto en otra cosa, él, por decir algo, le había preguntado

-¿Me querés?

-Sí -respondió Coca, también abstraída

-Jurámelo -siguió él por mantener el diálogo

-Te lo juro, Martín

-Jurámelo por tu madre -volvió a decir Martín, ahora atento al advertir un gesto ambiguo

La Coca inclinó la cabeza

Entonces, incorporándose a medias, él insistió, punzado por la curiosidad

-¿Eh? Jurá

-No a mí . yo nunca no me gusta jurar por mi madre. Te quiero, sí. Si querés, creeme . ¡Pero yo nunca juro por mi madre!

Y se le estrechó insinuante, lasciva, con protestas de amor

Naturalmente ingenuo, Martín creyó en la sinceridad de aquellas palabras. Además, empezaba a sentir afecto por la muchacha, y eso -como sucede con frecuencia-, le daba seguridad de que era correspondido . La incidencia, pues, se borró de inmediato en su memoria. Hasta una tardecita lluviosa, a las semanas. Habían salido a ver llo-

ver En automóvil El amigo que los invitó iba al volante, con Blanquita Martín detrás junto a la Coca arrebujada en su lujoso abrigo de pieles. Ya quedaba a sus espaldas el Molino Grande y se internaban por la carretera que lleva al puente. El campo borrábase a escasa distancia, en el anochecer. Árboles, ranchos de hogar ya encendido, huían. El camino venía veloz a ensancharse bajo las ruedas. Poco a poco ella se fue estrechando a su absorto amante. Silenciosos ambos, miraban a través del cristal. ¡Debia de hacer un trío, afuera! De pronto el joven se estremeció. Quedamente abatido la cabeza sobre el pecho varonil, ella había exclamado

-¡Ahora sí, Martín, te juro por mi madre que te quiero!

Al detenerse frente al alambrado, alguien grita desde una de las puertas del largo rancho

-¡Che Coca, ahí tenés gente!

Ella se asoma ante la advertencia del otro inquilino

-¡Entrá, Martín!

Avanza por una sendita en el patio poblado de yuyos. Agachándose, traspone el umbral de una pieza de piso de tierra y húmedas paredes sucias de humo. Está demasiado oscuro el interior. La muchacha, sin adelantarse a darle la mano, como sonámbula, enciende una lamparilla cuya pantalla de lata no permite a la luz ir hacia atrás.

Hay una destartada cama de nogal y una mesa de noche a la que la han quitado el mármol. Sobre ésta posa un reloj despertador. Hay también dos enterizos bancos de ceibo. Y encima de un cajón de kerosene, una palangana, una peimilla, un jabón entre su charquito de agua espumosa.

La mancha blanca del cuerpo de la Coca se ha iluminado. Brilla la seda de su traje en partes roto y en algún lugar cosido sin cuidado, resto de un tiempo mejor que entristece al recuerdo. A pesar de todo, ¿qué hermosa está la Coca! ¿Cómo conoce él este traje de raso blanco con el cual ella se ponía el delicado collarcito de perlas falsas! Martín contempla conmovido aquella involuntaria sonrisa, dulce y cruel a la vez, de la que Coca es tan culpable, sin embargo, como la víbora de su veneno. Allí está todo lo inexplicable. Allí, en ese vago pliegue de los labios.

Desciende la vista. Oprimido el corazón, mira aquellas bien modeladas piernas con medias agujereadas y las roídas zapatillas a medio calzar donde se hunden los pies pequeños.

-¿Te dijeron que te mandaba buscar?

-Sí.

-Esperá, voy a aprontar el mate.

Coca introduce astillas en un fogón improvisado con ladrillos que se alza a un metro del suelo. Luego sopla, avivando el rescoldo. Yérguense llamas pálidas que hacen danzar en el rostro de la joven fulgores extraños. Se

incorpora y prepara el mate. Pregunta sobre lo de Zulema, sobre lo de Iracema. Interroga respecto de las posibilidades de nuevas lluvias. Pero su indiferencia es aparente. Está preocupada y bien atenta a los menores gestos de su visitante.

De pronto, Martín siente un nudo en la garganta al mismo tiempo que forzosamente sonríe a la Coca. Es que por las desgarraduras de la manga ha advertido moretones en los brazos.

-¿Te pega él?

-No. -contesta Coca. Y, rápida, rectifica.

-Sí, me pega. Me da de filo con la mano abierta. Y eso duele más que con el puño, te aseguro.

-¿Y por qué no te vas de aquí? No conmigo a otro pueblo, digo.

La Coca acentúa su sonrisa.

-¿Para qué? ¡Aquí estoy lindo!

La sonrisa se atenúa, se hace dulce, y Coca de nuevo se inclina para tomar la caldera. Vierte con cuidado un chorro de agua humeante en el mate cuya yerba ya ha hinchado. Se lo ofrece a Martín, ahora.

-Ah, Coca, Coca! ¡Qué mala cabeza, muchacha!

Como Martín sorbe el mate mirando al suelo, ella queda, al fin, contemplándolo a gusto. Experimenta una sórdida ternura que la llevaría a torcerle los brazos al joven para verlo llorar, si no fuera porque sabe que sólo el intento conseguiría un manotazo. ¡Que dichosa se siente.

viéndole allí, sentado junto a ella, entristecido por ella! Desearía con todas las fuerzas de su alma que la habitación fuera aun más miserable, sus ropas más andrajosas. Y desearía, también, ahora, colorete y rimel para sus mejillas y sus ojos. Nadie, nunca, se entristeció por ella. «Porque enojarse no es entristecerse», alcanzó a afirmarse cierta vez. Nadie llegó, nunca, mas que hasta desear su cuerpo para gozarlo o para explotarlo. Pero esto, esto que provoca esta tarde y que ha sorprendido en otras oportunidades en los ojos de Martín, no, jamás. En nadie. Y ella tiene derecho a ser amada, a verse, a contemplarse amada. Cuando Martín la celaba en el prostíbulo, cuando la sacudía con furia por los hombros, Coca se embelesaba momentaneamente entre su susto. Pero en seguida tomaba conciencia de que con los otros había sufrido también las mismas brutalidades sin que por eso la quisieran. Recién una noche, ¡ah!, aquella para ella inolvidable noche en que se fingió más borracha de lo que estaba y se tendió en el lecho después de, con esfuerzos, vomitar sobre el piso, sorprendió en la mirada de Martín sobre ella una expresión indescriptible a la que su memoria se asió desesperada. Apenas si él habló. Y aun así, y aunque no la mirara, ella fue sintiendo llegar a su corazón abandonado y sediento algo como una caricia infinita que no había conocido. Ella necesitó ya el espectáculo de esa compasión removedora de sus fibras. Tendida en la cama, borracha de verdad, después, al final de las

noches en la mancebía, ex profesora desgredada con las ropas manchadas por la cal de las paredes, conseguía ser dichosa desde aquella vez. Hasta que el efecto creciente del alcohol la hundía en un abismo negro en el que se debatía gimiendo. Y quedaba dormida junto al abrumado muchacho. Así fue exigiendo a su pobre cuerpo horrores más intensos a impulsos del hambre de amor puro que acrecía en su alma. La huida con el alférez. Las furtivas entrevistas con su abandonado amante. Los celos salvajes cuando llegaban a los prostibulos mujeres nuevas. La vuelta al burdel. Su alejamiento con Martín, a los pocos días. La inexplicable fuga al rancho del Abrojal con el artero compositor de gallos que, de entrada, no más, le pegó sana. Y entre todo esto, de cuando en cuando la entristecida presencia del muchacho en medio de la ciénaga, es decir su derecho reivindicado.

Se ha hecho un silencio. Sólo el tic tac del despertador avanzando sobre el tiempo. A la confusa claridad exterior, por la senda, salvando terrones, pasa un guardiacivil llevando de la mano a un niño que llora. Detrás, lo sigue un perrito, erguido el hocico, agitado el rabo, mirando con angustiado asombro el brusco cambio operado en su pequeño amigo.

Como la Coca se apena mira fijamente a Martín e insinúa una carcajada.

-¿No te da tristeza que lo lleven preso, Coca?

-Se pasan el día apedreando los ranchos

¡Ah, si ella pudiera tenerlo toda la vida así,
dolientemente pensativo junto a ella' ¡Y ella sin medias,
con ropas destrozadas y bien hermoso el rostro'

-¡Es un santo' ¡Es un santo'- se dice

Y ebria de amor, deseando en su desvarío retener
aquella felicidad suprema, descubre como al descuido el
otro brazo y pone en evidencia violados moretones

Martín se incorpora Saca dos billetes de diez pe-
sos Los deja sobre la mesa de noche

-¡Bueno, adiós Coca'

-¿Y si me portara bien, ahora?

Esto lo musita sin pensarlo, empujada por el deseo
de seguirlo como una bestia humilde No lo mira Está de
espaldas, tendido el cuello, inclinada hacia atrás la cabeza

Martín sale abrumado y toma la sendita del yuyal

Ella permanece en la misma actitud durante un rato
Soñando ya con una próxima entrevista, en la que ha de
encontrarla borracha, descalza, con la ropa en arrapiezos
O mejor, aun Se interrumpe Vacila su ensoñación enlo-
quecida Pero si, eso que piensa sería lo mejor Mandarlo
buscar y que la encuentre muerta Tendida en la cama,
con los desnudos pies enfangados adrede la cara bien
pintada linda, pero bien linda, y muerta

Atardece rápido. Un perrito sigue al joven, ladran-
do junto a sus piernas Suben de las chozas blanquecinas

humaredas Cada rancho tiene una puerta que es boca de
horno abierta en la oscuridad acentuada por momentos
Llega olor a carne asada Y de los campos que deja a sus
espaldas envolviéndose en sombras, un vago perfume, un
silencio de paz Él nada ve, nada siente Tiene aun delante
dos brazos manchados de violeta Y los ojos de la Coca
cruelos y tristes

-¿Y si me portara bien, ahora? le parece escuchar
todavía

Ahora camina sobre el piso firme empedrado De
súbitos, en la altura, el pueblo se puntea de focos amari-
lentos

Ya está brillando una estrella

Tiembla la estrella en el abandono de la inmensidad

x r r

Cuando Martín, rumbo a lo de la Coca se separó de
Juan Carlos éste había enderezado hacia la Iglesia En el
vasto atrio cruzó por entre grupos de hombres la mayoría
de bota y poncho que salían a fumar y regresaban después
al interior, descubriéndose Juan Carlos se adelantó y entró
en el templo De las naves pendían grandes paños negros
Bajo paños negros estaban cubiertos altares e imágenes
En la puerta él había depositado monedas en el sombrero
de un ciego y en las manos tendidas de tres ancianas enco-

gidas, con rostros de pasa. Se oía una voz grave desde el púlpito. El, sin atender, pasó su vista por la muchedumbre airodillada. A un lado del templo, sólo hombres. Del otro, mujeres y niños. La luz exterior, tornada azul y roja y verde en los altos ventanales, llegaba abajo desvanecida. Buscó entre la gente, buscó empujando por un oscuro deseo. Avanzando por una de las naves laterales consiguió ver a Olga. Junto a su madre. Absorta. El hallazgo le hizo bien. Sintió nacerle una dulce ternura. Estaba muy hermosa con su mantilla negra que dejaba asomar un fulgor de oio.

Cual si hubiera sentido algo sobre sí, ella alzó la cabeza y lo miró cuando él le clavó los ojos. Pero volvió a inclinarse. Y en vez de seguir atendiendo al vozarrón resonante encima de su cabeza, la joven comenzó a mover velozmente los labios.

-¡Si rezaras por mí!

Una emoción profunda enterneció a Juan Carlos. Entonces puso interés en las palabras del oficiante.

De cuando en cuando una frase repetíase, destacada.

-Padre, ¿por qué me has abandonado?"

Aquel ¡Elí! ¡Elí! ¿lammá sabachthani? que lo estremeceía de congoja al evocarlo en sus días de estudiante, en Montevideo, ahora adquiría tan sólo el sentido de ruego que va a ser prestamente escuchado; de clamor amoroso hacia una mano pronta a descender acariciante. Poco a poco fue sintiendo como si frente a él estuviesen todos los actos

buenos de su vida. Y como si él, de hinojos, la cabeza hundida en el polvo desde el resto de su conducta, les pidiera perdón.

De súbito comprendió que brillaban ojos indignados de todas partes. Era él el único que estaba de pie. Y se alteró su actitud sumisa. Se irguió más, se estiró. Lo inundó una energía salvaje. Fue a ponerse los brazos en jarras. Y se alucinó. Le estaban atando las manos, rodeado de puños amenazantes. Él se alargaba despectivo, sediento de dolor, entre una muchedumbre de mujeres y hombres con mantos hasta los pies. Vio entonces, a lo lejos, la Vía Sacra y el Arco de Tito. Y a Olga, a su lado, de rodillas, inclinada hacia la tierra. Es que se hallaban en la Roma Imperial. Siguiendo a Olga había asistido a los Misterios Cristianos. Iba a morir porque no se le antojaba contraer los brazos romper las ligaduras, arrojarle como un ugie sobre la multitud. Y lo podría hacer, sí, porque le ardían las fuerzas en los músculos. ¡Oh, que delicia lo envolvía! ¡Cómo era de dulce morir! Ya se borró el gentío y se estumaban las moles de piedra. Él estaba solo, de pie en la colina, muriendo, libre de ataduras, inmóvil. Y se hundía después, sintiendo un total contacto acariciante, como si en los pies un gran peso, descendiera, las piernas juntas, los brazos a lo largo del tronco, alargadísimo, en mares sin fondo.

-¡Che! ¡Te miran como a sapo de otro pozo!
Eran Pancho y el Flaco.

Salido de su ensimismamiento Juan Carlos los contempló con expresión extraviada. Y los siguió luego, hasta detenerse junto a uno de los portales. La pila del agua bendita estaba al lado, con un turbio fondaje.

-Señor, ¿por qué me has abandonado?

La voz retumbaba en el templo. Y al fundirse por el eco, las palabras comunicaban a las almas un impulso embargador.

La presencia de sus amigos iba dejando cada vez más vacío a Juan Carlos. Poco a poco sintió crecientemente, hasta la angustia, la necesidad de estar solo.

-¿Vámonos de aquí?

-Vamos.

Caminando se recobraba. Llegaron a La Cachimba, casi solitaria a esa hora. Y frente a su vaso de caña, mientras los otros se arrepentían de haber entrado, él se quedó meditabundo, ensoñante. Era un sueño sin imágenes visuales definidas. Como si una música eviterna lo condujera en brazos, haciéndole dar su vida en un deleitoso sufrimiento.

Pasó una mujer con vestido de colores chillones. El Flaco había visto temblar un seno erecto. Haciendo señas a Pancho de que lo siguiera, se precipitó hacia la puerta. Después de un instante de vacilación, se echaron a la calle tras la muchacha, cauteloso el paso.

Juan Carlos experimentó un dulce alivio al quedar solo. El deseaba hundirse hasta el fondo, sin que nada lo perturbara, en el oscuro ensueño donde consumía su piedad. Mas, en ese instante, dos indios surgidos de la semipenumbra del café se le sentaron en la mesa. Tenían viejos sombreros encasquetados, remendadas camisas a cuadros, calcetines subidos sobre la bombacha que ensanchaban sus manos embolsicadas. Eran Aniceto y su hermano Humildes, bebedores en mesa ajena y velorios.

-¡Mándense mudar de aquí! ¿No ven que quiero estar solo?

En un raptó de desesperación se incorporó sacudiendo a uno de ellos por los hombros.

-¡Hoy es Viernes Santo! ¡Hoy no se pega!

Esto lo calmó el hermano de Aniceto, parándose con el otro, los brazos en alto.

La mueca rabiosa se trocó en rictus de amargura. Permanecieron mudos, de pie junto a la mesa, mirándose. Juan Carlos volvió su ira contra sí, mientras decía:

-¡Perdón, hermanos! ¡Siéntense! ¡Siéntense los dos! Vamos a tomar. ¡Es que yo...! ¡Es que me da cada viaraza! Golpeó las manos y pidió más caña.

-¡Sí, señor! Son esas cosas- tranquilizaba Aniceto sin sombras de rencor, aunque había peleado en defensa de su hermano, no más, de no haber sido Viernes Santo.

-¡Yo los aprecio! ¡Yo los quiero mucho!

Aniceto seguro de contar con la aprobación de su hermano, aventuró una frase que el consideraba decisiva

—¡Son cosas de la vida!

Cuando Pancho y el Flaco regresaron, después de muchas cuerdas de inútil andar felino tras la muchacha de lindos senos hallaron a Juan Carlos con una expresión tranfigurada junto a los silenciosos hermanos de grandes cañas al frente. Resolvieron no acercarse y se acodaron en el mostrador.

Juan Carlos había luchado en vano por recobrar su ensueño primitivo. Lo presentía, casi al ras de sus ansias, esquivo, inasequible. Pero, de pronto, percibió un olor repugnante que le estrujó el corazón. Como el de una carroña ni muy lejana ni muy próxima. Y aquel olor emanaba de los pies de los hermanos. Lo asaltaron intensas ganas como de llorar, una mezcla de asco y de compasión por los que estaba allí, inmóviles, satisfechos de su compañía, los codados en las rodillas, cruzados de brazos. El olor que ascendía lo acoquinaba en sí mismo como replegado frente a una presencia inmensamente desdichada, y le volcaba luego su doliente piedad sobre los dos hermanos hasta trascender hacia la vida toda. Aparecieronle los paños negros de la Iglesia, Olga, las palabras del sacerdote fundidas por el eco, el Enclavado. Y ante una compasión que crecía embargadora, experimentaba la necesidad ineludible de permanecer allí, de someterse al suplicio de seguir aspi-

rando aquello repulsivo que ahora en vez de revolverle el estómago le abría cauces amplios a su conmiseración momentos antes contenida quién sabe por qué diques. Una tristeza sin límites lo envolvió. Y entregaba su corazón a un compartimiento, con la humanidad entera, de dolores, de desamor, de abandono en las asqueantes alas que se tendían desde las plantas fraternas.

* * *

A las once de la noche Juan Carlos entra al prostíbulo solitario. Con sólo verle los ojos irritados y duros, la Nena tiembla. Juan Carlos está borracho.

-¿Qué va a pasar?- se pregunta la muchacha, abriendo la puerta de su alcoba.

-¡Nena! ¡Nena! ¡todo esto es un bochinche que nadie lo entiende!

-¡Sí, Juan Carlos!- asiente la Nena como autómatas.

Recién entonces ella ve en el corredor al perro Tupambay o Coco. Y mirando hacia la calle descubre a Manuel Benítez que, después que le llevaron al niño, ha vuelto a seguir las borracheras. Al despedirse del joven en la puerta de la mancebía evocaron recuerdos tristes, sin duda, porque, en espera del perro, está sollozando.

-¡Nadie entiende nada de nada!. ¿Y por qué no decirlo de una vez? ¿Para qué hacer creer que se entiende? ¿Eh? ¿Dime?

La Nena agacha la cabeza. Están de pie, frente a frente, en medio de la alcoba, ahora

-¡Habla Nena! ¡Hay que hablar! -insiste el acento lastimero-. Si tú no me dices nada ¡Tú, Nena, a quien yo quiero!

Le brotan lágrimas. Ahora ya no implora, arrastra con desaliento

-Tú eres más desgraciada que yo ¡No, no! ¡Yo soy el ser más desgraciado del mundo!

Ella se decide a cogerlo suavemente por el brazo y lo atrae hacia sí

-¡Vení, recostate en la cama!

-A mí nadie me compadece. Todos me envidian o me temen o me respetan. Sólo tú me tienes lástima. Y por eso te quiero

La Nena le coloca una almohada bajo la cabeza. Y acaricia la amplia frente, los cabellos brillantes y negros

-¿Dónde habrá andado? ¿Dónde hará andado?- se pregunta.

No comprende nada. Pero se agarra a esta oscuridad con toda el alma queriente

* * *

El lecho se mece como una cuna. Luego asciende
baja, se eleva. La débil lucecita gira con las paredes y los
muebles y la Nena. Todo gira, ahora presa del vértigo.

-La palangana!

La Nena acude, sostiene la frente del joven cuya
cabeza pende a un costado de la cama. Un olor ace, ácido,
invade la habitación. A las arcadas llegan Zulema y Renée,
la ramerita nueva. Entre ambas le despienden el cuello y
aflojan la cintura. Han puesto el revólver, con mucho te-
mor, sobre la mesa de luz.

Las violentas contracciones del estómago desatan
lágrimas.

La cabeza vuelve a caer sobre la almohada. Renee,
entonces, saca del seno su pañuelito y enjuga los ojos y la
boca. Y se incorpora y sale del cuarto, seguida de Zulema,
porque oyen pasos en el corredor.

La Nena retira una frazada del ropero y la tiende
sobre Juan Carlos.

La pantalla de la lámpara a media luz difunde un
suavísimo celeste.

A intervalos surgen de la boca del joven palabras
incoherentes cuya intensidad se va apagando. Despues, muy
débilmente, una palabra apenas musitada.

La Nena se le sienta al lado.

Sí, no hay duda. Mamá dice.

La Nena entorna los ojos Luego, obedeciendo a un secreto impulso, se inclina y le cierra los labios con su boca

Cantan los recién entrados en la «sala» Se oyen muy lejos las pitadas de un soldado Les contestan otras más próximas

La Nena, manteniendo aún su boca, abre los ojos Contempla al ya dormido Se levanta

Y por no dar lugar a que Zulema la llame dirígese a la pieza del bullicio, donde todo se envuelve en denso humo

Ahora no son sólo los hombres quienes cantan Han obligado también a las mujeres

*Volvé de nuevo vestida
con aquel percal
que hiciste cruzar con tus cortes
de habilidad .*

Ruedan hacia los campos recónditas campanadas

~ * ~

Juan Carlos despierto, se revuelve en la cama. Alarga el brazo y mira el reloj Son las diez, casi A medio vestir abre la puerta, malhumorado Recuerdos de la madrugada irritan su ánimo. Sale al patio Hay una luz radiante, cegadora. Entra a la cocina. No advierte a la criada ni

allí ni en el vasto patio Una puertita abierta allá lejos
deja ver el vacío interior de la estrechísima pieza de tablas
apoyada contra el corralón Pero en la cocina está encen-
dido el fuego, sin embargo Y sobre el, en la caldera huer-
ve el agua

Habrá salido de compras la sierventa O estará a la
vuelta, en la casa particular de la patrona

Aprontado el mate, Juan Carlos torna al dormitorio
Sentada en la cama, lo está mirando mansamente la

Nena

Ante estos ojos resignados su malhumor se hunde,
y lo embarga, creciendo, un tierno sentimiento

Ella baja la vista y alisa, abstraída la sábana

-¡Anoche anduvo mal la cosa, ¿eh?, Nena!

La mano de la joven sigue alisando la sábana Más
que alisar acaricia

-¡Esto no debe seguir así! ¡Esto no puede seguir!
-se dice él en voz alta- ¡Es que yo ! ¡Y te quiero, te quie-
ro, Nena!

Trae la caldera Sentándose en la cama la posa a
sus pies

Me duele el hombro Fue al dar contra el ropero

-¡Soy una bestia. Nena! ¡Una bestia!

Alza la cabeza, interrumpiéndose Envueltas en las
diez graves campanadas de la hora, ha llegado de súbito,
un claro sonar de campanas echadas a vuelo En seguida se

une al repique el estallar de cohetes y secos estampidos de armas de fuego

Juan Carlos se levanta Sin atender al azoramiento de la muchacha, coge el revolver de sobre la mesa de luz, sale al patio y descerraja al aire los cinco tiros.

Vuelve a la habitación con el arma humeante

La Nena se quita las manos de los oídos Cerca y lejos siguen las detonaciones entre el argentino campaneó

-¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha...

Al encontrar la mirada fija y perdida a la vez de la ramera, su sonrisa permanece suicada en los labios, pero la brusca, casi infantil alegría que la impulsó desaparece, dejándola allí como colgada

Se estremece Las campanas se han vuelto mudas de golpe Agachada la cabeza, aguza el oído Sólo siente el batir de su corazón Una amarga pena por sí mismo le rebose

Rumor de espuelas en el corredor Cruza frente a la puerta un hombre de botas Es el gaucho que durmió con Renée.

-¡Guen día!- dice sin detenerse

-¿Te duele mucho el hombro?

-No, ahora casi no me duele. Si no lo muevo mucho, no Moviéndolo así, sí

Entre las últimas, espaciadas detonaciones, recomienzan vivas y alegres las campanas

-¡Nena! ¡Nena! ¡Yo soy bueno! ¡Lo siento! ¡A pesar de todo!

Ella deja caer la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos

-¡A pesar de todo! ¡Aunque no lo creas! ¡Sí soy bueno!- sigue ella oyendo bajo el campaneo jubiloso que celebra la Resurrección

¿Pero qué es eso?

Al repique se han agregado golpazos en el zaguán
Y voces

Juan Carlos se levanta. Entreabre con precaución el postigo. Está un grupo de soldados en la acera. Y el propio Jefe de Policía. Alcanza a ver el hombro de alguien sin uniforme. Enfrente en lo de Iracema otros soldados se precipitan hacia adentro.

El zaguán se estremece bajo nuevos golpes

-¿Qué hay?

La Nena ha saltado de la cama y se aproxima

-Vestite y salí a abrir, a ver qué quieren

Ella se viste rápido. Sale al zaguán entre los golpes y su palpitación recrudescidos. En cuanto mueve el pestillo, todavía encandilada, tiene que hacerse a un lado. Porque desde afuera empujan la puerta y se abalanzan todos en el corredor.

-¡Cuidado, que nadie salga! ¡A ver, todo el mundo afuera!

El Jefe de Policía, con su uniforme de coronel, pequeño, seco, de cabellos grises, es el que ordena así. Y, al hacerlo, se agita enfrentando los cuatro puntos cardinales Como dirigiendo una batalla. Luego, da los buenos días a la prostituta con voz severa. Su entrecejo está tan fruncido que parece adrede. Al extremo de casi juntar las cejas de ordinario bastante separadas.

El asombro y el espanto suben de punto en la muchacha al ver al lado del Jefe y del Comisario, al mismísimo Médico de la Prostitución, que está pendiente de los ojos vueltos enérgicos del Coronel.

-¿No hay otra salida aquí?

-La del portón que da a la calle. Pero allí quedó guardia, mi jefe.

La Nena va a preguntar algo, pero el miedo se lo ahoga en la garganta.

-¡A ver! ¡Que salgan todas, he dicho!

Y corre a la tercera de las puertas que dan al corredor, cuya cerradura acaba de rechinar.

Renée la ha entreabierto, Renée, que da un portazo, volviendo a echar la llave, al toparse con la espada y los botones dorados de la chaquetilla de alta jerarquía.

-¡Que salgan todas, he dicho! ¡O hago echar esas puertas abajo!

El Médico de la Prostitución se hace un ovillo ante las palabras apocalípticas.

-¡Señor! -consigue articular la Nena- Yo en mi cuarto . hay pero

-¿Cómo?

El Comisario se inclina ante su superior y le habla en voz baja

-¡Ah!, ¿él? .

Es evidente que las palabras del Comisario lo desorientan

-Que se quede, entonces -agrega, reponiéndose- ¿Y aquí también hay otro?

Como en el cuarto de Renée reina absoluto silencio, la Nena llama

-¡Es la policía, Renée! ¡Abre!

Entonces estallan sollozos adentro

-¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no abro! ¿Qué he hecho yo?

El doctor no puede contener su agitación ante estas palabras.

-¡No, no! -salta- ¡Que no se asuste nadie! Venimos a revisarlas . Hay denuncias de que existe sarna en los prostíbulos . ¡Nadie va a hacer mal aquí!

Al pequeño Coronel a medida que aprueba con cabeceos cada frase, se le contraen los músculos del rostro

-¡No joven! -confirma perdiendo su marcial compostura- No tenga temor . ¡Abra sin miedo!

Y vuelve a recobrar su imponente cuando, dirigiéndose a sus subordinados, dice:

-Mientras a la policía se le tema, no habrá verdadera policía

Ahora quien cabecea aprobatorio es el Doctor

El Coronel prosigue, enardeciéndose

-¡Abra, joven, no más! . La policía debe ser el amparo de estas mujeres .

Y como ve pendientes de él los ojos del médico, retoma la frase y la desartolla, ya sólo dirigiéndose a éste

- el amparo de estas mujeres, para quienes la vida fue injusta quizá desde la cuna. De cuya suerte quizá mejor dicho, tal vez nosotros mismos seamos culpables
La policía debe ser protectora, paternal

Sus últimas frases lo acaloran

-¿Así no lo he ordenado yo' ¡A ver, firmes!

Los cuatro soldados que han permanecido próximos, su Comisario al frente, se cuadran, rígidos de dos en fondo

-Media vuelta ¡dre! Marchen ¡mar!

Quedan la Nena y los dos hombres en el corredor
Éstos, perturbados hasta la evidencia ante el terror siempre invisible, de Renée

El Jefe se acaricia nerviosamente los bigotes bajo la sensación de que algo se le está olvidando. Cuando lo recuerda, da un brinco que estremece al atribulado facultativo

tivo Y grita a los que, traspuesto el zaguán contra el muro de la acera de enfrente ya se van a estrellar

-Alto ¡al! Media vuelta ¡dre!

La Nena se mete en la sala Desde la puerta que la comunica con el cuarto de Renée, aplicando la boca al ojo de la cerradura convence a su compañera

-¡Salí Renée, no seas así! ¿Ya no oíste lo que dijeron?

Renée abre la puerta Tiembla Y abrázase a la muchacha, sorda de susto

-¿Qué quieren hacer con nosotras querida!

Estas palabras ajan el corazón de los del corredor

El Jefe se adelanta y entra a la sala.

-¡Nada nada! ¡Yo soy la primera autoridad, y afirmo que nadie va a hacerles mal! Aquí está el doctor Ven-ga, doctor

Entra el otro sombrero en mano secándose con el pañuelo el sudor que le mana abundante de la frente La actitud de Renée está produciendo verdaderamente conmoción

-Aquí está el doctor, que viene a revisarlas porque me han llegado denuncias de que hay sarna en los prostíbulos, sin determinar en cuáles ¡Ustedes comprenderán que yo hago lo que tengo que hacer!

-¡Bueno, desnúdense en una pieza! -abrevia el Médico de Policía-. Desnúdense completamente, sáquense

también las medias. . ¡Ustedes comprenderán que yo hago lo que tengo que hacer'

Las muchachas enrojecen hasta la raíz del cabello

Al advertirlo, el menea la cabeza, como alejando su impresión penosa Y se ve -para peoi- en la obligación de agregar

-Y la señora Zulema, tambien

-¡Esta en su casa particular'

El Jefe sale a la calle y ordena al Comisario que vaya al domicilio de doña Zulema y la invite con buenos modos a presentarse

Bueno, doctor -dice al volver-, mientras usted procede, yo voy enfrente Usted comprende que yo no debo permanecer ya aquí

El médico queda solo en la sala Vacila un instante El rubor que advirtió en las rameras lo entenece Asoma la cabeza hacia el corredor. Ve en la calle inmóviles como estacas, a los soldados Su corazón comienza a palpar apresurado Y acercándose a la alcoba donde las dos muchachas se están desnudando avergonzada (que el pudor nunca muere, se repliega, tan sólo, y va resignándose con otros refugios, el seno, la axila, la espalda, la rodilla.)

-¡No, no se desvistan!, ¿se puede entrar?'- musita.

-¡Ay, un momentito' ¡Bueno, ahora sí'

Trae cara de misterio el hombrecillo Plantado frente a ellas, tose, se compone el pecho Y abandonando la ha-

bitación con el índice en los labios, de puntillas regresa a la sala y se asoma de nuevo al corredor

Cuando vuelve, siempre en puntas de pie, está cada vez menos inquieto

Y las dos rameras, cada vez más asustadas, oyen, entonces casi al oído

-¿Ustedes me juran que no tienen sarna?

Se desconciertan, mudas

-¡Díganme la verdad! En el juego del brazo en las ingles en las corvas una picazón unas manchitas

-¡No se lo juramos por Dios!- responden a una, enterneciéndose las prostitutas

El índice sobre los labios del médico significa que hay que hablar muy por lo bajo

-¿Me dan palabra?- se asegura aún el facultativo (a pesar de que lo violenta la exigencia), consciente de la gravedad de su acto

Ellas ratifican el juramento

-¡Sí, por Dios, Nuestro Señor!

-¡Bueno, confío en la palabra! ¡Y, aunque las maten no digan nada a nadie de lo que aquí ha pasado es decir de lo que aquí no ha pasado!

Y voces que se aproximan lo alarman, aunque son de mujer y las conoce

-¿Qué pasa? ¿Qué escándalo es éste? Mi casa

Haciendo de tripas corazón viene diciendo esto
Zulema Se precipita en el cuarto

Renée cae en sus brazos y le cuchichea al oído algo
interminable, colgándosele

Una mirada de creciente reconocimiento se va po-
sando sobre el silencioso doctor hasta hacerle bajar los ojos

-¡Usted, doctor, es un caballero!

-¡Doctor, qué bueno es usted!- desearían a su vez,
proclamar las jóvenes

-¡Por favor, hablen despacio, no me perjudiquen
ustedes! ¡Si me descubren, estoy perdido!

Se ha puesto intensamente pálido

Zulema, que se ha rehecho, asume de inmediato una
actitud protectora Le sonríe, tranquilizándolo Le palmea
el hombro. La magnanimidad que la va poseyendo la hace
dichosa Y esta satisfacción cuya causa exclusiva es el
doctor, le aumenta, a su vez, su recién nacido cariño por él
agradecida A tal punto, que se siente capaz de defenderlo
con uñas y dientes en el más grave de los trances, ahora

-¡Vamos, esté tranquilo, señor doctor! ¡Nada le pa-
saré, se lo aseguro! ¡Qué mal nos conoce! ¡Por usted, sépa-
lo, nosotras haríamos cualquier cosa!

Las muchachas también experimentan arranques
generosos, bruscas ganas de quitarse allí mismo hasta la
combinación y las medias Aunque en condiciones norma-
les, fuera del momento de ejercer su oficio, el hecho de

desnudarse ante ojos fríos sólo en cierto grado las violentaría ahora les parece horrible Y a pesar de eso ellas lo arrostrarían todo, por propio arbitrio, ahora con tal de hacerle bienes al doctor

-¡No tenga miedo! -tranquilizan, también- Nosotras ¡No tenga miedo ninguno! Y si usted quiere

-¡No! -exclama él ante los decididos ademanes de quitarse la ropa - ¡Bueno! ¡Gracias! ¡Adiós! Me voy ¡Se lo agradeceré a ustedes toda la vida!

Por desgracia no escucha lo que Zulema a modo de despedida, pronuncia fuerte, adrede para que lo oiga como premio

-¡Este hombre es un santo lo que menos! ¡Y tener que andar en estas cosas! ¡Ya no hay justicia en el mundo!

Luego agrega en tono natural

-Vamos a conversar de esto con Juan Carlos ¿Juan Carlos está durmiendo?

-Sí- miente la Nena para que no vaya

-¿Vamos a despertarlo?

-¡No pobre!

-Bueno, cuando se levante, me mandás buscar ¿Y Remigia? ¿Dónde está Remigia?

-Habrá ido a alguna compra

-¿Y a qué horas piensa poner el puchero esa mujer? Sale

Renée se tiende sobre la cama con el deseo de acomodar las confusas, contradictorias sensaciones experimentadas, de fijarlas ordenadamente en la memoria

La Nena entra en su alcoba

-¡Qué horror, Nena! ¡Qué horror esto!

La Nena se sorprende Sobre todo después de la actitud del médico Y, en el último de los casos, desnudarse así, duele, claro está, pero. .

-¿Y si yo te sacase de aquí?

Tiene la cabeza entre las manos

La Nena se queda mirándolo, perdida la expresión Va a tenderle los brazos cuando el joven se pone de pie se estira Y cogiendo el sombrero sale hacia el zaguán

La Nena no oye

-¡Estoy como un personaje de las novelas de doña Zulema!

Sólo oye un formidable portazo.

* * *

Los cafés, los figones, los «boliches» del pueblo se hallan llenos de gente. En los que tienen cancha de taba gira «el queso» sobre sí mismo, con gracia, por el aire Junto al mostrador en las mesas, se vacían copas, se reconocen agradablemente sorprendidos los concurrentes se

invita con insistencia sincera al que está solo -amigo o no- y rueda la plata «porqu' es redonda»

Por las calles la misma inusitada animacion. Pasan a caballo, en volantas, en carricoches, en chairets. Las mujeres que van a caballo o en vehículos sin capota, se resguardan del sol con grandes sombrillas de colores chillones. Quienes dejaron en la fonda sus medios de transporte, van a pie. El marido adelante, mudo y digno. Lo sigue su mujer, con el pequeño en brazos y, después, los otros hijos. De la mano. Rezagándose tras la ávida mirada.

Frente a la Iglesia, en la plaza, se han formado grupos alrededor de escaparates donde se rifan mil chucherías, en torno a mesillas de juegos de azar, frente a vendedores de dulces y de décimas, escuchando sin advertir el contrasentido -tan embelesado está el auditorio- a charlatanes brasileños envueltos en grandes culebras vivas, que ofrecen hasta «grasa de serpente» produto enteramente velletal»

En el rectángulo que determina un alambre tendido entre cuatro varillas de hierro, en el suelo, bajo pedruscos puestos para que el viento no los disperse, hay imágenes sagradas y retratos de caudillos que contemplan, embobados, los mirones.

-¡Hopa! ¿Quién es este matador de yacarés?»

Un criollo viejo y miope ha adquirido un San Jorge tomándolo por Aparicio Saravia, el postrei gran lancero nacional, el último gran jefe gaucho

El vendedor, amablemente explica la confusión y va a hacer el cambio con diligencia Pero el anciano, ahora, insiste en llevarse los dos Y abandona el corto arrasando de atrás el poncho, porque es bajito Más allá se detiene y, casi pegándolas a los ojos, confronta, preocupado, las figuras

En el interior de la Iglesia el sacristán sopla las velas del altar que estan a su altura Después, con larga vara provista de un matacandelas en su extremo, va apagando cuidadosamente las que se hallan muy altas Concluida su tarea desaparece por una puerita Cojeando, perfumado de incienso y estearina quemada Ilumina nada más ya la luz del sol tornada azul roja y blanca al atravesar los ventanales

Cristo ha quedado solo

Porque ya ha resucitado

Cada cual tornará tranquilo a sus cosas Pues Jesus vuelve a velar por todos

Junto a Dios.

Atento y todomisericordioso

× × *

Zulema está muy satisfecha con Renee la reemplazante de Julia. A más de linda es atenta, vivaz, conversadora. En la cara conoce a los que vienen sólo por pasar el rato. Han acudido muchos al saber que llegó una pupila nueva. La joven encantó a todos.

-¿Ves, Nena? -ha dicho la patrona a su otra manceba- Vos sos buena, pero te falta mucho, muy mucho. ¡Hay que avisparse un poco, hija! ¡No estar siempre con esa sangre de pato!

Van a ser las dos de la mañana cuando llegan Juan Carlos y Martín. Y todavía hay gente. ¡Y eso que ya pasó la Semana Santa! En la sala y en una de las alcobas. Bebiendo.

Las tres se turnan atendiendo a cada rueda. Para ocuparse sólo queda un cuarto, el de la Nena, que utilizan indistintamente ambas muchachas.

Zulema se ha asomado al sentir el ruido del gancho que mantiene entreabierto el zaguán. Al reconocer a los dos jóvenes hace una seña a la Nena. Y vuelve a sentarse junto a los bebedores, cuidando de que las botellas que están sobre la mesa se vayan vaciando lo más pronto posible.

-¡Vení, no te vayás! ¡Ahora que...

-¡No, ya vengo! Esperame que en seguidita vengo.

La Nena sale Y, rodeando la cintura de su amante los conduce a la cocina, al «comedor» como atenúa la patrona

Allí se sientan, La Nena los deja, cerrando la puerta Ha dicho, sonriente, al salir.

-¿Por qué no venías, Martín? Yo quería hacerte gancho Ahora te traigo a la nueva

La «nueva» deja oír su voz en el corredor Ha escuchado unos pasos y al acudir se tropa con tres barbados gauchos, huraños en sus ponchos, que casi la asustan Aunque jamas los ha visto, grita radiante de sorpresa

-¡Doña Zulema! ¡Doña Zulema! ¿A que no sabe quiénes están aquí?

Milonga se fue hace dos días En el cajón de fideos queda todavía la bolsa que le servía de colchón

Sobre una silla yace, dejada para mejor oportunidad, una gruesa novela

Juan Carlos se siente molesto Mira el reloj

El otro dice

-Voy a invitar a cenar a la nueva, ¿que te parece?

-¡Me revienta venir a estas horas! Y ¡invitala

-¿No se ha amigado con nadie, no?

-Que yo sepa No, estas noches ha dormido sola

¡Si ha salido con nosotros todas las noches!

Se oyen carcajadas Juan Carlos se irrita consigo mismo

-¡No me gusta venir a estas horas! Y ¿yo qué sé!
Es que soy un atravesado. Si la saco de aquí, si la retiro, me
parece que no la querría. Como si yo para querer tuviera
que compadecer. Como si no pudiese querer más que lo
triste lo que me da lástima.

Hacia los campos invisibles pasan recónditas cam-
panadas.

- * *

Ya han cerrado el prostíbulo.

Zulema, como todas las noches, se retiro a su domi-
cilio particular donde vive también una hija adolescente
cuya pureza cuida la madre con permanente celo.

Las dos muchachas se emperifollan para salir mien-
tras, sentados en la cama de la Nena. Martín y Juan Carlos
esperan. La Nena, ya pronta, ha ido en busca de Renée y la
ayuda a ponerse el abrigo de pieles. No hace frío. Pero en
cambio, el tapado es tan hermoso!

-Che -previene Juan Carlos en el momento de salir-
, yo no voy a La Cachimba porque me espera Florismán en
lo del Perro.

Martín va a decir que ellos no tienen inconveniente
en acompañarlos a lo del Perro. Pero Juan Carlos agrega,
en forma terminante.

-Yo y ésta vamos a lo del Perro. entonces Y ustedes, a La Cachimba

Ya en la calle, se despiden Martín y Renée se dirigen hacia el Centro Los otros, hacia los callejones del Bajo A la claridad de las estrellas

Del brazo van Durante pocas cuerdas, entre ranchos cada vez más espaciados, después, con sólo el campo misterioso a su derecha.

-No era verdad que me esperaba Florismán -entera Juan Carlos al llegar

Son las primeras palabras que pronuncia en todo el trayecto

Ya ha subido mucha gente hasta las tabernas del Centro Apenas si en el Bajo quedaron tres o cuatro portales con luz Los de Agueda, de Encarnación Las puertitas del rancho de «Las tres hermanas»

Entran al bodegón En el mostrador hay un negro deforme bebiendo frente al patrón al Perro Y en una mesa, el Mellizo Juan con Eusebito, muy confidentiales

Saluda Juan Carlos y se sientan en un rincón Como el piso es de ladrillos deshechos, sólo después de muchos acomodos las sillas consiguen afianzar sus patas

Al traspasar el umbral, la Nena, inconscientemente, había recorrido todo con la vista, por si estaba su amiga Margarita, pupila de Encarnación Al no hallarla se tranquiliza

-Yo mentí porque quería que estuviéramos solos
Renée es buena, sí, pero conversa mucho, ¿no te parece ?

La Nena sonríe

-Sí, es buena sí -responde Y agrega- Para mí, un
guindado

El Perro trae

-Es lindo, a veces, estar solos y no hablar nada, ¿eh?

El patrón se sitúa de nuevo tras el mostrador. Es, en
realidad, un bulldog no muy erecto y no muy vestido. Usa
alpargatas sin medias, pantalones grises, camisa color pi-
zarra. Y nada más.

El retinto parroquiano está al lado de un escaparate
que contiene chorizos, queso pan y, dentro de una caja
de zapatos, huevos muy blancos. Es torastero, del campo
el negro. Calza botas, viste bombacha y saco blancos. Gi-
gantesco de tronco, aun así la cabeza resulta demasiado
grande. Pero de medio cuerpo para abajo es muy corto.
Visto del interior del mostrador, de donde está el Perro,
provoca la idea de que el mostrador está sobre una tarima
y que el piso es muy bajo. Mirado distraídamente desde la
calle, sin verle las patas, el negro sensaciona como si
estuviera de rodillas. Se halla borracho y tiene grave toda
su cara buena. Grave como en una iglesia, cual presto a
escuchar algo de suma importancia.

En cualquier circunstancia, pocas palabras podría
arrancar a la parquedad del patrón. Pero ahora menos que

nunca Porque lo tiene volado Es que, de cuando en cuando sin darse cuenta de lo oígueante de su expresión, el negro exclama

-¡Sí, señó, la cosa é ansina nomá, don Perro!

El patrón se estremece a cada vez Los ojos le fulguran Hierve como caldera de lata Y para colmo, a cada vez la expresión honrada y desaprensiva del moeno obra cual si la retirase del fuego y aplacara la ebullición .

-¡Socorro! ¡Socorro!

Al sentir tan urgente pedido de auxilio salen a la calle los contertulios del Perro. Alguno -¡el Melhizo Juan!- ya tanteándose la cintura

A la puerta del rancho de «Las tres hermanas», una de ellas, Eduviges, vuelve a clamar

-¡Socorro! ¡Unos gauchos me robaron la bombilla!

Las muchachas aparecidas en los portales desaparecen penosamente defraudadas por la escasa importancia del hecho. De lo del Perro sólo Juan Carlos se adelanta, dejando sola a la Nena

La gritona, pequeña y regordeta, solloza hundiéndose en la oscuridad al salir al encuentro del joven y cogerlo por los brazos

-¡Es un recuerdo! ¡Es un recuerdo! ¡No es por lo que vale! Pero ¿quién le pone precio a un recuerdo?

Con el dorso de la mano se seca los ojos.

Apriado, Juan Carlos la tranquiliza y ruega que lo espere. Regresa al boliche, se aproxima a su amante.

-Esperame un ratito, Nena.

Juan Carlos ha hecho una indicación a Eusebito y al Mellizo, que lo siguen a la calle.

Entran, ahora a la mancebía de «Las tres hermanas».

La damnificada, sentada en su camastro a la hética luz de una lamparita, da las señas de los forajidos. Uno de los gauchos es bizco, con «bigote p' abajo muy ralón». El otro, «patas tuertas, sombrero nuevo, calzoncillos celestes».

-¡Bueno, bueno! ¡Está bien!

El Mellizo considera que la revelación de secretos tan íntimos debe ser interrumpida.

Los compañeros de Juan Carlos se hunden en la noche, pues, entre el ruido de espuelas del Mellizo.

-Es un recuerdo de uno qu'estuvo una noche y me dijo: «Tomá esta bombilla'e recuerdo»!

-¿Quién era?

-¡Yo qué sé! No vino nunca más. ¡Y me olvidé de preguntarle el nombre!

-¡Bueno, no llores más, Eduviges! Estos te traerán la bombilla aunque sea del fin del mundo. ¿Y tus hermanas?

-Tan con dormida.

-Bueno me voy

Da un paso largo porque una tabla del piso está hundida y deja ver la oscuridad de la cueva

-¡Ay!, ¡muchas, muchas gracias! Yo a ellos les vi hacer un buen regalo cuando me la consigan

Entra otra vez al figón La Nena le sonríe. El llama al Perro para que le traiga más caña Este derrama de la botella, al servirla, porque está temblando de rabia «Sí, señor don Perro» -acaba de repetir el confiado de color

-Anoche nos acostamos tardísimo, Juan Carlos

-Sí, tomo unas cañas y nos vamos. Come tu, si quieres Lo que yo quería era pasar un rato solo, contigo

Ella pide de cenar.

Sale al fondo el patrón y sacude a un indicieto que dormita en una pequeña cocina

Cuando de regreso traspone la puerta, ya una hollinada sartén se acomoda sobre las brasas.

El negro está contando los tirantes del techo

-Demi'otra, don Perro Pal estribo, ¿noverdá? Yo ya me viá dir a descansá Luego, si Dios quiere, salimo con la fresca

Al sumar el último tirante del techo había vuelto a reparar en la pareja. Una vez que el pulpero le llena la copa deseando servirle cianuro el negro comprende que hace rato estaba queriendo algo Y solicita

-Envite una guelta . a. . al matrimonio

El Perro obedece, rabioso

-No gracias estamos servidos

-¡Sirvansén nomá, señore!

-No, gracias

-¡Sirvansén nomá señore! Esté sirvansén nomá

Yo tengo mucho gusto n'envitá a cualquier cosa

Juan Carlos apura su copa Y el Perro la llena hasta
derramar

-¡Salud!

-¡Salu, señó!

El negro queda muy satisfecho de sí mismo Con el
labio inferior se quiere chupar unos pelos que tiene de bi-
gote Pero no lo consigue Porque casi todos le quedan a
los costados de la boca

Trayendo un mantel, aparece el indiecito de la coci-
na Juan Carlos, entonces levanta los vasos Y el mozo
tiende la mesa

Al apoyar los vasos nuevamente Juan Carlos se
incorpora de un salto El dueño de casa ha corrido por detrás
del mostrador y está luchando a brazo partido con el negro

Vigilándoles las manos Juan Carlos y el cocinero,
haciendo esfuerzos logran apartarlos

-¡A mí no me ofiende naides!

-¡Yo no faltó! ¡Yo soy persona respetosa! Yo si
le dij' esa palabra,

-¡Qué palabra ni palabra!

Como si les suelta otra vez el ya calmándose patrón,
como si lo hubiesen tocado con un cable electrizado

-¡Bueno calma! ¿Cómo es eso don don
Sandalio!

La vacilación al pronunciar su nombre en que incurrió Juan Carlos, ha zamarreado nuevamente al tabernero

-¡Don Sandalio, parece mentura!

La Nena tiembla en su rincón Y hacia allí se dirige Juan Carlos con el negro Lo hace sentar y obliga a la Nena a que lo acompañe mientras él sale hacia la cocina, donde el indiecito pudo arrastrar a fuerza de brazo y labia al jadeante dueño de casa

-¡Yo sé, don Juan Carlos, que no lo diría adrede!
Pero ¡pero a cualquiera se la doy! Pero vaya que se había cargado con la palabra!

Apaciguado, don Sandalio vuelve al mostrador Y Juan Carlos a su mesa

-Perdone, señorita si yo he faltao n'alguna cosa -
está disculpándose en voz baja el negro- Yo soy persona respetosa La persona respetosa puede levantá la frente ande quiera .

Juan Carlos trata de convencerlo definitivamente de que todo se ha debido a la fatalidad Pero el otro sigue, insistente y grave

-Yo é' una cosa, señó, le garanto, que lo que é' yo,
¡ah!, a mí que no me vengan con cosa Yo soy ansina,
mire, señorita ¡Sírvasse, pué! Y disculpe si he faltao

Por delante el plato que trajo el indiecito, la Nena
empieza a comer

El negro se descubre, entonces, como al paso de un
entierro

-¡Mirá, Juan Carlos, llega el Flaco! ¡Vení sentate
con nosotros!

El Flaco ha llegado muy misterioso Al ver tan bo-
riacho al negro, no acepta la invitación de la Nena

-Ando en lío con una Después les cuento

Está un poco bebido Los ojos se le achican y enro-
jecen

Sale Atraviesa el callejón Y, cobijándose bajo la
sombra de un paraíso, mira en derredor En seguida llama
a una de las puertas de la mancebía de Agueda

La puerta se abre Hay luz dentro

-¡Entrá, querido! ¡No llegabas nunca!

Es Lulú La última ex mujer de Eusebio la enemiga
de Eustaquio, la perdidamente enamorada del Rubio, la
actual amante de Faustino Perales, que busca consuelo con
el Flaco a sus intrincadas desdichas

-¿Y tu marido?

-En la «tumba» Cuando venga, le digo que tengo
dormida y se va en seguidita

Se siente una tos acatarrada

-¿Quién está en esa pieza?

-La dormida de Mabel Un viejo de afuera que va a pasar la noche con ella. ¡Bueno, acostáte!

-¡Traé caña, pues!

-¡Sí, cómo no! Pero andate acostando.

La bonita muchacha casi desnuda, abre un ropero junto a la puerta de comunicación con la otra alcoba y retira botella y vaso. Sobre la mesa de luz, sirve.

-¡Jum! ¡Ahí anda gente!- dice en el otro cuarto a su compañera, la voz cascada

-Sí, es la dormida de otra compañera, de una que se llama Lulú -le contestan

¡Jum!

Y se sigue sacando las bombachas indeciso, con recelo el viejo

Los calzoncillos de franela amarilla están atados abajo con tiras blancas.

¿Y para qué es eso? -pregunta la muchacha, asombrada de las ataduras

-¡Pa lo que a usted no se le importa!

El viejo se ha amoscado.

En lo del Perro han sido depositados dos nuevos vasos de caña sobre la mesa en que la Nena cena.

-A mí, mire señó, a mí me gusta la amistá. Lo qu'es a mí, mire ¡ah, no! no hay nada qui haccle Pa mí un ami-

go e' mucho, ¿sabe? muy mucho. Adispué que yo a mí no me poque l amigo é l amigo, ¿nu halla? Y yo, qué quiere que le diga

A Juan Carlos le parece que la Nena come con demasiada lentitud. No es que le desagrade la presencia del conterlulio. En otra oportunidad le encataría porque tiene algo de inocente este corpachón grande en partes, demostrado chico en otras, cierta cosa bondadosa y simpática en su gravedad. Pero es que él deseaba de antes estar solo.

Por fin salen. Han invitado al negro a que los acompañe unas cuadras para alejar con él la posibilidad de otro incidente.

Al separarse, estrechándose ya la mano a los jóvenes muy cumplido, el negro advierte en el cielo brillar la línea plateada de la luna nueva. Entonces hace una reverencia, mientras exclama, descubriéndose con solemnidad:

¡Guenas noche, Señora Luna!

Los amantes lo ven alejarse inseguro, bien abiertas las piernas, hacia su fonda. Ellos siguen, rodeados por la nocturna paz.

Próximos ya a la mancebía, la Nena se resuelve por fin a hablar:

-¿Por qué no saludaste a la luna nueva? Antes también muchos blancos en el campo. Ahora. ¡Saludala! ¡Haceme el gusto! ¡No seas malo!

-¡Buenas noches. Señora Luna!

Al volver a cubrirse, Juan Carlos va a soltar la cajajada. Pero el recuerdo fugaz de su madre y el de los años en la estancia cruzan en su espíritu. La risa, pues, se ahoga bajo una oleada de ternura cuyo objeto, misteriosamente se trasmuta en la Nena.

Contenta, ella introduce la llave en la cerradura.

Botellas vacías sobre el tocador, sobre la mesa. Por el suelo, cajas de fósforos, colillas. Como es de mal agüero barrer de noche, ella recoge las colillas con la mano y las arroja afuera. Luego se lava y se perfuma. Aun así, se siente olor a tabaco y a alcohol en la alcoba.

La Nena ya ha apagado la luz. Juan Carlos fuma el último cigarro. Los ojos abiertos, el brazo deslizado bajo el cuello de la joven, cuya cabeza se junta con la suya.

* * *

Mientras tanto, allá en lo de Agueda, Lulú, olvidada y dichosa, va quedándose dormida.

A su lado, el Flaco trata de conciliar el sueño. No le será esquivo, pues está bastante ebrio.

Un gallo hinca su canto, provocando el de otros lejanos. El Flaco oye, ahora, balar un cordero. Ladridos, lejos, en el amanecer. Piensa en Noé, en su Arca. Su espíritu se adentra con solemnidad un poco ingrátida en el Histo-

rial Universal Noe ha anclado felizmente, entre ladridos, cacares, balidos

Y en medio de un suspiro prolongado que es como el ancla del sueño pierde la conciencia

Golpazos en la puerta lo despiertan casi en seguida

-¡Andate he dicho! -oye que dice su compañera a la puerta cerrada- Andate que tengo dormida con una persona de campaña

Y una voz varonil, la del reciente amante la de Faustino Perales, enfría el corazón a Lulú y el del mismísimo Flaco

-¿ Ah, sí?, ¡ Bueno, asomame las botas!

Después de un momento de natural anonadamiento, Lulú se incorpora Abre sigilosa la comunicación con el otro cuarto, el de Mabel, y se introduce en él casi a tientas

Al punto regresa con el par de botas embarradas del desconfiado, ahora dormido anciano Y entreabriendo la puerta que da al callejón, las asoma súbitamente bañadas en luz celeste

-¡Miralas! ¡Miralas! ¡Parece mentira! ¡Los papeles que m estás haciendo! ¿ Vistes que estoy no más, con una persona de campaña?

-¡Tá bien! ¡Hasta luego!

Cuando Lulú vuelve las botas a su lugar el sueño liviano le permite abrir los ojos al gaucha viejo cuyas barbas se abren en blanco abanico sobre la cobija Y tanteando el dinero que tiene entre pellejo y camiseta, luego el

puñal que introdujo entre colchón y almohada, interroga enfurecido

-¿Y en qué juego andan con mis botas?

La que duerme con él, despierta. Y queda sin saber qué decir de la desnudez amiga de pie y helada en medio del cuarto, a la difusa luz que entra por las rendijas de la ventana

-¡Yo les iba a sacar el barro! -consigue hablar, al fin, Lulú

-¡Uta au'empiezan temprano! ¿Y esté qui hace que deja la puerta abierta?

-No. Es que la chica, tiene, llave. Es la chica que.

-¡Qué llave ni qué chica! ¡Jum! ¡Aquí no tiene que entrar ninguna persona! ¿O se cree que yo vengo para estar en una plaza?

-Es que como la chica.

La chica se ha vuelto a su cuarto, se ha introducido en la cama y se tapo hasta la cabeza. Su compañero ha vuelto a conciliar el sueño.

A escasos metros, en su encierro, el corderito sigue berreando lastimero.

-¡Abraham! ¡Abraham! -oye el Flaco desde otro sueño erudito

× * *

Juan Carlos se desliza de la cama. Abre la puerta. Entra un sol alegre. Deben de ser las diez. Anda la criada de la cocina. Oyese ruido de primus. Juan Carlos entra a la cocina y pide que le apronten el mate. Luego vuelve al cuarto. Huyen dos chingolos del corredor. Hacia el ombú que antes, muchos años antes, estaba solo, en el campo y que ahora, entre las casas que lo fueron rodeando, parece más solo que nunca.

La Nena abre a medias los ojos, los cierra, cambia de posición, refunfuña.

Recobra el sueño.

La criada ha entrado con el mate. El pide que le traiga la caldera, y se sienta en la cama. Sorbe lentamente. Enciende un cigarrillo. Al atravesar el haz de sol, el humo se aclara. Pero, más arriba, recobra su lindo azulino.

La Nena hace un movimiento. Y la sábana, retirada, permite ver los senos. El observa una sombría violácea, con los bordes ya amarillentos. Recuerda el delirio de la reconciliación, días atrás. Mira fijamente la mancha que sólo él y no otro puede hacer en esos senos. Signos de propiedad en esta carne vendida, reservada ofrenda de quien se entrega, sin embargo, al primero que llega. Sólo el preferido del corazón de la prostituta tira con los labios de la blanca piel del seno hasta dejar una huella momentáneamente roja. Cualquiera, con dinero, puede ser dueño de la mujer por unos momentos. Y soñar que es dichoso, que

aquella a quien él ama esta allí, entre sus brazos Pero todo el oro del mundo no conseguirá que alguien, sino el «marido» de la prostituta, le señale los senos

Esta mancha lívida que se apaga y se renueva

Juan Carlos le sube la sábana hasta el cuello

Con el mate en la mano, sin sorber, contempla el rostro de la muchacha, ahora. Las fosas de la nariz se dilatan a cada respiro Las pestañas se han convertido en cordoncitos negros. Como al acostarse se quitó el colorete, está muy pálida Los labios también están pálidos Esta palidez hace más negro el pelo

Juan Carlos piensa en su madre y se echa atrás con violencia

~¿No me das un mate?

La Nena ha sido despertada

Se lava y se viste despacio Ha puesto las ropas de cama sobre un silla Da vuelta el colchón Sientese a alguien caminar por el patio Es el carnicero La criada se queja en la cocina de que la carne no es buena

La Nena ha cogido una escoba Para no hacer polvo la humedece Barre la pieza. Juan Carlos, que sorbe el mate, vuelve a pensar en su madre. Esto lo enfurece como una profanación Pero no consigue apartar la imagen de su espíritu Ve a su madre barriendo, haciendo las camas en la casona familiar Distingue su mirada honda y serena

Le da rabia

-¡Pobre mamá! ¡Soy un imbecil! -se dice
Mira con ira a la Nena

* * *

El prostíbulo pierde en la mañana ese carácter atroz del resto del día y de la noche. Despues durante el resto del día, todo se alterará por momentos, tornará a recobrar su primitivo estado volverá a alterarse. Hay ocasiones en que entre dos abrazos se cambian hombre sobre las camas. A cada vez, el lecho y la almohada quedarán lisos como si nadie se hubiera echado allí, la humedecida toalla higiénica desaparecerá para ser reemplazada por otra intacta, las sillas serán tornadas a su lugar, se vaciará la palangana en el recipiente del agua sucia y una calma expectante, tensa dominará en el cuarto. Una calma elastica que se reintegra en seguida de violada.

Pero por la mañana, no. Es muy raro que un cliente vaya a esas horas. Entran el panadero con su canasto al brazo, el vasco de la leche. Resuena el laton de su tarro. Ofrece desde la calle el verdulero su mercancía. Discuten el precio las compradoras. Se cambian saludos, se comenta el tiempo. Diríase que un niño va a irrumpir por la puerta a colgarse del carro. Arde alegremente el fuego de la cocina. Las ollas hierven. Un tufillo agradable invade el ambiente. En los chorros de luz danza el polvo que levanta

la escoba La casa se llena de claros rumores Entra la vida
con el sol matinal, recorre y enciende todo su soplo recon-
fortante Es una casa, entonces, como las otras Después,
si se detiene todo Y en la noche aparece la luz que las
puertas recortan Y alrededor de ella, sombras, sombras
que se acercan, se iluminan un efímero instante y son tra-
gadas luego por la oscuridad.

* * *

La Nena sale del cuarto

Juan Carlos no puede apartar la imagen de su ma-
dre Se funde con la de la Nena en su espíritu Los recuer-
dos, el sentimiento de ambas, se entrecruzan se confun-
den Y esto le provoca ardiente cólera

Se muerde los labios

Vuelve a entrar la Nena

El le clava la vista y siente que su rabia se atenúa
hasta hundirse sin resistencia en desolada tristeza

-¡Mamá, perdóname! -dice entregándose

-¿Hablabas?

-Sí Ven, siéntate aquí, Nena

-¡Estás triste, hoy!

-Sí, pienso en mi madre, ¿sabes?

Hay un silencio

-Tú eres buena, ¿verdad, Nena?

-Sí

-Yo lo sé, lo sé pero es necesario que lo digas, que yo lo oiga

-Soy buena, Juan Carlos

-A pesar de lo que han destruido en ti, eres buena, ¿no es cierto? ¿No es cierto Nena?

-Sí soy buena, Juan Carlos

-¡Mi madre era una santa

Enciende un cigarrillo Sigue el humo con la vista

-¡Si vieras qué linda! Tenía el pelo negro, larguísimo, más que el tuyo Al despeinarse ¡Vieras como quedaba ella con el pelo suelto! Mi padre era bueno, también, pero Y cuando se enfurecía temblaba la casa Si entonces te miraba tenías que cerrar los ojos porque su mirada te llegaba hasta el fondo del corazón y te lo arrugaba Fruncía las cejas así, ¿ves? Y miraba así

La Nena, suspensa de las palabras, se estremece Juan Carlos ha adquirido el mismo aspecto de cuando se encoleriza

-Pero mi madre era otra cosa' -prosigue él- Yo le buscaba los ojos adrede Cuando niño jugábamos a mirarnos Ella ponía las manos en mi cara y yo hacía lo mismo con ella Así, ¿ves? como te agarro yo, ahora Y nos mirábamos, Ella reía Pero yo, yo no Yo estaba serio Y así, mirándonos se nos saltaban las lágrimas Hasta que empezó a toser Entonces se acabó todo Estábamos solos

porque mi padre había muerto. Lo mató un indio, a traición, de una puñalada. Lo mandaron matar

Se interrumpe un instante. Continúa

-Yo nunca hablo a nadie de estas cosas, Nena. Pero hoy me moriría si no hablara. Tú nunca has visto brotar sangre de unos labios. Sangre que viene de adentro, del pulmón. ¡Es horrible, horrible! No se puede hacer nada. Hay que dejarla salir. Uno se agita, se va del cuarto, vuelve, acaricia a la enferma. Ella no habla. Y a cada golpe de tos vuelve a aparecer la sangre. ¡Ah, si supieras qué espantoso! Ella mira las manchas del pañuelo. Escupe. Y te mira. Por no ver esa mirada te darías la cabeza contra la pared. Pero no puedes hacerlo. Tienes que dejar que te mire y tienes que mirarla tú también. Porque lo único que le queda es mirar. Toda la vida se le sube a los ojos. Allí se ha refugiado hasta que se cierran. ¡Y si le da por llorar! ¡Ah! entonces dan ganas de matarla para acabar de una vez! Las lágrimas penden de las pestañas, ruedan por aquella cara resignada. Ella, a veces, las enjuga con la mano, porque con el pañuelo se mancharía más de sangre. Y tú querías no haber nacido. Un día, uno de sus últimos días, casi me pego un balazo. Yo estaba junto a su cama. Ella se sentía mejor, le habían dado una inyección y respiraba bastante a gusto. «¿Vamos a jugar a mirarnos, como antes? ¡Como cuando yo era chico!», le propuse. Y le llevé las manos a mi cara. «¡No, no! ¡Por el aliento!»

-¡No hay ninguna mujer aquí!" -se oye decir afuera
-Sí, hay una que ya se ha levantado -contesta la sir-
vienta- ¡Nena!
Juan Carlos da un salto, queda de pie
-¡Que se vaya a la puta que lo parió!
Sale al corredor con los ojos como brasas Recosta-
do a la pared hay un gaucho
-¡Fuera de aquí, vamos!
-Pero yo venía
-¡Fuera, le digo!
El desconocido vacila Piensa en hacerle frente Pero
al fin y al cabo
Se da vuelta
-¡Quién sabe qué habrá ahí!" -se dice- Ya he de en-
contrar otra
Ya en la calle monta a caballo y sale al trote
Juan Carlos se hunde en el cuarto
-¡Perra!" -ruge
La Nena va a dar a un rincón, piernas al aire
-¡Perra!
Un puño cae, implacable
De la nariz de la Nena brota un chorro de sangre
Juan Carlos sale a la calle, tambaleando Los gol-
pes del corazón lo ahogan Echa atrás la cabeza y respira

ávidamente En una esquina se detiene, recostándose al
muro Se limpia con el pañuelo las manos enrojecidas
-¡Yo estoy loco, Dios mío!

* * *

Entra en su casa Por suerte nadie lo oye llegar Se
encierra en el cuarto de baño Y con un cepillo se frota las
uñas para quitar la sangre adherida Vuelve a su cuarto
Tomo un pañuelo limpio Se desploma en un sillón.

Ahora sí la negra Basilia lo ha sentido

-¿Quiere mate, niño, o va a comer?

-No Bueno, sí.

-¿Mate?

Basilia empieza a acarrear mate, muda El aspecto
de Juan Carlos la acongoja

Él alza la vista, de pronto Está el pordiosero
Mangunga en la puerta, con su bolso al hombro lleno de
cosas inútiles y sin peso Tan inclinado, sin embargo, que
la cabeza queda a la altura del pecho

-¡Este pueblo caerá como Babilonia! ¡Me han ape-
dreado otra vez la casa, anoche!

Juan Carlos lo mira como dormido Sin que le lle-
guen las palabras Y lo ve perfectamente, a pesar de eso
Le ve el fruncido de los pantalones a lo largo del cinto sin
hebillas Le ve uno de los bolsillos abultado por un tarro

cilíndrico, el otro por una Biblia que asoma sus puntas de un negro ya pardo. Le ve los zapatos deformados, doblados hacia arriba, sujetos con pines blancos.

-¡Ah, ciudad! -exclama el viejo- ¡Ya nunca más te llamarán tierna y delicada! Siéntate y calla y entra en tiemblas.

El anciano se detiene. Su dolor se le disipa al mirar con asombro a Juan Carlos. Y lo que ve en él lo desazona hasta el punto de que se atreve y pregunta:

-¿Pero no le da tristeza?

Como flagelándose, el otro responde:

-¡No!- con voz sombría, sincera y firme.

-¿A un pobre viejo como yo? -Apedrearlo, asustarlo. -No?

-¡No, te digo!

Se acento se ha hecho cortante como vidrio.

-¡No siento nada, nada, te digo!- repite con sed de hacer sufrir para sufrir él mismo más.

El «te digo» ha quedado en el aire. Le castiga los oídos, se los araña. El nunca tuteó a Mangunga. Retrocede, entonces. Y el mundo se le viene abajo.

-¿Oye? -Se da cuenta qué horrible. Aunque lo viera desangrándose, en este momento no me compadecía.

La anciana Basilia llega con otro mate. Al verlos se irrita con Mangunga.

-¿Qué le habrá dicho este viejo bobeta? -se dice-,
¡Pobre niño! ¡A las cosas d'él le cargan otras todos!

Sorbiendo el mate Juan Carlos agita la cabeza, como si así apresuraba la succión.

Cuando Basilia sale, él vuelve a hablar Como consigo mismo.

-¡A veces me parece que tengo cosas muertas, adentro!

El viejo Mangunga no lo oye, abrumado, ya de espaldas Entra en la cocina A su piel percutida la tiñe el rubor

-¿No será para tanto lo que me ha pasado? -se pregunta

Uno de los protegidos de Juan Carlos el Capitán, están muy sentado, con aire digno, próximo al fogón

-¡Me ha apedreado la casa, anoche, señor Capitán

-¿Eh? ¿Cómo?

-Sí. Caían en el techo Daban en la puerta ¡Dios mío!

-¿Y usted?

-¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué quiere que hiciera?

Mangunga se apabulla Él ha estado mal, sin duda, a juzgar por la actitud del Capitán

-¡Con usted! ¡Maulas!

El Capitán se golpea en las rodilla con el puño.

-Es muy triste, ¿eh? - se cerciora Mangunga.

Indirectamente responde el otro al decir

-¡Hay que acabar con el chusmaje! ¡Gente así tiene que ser barrida del suelo!

Mangunga se ha querido alegrar cuando lo sobre-coge de nuevo la turbación

-¿Y entonces Juan Carlos? -se pregunta- ¿Y por qué esas miradas rencorosas de la señora Basilia?

No puede pensar más. Se queda sólo con una sensación amarga

* * *

Juan Carlos comió como autómatas. Ha dado vuelta sin ton ni son por las habitaciones, las que se hallan tal como cuando vivía su madre y a él la vida le parecía también maternal. En una de ellas la lanza de su padre está recostada a la pared. Larga. De «media luna».

Después sale a la calle y se dirige a casa de Olga, es decir a la de Martín, que es a quien cree que desea ver.

Agita el llamador. Sale Olga.

-Adiós, ¿está Martín?

-¡Entra!- se oye una voz adentro.

-Está en el cuarto. Se iba a acostar otra vez, ese haragán.

Ella ha mirado el rostro sombrío de Juan Carlos con ojos inquisidores. El se adelanta hacia el dormitorio de su amigo

Martín se ha reclinado en la cama.

-Me acosté casi de día

-¡He vuelto a pegar a la Nena!

-¡Qué bárbaro! ¿Y por qué?

-¡Yo no sé! ¡No me pude contener! Ahora vine aquí porque no puede estar solo. Me muero de tristeza

Está más triste. ahora, por la escena con Mangunga. Pero de eso no se anima a hablar

-¡Te hace falta una novia, Juan Carlos!

De inmediato, Martín quisiera no haber dicho eso. Baja la vista. confuso. la imagen de su hermana surge ante sus ojos

-Sí, ya lo sé. ¡Pobre de la mujer que me toque!

-¡No, eso no!

-¡Si soy una bestia!

Llegan los acordes de un piano. Juan Carlos piensa en sus amigos de Montevideo y tiene la sensación de que algo puro ha entrado como una ráfaga en el cuarto

-A Emilio le gusta mucho Debussy -dice- La última vez que estuve. oímos juntos muchas cosas suyas. Pero Debussy.

Olguita mandó buscar la opus 90 y ya se la trajeron. No quiere que te diga hasta que la tenga bien estudiada

-¡Pobre Olga!

Se pasea por el cuarto Y sus pensamientos hallan
ahora una región de olvido y serenidad

-Luis tiene esa sonata tocada por Kempff. Las mu-
jeres no deben tocar Beethoven

-¡No se lo vayas a decir a ella!

-¡Claro!

Martín comienza a vestirse. Juan Carlos va a la sala
Allí Olga ojea unas piezas de música, el alma ausente

-¿Qué le pasa, señor Juan Carlos? ¡Está usted muy
grave!- dice ella esforzándose por aparentar tranquila afec-
tuosidad

-¡Si vieras qué malo soy, Olga!- exclama el joven
enterneciéndose de nueva

Ella no se anima a mirarlo. Sigue revisando los pa-
peles

-¿Sabes lo que me dijeron unas amigas? Que que
tú ¡que no duermes nunca en tu casa! Si eso es verdad,
esta muy mal. A pesar de todo lo que diga Lala

Juan Carlos, confusamente agradecido, piensa en
su amiga Lala mientras dice

-¡Todo está mal en mi vida, Olga!

La joven alza la cabeza. Le enfrenta la mirada con
dulce gravedad

-¿Y por qué eso así, vamos a ver?

-Toca cualquier cosa. Los preludios de Chopin

-No, ahora no quiero- exclama Y hunde el mentón en el pecho

Se oye a alguien andar por el patio Y el ruido de la cadena del aljibe Chirría la roldana El balde da un golpe seco en el agua y asciende, chorreando

Juan Carlos hace un esfuerzo supremo y conjura a su madre. Inútilmente Ella no surge allí, junto a Olga tan bella Quien ha aparecido en un rincón de la sala es la Nena Tumbada en el suelo, sangrante, muda, asustada Horrible

Olga ha alzado la cabeza El mira estas pupilas verdes, esta boca pequeña, este rostros delicado Sin personificarlos

-Bueno, voy a tocas, Juan Carlos Pero no quería, ¿eh?

Sentado en el sofá Juan Carlos cierra los ojos Surgen acordes Resignados Impregnados de infinita tristeza Él ve a Olga en el rincón ahora De bruces Los ojos dilatados La boca muda de espanto y de sangre

Martín entra con el mate

Juan Carlos abre los ojos.

-¿Fumamos aquí?

-¡Sí, hombre!-. Y aprovechando para dejar el piano, la joven trae un cenicero Ahora se sienta frente a Juan Carlos Se mira la mano

-Olga, yo debo venir aquí más seguido Yo estoy muy solo

-Sí, eso lo has dicho muchas veces. Y, después, te pasas los meses.

-¿De veras que he dicho esto antes? Es que yo,

Un auto se detiene en la calle. Un hombre alto, ya entrado en años, abre el zaguán. Calza botas altas. Se para en el umbral de la sala y saluda a Juan Carlos. Luego desaparece hacia el interior. Martín sale tras él. En seguida cruza con una valija. Y aparece el hombre de nuevo en la puerta. Esta vez con un poncho de vicuña al brazo. Besa a la muchacha. Estrecha la mano de Juan Carlos, despidiéndose.

-Papá quería llevar a Martín a la estancia.

Martín llega guardando unos billetes en el bolsillo. Olga sonríe al advertirlo. Él también.

Juan Carlos, sin saber por qué, se entristece de esto.

-¿Vamos al patio? ¿Al solcito?

* * *

Ha llegado Lala. Turgente el seno bajo la chaqueta roja, rojos los carnosos labios. Se sienta también al sol tibio de otoño. Próxima a un rosal, del que tronchó una rama a la que va quitando sus espinas.

Olga se dirige a la cocina a hacer en un periquete bizcochos para el mate dulce. Martín va a arreglar el mate y a calentar el agua. Lala y Juan Carlos quedan solos.

Lejos sentada en un sillón del corredor, la madre de los jóvenes, abstraída, tiene los ojos clavados en Juan Carlos

Antes de hablar, sin saber a ciencia cierta de qué van a hacerlo, Lala y su amigo ya están dulcemente conmovidos. Inconscientes desean, también, que ni Olga ni Martín se aproximen esta vez

-¡Gracias, Lala, ya se que me defendiste!

-¿Cuándo?

-No sé. Cuando le hablaron mal de mí a Olga

-Mira, Juan Carlos, cuando agarres a mano a Ernesto y al de Pérez dales una paliza

-¿Ellos fueron? Olga me dijo que habían sido unas amigas

-Ellos y el gordo Juancho. Pero al gordo no le hagas nada porque sufre del corazón. Le dijeron no sé cuántas cosas a Olguita. Te tienen envidia. Yo se las canté, en la plaza. Te envidian por las cosas que haces tú y que ellos no son capaces de hacer y que, francamente, me parece que no está bien que las hagas. Yo anoche, en la plaza, ¡les pasé una! Les dije que eran unas mujercitas. Pero Juan Carlos, yo te digo. ¡Hay que tener más juicio!

-¡Claro que sí, Lala!

-Yo no sé nada de nada, y de eso, menos -continúa con los ojos fijos en la pequeña rama que ya bien alisada, conserva en la diestra-. Pero de lejos se ve que eso no está

bien Yo veo sin embargo también que para ser como tú hay que ser un hombre Bueno y malo y todo junto, ¡pero un hombre Juan Carlos! Malo no quiero decir tu me entiendes Yo me hago unos líos

Lo está envolviendo con una mirada que se adhiere ahora.

-¡Ay Juan Carlos, si yo fuera hombre, qué amigos seríamos!

-¿Y mujer como eres no?

-No Yo quisiera poder andar por ahí contigo Yo quisiera irme irme contigo al contigo si fuera hombre.

-¡Pero eso está mal!

-¡Sí, si yo te lo decía a ti! Pero es que A veces de noche me acuesto y no duermo hasta la madrugada Ahora más seguido, después que se fue mi prima Yo qué sé aunque esté dormida la que está con una sí, es otra cosa, ¿eh?

Martín aparece con el mate

-Cuando hierva el agua traigo la caldera Olga tenía ocupado el fuego ¿Y qué caras son esas? ¿Se han enojado?

Lala sonríe

-¡Al contrario! ¡Estamos mejor que nunca!

Quebra en menudos trozos entre sus dedos la frágil rama

Martín vuelve a dejarlos solos

Un deseo oscuro, intenso, vela y ahoga las preocupaciones de Juan Carlos

-¡Qué cuerpo! -se dice mirando abstraído las piernas de la muchacha, sus formas espléndidas.

Como si lo hubiese advertido, Lala de pronto se pone a hacer la apología de Olga. Con palabras entrecortadas, sin ilación, apresuradamente

-¡Y te quiere tonto! ¿Crees que te va a decir que no? ¡Y la hacen llorar con los chismes!

Varias veces se aleja del tema y vuelve a él empleando a fondo su voluntad

-Lo que no hay que ser es malo. Tú. ¿Y la Nena que hace cuando te enfureces?

-¡No hables de eso, Lala! ¿Quien te dijo el nombre?

-Sabes. yo. ¡Pobre Olga! ¿Para Olga no habrá otro hombre! Eres un Dios para ella. Yo. ¡Si a mí me pegatan, yo no sé qué haría!

-¿Pero quién te va a pegar a ti, mujer?

-Sí, claro -replica cada vez más atribulada- No era eso lo que quería decirte. ¿A mí quién?

Martín trae la caldera. Y se sienta junto a los jóvenes

-Ya sé en lo que andan ustedes

Lala se escalofría

-¿En qué? - pregunta Juan Carlos, cauteloso

-Ésta no hace más que averiguar lo que haces..
Lala enrojece y Juan Carlos frunce el ceño
-Y es para sacarme lo que hace su hermanito Pan-
cho

Ríen forzadamente los dos, ahora
-,Me descubrió!- exclama la joven
-,Y sé más, se más! Porque Lala quiere enmendar
al señor Pancho para arreglarlo con Pepita, que confesó
una vez que

-,Lala! ¡Lala! ¡ayúdame, vení!
Lala se dirige con desgano a la cocina
Juan Carlos ha quedado mirándola de atrás Al alar-
gar el mate a Martín se clava los dientes en el labio
Lejos, siempre en la mecedora del corredor, la ma-
dre de Olga tiene los ojos fijos en él

* * *

Llegaron vientos fríos en pos de las lluvias. En el
cielo se ha podido huir, pero las cosas de la tierra, hundi-
das las plantas aguantan entre crujidos imprecantes,
gimientes Los crueles remolinos irrumpieron echando con-
tra el suelo pastos y arbustos Partiendo ramas Sacudién-
dolo todo Arrastrando clamores, chirridos, lamentos Pasa
el tropel invisible de las ráfagas se encajona en las calles
del pueblo sacude puertas, se escurre por rendijas, llega

hasta la carne de los guarecidos Y sale al campo pleno otra vez Y lo aja lo agacha, lo descordera

Desde el atardecer, se aplacó la furia Bajo esta relativa calma, sumamente contrariados, tornan esa noche Pancho y el Flaco del baile de negros proximo al cementerio Fue imposible entrar Al salón decorado con plumas de avestruz, pequeñas guirnaldas de huevos de peidiz y de urracas, vistosos flecos de papel, no tenía acceso más que la gente de color.

El flaco arde de ira Pancho resignado, escudriñando en la oscuridad del rancherío, se ha detenido de golpe Ve una luz a las pocas cuadras. A estas horas, es baile o velorio en fija Mientras siguen, al fino oído de Pancho no llega el mas leve rumor No hay música. Entonces

-¿Vamos al velorio?- propone

Y señala la corta luz en las tieblas, apenas un amarillito en lo oscuro

Sus pasos silenciosos despiertan, sin embargo ladridos que se van como ligando unos con otros hasta el confin misterioso Hay un frío que arde Y un negro cielo sin resquicios.

Sombras a los costados, inmóviles como a la espera del viento en una guardia absurda

-¡Mire que costearnos a venir al baile! Yo te lo dije

Pancho, a quien la lucecita ya próxima ha ido reanimando, se vuelve a abrumar de golpe

-¡Pero cómo iba a creer yo que el negro Pantaleón!
Y la culpa no fue suya, fue del presidente

-La culpa es de toda la negrada, y nuestra.

Ya están frente a la luz Desde la calle ven en el interior del rancho, sobre una mesa un pequeño ataúd entre cuatro velas largas

-¡Mirá, velorio de angelito!

-¡No, señor, de enano!

Una muchacha que se ha asomando tras dos perros rectificas así Tiene ojos alegres, boca triste, ceñido vestido verde, acetonado por la noche

Entran todos en el cuarto, ahora Delante, ya sumisos los cuzcos Luego Pancho y el Flaco sombreros en mano, y la muchacha, curioseándolos

Por el piso de tierra yacen diseminados infinidad de puchos y alguno que otro fósforo muy escasos A pesar del frío de afuera aquí hay más bien calor El denso aroma de alhucema que ya se sentía desde la calle, era allá más dulce que aquí Porque aquí, a pesar de la proximidad, es agrio Y se va mezclando con un fuerte perfume de Agua de Florida de cuyo empleo alguien que no ha de andar lejos ha abusado Junto a la entrada están dos indios, ralos bigotes caídos, subidos escarpines sobre las hombachas, los pies en los travesaños de sus sillitas de paja Parecen colgados por hilos del techo, los hermanos

Unos de ellos se ha incorporado

-Asientesé, don Pancho, nosotros estamos bien paraos porque hace rato qu'estamos ¡Che levántate!

Su abstraído hermano obedece. Baja los pies se pone las manos en los bolsillos de la bombacha, también se incorpora

-Asientesé usted también, mocito -sigue el locuaz-
Asientensén los dos

-No, gracias

El humo de la alhucema sofoca desde un brasero arrinconado, pues la muchacha arrojó a las ascuas un puñado de hojas

-Asientesé, nomás Yo y éste tamos bien paraos
Adispués tenemos tiempo'e sentarnos tuita la noche

-No, ya nos vamos a retirar

Sin perder de vista a la joven, que también los observa se sitúan a conveniente distancia del cajón y miran. Entonces se sobrecogen. El muerto, de pie, daría a un hombre por la cintura. Brillan apenas los ojitos negros, apagados, de corto fulgor casi al ras del iris. Durante la enfermedad le creció libremente la barba, se juntó con los bigotes y le ha tomado casi toda la poca cara que tiene. En cuanto a las cejas, se ve que las tuvo unidas desde chico es decir desde que tenía poca edad. Un copete entremezclado de hebras blancas está echado donde debe de haber frente. Mirado así, de pronto, parece que por error lo han acostado de espaldas

Uno de los hermanos se ha aproximado a su vez. Y aunque recién lo conoció en el cajón -el enano estaba radicado en el campo- musita:

-, Ta igualito parece mentira pobre finao!- haciendo de la frase una sola palabra

El enano está tan absurdo ahora como cuando animado, sin duda como antes parecía fuera de la vida, ahora parece fuera de la muerte. Cual si las potencias del vivir y del morir pasaran sin tener en cuenta al infortunado campesino. Tal una roca entre ríos. Semejaba otrora un muñeco, algo sin vida, hoy no es una cosa con muerte. Lo que parece realmente ausente es algo exterior a él, una mano que lo habría manejado con hilos. Cuando se cierre el cajón, no. Entonces los acompañantes pensarán sin querer en algún niño. Y los sentirán muerto aunque en la imaginación recobren su figura. Es preciso no ver al enano. Entonces, sólo entonces, habrá vivido y habrá muerto.

-, Estaba e Dios y no hay nada que hacerle!

Esto lo suspira una alta voz casi desde la quinchita del rancho. Pancho y el Flaco suben la vista por unas bombachas de mezclilla muy abultadas en uno de los bolsillos la detienen en la herrumbrosa hebilla de un cinto de cuero de vibora, la siguen por una camiseta a rayas rojas y, más tarde, pasada una región estrecha, con grande prominencia al medio, contemplan ya la cara resignada del padraastro del enano. Ha surgido detrás de una arpillera sirviente de

cortina a un hueco sin puerta Trae un puñado de alhucema que vuelca en el braserito Sopla Se tiene que poner de rodillas y, asimismo, agacharse porque, si no el aire no llega Y entre el humo gris claro que se tiende en perfumada cenazón, se acerca a los recién llegados

-Digan, ¿no tendrían dos dos reales pa ponerlas al finado en las vistas?

Pancho tosiendo, sólo halla una moneda en su bolsillo Pero el Flaco pone la otra sobre la mano tendida

Sin mirar, conservando su aire inmutable, cuchichean entre sí los hermanos, otra vez sentados, los pies en los travesaños de sus sillitas de paja

-¡L'enano está dando un platal! ¡Esta noche no le abaja'e cinco pesos, a lo menos!

-Veintiocho reales con estas dos Bueno, sentate Bueno, como es tan chico, todos le tienen lástima.

Bajan a una el brazo, alzan sus copas ya en las últimas beben y las depositan con cuidado en el suelo

Pancho se ha situado junto a la cortina de arpillera por cuyo hueco, tras los perros, desapareció la joven de ojos alegres, boca triste y ceñido traje verde Un cuchicheo que a veces llega, proviene sin duda de otra habitación que debe de existir ¡Porque hablar a lo oscuro y a la intemperie!

Al colocar el padrastro las monedas sobre los ojos del muerto, parece que le hubiera puesto lentes De lejos

brilla la plata como cristal incidido por una luz muy de costado

-¡Estaba e Dios y no hay nada que hacerle! -repite la voz del techo- ¡Pobre finao! ¡Esto es pa refrescarlo!

Y del abultado bolsillo retira un frasco de Agua de Florida con que rocía el cadáver

-¡Qué se v'hacé! ¡El mundo es el mundo!

Esto lo responde en alta voz uno de los indios Y continúa, ahora susurrante hacia su hermano

-¿Y no le calculás Aniceto, qu esta noche no v'a bajar di ocho pesos?

-¡Jum!

-Ocho pesos o siete, vamos a ponerle

-¡Jum! ¡Difícil! Mucha gente cré que ya lo han enterraio ayer o antiayer

-Sí pero ¿qué me decís a la salida'el baile?

-Ahy no más, mocito Ahy en la vela no más

El Flaco que no halla sus fósforos, acepta la indicacion y ya el cigarro en la boca, lo aproxima a uno de los cirios del féretro El estómago le da un vuelco Se echa atrás Con tiempo de observar que los pies del enano, chatos y largos, han sido puestos en posición horizontal, uno sobre otro, talón con punta y asegurados con un tiento en previsión de que, de quedar verticales, no permitirán después tapar el cajoncito

Recrudece el humo Curvándose, el dueño de casa desaparece detrás de la arpillera Pancho sigue al Flaco, que ha ido a parar al medio del patio

-¡Y era linda!- exclama

-¡Vámonos! ¿Quién?

-Ella, la muchacha, pues

Mientras marcha, la imagen de la muchacha del traje verde va adelante de Pancho Retrocede a cada paso que dan entre las zanjaz y los cardos Retrocede de espaldas Él le ve el rostro distintamente, las facciones tristes, los ojos alegres. Le ve el combo pecho

-¡Pucha, qué cuzquerío!

Pancho oye un momento los ladridos Luego, ellos caen fuera de su espíritu

Por el camino ya encuentran algún farol En la altura brilla el pueblo envuelto en puntos de luz rodeando el hueco negro de la Iglesia

-¡Pucha, qué porquería!

Pancho sale de su abstracción, encrespándose Va a defender a la muchacha del presumido ataque intempestivo

-¡A mí no me parece!

-¡Por lindo que te fue!

-¿Y qué iba a hacer en tan poco rato?

-Sí, si te quedás hubieras entrado, acaso

Pancho se planta en medio del callejón. Ve delante a la cortina de arpillera por donde desapareció la muchacha, a los perros, al padraastro del enano.

-Entro y la saco- afirma arrogante.

-¿Sacar a quién?

-A la de verde.

El Flaco, que iracundo se ha detenido también, vuelve a seguir la marcha.

Pancho oye

-Yo hablo del baile.

Entonces se aparea a su amigo, silencioso.

-¡Mire dónde fueron a hacer el baile! ¡Junto al Cementerio! Y lo de las plumas y los hilos con cáscaras de huevos de pájaro es un mamarracho.

-¡Horroroso!- concede Pancho.

-Pero había unas negras.

-¡Horrorosas!- interrumpe el otro, condescendiente.

-¿Cómo? ¡Había una de colorado que era una estatua!

Infuctuoso se esfuerza por ponerse de acuerdo. Pancho guarda silencio.

Ya toman la calle de La Cachimba. El frío corta. Ahora, ambos van pensando en el enano. La imagen ha esperado paciente a que las otras impresiones se debilitaran. Y surgió acomodada en su cajón, con las refulgentes monedas sobre los ojos y los pies atados.

-¿Habrá muerto de qué?

-Y de cualquier cosita, ¡tan chico!

En La Cachimba hay poca gente. Martín está de pie junto al mostrador.

Cuando el Flaco y Pancho se sientan, él lleva a la mesa su vaso y se sienta también.

-Yo voy a sacar esta noche a Renée. Traeré también a la Nena para que se distraiga. ¿No han visto a Juan Carlos?

-No. Ya estará en el Club.

-Nosotros perdimos la fiesta por ir al baile de los negros. Y ahora, mientras nos vestimos... ¡y con olor a caña!

-Ah, ¿fueron al baile? Yo también fue, y me atajaron. Y estuve en el velorio de un enanito. Un viejo me pidió «dos dos reales pa las vistas».

El Flaco y Pancho se quedan momentáneamente sorprendidos ante la revelación. Luego se irritan por la renovada sensación de su fracaso. Cañas sucesivas consiguen aplacarlos.

Un guitarrero duerme la mona, los brazos sobre una mesa y la cabeza sobre los brazos. La guitarra está a sus pies, como un perro fiel. De cuando en cuando alguno de los del mostrador desaparece hacia adentro, hacia la sala de juego.

-¡Milonguita! ¿Qué anda haciendo, Milonguita?

encuentre la misiva amenazante y loca La saca y la rasga
en menudos trozos que se dispersan en el viento

Pancho y el Flaco siguen más abajo, aun Luego
tornan a la derecha Libre de las casas, el cielo ahora parece
más claro Avanzan lentamente porque, cuando menos
se espera, surge una zanja O cardos que espinan

-¡Tan bien que podíamos estar de baile a estas horas!

Pancho recuerda una exclamación de su amigo que
él interpretó confusamente Por eso, dice

-¡Había una de coloradito que estaba bastante buena!

-¿La viste? ¡Si estaría! A mí me parece que yo
Pero, a lo mejor, el velorio se pone lindo cuando empiece a
salir del baile la negrada

Ladran perros aquí y allá asomándose a la noche
No lejos de los caminantes un gallo torpe -¡ni ciego que
fuera!- saluda al día que debe de andar todavía por el Brasil
o más lejos, ¡quién sabe!

Distinguen ahora el rancho y ven que consta de tres
piezas La del velorio y la siguiente están a oscuras En la
última, en el suelo, rodeado de sombras, un gran fogón

Vacilan Un bulto se mueve en la calle, junto a la
portera Cuando van a adelantarse para interrogarlo, dos
sombras disociadas de un ombú se les aproximan

-¡El velorio se suspendió! La polecía echó a todos y
a nosotros del cuarto porque no dejan velar tanto días un

mesmo cuerpo. Los milicos dijeron que siendo otro cuerpo sí pero el mismo cuerpo, no. Y de eso no los pudo sacar naides.

-¿El qué?

Pancho tiene los ojos fijos en la puerta iluminada, ojos que se abren más a medida que escucha la insólita revelación.

-Nosotros estamos esperando al padrastro -continúa el indio-, que jue a ver a un primo de él qu'es sargento. Asígn él, cré que consigue aunque sea hasta la salida'el baile. Sindudamente v'a ser un lleno.

Delgado y esbelto, un cuerpo se recorta en la puerta.

Pancho se lanza por el predio, mientras, el Flaco espera los acontecimientos.

-A nosotros no nos'invitaron a pasar a la cocina, donde está la reunión verdadera. Son unos animales. Y nos han dao, de cumplimiento, nomá, una caña qu'era pur'agua.

Pancho ha entrado directamente en la cocina. Y hay un remolino de sombras.

-E caña flojona, nomá. Pero como tener agua.

Pancho vuelve hacia ellos. El Flaco le sale al encuentro, sujetándose el sombrero porque el viento anda a sus anchas por el campito.

-¡Allí tampoco se puede entrar! ¡Dicen que es tan sólo para los dolientes! Y que, además, el velorio está suspendido.

-¡No somos negros ni somos parientes del enano!
 -exclama el Flaco con sarcástica ira
 -¡Hay como mil! ¡Todos ya sin ojos, de borrachos!
 -¡Bueno vamos!
 -Y gueno, ¿qué te parece? ¿Nos iremos con los señores? - consulta a su vez uno de los hermanos
 El Flaco les lanza una mirada furibunda Y encabeza el desfile
 -¡Velorio lindo jue el del finao Senén Fiones!
 ¡Guarda la zanja!
 -¡Gueno persona, derecho viejo sin despreciar, el finao Senén! Y podrido en plata
 -Cuando dieron las doce, sacó el relo el doliente precipal y dijo, derecho viejo, nomá. ¡Que se cierren todas esas puertas! ¡Y el que ya no vino, que se joda!
 -Estuvimos hasta el sol alto Corría la bebida, nomá.
 ¡Y había unos costillares qu eran una manteca!
 -¡Eso era bebida! Había, me acuerdo, unas botellas platiaditas Agarre por la sendita, nomá Y enseguidita viene camino gueno
 -¿,Ustede no estaban n'ese velorio, mocito?
 -¡Nosotros no estábamos?
 El acento es sordo y rotundo
 -Había uno altito. asín medio com'usté Puede que un poco más carón. .

-¡Nosotros no estábamos en ningún lado!

-Yo por eso decía que a lo mejor

~ ~ ~

Martín regresó a La Cachimba con la Nena y Renée, después de haber pasado por lo de Iacema que se encuentra muy grave con pulmonía doble o cosa parecida

Martín hace como que inquiera en el mostrador y vuelve, diciendo a la Nena

-Juan Carlos estuvo temprano, pero salió con uno que nadie conoce

-Debe de estar en lo del Tuerto o en lo del Perro
Yo quiero ir ¡No me va a echar yo digo!

-A lo mejor está en alguna lotería -insinúa Martín, que no puede desdecirse sin dar a sospechar que Juan Carlos está en el baile del Club - ¡Qué vas a ir hasta allá abajo, con esta noche!

-No si a él no le gustan las loterías. Está en lo del Tuerto, seguro

Los otros piden de cenar. La Nena apura su vaso de guindado. Sus labios doblan hacia abajo las comisuras

A Renée, que está radiante la llaman de una mesa del fondo dos mujeres acompañadas por un mozo muy borracho

-¡Qué bien! ¡Ya sé que te arreglastes con Martín!

-¡Qué bien, querida!

-No, no hay nada, todavía . ¡Somos amigos, no más!

-¡Vamos, egoísta!

-¡No, se los aseguro! El ni ha pensado en eso

Bueno, hasta luego, queridas

Momentos después, sola, acentuado el rictus, la Nena se hunde en la oscuridad de la calle. A los pocos pasos encuentra a un viejo, guitarra al brazo

-¿Y Juan Carlos? ¿Está en lo del Tuerto?

-Guenas noches. Yo vengo'c lo'el Perro

Se despiertan ladridos en la noche. La Nena ha vuelto hacia arriba el cuello de su abrigo. El viento helado se le mete por entre las piernas. Cuando dobla a la izquierda y divisa las luces del Bajo, ve venir hacia ellas las sombras de un grupo de estrepitosos. Entonces se atemoriza. Ella ya había sospechado que se iba a asustar. Ahora, al enfrentar a los jaraneantes, el corazón la ahoga. Mas pasan de largo

-¡Adiós, Nena!

Es Eusebito el que habla. Ya va la gente subiendo hacia el Centro,

-¡Buenas noches! -contesta entre la inercia del susto

Apresura el paso. Como marcha entre terrenos baldíos y el campo pleno empieza casi al lado, a su derecha, nada resguarda de las ráfagas heladas. El croar desde los

chaicos algún ladrido ponen en la noche maléficos signos
Y los ranchos sombríos los altos yuyos, los árboles

El sendero se hunde Entonces, los puntos luminosos del Bajo desaparecen de golpe dejando mas sola a la joven atribulada

-¡Ay, Juan Carlos! ¡Qué malo!

Una sombra viene hacia ella. Insegura, sesgueante por el callejón La Nena se clava en el suelo El hombre, entonces, se detiene un poco sorprendido Pero a ella lo que la ha parado es el susto

-¿Qué hacés?

-¡Yo, nada! ¡Voy a lo del Tuerto! ¡Dejemé!

-¡Pero creí que querías algo conmigo, muchacha!

El borracho se torna, perplejo. Y la contempla ya de espaldas, corriendo casi, hasta que se le desaparece a los pocos metros en lo oscuro

-¿Y ésta es loca, o qué diablos tiene?

Vuelven a aparecer las luces, la puerta de la ochava
Se oyen voces

Detiene el paso Luego, cautelosa toda ojos sube los dos altos escalones de lo del Tuerto con medosa ternura Pero no está Juan Carlos.

-¿Y Juan Carlos, se fue?

-No ha estado aquí en toda la noche

Con una sonrisa casi llorosa deseando ahora no hallarlo atraviesa el callejón. Va en busca de Juan Carlos al prostíbulo de Encarnación, a la alcoba de Margarita

* * *

Esta misma madrugada, en su casa, después del baile del Club, quitándose el smocking, Juan Carlos piensa

-Hoy doña Basilia miraría la cama y me volverá a encontrar y se llevara otro alegrón

Se le dibuja una sonrisa En mangas de camisa asegura las puertas que dan al patio, conmovidas por el viento Luego se acuesta Apaga la luz Y el sueño comienza a allegarse Avanza lento, retrocede, vuelve.

Como marea.

-¡Estos días estabas triste, Olga! Yo me daba cuenta

-¿Yo? ¡No seas tonto! ¡Te parecería!

-No hay que estar triste, Olga hay que estar contenta

El no advierte el acento promisor de estas palabras Para Olga, sin embargo, expresan tanto como la declaración amorosa aún no escuchada Ella gira en sus brazos, grácil La mano varonil sobre su cintura El vals los lleva como a hojas el aire Habla de una dulce felicidad, de jardines en flor, cuando todo es encanto

-¡Ese traje te sienta tan bien! Todos me han de estar mirando con envidia

-¡Y yo que cuando me lo puse ya pensé que no te iba a gustar! -¡Además, me decían que no vendrías al baile!

Ríe Y escucha

-¡Eres tan linda como buena, Olga!

-Marta y Elvira decían que no ibas a venir

-¡Qué contentos están ustedes!

Fue Lala quien habló Va en brazos de un apuesto oficial El vestido le ciñe las formas esplendidas

El vals los lleva Allá lejos les insinúa como una velada melancólica Y se despoja, travieso, de la fingida pena Todo es suavidad encantadora La vida es bella Los dicen los violines Esos flébiles arrullos son mimosos Rozados apenas los labios con los labios, ¡qué embeleso! Manos sobre la frente, sobre los ojos Girad, girad, oprimid blandamente Nada nada separara No hay prisa Volved, idos, tornad Todo es sueve y bello Tú vosotros La vida es dulce Flotemos en este albo sueño Oye este grato son Es oro sobre oro Se alza en el aire como un surtidor áureo Es oro, son tus monedas de oro Es oro sobre oro La vida es bella Brota el oro de las manos y rueda por la tierra cantarino Canta que la vida es bella Sí, sí, canta, la vida ¡ah!, la vida es un sueño encantador

-Olga, ¡si yo no fuera como soy!

-¿Cómo eres?

-Malo

-¡El lobo y Caperucita!

-¡Sí, tú te ríes' .

-¡Yo quisiera que este vals siguiera por siempre'

Flotemos en este albo ensueño Sólo rozar los labios con los labios Oprimid blandamente, apenas No hay prisa, Nada, nada separará Aspira tú las rosas sin temor al invierno Los vagos suspiros son de mimo ¿Acaso no se escucha la áurea fuente' ¡Cómo cantan sus discos de oro derramándose rodantes sobre la tierra' La vida es bella, dicen ¡Vivir es un ensueño encantador'

-Después te tengo que contar una cosa ¡Como están de extasiados ustedes' Después te tengo que contar una cosa

Es Lala que pasa con su apuesto compañero

Girad Idos Volved Aspirad el perfume embriagador de la vida Si hay invierno, esta lejos Rozad apenas Que no haya prisa Escucha la canción del oro, Idos Volved Girad Manos castas sobre la frente Sostenidamente, ahora, sobre los ojos Aspira tú . Oro Girad, Lejos el invierno ¡Aspira, aspira'

Un zumbido lejano...

El sueño

* * *

-¿Se puede?

-Espera Bueno, ahora sí

La Nena, entonces, empuja la puerta

Renée está de pie junto a la cama, arreglándose aún la combinación que se acaba de poner apresuradamente para no aparecer desnuda

-¿Martín se fue?

-Sí recién se fue. ¡Ay, qué frío! Hoy venía el padre de la estancia. Por eso se levantó con este frío

Renée ha puesto agua en la palangana. Y hace sus abluciones, estriptosa

Por los vidrios de la puerta entra la débil mañana de invierno. Se ve el desparramado jardín sin hojas. De donde esá la Nena, el ombú puro ramas

Aún con la toalla en la mano, dice Renée de pronto

-¡Ah, me olvidaba! ¡Mirá!

Y riéndose descubre a media un seno

La Nena advierte en él una mancha roja. Sonríe

-¡Me alegro! -exclama-. Ya me parecía, ya me parecía que esto terminaba en arreglo. ¿No vieron a Juan Carlos? -agrega luego, bruscamente apagada la sonrisa

-No, no lo vimos. Yo no me quería arreglar porque total, pronto me voy de aquí. Pero

Contempla el seno marcado. Vuelve a reír

-¿Entonces te parecía que nos íbamos a arreglar?

-¡Claro, boba!

-¡No, no creas! Me gusta, sí, no digo que no, pero quererlo

-¡Qué habrá hecho anoche!

-¿Quién? ¿Juan Carlos? ¿Qué va a hacer? Estaría por ahí, no más. Yo quería ir al Bajo, pero se le antojó a Martín que no ¿y yo qué iba a hacer? ¡Cómo se va a poner la Coca, lo que sepa!

-¡Pobre! Si salen esta noche, me llevan. No quiero quedar sola.

-Esta noche saldrás con nosotros y Juan Carlos - asegura Renée mientras saca del ropero un traje de abrigo

-¿Quién dijo? ¿Martín?

-No, pero le diremos que te lo traiga y nos vamos todos

-No va a querer venir, yo sé

-¡O lo trae o me divorcio!

Renée ríe a carcajadas. Se contiene de golpe

-Es bueno, es muy bueno Martín. ¿no es cierto, Nena?

Le sienta muy bien el traje de paño azul. La hermo-sea y palidece

Súbitamente, poniéndose grave, sin mirar a la Nena

-¿Creés que la Coca lo quiere?

-Cuando andan bien, parece que no, pero cuando andan mal, se ve que lo quiere.

-¿Es linda?

-Es bastante. .

-Me gustaría conocerla y no me gustaría

La frase se interrumpe ante la criada que entra como una tromba, trayendo en pos el frío de afuera

-¡Ay, Dios mío! ¡Yo no quería despertarlas porque no sabía si tenían gente! ¡Ay, mi Dios!

Al cabo de un rato consiguen enterarse de lo fundamental. Su comadre Sandalia le fue con el cuento de que hace ya algunos días, la negra Marcela le dió dos pesos a la lavandera de Renee para que le dejara llevar por un rato a casa una combinación de la muchacha. Y concediéndole misteriosa significación, cuenta también que inexplicablemente, ella misma acaba de derramar en la cocina una caldera de agua hirviendo

-¡Ay, Dios mío!

La idea de la Coca surge desde el primer momento en las muchachas. Pero sólo cuando la cebadora sale como una exhalación hacia el domicilio particular de Zulema, en su procura, musita Renée

-¡Ésa es la Coca! ¿Qué hago?

La Nena esta abrumada y muda

-¡Ay, qué mala! ¡Qué culpa tengo yo! ¡Ni Martín!
¡Si ella lo dejó! -sigue Renée

La Nena no habla. La mira con los ojos dilatados de espanto. Renée sigue pronunciando palabras que se van haciendo incoherentes. Es que al miedo se le ha ido uniendo una ira creciente que culmina en furor y que rechaza al

miedo De pronto, estallando en sollozos histéricos, se pone a patear el suelo

-¡No me importa! ¡No me importa nada! Aunque me muera de hambre, aunque se me caiga la carne a pedazos, ni salgo de aquí ni lo dejo a Martín

Pero con la decisión torna de nuevo el miedo Un espanto que crece oscuramente hasta llegar a ser mayor que aquel que provocarían las posibles consecuencias imaginadas

La Nena, que no atina a hablar aunque comprende su deber de hacerlo, experimenta un profundo alivio al escuchar apresurados pasos Y entregando la suerte de sus inquietudes a la patrona que llega se pone a llorar ella, también

Zulema tiene los ojos irritados Por el brillo grasoso de la cara, por el seco desorden del pelo, se ve que ha abandonado bruscamente el lecho y que ni tiempo ha tenido de lavarse Mientras se dispone a un minucioso interrogatorio piensa en la manera de resolver la dificultad -por un no muy lejano resentimiento- de llamar a la colla Macaria, bien conceptuada milagrera

Renée, como la Nena, ha experimentado también una sensación de alivio y de confianza en presencia de la dueña Secándose las lágrimas, ahogada por el hipo sostiene empecinada

-¡Si usted no me echa yo no me voy de aquí, pase lo que pase!

-No, no te irás, muchacha. No todos los daños prenden. Y éste, agarrado tan a tiempo como lo vamos a agarrar. ¿Deme un mate, mujer! ¿No, primero tráigame el sillón del otro cuarto!

Zulema espera de pie hasta que el asiento llega

-Bueno -dice sentándose- Vos, Nena, sentate ahí. Y vos, aquí.

Hace un intenso esfuerzo. Se concentra.

-El hombre -comienza a manera de preámbulo-, es una cosa divina. Es lo más divino que hay.

La frase la embelesa y la abstrae. De buena gana variaría el tema hacia regiones empíreas. Más recobrándose, continúa:

-Es divino, pero da muchos calentaderos de cabeza. De él vienen todas las desgracias. ¿Si lo sabí yo! ¿Bueno, aunque la mujer, también, tiene cada cosa!

A pesar de estas palabras pesimistas se le mantiene en el alma una sensación semejante a la de quien, en el rigor del verano, se echa agua fresca encima. Es que, en la árida monotonía de su vida, los males -por la conmoción que implican- también tienen algo de bueno. Bienvenidos pues, los males -lo único que se allega-, máxime si como

éste, pueden ser conjurados por las artes de la vieja Macaría .

* * *

Hasta el toque de oración no es posible realizar el exorcismo. La Nena, que trajo por la tarde al prostíbulo el resultado de la entrevista con doña Macaría, siguió después a la farmacia a comprar los indicados menjurjes.

-Yo trabajo solito con remedios de botica -había expresado con orgullo la anciana.

Como ninguna de las dos sabe escribir, la Nena ha tenido que ir repitiendo mentalmente por la calle, para no incurrir en olvidos:

-Azúcar «cándida», anís estrellado, «lucema», sangre de dragón, «menjui», incienso, mirra.

Regresa de la farmacia cabizbaja, los brazos flojos, con paso de autómata, deseosa de que el camino al prostíbulo no tuviera fin. Mientras esperaba el encargo algo misterioso y apenante ha traído a su ser incomprensibles advertencias.

En la cocina encuentra a Martín, que dejó el cuarto de Renée para aprontar él mismo un mate porque allí nadie atina a nada. Su violento ceño se acentúa mas al ver a la Nena. Y se desata en improperios contra la Coca perturbadora y perversa, contra las puerilidades de las otras. Cuan-

do el chubasco amaina, la joven prostituta confía sus reconditas torturas

-¡Ay Martín! En la farmacia encuentre a una muchacha Nos miramos ¡y me dio un fiío en el corazón! Tenía carita buena Pero lo mismo me quede Si, ¿a ver si la conoces! Era ¿cómo te diré! es delgada tenía una cabecita muy linda rubia de pelo crespo y unos ojitos verdes. y un traje azul, con un cuellito blanco ¡Ah! y un prendedor de oro

-¡Es mi hermana, pues!

Martín ha palidecido

-¿Olga?

-¿Cómo le sabías el nombre?

-Juan Carlos la nombra a veces ¿Tiene novio?

-No

La Nena siente que el llanto se le viene

-Decime la verdad -ruega conteniéndose a duras penas Le ha cogido las manos y lo mira fijamente a los ojos- ¿No tienen amores?

-¡No Nena, te lo juro!

-¡Ah qué tristeza tengo!

Y se pone a sollozar

-¡Pero muchacha! ¡Vamos, mujer! ¡Todas se han enloquecido aquí!

-¡Ay, qué cosa tengo en el corazón! ¡Qué cosa tan mala!

* × *

Van a ser las ocho. Y el toque de oración es inminente. A las siete llegó doña Macaria apoyando sus achaques en un grueso bastón de jacarandá. Sólo los ojos, que fulguran a veces, conservan su antigua firmeza. De inmediato se encerró con Renée. Ahora, cuando la puerta vuelve a abrirse, la muchacha se revela muy tranquila, aunque descolorida y grave se le ha puesto la faz. Después de cerciorarse de que se está preparando un buen braserío, Macaria acepta el sillón que en la cocina se le arríma. Saca de su sobado buche de avestruz chala y tabaco. Lía un cigarro. Se pone a exhalar grandes humadas, silenciosa.

Ya una campana llama desde la alta torre, ya otra la acompaña, disonante talán, ton talán ton. Casi alegres. Pero, en este atardecer, al entrar los sones en el lupanar huelan la sangre en las venas.

Las mujeres se han incorporado como por un resorte. La anciana hace echar brasas en una de las bandejas grandes. Y con ella en las manos entra al dormitorio de Renée, al tiempo que hace abrir de par en par la puerta del corredor y ordena a la presunta hechizada que vaya al otro cuarto, se desnude y aguarde.

Las ojeras violáceas se le ponen azules, de golpe, a la muchacha, casi negras. Su cara blanca, espanta. Cuando la Nena acude a ayudarla a desvestirse, la encuentra temblando, dando diente con diente, los ojos desorbitados y fijos.

Pronunciando palabras ininteligibles, Macaria ha sacado del bolsico un potecillo, y vuelca el pulverizado contenido sobre las ascuas. Humo blanco, de penetrante olor, se eleva. Entonces se dirige resuelta a la pared opuesta al corredor y desde allí avanza lentamente, la humeante bandeja en alto. En el umbral se detiene. Y luego, - mascullando en voz baja algo que inútilmente trata de diferenciar Zulema, toda oídos, en el patio-, circunda la habitación pegada a las paredes, por el lado derecho. Ya otra vez en la puerta, sopla las cenizas y hace el rodeo por el lado opuesto.

Cuñataí ha creído escuchar repetidas veces Zulema Cuñataí, que en guaraní quiere decir muchacha. Pero lo demás

La voz de la vieja, ahora con inflexiones extrañas, ordena

-Entornen la puerta. Y prendan las velas.

Zulema acude y enciende las tres velas ya pegadas con su mismo sebo a una mesita.

Macaria solicita nuevas brasas. Que cuando llegan fulgurantes dispone sobre la bandeja ahora colocada en el

suelo, en medio de la pieza. Encima de la mesa están, cuidadosamente confundidos en una sola commixtion los menjurjes que horas antes trajo la Nena de la farmacia.

La puerta de comunicación con el otro cuarto se abre. Desnuda, la boca contraída, tenso el cuello, sosteniéndose en la Nena, aparece Renée: la piel azulosa de frío y de espanto.

En fugaces asomos de desdentadas encías, los labios de la anciana muévense velozmente.

Un estremecimiento, que ahoga el grito ya debatiéndose en su garganta, sobrecoge a Renée cuando su manita es agarrada por la mano áspera y caliente de la oficiante. Sin soltarla, la colla ha echado sobre las brasas una gran porción de la mágica mixtura. El fuego crepita. Se destacan breves llamas verdosas. Un humo espeso contonéase hacia arriba, cada vez más ancho a la lívida luz de los cirios, borra los contornos, transmuta las cosas bajo sus flotantes mantos. Siempre cogida de la mano, Renée pasa por encima de las ascuas. Pasa dos veces, en cruz. Y el sudor que le brota abundante da a su cuerpo sin velos un aspecto metálico. Sobre la palidez lunar del nacimiento del seno se destaca la mancha con que fue sellado el maridaje. Ahora parece más oscura. Cual si, en la lucha mortal entre el «daño» y el exorcismo, a toda costa se empecinara allí el derecho del «macho», del amor otorgado sin paga, del amor del alma.

La anciana abandona a Renée en un extremo de la alcoba junto a la Nena muda Y, agachandose, observa el fuego con profundo interés Luego, la mano como aña vuelve a coger la mano de Renée Azuzadas por la extraña mezcla de los polvos, se alzan nuevas llamaradas ante cuyos cuchillazos el humo asciende atropellante, huyente

-Abí las piernas y volvé a pasar

La luz de abajo, la de las velas del costado proyectan sombras sobre el techo y las paredes Algunas fijas, inmóviles como imágenes de obsesión Otras cambiantes cual formas del humo

-Ya van dos cruces Descansá para la tercera y última

Inclinada sobre el braserío, otra vez escudriña la vieja, mientras, pegadas a la pared, se estrechan las dos jóvenes confundidas en el mismo terror en medio de un silencio que sólo turban desde junto a los pabilos, los suspiros de Zulema, sus continuos sonarse la nariz

Nuevamente Renée está al lado del fuego que a soplos reavivó Macaria trémula y esbelta, los brazos tendidos a lo largo de las piernas fuertemente estrechadas, el vientre apenas combo, el torso perfecto Como otro ser maligno pugnante ya por disociarsele medio cuerpo lanza una sombra espantable sobre la pared La otra mitad desde el techo, muestra en lugar del contorno natural del seno una tumefacción monstruosa

Entre el mar de arrugas de la cara de Macaria fulgura visible confianza ahora

-Pasá otra vez en cruz, y esta es la última -ordena al tiempo que derrama sobre el fuego repetidas pulgaradas de la misteriosa mixtión

-Bueno ahora andá a vestirse Era una daño tremendo y emperrado Pero agarrado muy a tiempo.

Y agrega, lanzando por primera vez, al requerir su bastón, una mirada reflexiva sobre la desnuda

-¡Tenés un cuerpo de gloria! ¡Que Dios te lo conserve mucho tiempo! Ahora, tengan cuidado de que el primer hombre que dentre al cuarto de ella sea un cliente -recomienda a Zulema, con quien ha quedado sola- Si entra primero algún amigo. o eso, en la cuestión plata todo lo que se ha hecho es inútil.

Lía en chala su tabaco Aproxima el cigarro a una vela

-¿Y ahora quién me lleva a mi rancho? ¡Que me lleve alguna a mi rancho porque en esta oscuridá me mato entre las zanjas!

* * *

A través de la estrellada, serena, fría noche, la Nena conduce a doña Macaria del brazo, trabajosamente, por el camino accidentado.

De las chozas irrumpen perros ladrones y cargosos,
cuyos ojos ardientes, a veces, invisibles los cuerpos, dan la
sensación de pares de brasas sostenidas en el aire por ma-
nos de misterio

-¿Entró la muchacha a la botica, se miraron y vos
sentistes eso?

-¡Una cosa en el corazón que me dejó helada, señora!

-Las almas entran y salen de los cuerpos. A veces
andan dos juntas, y los cuerpos están a las leguas. Y cuan-
do se acercan los cuerpos, que nunca se han visto, ellas se
acuerdan de que se conocen. Tu alma y la de ella se en-
cuentran juntas, en ocasiones, en un mismo lugar, seguroto

-¿Y por qué eso tan triste que sentí, ¿eh?, si ella tenía
cara de buena? ¿Por qué esas ganas de llorar tan grandes?

-Esperá m'hija, esperá a que eso se resuelva. ¡Mirá
el Cacique! ¡Venga, Cacique!

Un cuzquito salta alrededor de las dos mujeres

-¿Ya creía que yo no venía, Cacique? -pregunta la
vieja acariciándolo con su bastón- ¡No, venía, sí! ¡Hay
que esperar, Nena!

* * *

Ya ha salido Flora, patrona de otro de los prostíbu-
los, que pasó a saludar y siguió a la casa de enfrente, donde
Iracema está gravísima

Aguarda aún Eustaquia, la mujer de Manuel Benítez que hacía pocos días volvió a hacerse cargo de su puesto de mandadera en lo de Iracema. Se acostó, con un paño mojado en la frente, después que le arrebataron al niño. Y a las horas se levantó porque «¡como nadie iba a verla!» De hallarse Manuel y Coco o Tupambay en el triste momento, no se lo llevan. ¡Pero ella, sola, con cuchillos de mesa! No se condujo al niño a Montevideo, con sus abuelos, como la madre acarició en el primer momento. Tampoco fue internado en el Hospicio, cosa en que también se pensó. A pesar de todos los inconvenientes, al mismísimo Canelones fue a dar. Al lado de su madre, que había sostenido

-No me conviene dejarlo, porque es muy chiquito y, después, no me va a conocer

Cuando Eustaquia sale con la prestada bolsa de goma para el vientre siempre dolorido de Blanca Chica. La Nena enciende el primus.

Juan Carlos, que esta tarde se ha reconciliado, la frente pegada al vidrio de la puerta, mira al patio bajo la lluvia

Ni relámpagos ni truenos turban la calma gris del ambiente. El ombú es más bello ahora, estilizado por el frío. Tanta hoja no lo dejaba ver. Más allá se advierte el trabajo anhelante de las enredaderas. Se han estirado por todo el muro durante el verano. Han clavado sus uñitas,

después. Y bajo las inclemencias esperan días mejores para seguir subiendo hacia donde a toda hora del día brilla el sol. Se han formado arroyitos en el patio. Desembocan todos en uno mayor que se desliza por la hendidura del muro hacia la calle. Allí estas aguas se juntarán con otras. Cuando lleguen a ser muchas en el Bajo podrán abrirse paso hasta el río. Y con él, algunas, han de ver el mar. Pero allí, ¡ay!, aterradas, a viva fuerza serán despojadas de lo que no entregaron ni a las orillas del gran cauce: hojas, ramitas del barrio maldito, los globitos amarillos de sus paraísos, esa caja de polvos ya pastosa e informe, la cinta que mariposeó sobre una cabecita alocada, ¡de tantas cosas se desprenderán! ¡Atrás! ¡Atrás! -gruñirán las topantes olas- ¡Fuera! ¡Sobre las playas la resaca! ¡Y ellas, ya solas, tan dulces! ¡Sobre el mar, hundiéndose inexorablemente en los abismos, volviéndose cada vez, cada vez más amargas!

El espíritu del joven se aleja hacia atrás en el tiempo, desciende, se desliza entre apagados recuerdos. Alguno de ellos irrumpe de pronto, se aclara: se hunde en seguida en el olvido. Cual cosa vista a través del relámpago mientras uno va en fuga. En la antigua estancia él, un día, descalzo bajo garúas frías. Desde el campo junto a los dos caballos de paseo del padre muerto: su petiso, reluciente por el agua.. ¡Qué mirada tenía su padre! Su madre, en la cocina: inclinada sobre la masa para las tortas fritas.

Vestía de luto por su padre. Aquellas manos entre la blanca masa

De pronto su atención se fija Apartando imágenes, como bajo la acción de un imán, un recuerdo se interpone Aquel de la segunda vez de acostarse con la Nena. Llovía igual que ahora Se fundía con el rumor de la lluvia el rumor del primus, tal como ahora Ella estaba preocupada Dejaba su asiento, hacía cualquier cosa sin ton ni son volvía a sentarse, aquella vez Súbitamente exclamó de pie apoyándose en la cama

-¡Yo quisiera que fueras mi marido, Juan Carlos!

Sorprendido él no contestó

La joven lo miró fijamente a los ojos

-Que vivieras conmigo

Como él sonriera sin contestar ella siguió, baja la vista, enrojeciendo

-¡Dirás que soy una ofrecida!. Yo si vos querés

-Sí, Nena.

Con brusco movimiento ella descubrió un seno

-¿Me querés? ¡Bueno, marcame!

Irresoluto, el inclinó lentamente la cabeza Después, pegó su boca al seno, oprimió finamente los labios, tiró con fuerza de la piel, hacia sí.

LLuvia tal como ahora, se fundía con el rumor del primus el rumor de la lluvia, igual qué aquí Aunque sintió como una quemadura, ella había mirado tiernamente el seno,

unos instantes. Luego lo cubrió con la blusa y puso sobre él las manos. Alzó los ojos. De nuevo estaba intensamente pálida.

-Algún día te irás de mí.

-¡No seas tonta!

-¡Sí, sí, yo lo sé! Para casarte con alguna. Así es siempre.

Juan Carlos no pronunció la palabra que, sin embargo, ella aguardaba por sobre todo y a pesar de todo.

Vaciló la Nena un momento. Después, recobrandose, continuó:

-¡El día que te vayas no me digas nada, Juan Carlos! Yo no debo saber nada hasta después. No te despedirás de mí. Vendrás esa noche como siempre.

Los ojos le ardieron de lagrimas.

-¿Tenés novia, ya?

-¡No, te lo aseguro, Nena!

-Me besarás, me dejarás sin decirme nada, nada.

Una tibieza de rescoldo la posesionó. Su cabeza buscó el pecho varonil y se apoyó allí.

-¡Sé bueno conmigo, Juan Carlos! ¡Si todavía no te has ennoviado, voy a tener un tiempo para ser feliz!

La tapa de la caldera, resonando al bullir el agua, despertó a Juan Carlos de su evocación. Torna la cabeza.

-Aprontá el mate, Nena.

Mientras ella lo prepara, él recuerda que, aquella vez, el mismo rumor interrumpió a la joven. Y que él había dicho,

-Aprontá el mate, Nena

Silenciosa, la Nena se dispone al apronte. Y Juan Carlos vuelve a caer en su ensoñación ahora más próxima al presente.

Olga, la tarde anterior, le ofrece el mate. Le ve los ojos lindos mirarlo rientes. Esa noche, en la plaza, pasearon juntos. Los acompañaba Lala. Pero los ojos lindos estaban tristes. Tal vez se debiera a .

-¡Qué loca era Adelaida, una que había en Tacuarembó! -exclama de pronto la Nena

Juan Carlos alza la cabeza. La Nena tiene el mate en la mano, esperando que hinche la yerba.

-Contaba cosas, siempre. -sigue la prostituta, al tiempo que disimula su actitud avizora- Y decía que, cuando era jovencita, quiso a dos a la vez. ¡y mucho!

Juan Carlos sospecha el secreto pensamiento de la Nena. Pero como guarda silencio, ella que esperaba alguna reacción, repone

-¡Bueno, pasan tantas cosas! ¡Hay hombres que se casan y siguen con mujer en el Bajo!

Y lanza, furtiva, una mirada sobre su amante.

Juan Carlos, como si cambiara la conversación, cual si no hubiera descubierto las secretas zozobras, la tranquiliza

liza desde lejos, desvía la imaginación de la muchacha -sin
herirla ni hacerle demasiado conscientes sus inquietudes-,
hacia zonas promisoras

-Estaba pensando Nena, qué lindo sería invitar esta
noche a Humberto Correa, el payador ¿te acordás?, que
anda aquí desde ayer con su mujer aquella rubia espigada
con voz de pajarito Y a Florismán también lo invitamos
Y hacemos una buena guitarreada en lo del Tuerto o en lo
del Perro Y por no venirnos a lo oscuro con el barril nos
quedamos a dormir en lo de Encarnación o en lo de Floia y
mañana nos volvemos, ¿eh?

Estas palabras surten el efecto esperado Las som-
bras tétricas son empujadas por una luz radiante Tanta es
la dicha de la muchacha que se enternece hasta las lágri-
mas Las disimula asomándose a la ventana, tras el cristal

¡Cómo corren las aguas hacia el río! ¡Algunas de
ellas, con cositas encima llegarán al mar! «¡Atrás, atrás!»
les gruñirán las topantes olas «¡Atrás! ¡A la orilla la resa-
ca!» ¡Y ellas ya solas, tan dulces!

En eso ve salir a Eustaquia de la casa de enfrente,
de lo de Iracema La mujer de Manuel Benítez, la copro-
prietaria del perro Tupambay o Coco, lleva los brazos en
alto, asustada Con su húmedo traje verde pegado al cuer-
po, tan fina y larga -más flaca y larga desde que la dejaron
sin el niño-, parece un mamboreta

-¡Se habrá muerto Iracema!

La Nena corre hacia la calle. Desde el zaguán de Iracema le alcanzan una bolsa de arpilleira a la mandadera, que ella dispone con torpeza en forma de capucha, encasquetándosela. Y ya inicia su carrera cuando la Nena la detiene.

-¡Dejémé, Nena! ¡Voy a buscar al señor cura que doña Iracema se está muriendo!

La Nena se apena. Comprende que Eustaquia no es la más indicada para esa misión. Después de un instante de vacilación, regresa con ella para consultar a Juan Carlos. Luego da con los nudillos en la puerta de su compañera.

-¡Renée! ¡Renée! ¡Levantate, que queda Juan Carlos solo!

Salen las dos mujeres de la mancebía. Eustaquia hacia lo de Iracema, la Nena hacia la Iglesia, bajo el paraguas chorreante. La movieron a proceder así generosos sentimientos que le brotan como si agradeciera con ellos, como si justificara con ellos, cual si los ofendiera en el altar de su felicidad de nuevo cimentada, como quien liberta palomas.

Es una lluvia fina. En las aceras se forman charcos donde los urgidos pies de la Nena se hunden y chapotean. Las calles que atraviesa están desiertas: parece más bueno el Centro bajo este cielo gris y esta llovizna fría. Reinan el silencio y la soledad. Como si cada ser, olvidado al fin de lo que lo circunda, aguzando el oído, se dispusiera a escu-

char entre el rumor monótono del agua una voz pura y presentida que hubiera de surgir de un momento a otro

La Nena llega a la plaza. En un costado hay varios autos de alquiler. Sólo en uno está el chofer. Los de los otros contemplan la lluvia desde el café próximo. A aquel le dice que la espere frente a la Iglesia. Y entra en ella sintiendo que una creciente zozobra la asalta. Pide hablar con el cura a un viejo, el sacristán sin duda, que mira llover sentado en el atrio, junto a la puerita de acceso a la torre. Y mientras el anciano cojeando desaparece, la Nena avanza por el templo y se arrodilla a los pies de la María de brazos abiertos. Ha hecho esto sin pensarlo. Ninguna idea religiosa pasa por su mente. Se sintió, sí, presa de una angustia recóndita al entrar. Es que el miedo a perder a su amante en plazo más o menos largo, vuelve por otro camino, disfrazado de temor a sanciones por delitos imprecisables. Se halla ante la Virgen en la actitud de quien en el campo, se refugia bajo el ombú.

¡Qué hermosa esta Ella con su coronita de plata!
¡Qué mirada tan buena tiene! El collar de perlas, a pesar de ser un duplicado -que el otro sólo en las grandes solemnidades sale del escondido cofre-, le sienta encantador. El lunar en la mejilla más mujer la hace. Precisamente gracias a él a la redonda manchita negra próxima a la boca, se han llevado a cabo muchos diálogos silenciosos y comprensivos.

vos como el que ahora inicia la Nena ¡Ah qué bonito el ancho traje largo, de seda celeste!

Alguien la toca en el hombro Es un anciano sacerdote de cabellos blancos y rostro fresco y complaciente

-Una señora que se está muriendo Quiere confesarse Vive. .

Recuerda al fin el nombre de la calle Pero el número, no Se esfuerza, en su tribulación, sin advertir que nunca lo supo

El cura considera que eso no es necesario porque ella lo acompañará Le ruega que espere un momento y se pierde por una de las naves laterales

Entonces la Nena huye hacia afuera Y dejando al chofer la misión de enterar al sacerdote de la clase de mujer que es Iracema, abre atropelladamente el paraguas y se lanza entre la llovizna

* * *

Varias mujeres acompañan a las pupilas y a la hermana de Iracema Han llegado de los otros lenocinos atraídas por una secreta conjunción de curiosidad y de lástima Hay también una negra ya vieja que suspira a cada instante un «¡Pobre Mujer!» enternecido, y a quien las de la casa no pierden de vista porque es muy capaz de aprovechar la confusión para apropiarse de algo

Contristada como sonámbula, anda ente ellas la hermana de la patrona la insignificante mujercita llegada la tarde antes de un pueblo lejano a urgente requerimiento de la enferma y por quien, ésta, en medio de sus angustias, gimió a sus mancebas en ascuas esta recomendación

-Si ven que viene mal vestida no se vayan a reñir de ella - para caer de nuevo en un sopor oscuro

De cuando en cuando, la humilde forastera se enjugaba los ojos a los que afluyen gruesas lágrimas. De sonarse tiene la nariz enrojecida consulta la menor cosa con Flora la patrona de otro prostíbulo que guarda una actitud severa y que, íntimamente se siente feliz al considerarse decisiva en medio de aquel caos. Ella fue quien indicó la conveniencia de llamar al cura cuando, a poco de llegar, oyó lo que, desde la madrugada repite Iracema entre incoherencias de la fiebre. Las rameras se helaban cada vez que, abriendo desmesuradamente los ojos, gemía la moribunda «¡Tengo una cosa que confesar y no se la puedo decir a nadie! ¡Ay Dios mío! ¡Ay, Dios mío!» Bastó que Flora la escuchara una sola vez para que tomara una rápida audaz resolución y ordenara a la mandadera Eustaquia que fuera a buscar al cura. Ha hecho barrer el zaguán el corredor y las piezas por donde él pasará, determinando un itinerario arbitrario y minucioso. Ordena variar la disposición de ciertos muebles. A todo acceden, diligentes, pupilas y visitantes. La hermana de Iracema, abrumada anda al lado del

gran corpachón de Flora enjugándose los ojos y la nariz. Desde el fondo de su pasmo mantiene un dependiente sentimiento admirativo hacia la otra. ¿A ella se le hubiera ocurrido llamar al confesor, y tomar las tantas disposiciones que son necesarias para preparar su llegada?

Flora, de imaginación inagotable, ha mandado a su mancebía con mucho misterio. Eustaquia sale y vuelve sin aliento. Trae un gran crucifijo bajo su capuchón de arpillerá. Con él en alto, Flora entra solemne en el cuarto de Iracema. Diríase que se ha identificado con un ministro del Señor. En el fondo, ella, en aquel momento, querría asumir una importancia por lo menos equivalente a los ojos del mujerío y hasta a sus propios ojos. De puntillas, algunas se han acercado a la puerta. Flora las hace echar atrás con amplio gesto imperioso. Vuelve sobre sus pasos. Hace girar la llave, ahora. Y al tornarse y ver clavados en ella los ojillos dolientes de la enferma, comprende de golpe que está obrando sin saber a punto fijo para qué. Pierde su compostura. Traga abundante saliva. Deposita el crucifijo entre frascos y cajas de inyecciones. Se sienta al borde de la cama. Recién en este instante se apiada verdaderamente de la que la está observando espantada. Antes apenas si Flora la había mirado. La contempla ahora con interés solícito. Advierte el rostro brillante con esa grasitud que va dejando el sudor no enjugado. ¡Está lívida Iracema, los labios negros, cuarteados por la fiebre! Muestra en ellos

girones de pellejo que dan la sensación de que acaba de comer y no se ha limpiado la boca. Flora pronuncia algunas palabras de esperanza que la otra parece no oír. Solo cuando le acaricia los cabellos entorna los párpados y se le dibuja una sonrisa agradecida.

Súbita idea, que llega como caída del cielo a justificar plenamente las anteriores andanzas, hace que Flora se levante, coja el crucifijo y lo sitúe sobre la almohada, junto a la cabeza de Iracema.

-¡Esto te hará bien! Y enseguidita vendrá el cura.

-¡Cómo llueve! -exclama Iracema, atendiendo al rumor del agua, que le trae una nueva, extraña zozobra. Y agrega: -¡Ay, no viene! ¡No ha querido venir!

Flora escucha estas palabras con visible desagrado.

-¿Y por qué no va a venir? ¿Qué se creará el? ¿Somos de carne y hueso!

Se incorpora de nuevo. Paseándose por el cuarto, sostiene con rabia.

-¡Vendrá, sí! Y si no viene.

Lucha en vano por rematar la imprudente frase de manera que no inquiete más a Iracema. Se ha detenido. ¿Qué puede decir ante los ojos angustiados, otra vez fijos en ella? Experimenta ahora una ira sorda contra el sacerdote ante la posibilidad de que no acuda. Contrariaría así la realización de su sueño. Todas aquellas disposiciones, aquel arreglo, aquella creciente expectativa que creó en las

mujeres. su propia presencia resultarían como en el aire Y la cólera sin freno le hace decir con altivez, erguida cuan grande es en medio de la alcoba

-¡Y si no viene, ahí está Jesucristo! ¡Al fin y al cabo, el que perdona es Él, no el cura!

Con desesperación Iracema sigue escuchando la lluvia Y le producen pánico confusas imágenes de diluvio y fin de mundos

En el patio, guarecido bajo el corredor, se ha formado un grupo de muchachas que atienden, todo ojos y oídos, a una ramerita, a la linda Lulú, tan alocada siempre y ahora tan intimidada, quien pudo asomarse al cuarto de Iracema antes de que Flora echara por dentro la llave

-¡Tiene una tela en los ojos! ¡Una tela. sí! ¡La tela de los muertos!

Se exigen detalles Ella satisface a todos Muestra bien abiertos sus bellos ojos y se explica mejor

De pronto estallan en carcajadas que tratan de sofocar con las manos La vieja negra ha salido de la cocina escupiendo y entre arcadas. Es que a hurtadillas, después de un «¡Pobre mujer!» se ha empinado la botella de kerosene confundiéndola con la de caña

Desde su lecho Iracema gimotea ante palabras de fuego de Flora Le torna el miedo a la muerte, a la horrible muerte qué concibe negra y opaca como oscuridad de cueva Trabajosamente, sin mover la cabeza, busca a tientas el

crucifijo lo lleva a los labios, lo besa muchas veces. Pronuncia palabras entrecortadas que se van quedando atrás que se estorban mas lentas que el pensamiento

-¡Dios mio! ¡Dios mío querido! Yo siempre me acordaba de ti a veces rezaba. Yo he rezado muchas veces ¡Yo te rezo todas, toditas las noches!

Iracema miente bajo el mismo terror y el mismo sincero, efímero deseo de enmendarse, de las tantas oportunidades en que engañaba al comisario o al juez

Flora no entiende el balhucen

-¿Qué? -pregunta inclinándose sobre el lecho

El chirriar del gancho al abrirse la puerta del zaguán, el brusco silencio en el corredor la hacen salir precipitada. Pero sufre, con las otras, muy cruel decepcion. Quien ha legado es la Nena. Mojada a pesar del paraguas. Se expresa con dificultad porque está fatigadísima

-Ay, Dios mío! -llega de adentro

Flora se ha asomado a la puerta de calle. Vuelve con aire contrariado. Recostada a la pared del corredor, los ojillos de la hermana de Iracema están pendientes de ella.

-Debe de ser algo muy importante lo que necesita confesar -piensa Flora en voz alta. Y dirigiéndose a la compungida- Ella tiene una hija que cree que la madre es muerta. ¿no es cierto? -interroga en actitud impresionante

La otra asiente con la cabeza

El cuello tendido hacia adelante las muchachas se aproximan. Ha caído como un a bomba la revelación. Ninguna oyó cosa semejante.

-¿Como? ¿Han hecho creer a la hija que no tiene madre?

Una mirada de fuego hace retroceder a la joven prostituta. Flora empuja a la hermana de Iracema y la lleva a un rincón de la cocina. Nunca había prestado atención a aquel asunto, del que oyó hablar en cierta oportunidad en Paso de los Toros. Pero, ahora, le está concediendo la mayor importancia. Intuye íntima correspondencia entre la falsa huérfana y el pecado de tan necesaria confesión.

-¿Dónde está esa muchacha? ¿Usted tiene que saberlo!

Lo profiere en tono amenazador, anhelando que la respuesta encuentre resistencia en su interlocutora, con lo que significaría extrema gravedad.

Defrauda cruelmente sus esperanzas la rapidez de la contestación.

-Está en Montevideo, en lo de los Barcas, desde que se fueron de Paysandú. Y tiene un novio dentista, que está por pedirle la mano.

-Barcas. Barcas - repite mientras se repone del desaliento y cobra bríos- ¿De Paysandú, dice?

Las muchachas irrumpen en la cocina.

-¿El cura! ¿El cura y uno de bigotes!

Irguiéndose en deliberada actitud digna la mujerona sale al corredor mientras la Nena aguarda el momento de poder escabullirse sin ser vista por el recién llegado. Este tiene cabellos blancos y bondadosa expresión. Tiende una mirada curiosa en derredor. Ha traído un acompañante y testigo -por las dudas- que queda al lado de la puerta del zaguán, severo y caraspeante. Ya de cierta edad, cejijunto, con enhiestos, gruesos mostachos negros, el caballero

Flora esperaba una actitud más espectacular en el sacerdote. Después de una rápida ojeada comparativa del buena gana pondría el traje talar al de la puerta, pese a su exagerada pilosidad.

-Por aquí, Padre -indica sometiéndose con cristiana resignación.

Tracema se echa a gimotear. Ahora que esta quien va a salvarla, la asalta un miedo cervical. Le parece que le corren la vida y que la intervención del anciano no va a llegar a tiempo.

La calman palabras piadosas.

-¡Dios es tan bueno, tan bueno! -dice al anciano con voz dulce- Y ¡nosotros somos buenos también! ¡Nos arrepentimos porque somos buenos! Por eso es que ¡Déjanos solos, hija! ~

-Yo por sí precisaban algo.

-Ya no precisamos nada. Vete afuera y reza.

Flora sale presa de gran abatimiento Y tanto por obligar a las jóvenes a alejarse de la puerta como para dar nuevas formas a las necesidades de su espíritu tan inexorablemente coartado por lo adverso de las circunstancias, las obliga a arrodillarse en torno de ella, en la cocina Sin rezar -porque nadie sabe-, el ojo, ella, Flora, al corredor

* * *

-¡Adiós, hijas! -dice el confesor con dulzura misericordiosa- ¡Que Dios las ayude!

Y sale al encuentro de los gruesos bigotes del caba-
llero, mientras se asoma a la puerta de la cocina un ramille-
te de lindas cabecitas tras el corpachón de Flora

Tan tierno acento conmueve a las muchachas Per-
manecen inmóviles, tensos los cuellos, siempre ocultos los
cuerpos, mirándolo alejarse

El zaguán se cierra tras él Se oye el motor
del auto puesto en marcha.

Un momento aún quedan silenciosas Hasta que, con
esfuerzo, una de ellas, Lulú, suelta la carcajada

Esto, provocado para sacudir el propio ensimisma-
miento, recobra a las demás Y se diseminan todas por el
patio, parloterías Una saca la manita fuera del corredor y
deja que la lluvia se la moje

En su lecho, una sensación de bienestar ha inundado el alma de Iracema. Se va quedando dormida entre imágenes confusas, aparentemente más lejanas cada vez de los sucesos que confesara al cura. De espaldas como ella, a su lado, sobre su cruz, el Cristo. Ambos parecen mirar al techo, pensativos.

El espíritu de Iracema ha encontrado de pronto un cauce por el que se desliza sin obstáculos. Sueña que va dichosa, en un carruaje con llantas de goma, por un tibio día de primavera. Si su mal lo permitiera, comprendería que el coche es el mismo que la conduja en su extrema juventud, cuando aún el amor no había llamado a su corazón y era fiel al hombre que la hizo su esposa, allá por el Arerunguá. Vivía en aquel entonces protegida por cierta corteza honesta de su conciencia, que se resquebrajó a impulsos de una pasión enérgica. Y que hizo de aquella muchacha silenciosa y tímida, sumisa hasta aceptar un marido impuesto, esto de ahora. ¿Quién pudo sospecharlo al verla pasar, apenas púber, en un coche de llantas de goma por los pagos del Arerunguá? Iba a su lado un estanciero ya entrado en años, grave y digno, con su cinto hinchado de onzas de oro en donde ella metió apresuradamente la mano una noche de invierno. ¡Ah, Iracema va veloz y silenciosamente a través de los campos, deslizada por un coche de cuatro caballos! Y ahora aspira el perfume de un jazmín del país, blanco de florecillas, que hay frente a la estancia.

con rejas de hierro en puertas y ventanas. . Un jazmin don-
de Pero es Miranda, el entreiriano, el que está a su
lado Es él quien le estira el pie para que ella estiré y se
siente en las ancas de su pangaré

Iracema hace un esfuerzo por retener las ideas y,
perdida la conciencia, queda dormida

-¡Respira, sí, respira! ¿Cómo has dicho que no res-
piraba?

Lulú tiembla ante la voz y la actitud impresionantes
de Flora que se ha precipitado en la alcoba de Iracema

-¡Ay, me equivoque! ¡Ay, sí, respira!

* * *

Han pasado muchos días Pero al invierno le cuesta
levantarse y seguir la vuelta En sus esfuerzos hiela, llueve
sacude las cosas de la tierra Y toma aliento y se debate

Juan Carlos abre los ojos, sorprendido Ve una di-
fusa claridad por el entreabierto postigo Distingue en la
penumbra, tras una yunta aradora a un ángel resplande-
ciente Entonces recuerda Está en el prostíbulo de Encar-
nación, en la alcoba de Margarita Un rumor apagado inva-
de el ambiente Más claro sobre el techo Llueve

Alarga el brazo En el saco colgado sobre una silla
busca un cigarrillo Lo enciende. Antes de apagar el fósfo-

ro se sienta en la cama y mira el reloj. Son las cinco y está anocheciendo

Tiene sed. Se incorpora y se pone el saco.

Se levantó a las diez de la mañana para venir. Porque lo había invitado al cumpleaños de Margarita, su muy amiga. Cuando llegó ya estaban todos los convidados. Muchos, habían traído obsequios. Asistían Agueda con dos de sus pupilas, tres muchachas de lo de Flora, portadoras de un expresivo mensaje de su patrona. De lo de Iracema hizo acto de presencia sólo Blanca Chica, porque las otras no son amigas. De otras mancebías, varias más. La Nena mandó su regalo, pero no vino por no encontrarse con Juan Carlos pensando que no faltaría. Cuando están enojados ella no va a fiestas. Así ha procedido siempre. Margarita estaba radiante a pesar del tiempo que amenazaba aguarle el santo. Medias, peines, caravanas, carteras, perfumes. Una combinación roja, con su monograma. Otra azul, de seda de la buena. Un corte de vestido. Un perrito alcancía. El mate con hoquilla y bombilla de oro y plata de Juan Carlos. . La besaban todas al llegar; le deseaban miles de felicidades. Y se alegraban reciprocamente entre admiraciones y elogios a los regalos expuestos sobre una mesa, junto a la carta en papel rosa de Flora. Hombres, además de Juan Carlos, concurrieron Juan de Dios, marido de Lurisa, el rengo Epigania, que vive con Agueda, el pardo Luna, dos guitarreros -Pagalday y Quintana, los mentados-, y el

Mellizo una para hacer el asado El sueño causado por el madrugón, la comida copiosa, el abundante bebedaje obligaron a Juan Carlos a buscar el cuarto de Margarita a fin de dormir un rato en seguida de los postres, entre las carcajadas del jolgorio

Al despertar, la lluvia lo contraría Se asoma abriendo el postigo Ya hay luz en el boliche del Tuerto . Ve de costado el haz amarillo de la ochava Un jinete pasa al trote cabizbajo, envuelto en su poncho Oye el chapotear de los cascos en el agua barrosa que a los costados de la calzada corre en riachos Los paraísos en vano se sacuden la sombra Y sus movimientos desprenden lo único que ya les queda en las ramas: unas esferitas amarillas que se incrustan en el fango o se alejan flotando en la corriente

Sale el joven al zaguán. Oye voces más lejanas Y le llega olor a tortas fritas

El breve pasadizo da un patio descubierto que al fondo limitan tres piezas con techo de zinc Por una de las puertas Juan Carlos ve luz.

Hay un sendero de ladrillos que él pasa corriendo bajo la lluvia Entra como tromba a una amplia pieza

-Ya te íbamos a llevar mate .

-Sentate Llueve sin lástima ¡Ay, cierren!

Las primeras gotas habían dispersado a los invitados hacia sus islas inminentes Están solas Encarnación y sus pupilas Laxos los nervios por el insomnio -se madru-

gó para el apronte-, tarda la imaginación de algunas de ellas debido a la creciente borracheira

Sobre el mate ávido Y bebe un trago de caña

Es en la gran habitación que se destinaba al tango hasta que la policía lo prohibió Permanecen aún el tablado de la musica y la escalerita de acceso Los mantiene la esperanza en un cambio de Jefe de Policía, que no llega nunca Sobre una mesa en una enorme fuente, estan las tortas fritas Apetitosas, doradas Junto al azucarero para el mate dulce, también la caldera de entenebreida panza Y los vasos En el centro de la mesa, la lámpara que huele a kerosene

-¿Y cómo me voy, lloviendo?

-¡Y quedate!

Esto lo aconseja Margarita recibéndole el mate con el espíritu bruscamente parecido al de quien hace rayitas en el suelo

-¡Claro! -exclama Encarnación Y agrega, riendo- Lo que sí que no hay cama disponible Si usted no se arregla con alguna .. aunque sea por una noche

El mate en la mano, hincando los dientecillos en su torta, Margarita propone con naturalidad

-Y te acostás en mi cama. ¿qué tiene?

Estallan carcajadas

-¡Ustedes se van a salir casando!

-¡Sí, cazando de las mechas! ¿No te parece, Juan Carlos?

Estas palabras de Margarita -que ha enrojecido- vuelven a provocar la hilaridad

Al joven lo seduce, ahora la idea de quedarse. El persistente rumor de la lluvia, la tibieza acogedora de la habitación las cuatro mujeres que no turban su acariciada soledad El pensar en el fangal que es preciso atravesar para llegar al Centro, el agua misma Y, más que nada, un secreto deseo de estarse quieto, de dejar pasar, de esperar

Encarnación vuelve a llenar dos vasitos Le alarga uno y se reserva el otro

El mate se detiene hasta que el agua se caliente de nuevo Llevó la caldera a la cocina una de las muchachas. La llevó Irene delgada linda, rubia Echándose un trapo por encima para atravesar el descampado

Entra en el cuarto una ráfaga helada

-¡Ah, qué muchacha! ¡Cierren!

* * *

Ratos después de cenar volvieron al mate en el dormitorio de Encarnación, espacioso, Arca de Noé del mundo inanimado, refugio de floreros, repisas, rinconeras, piezas de yeso, almohadones, cuadros estampas sagradas Del gran reloj de pared pende un angelito de porcelana colga-

do de un hilo elástico. Al menor tocamiento, el de las alas se mece en el aire. Y sube y baja y asciende en seguida, entonces, cual si fuera de verdad y quisiera posarse y temiera quemarse los pies.

El prostíbulo está en calma. Ha cesado la lluvia, más, ¿quién se anima en el Centro a arrostrar los fangales? Sólo vinieron dos, del mismo Bajo, el Mellizo Juan y el Chano, embarrados hasta media bota. Pero por conversar con Juan Carlos. Ya se retiraron.

Detrás de los bostezos las mancebas se van levantando. Y Luisa se encuentra en el pasillo con Juan de Dios, que viene a acostarse.

Cuando Encarnación, mareada por quinta vez en el día, comprende que Margarita y Juan Carlos permanecen sólo por acompañarla, los despide.

La joven meretriz se dirige a su alcoba seguida de su amigo.

-Vamos a cerrar el zaguán. Esas aturdidas lo han dejado abierto.

Hombro con hombro se asoman.

-¡Qué linda está la noche!

El viento que buscaba introducirse hasta el último rincón conmoviendo puertas y ventanas, el viento que aullaba y volvía sobre los obstáculos empecinados, el viento había seguido hace ratos su fuga hacia los campos, ya no está en el Bajo. Los techos en media agua son bruñidas.

láminas de plata. Al menor estremecimiento del aire se evidencian aljófares que se desgranán. Luce ahora, blanca y fría la luna. Brilla, arde, fulgura atenuadamente el barro, al su influjo. Hay cristales tirados por todas partes. Grandes y en añicos. Agatas verdosas azuladas, levemente rojizas. Trozos de vidrio con vetas de cobre y de cobalto. Y una lámina de oro pálido frente a los jóvenes a sus pies. Parece recién hechito el Bajo. Con metales pieciosos, con pedrerías de apagados fulgores. Por gnomos muy experimentados y duendecillos de genio. Para sueños de niños. No ha habido tiempo todavía, de recoger el material sobrante. Es que se escucha aún a invisibles menestrales en los lagunones que se ensancharon donde empieza el campo.

¿Qué falta, aún? ¿Alféizar de esmeralda en lo de Agueda? ¿Berilos y amatistas para las grietas del rancho de «Las tres hermanas»? ¿Acaso cuatro hojas de plata para sustituir a los «vidrios de lata» de lo de Flora?

Los jóvenes sonríen mudos, embobados en su deslumbramiento. Ella ha rodeado con el brazo la cintura de Juan Carlos.

-Yo, una vez cuando era chico

Echan los pasadores y trasponen la pequeña puerta del cuarto de la prostituta.

Parece más tibia la habitación.

Se acuestan castos como hermanos.

Las sábanas están frías Se juntan las espaldas Un
brazo sale de entre las cobijas La luz de la lámpara parpa-
dea y se apaga

- ¡Buenas noches Margarita!

¡Hasta mañana, si Dios quiere, Juan Carlos!

* * *

El sueño cayó pronto sobre el joven Margarita vela,
aun Sin saber cómo, una dicha serena y melancólica ha
llegado a su corazón ¡Si ella pudiera verse la sonrisa de
sus labios! ¡Qué inquietud la sobrecogería, tal vez! Pero
ella, así, los ojos cerrados no atina a nada, como un niño
Goza su felicidad sin remontarse hacia su origen Le llega
la pausada respiración del hombre Da las dos horas allá
arriba en el Centro, la formidable campana ¡Oh, qué bien-
estar intenso! Ella no mira pasar a su embeleso, flotando
en su corriente, va sin saber de dónde ni adónde Va tan
contenta que le asoman lágrimas Poco a poco comprende
que se ha transportado a su niñez Rebusca allí entonces
Y, de manos a boca da con los lejanos días en que su ma-
dre vertía caña en un platillo, agregaba azúcar y le aproxi-
maba un fósforo Aquello ardía en seguida con llamas de
color verde amarillo, y la habitación toda se transformaba
en un mundo fantástico, poblado de formas misteriosas
Azotaba el invierno, afuera, y el pecho de la niña estaba

oprimido Pero bebía ese líquido todavía tibio y, entonces, el fuego corría por sus venas y una felicidad sin límites la hacía suya ella cerraba los ojos. La imagen de su madre, más bella que nunca, iluminada por la luz del alcohol aidiendo, perduraba Hasta que sus líneas se iban fundiendo con un paisaje surgido hacia ella quién sabe de dónde El pequeño lecho se balanceaba, giraba comenzaba a deslizarse Y Margarita era como el lobito muerto que, desde las barrancas, viera un día flotar sobre las aguas veloces del río. Iba igual, extendida cerrados los ojos, fugitiva

-¡Adiós! -decían en murmullo, dulce por lo apenado las riberas del cauce

-¡Adiós! -repetían los ranchos, los montes, las besetas, la pradera inmensa quedándose atrás

-¡Adiós! -decíase ella, también, alejándose de sí misma

Y llegaba, como el lobito aquel debió de llegar, al fondo de profundidades marinas donde formas graciosas la acogían amantes para mecerla entre cantos no del todo desconocidos, como escuchados alguna otra vez

* * *

Cuando abre los ojos, Margarita le está tendiendo el mate y un vaso de agua tibia para enjuagarse la boca

-¡Hay un barrial, si vieras!

El sol destruyó el encanto Al pie del pueblo altivo,
de torres amenazantes, el Bajo esta otra vez feo y miserable

Juan Carlos, acodado en la almohada, silencioso,
sobre el mate

-¡Qué vida estúpida! -piensa frunciendo el ceño

Advierte la dulce sonrisa de la muchacha Sonríe, a
su vez Pero ella ha percibido su seriedad y se pone grave

Cabizbaja sale Regresa con la caldera Su pie arrastra
hasta junto a la cama un pequeño calentador a kerosene
Lo enciende y lo deja con luz débil Pone encima la
caldera

El mate va de Juan Carlos a ella

-¡Yo soy un hombre muy desgraciado Margarita!

Otra naciente sonrisa vuelve a apagarse en Margarita
sin brusquedad, como sin sorpresa

-Yo soy un estafado como tú como todas ustedes,
como todos los del Bajo ¿Cómo será la cosa Margarita!
¡Yo, rico, joven, fuerte!

Lo ha dicho en tono de confidencia Cuando guarda
silencio, cuando entrecorta las frases le da la sensación a
Margarita de que va a seguir, de que continuará por mucho
tiempo

En efecto de largo en largo, las palabras continúan
surgiendo con acento de tristeza entregada

-A algunas cosas de las que me ahogan las veo bien
Otras son más malas porque no se comprenden ¡Los hom-

bres, los libros, me han enseñado muchas cosas, Margarita' ¡He creído en muchas cosas, Margarita' ¡Y ahora comprendo que detrás era el vacío'

Sin chistar, la muchacha aguarda el mate aún a medio sorber en la mano de Juan Carlos. Cuando el agua bule, ella retira la caldera y la pone en el suelo.

El pensamiento del hombre tantea sin palabras, ya

Vacía el mate, Juan Carlos. Ella lo llena y se pone a sorber, los ojos fijos en el rostro del joven que, a su vez, tiene la vista posada en el suelo. Pero es sobre el calentador que él la mantiene fija. En un alce de la angustia, lo miraba casi sin darse cuenta. Las dos mechas encendidas que desprenden leve estela de humo, la palanquita para moverlas, los tornillos, el trípode en que se asienta. Y de todo esto comienza a brotarle una sensación sobrecogedora.

Ha dilatado los ojos junto al silencio de la muchacha. Se le pone ante la vista toda la habitación, todo lo contenido dentro de las cuatro paredes. Los hierros de la ventana, los pestillos, la caldera con los remaches del asa. El balde. El lecho claveteado, el jergón de malla elástica.

El misterio, entonces, lo invade con toda su potencia desconcertante. Y de entre él brotan hombres, muchos hombres, infinidad de hombres en la amplitud del espacio, en lo infinito del tiempo. Están haciendo camas, jergones, baldes, rejas, pestillos. Bajo el cielo igual. Pegando, juntando, clavando. Enciman moles de piedra. Ca-

sas casas. Hasta levantan una cruz en la calva de un monte y remachan allí a uno de ellos. Los brazos se alzan y bajan incontinentes. Los hombres se suceden, pero los brazos parecen siempre los mismos, cual si troncos listados se ensartaran renovados en ellos. Una voz que surge junto al corazón palpitante de la multitud se ahoga bajo los golpes. Tan compasiva es que el que la escucha enloquece. Pero los hombres no oyen nada. Martillan, martillan. Y cuando de la voz, a pesar de todo, llega un eco, entonces redoblan los golpes, febricitantes; entonces un estremecimiento recorre a la muchedumbre agachada sobre la tierra, entonces se destaca más el estruendo de los martillazos. Los hombres se arremolinan igual a hormigas. El sudor corre largo. Los pulmones se abomban como para estallar. Los hombres no alzan la cabeza. Los martillos suben y caen.

—¿A algún oído atento, fuera del mundo, le llegarán esos golpes, tal vez, desde la oscuridad, como que levantan patíbulo? —¡Sí patíbulo de las humanas esperanzas! Que toda realización nos va matando algo. Y el realizarlo todo será el Apocalipsis. —¿Y si la inteligencia, y si la inteligencia fuera un pérfido agente de muerte?

Eso piensa Juan Carlos, y a su piedad sin límites le brota ahora la necesidad de que se apiaden de ella, también. —¿Pero qué puede revelar él a la contristada tamera que lo está mirando? —¡Ah, si no estuviera tan solo en este pueblo al que lo atan ancestrales cadenas! —Si en este día él

podiera sollozar frente a Luis, a Emilio, a Carlos, a aquellos espíritus fraternos de Montevideo que se cansan los ojos en las tinieblas!

Los brazos se elevan y se abaten Los hombres se inclinan afanados Los martillos caen y se alzan Se yerguen muros, se tienden puentes, se incrustan carreteras Las máquinas atruenan El mundo trabaja

-¡Dios mío! ¡Dios mío!

Al darse cuenta de que exclama en alta voz pretende disimular tosiendo, componiéndose el pecho Mira a la asombrada muchacha, extiende la mano anticipándose al ofrecimiento del mate, pues el chorro de agua que Margarita vierte no la ha llenado todavía

Pero la joven lo ha oído, sí El la vio estremecerse

Se hace necesario hablar pues para que no crea que está loco

-¡Yo soy un hombre muy desgraciado, Margarita! - dice sin saber a dónde va a parar

Ella le alarga el mate

-¡Yo soy bueno! ¡Yo soy un hombre honesto! ¡Y yo no sé qué hacer!

-¡Sos un santo! ¡Todos dicen! ¡Si oyeras a Bonifacio!

Y es porque le distes caballo y plata para que el hermano se escapara cuando mató a Laguna!

Esto lo ha dicho ella rápidamente, aprovechando la oportunidad de expresar algo que permita atraer el espíritu

de su compañero hacia cualquier situación concreta y comprensible para ella, que no la abrume tanto

-¡Tú no sabes hasta qué punto soy bueno! ¡Hay que estar dentro de mí para saberlo! ¡Cuando hago mal ¡ay, Margarita!, cuando hago mal lo pago con que creces en mi alma! Sin la esperanza de que haya un Dios testigo de lo que no sale de nosotros, sería cosa de pegarse un balazo Yo quiero a todo ¡Toda la vida todas las cosas del mundo! ¡Y estoy solo y ciego!

El espíritu de la ramera ha perdido pie de nuevo Y todo aquello a lo que pretende arrimarse vuélvesele resbaladizo e inasequible

-Pero es que todos los seres, todos querida, son infinitamente desdichados Como si el mundo entero, la Creación entera fuera un llanto vertido ¡Parece como si dios nos hubiera llorado, Margarita!

La joven apenas si comprende por las palabras Lo que le llega hasta el fondo del alma es el acento, es el tono de las palabras Y se enternece más Y entonces, entonces la pasión irrevélada hasta ese instante a su conciencia, avanza y se le patentiza Ni en tantas horas de compañía Ni en el estrechamiento cuerpo con cuerpo del tango, antes, cuando Juan Carlos todavía no era amante de la Nena y podía bailar con cualquiera de sus amigas preferidas Ni durante la noche anterior acostados en el mismo lecho carne con carne Ahora, tan sólo ahora, arrolladora como marea la

pasión Más allá del bien y del mal, sin la máscara de la amistad con que se fingía, totalmente ofrendada

Las lágrimas que siente billarle la están haciendo más buena Con tal de decir algo, de compartir algo, ella también, sin buscar relación con palabras que no ha comprendido, como quien con un beso hace olvidar, balbucea

-¡Ah, sí!

Por ese ¡Ah, sí! sin sentido, Juan Carlos comienza a desviarse Su espíritu sube cual pajarito aterido y se detiene y anida en la imagen de grandes ojos negros, de cabellos sobre los hombros que de su madre le guarda la memoria

Y ante los ojos de Margarita, cuyos brazos ya van a alargarse hacia él, una figura se ha dibujado, reprochadora Tiene los ojos negros y profundos, el cabello derramado sobre los hombros es la Nena

* * *

Aquí el que nace en cuna blanca, blanco tiene que ser «hasta la muerte». Y colorado se mantendrá el de padres colorados, también «hasta la muerte» Alguna vez - muy rara vez-, por aberración del destino, un vástago se desvía Y en la familia blanca o colorada un gurí «sale» colorado o blanco La desgracia ensombrece Después exaspera hasta el frenesí Y la cadena uniforme se desprende,

violenta, del eslabón espurio. Se olvida el nombre, que emerge sólo ya en ocasiones, en un descuido.

A Juan Carlos, a veces, lo había seducido hasta conmoverlo la idea de irse con esos hombres que abandonándolo todo, hasta las esperanzas de bienestar al alcance de la mano, se agrupan en el afán de edificar una sociedad más buena. El nombre de Lenin, que cruza la América desde México hasta tierra del Fuego, alguna vez él lo pronunció entre las guitarras, ante las pupilas dilatadas del indraje. Pero él no pudo sacudir el yugo, desatarse de la cadena ancestral. Más allá del razonamiento, más allá todavía de las necesidades de su espíritu, algo lo mantenía ligado al pasado de la estirpe. A él también lo acusarían hasta como a Tabaie en la selva. Y no le serían incomprensibles las palabras del ñandubay y del viraró, que él tiene sangre de «tubichá» en las venas. «Entristecer a los padres muertos!» «Abandona a tu padre y a tu madre y sígueme», decía también la voz de este Nuevo Evangelio. Pero frente a la lanza paterna vigilante, junto a la pared de uno de los cuartos, revolviendo tremulo el cofrecillo donde, junto con el abanico de su madre, se guarda la divisa cuya inscripción ella bordó al caudillo y éste lució sobre el sombrero en las batallas. Lloró y no pudo.

Además, de pronto, una palabra, un recuerdo le borrahan todo sentimiento que no fuera el de su partido. Una ofensa a su divisa, un grito de fe en el oscuro ideal lo

enardecían. Y la guerra lo hubiera hallado de los primeros, en la diestra la lanza de sus mayores, y un divisa, de leyenda recién bordada por queridas manos de mujer en el sombrero.

Además también, a veces una ráfaga glacial le traía el horror de su pensamiento lanzado hacia adelante. Era la sensación de la inutilidad de hacerle bien al hombre de que, en el fondo, el hombre más vive de su desgracia que de su felicidad. Que afán de muerte es el amor y afán de muerte es el arte y todo pensamiento. Aniquilar, borrar. A lo sumo incorporar y quedar solo. Solo en la soledad viviéndose solo, es decir, matándose.

Juan Carlos detiene su cabalgadura con un brusco sofrenazo. Por el camino, hacia el pueblo, va también, a grandes zancadas el Mellizo Juan entre revolidos del poncho y gran ruidaje de espuelas. Va solo y parece que son varios a un ojo avizor, a un oído atento.

-El partido presentará dos candidatos a la presidencia de la república. Yo acompañaré a los amigos de mi padre, Mellizo. Me escribieron de Montevideo. Quieren que yo vea a mis amigos.

-¡Yo, con usted, voy hasta el fin del mundo!

-¡Gracias, Mellizo! Y tienes que ayudarme, que ir viendo gente en mi nombre. ¿Los Peraza andan aquí o afuera?

-El qu' está aquí es el que vivía con la hija'e la finada Urbana. Está'e pión en la cantera'e los Cepeda.

-Hablá con él Y que pase la palabra a sus hermanos

-El Bajo todito v'a marchar como tabla, asígún saco la cuenta

-Dicen que al Perro ya lo comprometieron

-Hablelé usted no más, que no le falla

-Esta noche nos vemos en La Cachimba como a las doce Que vayan también Epifanio, Eusebito y Luna. ¿Bonifacio agarrará viaje?

Las palabras anárquicas del gigante le han vuelto a la memoria

-¿Bonifacio por usted? ¡Pero cristiano 'e Dios! ¡Ese no le falla ni abajo de la tierra!

-Bueno, Mellizo, hasta la noche

Espolea la bestia Y avanza a galope hacia el pueblo, que ya se está defendiendo de las sombras con luz eléctrica

* * *

Sentado en la cama Juan Carlos alarga la pierna al jorobadito Y afirmando éste una mano en la punta de la bota y la otra bajo el contrafuerte, tira hacia sí Ahora Carlín espera las bombachas, la chaquetilla corta, la gran golilla que Juan Carlos le arroja a medida que se las quita Y sale

con todo como exhalación. Cuando el joven abandona el baño, ya el jorobado tiene el mate pronto.

-Hace ratos que hay una vieja en la cocina con doña Basilia. Dice Basilia que bebe yo el mate. ¡Cómo habla del campo, esa pobre! ¡Cómo habla!

El jorobadito está más achicado y triste que de costumbre. Es que hoy le andan los años niños. Se le vinieron en mesnadas. Y acamparon en su corazón.

Entre mate y mate, Juan Carlos comienza a vestirse.

Después entra en la cocina, donde, muy solemnemente sentada, Basilia escucha a otra anciana de huesos manifiestos y ojillos turbios, envuelta en negrerverdosos trapos.

-. Si no nos hubieran quitao el campo. Pero nos tuvimos que venir p'al pueblo. ¡Yo qué sé! ¡Se me van todos, sin decir nada, n'un redepente! El padre también se fue. ¡Y son guenos, son guenos, mite! Pero les dentra una cosa. S'empiezan a poner tristones. A este último le dije «¡Mirá vos te me vas a dir también! ¡Te vas, sí! ¿Y p'ande, m'hijo?». «¡Yo qué sé!» Cuando dijo eso, yo vide que s'iba.

-¿Y se fue?

-¡Seguro!

-¿Y aura?

¡Yo qué sé! Pero como soy tan enferma. ¿Usted cree que vaya a durar mucho?

Mascujando un pedazo de pan, calla al advertir la presencia del joven

La negra Basilia se incorpora Con una seña saca al patio a Juan Carlos, apartando al jorobadito que escuchaba todo oídos.

-Deme un peso, niño- cuchichea

Juan Carlos aparta dos del bolsillo del pantalón

-Déselos

Juan Carlos vuelve a su cuarto Tendiéndose en el sofá, sorbe el mate que el jorobadito sentándose en el suelo, junto a la caldera, le va cebando

-Esa ya está muy concluída ¡Los guesitos, no más. asujetaos por el cuero!

-¡Ah, sí!

-Y parece ¡Pucha eso que ella decía es una cosa tremenda!

El jorobadito se queda un momento absorto Luego exclama

-¡Flor de hombre, sin despreciar!

-¿Quién?

-¡Mi tío! Ese era un hombre, mire, que le garanto

-Hoy empecé las recorridas, Carlín La gente que quiso tanto a mi padre también a mí me quiere Las cosas van a andar lindo

El pensamiento de Juan Carlos, sin embargo, al decir esto, está fijo en las palabras de la anciana de la cocina

Y ve aquel marido, a aquellos hijos huyendo de las ciudades. Sin campo ya, pero en el campo, por lo menos

-¡Mire si estuviera mi tío Gamarra! Ese, diciéndole yo, marcha con usted hasta que las velas no ardan

Y la palabra velas, con poder mágico, le trae hasta frente a los ojos dos chorreantes velones alumbrando la oscuridad de una gruta serrana

-Esta noche, en La Cachimba, espero a don Efraín Bustos, a Natividad Pérez. y a otros amigos. Yo creo que las cosas si en todo el país tiran parejo -dice Juan Carlos. Y

-¡Ah -piensa mientras-, con caballo de tiro, una noche! ¡Qué lindo! Adelante, adelante siempre... ¡Campo y cielo no más! Hasta el fin de la vida, cada vez más lejos, cada vez más solo

Por su parte, Carlín, a la luz de dos velas, en la antigua cueva de un tigre, ve clarito a su tío

-Sí estas elecciones van a ser una cosa. ¡Mire si en una de éstas se apareciera mi tío Gamarra y me dijera ¡Che, Carlín! aconsejame pa donde va a enderezar n'estas elecciones!

Una conversación así permite a los interlocutores irse ensimismando. Las palabras casi no turban al auditor. El silencio va haciéndose tan natural que ni siguiera asalta el escrúpulo de callar largo rato frente al otro.

El jorobadito inténase en su pasado hasta perder la voz

Juan Gamarra

¡Oh, Juan Gamarra! ¡Oh, ánimo flaco en los lejanos días de las sierras del Mal Abrigo! ¡Fruto ácido el del amor de una noche de una india misionera y un brasilero prófugo que encontró Juan Gamarra de sirvienta en una estancia y se llevó en ancas acarreándose a la vez su infortunio! En el viejo rancho asentado en lo mas abrupto ya un solo despotismo a ejercerse ya una sola boca y renegar ya maldecir una eterna disconformidad entre la dilatada paz serrana Desde que, de vuelta de una función de circo en la pulpería, él cayó con el niño -con el niño de madre recién envuelta en un cuero vacuno, sola ya para siempre en la fosa abierta al costado del camino, desnucada al caer del trapecio-, desde que cayó con el niño, entre éste y Gamarra se repartieron los rencores que hervían en el alma de la fémna. Para el hombre, un alivio, para ella un acicate de su acrimonia aquel lindo niño espigadito

¡Oh, Juan Gamarra débil! ¡Oh, Juan Gamarra de facón a la cintura, de brazo ejemplar para el lazo y las boleadoras, cabizbajo sin embargo, ante los improprios de su mujer, con rigideces de estaqueado frente a los castigos al infante! Las chancletas aspeantes de la arpía ¡cómo dejaban devastados los corrales de trocitos de ramas, los «rebaños» de tabitas celosamente repuntados por el hombre

entre las osamentas de lanares para rusticos juguetes del pequeño. Mas, como consuelo, ¡qué lindas horas a la orilla de las corrientes transparentes, entre los montes ásperos, cuando Juan Gamarra, a solas con el adoptado, volvía a recobrarse, Era él, entonces, algo más que Juan Gamarra. Era el verdadero, el que oscuramente había deseado ser. Y lo cierto y la mentira bebía ávidamente el alma del niño sin que, ebrio y grave ante el íntimo turbión, el viejo parlante fuese capaz de distinguir entre la verdad y el engaño.

-Hace ya años. Cuando usted, m'hijo, andaba entuavía ajuera'el mundo.

Y el episodio del baile de las Morales, donde sólo hubo un hecho real: su presencia en la fiesta, sin desafío con el taita -pie con pie, brazo izquierdo a la espalda-, sin mujer que se interpusiera y lo abrazara llorando en la revelación al fin de una pasión secreta. Y la de aquella relampagueada noche, a fúlgidas cuchilladas con Mandinga, jinete el diablo en un redomón negro que al desviarse en sus corcovos lo salvó del lanzazo. Esto acrecía el arrobado amor que la bondad de Juan Gamarra despertara embargador en el recogido. Y cuando en los calidos atardeceres ambos se disponían a bañarse en el plácido arroyo, allá entre las flores azules donde el molusco fija su nidal rosado, ¡qué arcanas sensaciones despertaban en el niño las plegarias ininteligibles después de ser retirados por encima de la cabeza viejos escapularios ya hechos tra-

po, los resonantes golpes en el pecho velludo, aquellas, aquellas manos unidas y elevadas al cielo previos siempre, a las resollantes inmersiones! Y luego la revelación paciente de los secretos de la sierra, de las virtudes de los yuyos de los misterios zoológicos, de la ciencia bruja

-Usted, siempre que ella no esté llamemé siempre tío

¿Qué íntima necesidad satisfacía?

-¡Tío Gamarra! ¡Tío Gamarra!

Y a solicitud del niño, Juan Gamarra, enternecido grato al tratamiento predecía el tiempo, detuvo hasta a un viento pampero clavando una estaca entre signos cabalísticos y afrontándolo luego sobre un peñón de la sierra con sus brazos extendidos hecho él mismo una cruz

¡Oh, Juan Gamarra bueno, que se levanto de un salto del cráneo de vaca donde se sentaba al rodar el niño por tierra cuando la astilla de leña certeramente dirigida por la airada mujer partió el espinazo! ¡Oh Juan Gamarra débil, que agarró el asiento por un asta y no lo abatió, no lo abatió con toda, con toda el alma sobre la testa desgreñada!

Agachado ya para siempre, aún dolorido a los meses al gurí le tornaron las horas de admiración, asombros y escondida dicha. La guarida de un tigre ultimado hacía ya tiempo, gruta lóbrega alumbrada con velones de sebo hurtados por tío y sobrino, entre sobresaltos, en la cocina, la antaño temida cueva otorgaba ambiente propicio a las imaginaciones febricitantes. Allí fueron llevados dos cabezas

de vaca para asiento, allí se hizo un fogoncito, allí hubo mate con su bombilla, caldera Allí un tarro con yerba Allí no faltaba nada, pues.

¡Oh, Juan Gamarra!, con sus misteriosas salidas del rancho, en la noche escalofriando al niño hecho un ovillo sobre el lecho de chalas, con sus regresos sigilosos a acostarse antes del alba, y con aquel retumbar del pecho golpeado isócrono, apagada ya la vela, rezando! «Bum. bum bum », llegaba al oído del gurí en el cuarto a veces ya con rayas celestes en las rendijas de la puerta y del ventanillo «Bum bum bum »

-Tío ha salido a andar con los vientos Tío ha de estar tratando de sonsacarle a la luna .

Y desgarraba las mallas retornantes del sueño su conciencia alucinada

¡Galope desenfrenado hasta los mismos ranchos el de aquel amanecer! Al cuarto del niño entró Juan Gamarra apuntalando la puerta con cara desolada Se insinuaba el día fresco y oloroso Por el patio cruzaban en rumorosa alarma las aves caseras El niño oyó registrar en la repisa donde yacía el gran pistolón de doble caño Con mucho sigilo dejó el camastro, y pegando el ojo a una rendija vio que Juan Gamarra ¡se acostaba vestido! «Bum bum bum. .» ¡Qué potentes!

Por el hombro de los cuatro soldados sobresalían las carabinas terciadas a la espalda, aquella mañana, el sol

ya afuera cuando venían llegando. Atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, se lo llevaron sin que él dijera una palabra. Carnear una ovejita de vez en cuando en majada ajena, en rebaños enormes, pobladores de vastas extensiones que el horizonte no limita, carnear en majada ajena cuando no se tiene majada, no se puede.

¡Juan Gamarra hasta la comisaría distante! Y, luego hasta el pueblo lejano para atravesarlo así, otra vez atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, la cabeza hundida en el pecho, fijos los ojos en la cabezada del recado -mientras se agolpaban los pueblerinos por ver el paisaje-, hasta que rechinaron ya, y por fin, tamaños cerrojos. ¡Y el niño arqueado y sin compañía, el espíritu sin nido, ahora, entre la menopáusica protervia!

Cuando aquel jinete extraviado en la serranía llegó al rancho, cuando mientras sorbía el mate declaró que solo había comido durante la jornada unos pasteles comprados a un chiquilín, al salir del pueblo, el jorobadito sintió que de pronto en su doliente cautiverio se abría una puerta esperanzada.

Tenía un cardenal azul en jaula colgada del ombú durante el día y junto a su camastro por la noche. Silbándose recíprocamente pasábanse las horas. El pájaro exteriorizando quien sabe qué. El niño, afinando, hasta deslizarlos por el silbo, pensamientos motivados por su «tío». En su

puerilidad, concebía la expiación de Juan Gamara como un peregrinaje sin descanso ni retorno a través de sierras, de montes, de pampas, cruzando ríos, esteros chircales, siempre marchando, siempre atadas las manos, siempre atadas las piernas por debajo del vientre del caballo sin decir palabra, delante del mulicaje. Pero algo confluía también en el trino que emulaba con tanto donaire al de la garganta emplumada. Era su propia imagen contrahecha con un cordel al cuello de cuyas puntas pendía un canasto repleto de pasteles. Y retiraban pasteles, a cambio de monedas, manos que surgían de todas partes, breves unas impacientes, de niños, otras grandes, tostadas por el sol, como las viejas manos queridas.

Roncaba ya, aquella noche, la perversa. La aldaba de la puerta ascendió sin ruido. Como de mono en lo oscuro, el deforme cuerpecito se escurrió hacia afuera. El cardenal azul debatióse contra los alambres de la jaula hasta que la mano cuidadosa lo retiró y lo albergó en el seno. Ya a la media legua Carlín comenzó a silbar. Pero el plumado seguía mudo. El niño también sentía terror. La sierra embrujada por la noche, se le aparecía poblada de monstruos a la difusa claridad estelar, el retorcimiento de los talas eran brazos, dedos malos. Si silbaba era para que le contestara la avecilla y poder acompañarse así en el tránsito. Con negras culebras y con serpientes negras tropezaban los tamanguitos de sus pies. Los ruidos de la noche, el gru-

tar de algún zorro, esos graznidos ásperos de las rapaces nocturnas cayendo en el silencio que los traiga al instante para llegar él sólo, él mismo a los tímpanos desde por los pies hasta por los pelos. Ante una duda atroz se apago el silbo sin respuesta. Pero no, llevándolo junto a sus ojos, vio abiertos los ojos del pajarito.

Luego la aurora, transmutando en bondades lo cruel. Cuando salió el sol se hallaba ya próximo a la llanura. El camino que llegaba hasta el pueblo pasaba lejos. Aunque se le veía desde allí enhebrando las lomas. Lo transitaría de noche, por si se le buscaba.

Comió un trozo de pan. Introdújole unas migajas por el pico al mustio compañero y poniéndoselo con precauciones en un bolsillo de la chaqueta que su mano a la vez cerraba y ensanchaba, se ocultó bajo la saliente de una roca y se durmió sentado.

Ya el sol mediaba el cielo cuando entreabrió los ojos. Ciego, refunfuñante, dolorido, buscando alivio se dejó caer de lado. Y el cansancio y el sueño lo apretaron de nuevo en el suelo. Estaba con su «tío» en la guarida del felino, bajo los velones vibrantes. ¡Oh, Juan Gamarra habilidoso! Los delgados tientos para hacer la trenza se cruzan, se abren, vuelven a estrecharse y a confundirse. ¡Oh, Juan Gamarra taumaturgo, sanando al petisito con sus palabras sagradas! «Tío Gamarra, yo siento en ocasiones una musiquita linda y un redoble de tambor y ruido de platillos». «Ésa es la del

cusco donde vos nacistes. Cuando aparecía tu madre, era como si se apareciera un ángel del cielo. Muy ajustadita ella en su traje de lentejuelas. Muy calladita y como mirando pa otro mundo. » Ahora aquella como ángel del cielo, de cuerpo donde la luz reverberaba, se ha puesto al lado de Carlin, bajo la saliente de la roca. ¿Cómo se puede volar así, sin alas? Ella asciende en el aire con el jorobadito en brazos, se siente en las mejillas el fresco de la brisa que atraviesan raudos. El acurrucado lleva las manos rebosantes de minúsculas plaquillas de cristal. Fulguran en sus manos junto a la resplandeciente. Calladitos ambos. Como mirando hacia otro mundo. Mas, ¿quién rasguña ahora? ¿Quién arrima su mano como garras a la carga de la alígea, ascendente iluminada?

¡Mujer de Juan Gamarra!

Bruscamente despertó. Se revolvió manoteando la pesadilla aún pegajosa. Y un súbito pensamiento lo hizo poner de pie, de un salto. Se tanteó el bolsillo, pavorido. Y metiendo dentro, temblando, la mano, retiró una piltrafa de sangre y plumas azules.

Estaba de espaldas a la roca, frente al campo largo.

¡Qué largo el campo, qué largo!

Cuando pudo llorar, ya se había acercado la noche. Y sobre el rocío, la luz lunar, en torno al niño, derramaba telas sutiles de lentejuelas iridiscentes, como la abandonada vestidura de una trapecista.

¡Eficaz el fuego encendido con los fósforos previosa y furtivamente acumulados uno a uno! Las tiernas mazorcas arrebatadas al lindero maizal, ¡qué sabrosas! Apenas un humito, incapaz de delatar, en el zanjón profundo

¡Buena persona el boyero que encontró en el camino! «¡Barroso!» «¡Barroso guey!» Y el gurí muy sentado allá arriba, sobre los fardos de cuero

Desde la barraca del descargo, ¡qué lucería!

* * *

¡Che, Carlín, lleve esa caldera, pues! ¡Niño, ya son como las nueve de la noche!

-¿Eh? ¿El qué, doña Basilia?

-¡Qué lleve esa caldera, pues!

-Bueno, que saquen la comida. ¿Y la vieja?

-Ya se fue, la pobre, bendiciendo la casa

-¿Quiénes están en la cocina?

-El Capitán, que ya vino. Y uno que no sé de dónde lo ha sacao y el ciego Perdomo, que aura siempre hace quedar a comer al chiquilín que lo guía

-¿Don Mangunga no vino?

-¡A ése siempre hay que calentarle la comida!

No, todavía no vino

-Mejor Dígales que vengan.

-Señor -dice el Capitán al entrar-, éste es un amigo

Y el amigo, que está destocado, se encasqueta el sombrero y se lo saca al punto en un saludo atribulado

El Capitán es pequeño y seco Tiene bigotes blancos
Y ojillos que parecen más pequeños de lo que son porque
los ruegos de Juan Carlos alcanzaron hace unos meses
mayor persuasión que continuos encontronazos, y
muéstranse los ojos, de un tiempo a esta parte, a través de
gruesos lentes, pues no veían ya más allá de la nariz

Juan Carlos presta atención al antiguo compañero
de armas de su padre que llegó un día al pueblo, se dio a
conocer al joven, desensilló y se quedó para siempre, como
en hogar propio que él no tuvo nunca

-Est'es un correligionario derecho Con dos bala-
zos en Tres Arboles, herido 'e lanza en

-¿Ah, sí? -corta el joven -¿Con quién sirvió?

-Razón tiene el que habla Usté v'a ver

Quien dice esto, de pantalones a media canilla y
saquito rabón, ya está recogién dose una manga

-¡No, esas no! Muestrelé al mozo la e la cadera .

A dos manos el enjuto capitán revolucionario se
acomoda los lentes Para darse el placer de volver a con-
templar

-¡No, no hay necesidad! Basta que el Capitán lo
diga. Entre usted también, Perdomo ¿Cómo te va chi-
quito?

-Buenas noches pa todito el mundo

El ciego de expresión dulcísima, de blanca melena casi hasta los hombros, estira la mano Juan Carlos se la estrecha

-Bueno amigos -dice en seguida-, ustedes saben que nuestro partido está dividido Yo voy a acompañar a los que fueron amigos de mi padre en la paz y en la guerra El que no tenga compromiso, si me quiere acompañar

-¡Muy bien! -exclama el Capitán- ¡Eso está muy bien!

Es imposible saber cómo Perdomo advirtió que su lazarillo ha cogido un calzador de zapatos Pero lo cierto es que reconviene con disimulo

-¡Dejá eso quieto! Si no te portás bien, no te vi'a sacar más -Luego agrega en voz alta - ¿Cómo decía, don Juan Carlos?

-Que estamos divididos y que yo ayudaré a los amigos de mi padre, que para mí son mis hermanos

-Yo, por usted, voto todas las veces que quiera

-Gracias Perdomo pero un solo voto, no más El gobierno deja votar varias veces a los suyos pero a nosotros, solito una. ¡cuando nos deja!

-¡Muy bien! ¡Muy bien! Yo y el amigo sabremos cumplir con nuestro deber -ratifica el Capitán

Juan Carlos lo llama aparte

-Repártales -dice entregándole unos billetes

El Capitán cierra la mano, la hunde en el bolsillo del pantalón y no la saca, muy misterioso.

- ¡Niño, se le enfría la sopa!

- ¡Ya voy doña Basilia!

× × ×

A las once de la noche, Juan Carlos llega a La Cachimba. Estuvo en la plaza, con Olga. Allí a pesar del frío, gente no falta los jueves y los domingos, en que la banda del pueblo, por entrar en calor, toca estrepitosamente como nunca y con más breve intervalo entre pieza y pieza, claro, que en las otras estaciones hasta adquirir los músicos rubicundez sudorosa. En las noches siberianas atruena la banda, ensordece. Y las parejas de novios, para hacerlos oír, tienen que gritarse sus ternezas.

Olga estaba intranquila. Él, repuesto de la tristeza atraída horas antes por las palabras de la vieja de la cocina sentía recobrar la salvaje, oscura energía que le despertara la recorrida a caballo. Y Olga, que había percibido esto, en vez de alegrarse husmeaba en vano la causa descartando de antemano que tuviese algo que ver con ella. Junto con los jóvenes, Lala. Muda y, sin saber por qué, radiante. La vista de Juan Carlos, en una, se posó sobre el túrgido pecho de la amiga. Cuando las hijas del Jefe de Policía los detuvieron y, adelantada Olga, ella y él quedaron separa-

dos del grupo, el joven, volviéndola a mirar, le dijo con brutal franqueza

-¡Yo no sé cómo no tienes novio, Lala! ¡Qué mujer eres!

Estremecida, dijo Lala como si no hubiera oído

-¡Hoy te vi pasar a caballo, gauchísimo! ¡Parecias al frente de un ejército!

Cuando Olga se les incorporó, ellos estaban graves

-¿Ya discutieron otra vez?

A Lala le salió una risa corta nerviosa, poniéndose roja. Y entre las ráfagas heladas se abrió paso el turbión de sonos que soplaban de sus instrumentos, recomfortándose los atentos musicantes.

Entra en La Cachimba. Ve que alrededor de una mesa ya están don Efrén Bustos muy grave en su poncho negro, el indiecito Natividad, cuatro de los Falero, sin una arruga la copa de sus sombreros y el ala levantada sobre la frente, colgante del ojal la cadena de oro que sigue tras el reloj hasta el bolsillo superior del saco y de la que penden, a su vez, medallas, dijes, guardapelos. Y Bonifacio, el gigante, ¡el primero en llegar! Sumiso ya y sin voz desde la noche del puñetazo a Juan Carlos, como si lo hubiera recibido él.

Ulpiano Falero, el que ostenta más alta la copa del chambergo y más baratijas entre el ojal y el bolsillo, tiene la silla un poco retirada, se obliga a tender todo el brazo

cuando agarra su vaso, cual si estableciera con la separación, una diferencia de jerarquía entre él y los otros. Al igual de los demás, Falero es gangoso. Don Efrén Bustos se debate a veces en su poncho y no entiende nada.

-¡Ami' o Van Arlos! (Amigo Juan Carlos) Arrímese al o' on (fogón), 'amos rontos 'a re' o' ai al ene' io en ual' iera 'erreno (Estamos prontos pa «redotar» al enemigo en cualquier terreno)

Juan Carlos estrecha las manos tendidas. Luego golpea, estruendoso.

-Otra vuelta para todo el mundo! ¿Y qué tal, amigo don Efrén?

-Bastante bien po' el momento.

-Las cosas van a andar lindo. Siendo dos los candidatos, la gente tiene dónde elegir. ¿no les parece? No hay que olvidar que somos todos compañeros. Y que el verdadero enemigo es el de siempre.

-¡El 'om' añero é el 'om' añero! (El compañero es el compañero)

-¡Sí, claro!

-Todos somos uno.

-¡Eso, don Efrén, eso! Propaganda sin ofender a los otros es lo que quiero.

-A lo mejor, el gobierno nos embrolla y le tenemos que meter otra guelta a la carabina.

-¡Y le metemo, nomá! ,Reclaramo la guerra, nomá!
Yo tengo una garabina qui a una distancia'e siciento metro
mi abaja lo que le pida.

El indio Natividad se ha interrumpido

-¡Uta! -exclama al cabo de un momento- ¡S'íl mu-
lato Marcelo nu está provocando con lo jojoj!

El llamado Marcelo mira en efecto Y al ver que
reparan en él, dispuesto ya a salir saluda muy afectuoso

-No, Natividad, él no provoca, él estaba mirando,
solito

-No medio me parecía ¡Lo qu'es si se pone a
provocar v'a salir bonito!

Se incorporan a la reunión Luna y Eusebio

-¡A ver, otra vuelta! ,Metanlé no más, compañeros!
¡Pero don Efrén, le va a agarrar gusto a vidrio la caña!

-No, don Juan Carlos Yo soy persona de poco to-
mar Yo ya estoy algo cargado Yo

Al pensar en el triunfo inminente, el negro Luna se
tapa la boca con las manzanas Cuando toma resuello, se le
escurren algunas carcajadas. Pero las taponea de nuevo

Juan Carlos bebe de un trago Los ojos le fulguran

-¡Metanlé! ,Metanlé cristianos! -azuza y se azuza

Y su mano cae pesada sobre el hombro del que tie-
ne al lado, prosiguiendo

-¡Los vamos a correr con el poncho Bonifacio!,

¡Hijos de puta! ¡Me degollaron dos tíos de oreja a oreja!
¡A mi abuelo, una vez, lo descoyuntaron en el cepo colombiano!..

Con los ojos chiquitos, el Mellizo Juan se balanceaba en la puerta de calle El poncho, demasiado tirado de atrás arrastra por el suelo Calza sonoras espuelas Trae el sombrero a la nuca

Haciendo esos, pero con el aire encantado de quien camina entre rosas, se aproxima al grupo

-Estoy con un amigo Ansina que si gustan envitarlo

-¿De dónde lo sacaste?

-De al lao de un corralón .

-Que venga, sí. ¿Quién es, Juan?

-¡Yo qué sé! ¡Es un amigo! Está con nosotros ¡Es un voto seguro

Al darse vuelta, al Mellizo se le ve en el poncho una costra de barro a la altura de las posaderas

-¡Este cristiano se ha caído sentao!

Y otra vez las manoplas a ahogarle carcajadas al negro Luna.

Ya vuelve Juan

-¡Sigamé nomás, sigamé! ¡Todos son del mismo pelo!

Esponjado como viene en el poncho, sólo en los desvíos deja ver a un indio chico y flaco, descalzo, con un breve chiripacito y destocado

-Este es un amigo'e ley que les presento

-Pomuceno Copete, a su sórdene -va diciendo el forastero a los que estrecha la mano

-Sientensé ¡A ver, caña!

La silla del Mellizo Juan le presenta dificultades de redomón al sentarse. Como si los demás estuvieran distantes, comienza, en cuanto se afirma, a darlos a conocer al hombrecillo que trajo consigo

-¿Ve? Est'es Juan Carlos el que le dije hoy. Podrido en plata, pero derecho viejo, nomás. La plata d'el es de todos. Cuando usted precise, pidalé nomás, compañero. Y se v'a topar con un gaucha flor. Hombre estuideo porque ha estudiao sus guenos libros que cuestan sus guenos pesos. ¡Y siempre a la de dios qu' es grande nomás no como lo sotros!

A Nepomuceno Copete le crece un pasmo admirativo

-Y este viejo que usted ve ahí que parece una porquería, es don Efrén Busto, capitan en las revoluciones, como mandao a hacer pa la lanza

Don Efrén se revuelve en la silla

A Juan Carlos, por momentos, no le llegan las palabras. Una voz interior escucha, una voz salvaje que lo enardece

-Y estos cuatro gangosos

-¡Ojalé esos criollos no más! ¡Viva nuestro Patri-
do, no más! -se oye, por suerte desde la calle

Son el rengo Epifanio, Margarito y un negro

-¡Viva! ¡Viva! ¡Viva la Patria!

Otra vez casi se da de espaldas el Mellizo

-¡A ver, junten otra mesa! ¡A ver, caña!

Tras los últimos venidos había aparecido el
jorobadito. Como siempre, miró primero cerciorándose de
que entre la concurrencia no estaba una del Bajo Margari-
ta, de quien lo entristece dejarse ver así, tan torcido

-Tomá una caña de parado, Carlín. Y andá a traer a
la Nena. ¡Y vos, Eusebito, a ver si te conseguís algunos
guitarreros, pues! La Nena se va a poner contenta

* * *

Cuando termina la milonga punteada, don Ehén,
cuya mirada se había ido dulcificando, exclama con un
suspiro

-¡A nuestra patria hay que sacarle el sombrero! ¡Lás-
tima el gringaje que la está estropiando tanto!

Por la expresión, se ve que lo que hacen los Falero
es aprobar, gruñendo como chanchos

-¡Es buena, sí! Uno a veces se enoja con ella, pero
es una patria querida! Venga, Nena, sientese aquí Ésta
es mi mujer, éstos son mis amigos

-Yo, de nombre, la conocía ¿Y qué tal? ¿Como va esa preciosa salud?

-¡Bien señor, por el momento!

Al tomar asiento, inconscientemente, mira la Nena hacia todos los rincones reparando en las mujeres. Y como no halla a Margarita, se tranquiliza y se entrega a la afectuosidad general.

-A ver ¿qué se va a servir, señorita ?

-Señorita, ¿qué gusta servirse?

¡Qué linda está con su traje negro, de botoncillos rojos en la pechera y los puñitos! El cabello le cae sobre los hombros

Todos hasta los que como Eusebito la tutean, le hacen finos cumplidos

El Mellizo Juan junto a su entrañable amigo de corto chupacito y pies descalzos, rebosa de una altiva ufanía que no le permite más que sentirse a si mismo

A hurtadillas la Nena observa el rostro de Juan Carlos. Ha bebido bastante, sí, pero esta tan contento!

En una de las cabeceras de las mesas acopladas se hallan Pagalday cantor, y Quintana y Pitanga los de las manos brujas, que acompañan

-Cantá, Nena, a ver si

-¡No, que hay mucha gente!

-¿Y qué tiene de malo cantar?

La resistencia es vencida Se incorpora la muchacha, una mano alisando la negra cabellera Espera a las advertidas guitarras que han empezado como a imitar zapateos Y vuela la voz de la muchacha, clara y pura y se refugia, meciéndose, sobre la música, cual avecilla en ramas sacudidas Los acordes hacen, a veces, como un breve giro sobre sí mismos Y la voz siempre sostenida arriba De golpe callan las guitarras Como pájaro que se suspende en el vacío, queda sola la voz Y los sonos se alzan Y ella se posa en ellos, columpiada Ahora la música se pica y quebra

¡Al agua, patito!

Zambulló y se fue

Cuidao, no te pique

La puntita'el pie

El coro de los hombres la como salpica

Cutuque, cutuque, cutuque, tuqué

Cutuque, cutuque, cutuque tuqué

Y vuelta la voz a quedar sola en el aire Y a posarse sobre los rasgueos, después

Si mi vida se cortara

como tiento mal sobao

Ella se mece en la ramazón sonora Clara llamita en la oscuridad

¡Al agua, patito!

Zambulló y se fue

Cuidao no te pique

La puntita el pie

Y cuando pasa el estribillo, cabeceando hasta dar la barba en el pecho -Juan Carlos con más vehemencia-, los hombres hacen coro

Cutuque, cutuque, cutuque, tuqué

* * *

-Ésta vamos a dedicarla a la señorita, con el permiso de la rueda

Y desde las guitarras bajo el farol de acetileno que cuelga del techo van surgiendo seres y cosas que a cada cual le desvuelven diferentes evocaciones

El amigo del Mellizo Juan Nepomuceno Copete se ha puesto de pie misteriosamente incitado por los rasgueos

-Yo, si alguno me empièsta las botas o los botines, bailo. Si no, no, porque no luce

-, Tom' éstas, hermano!

Con la decisiva intervención de Margarito el Mellizo se saca las altas botas y queda mirando alternativamente al compañero y a sus pies desnudos, pues no tenía escafpines

Dos de los Falero han hecho un gran claro apartando mesas y sillas al inclinarse la luz incide sobre sus me-

dallas, sus guardapelos, sus cadenas, y les pone el pecho como de generales que van a retratarse

De balcón han tomado el mostrador los muchachos de la cocina, el patrón y uno de los mozos. Desde las otras mesas, hombres y mujeres se vuelve ojos todos

¡Qué linda está La Cachimba! ¡Por eso es bueno vivir aquí! Uno va así, sin saber qué hacer, a una taberna y, de pronto, la tierra querida y mancillada se le presenta. ¡Y le clama tantas cosas a través de las guitarras y las danzas! Uno, ¡claro!, no es capaz de acudir a su llamado. Ya está muy achicado, muy entregado. Pero empujado por la caña le parece que acude. Y que huye con la tierra madre hasta estar solos, lejos de todo lo arrogante, que desprecia, oprime y desvirtúa

El del chiripacito, ahora con pasos bien sonoros gracias a las grandes espuelas de las prestadas botas del Mellizo, se dirige al medio del espacio despejado y queda inmóvil, entrecerrados los ojos. Aguarda un momento la música, cabizbajo. Luego, se lanza en su corriente, los brazos extendidos, airoso, como flotando.

-¡Jujujujuju! ¡Ajajá!... ¡Seguilo, Nena, seguilo! La Nena ríe, primero. Pero cuando comprende que Juan Carlos lo exige en serio, se incorpora y sale también abiertos los brazos al encuentro del indio, con carteritas breves, detenidas, entre las ahora felinas zancadas del transfigurado acompañante

-¡A ver, a ver esas nazarenas!

Sobre el zapato de charol, Juan Carlos calza apresurado las grandes espuelas de don Etrén

Juan Carlos y el indio ahora zapateando frenéticos giran en torno a la Nena. Ella se contonea también zapateando, aunque leve y sin salirse de un pequeño círculo cerrado a los danzantes, estirado el cuello, el aire nostálgico, los ojos en el vacío, como ante el altar de una divinidad máscula y cazurra.

Valiéndose del sonido diferente que produce el dar con el suelo de la punta del zapato o el tacón con espuelas, Juan Carlos, los ojos ardiendo, agrega un nuevo, brutal acompañamiento.

-¡Jujujuy! ¡Aijajá! ¡A ver, cuchillos!

Los cuatro Falero desenvainan instantáneos tamañas dagas. Juan Carlos escoge las dos más parejas. Y se aproxima de nuevo, entrechocándolas entre frenético batir de las espuelas.

¡Oibajajá! ¡Eso está bonito! ¡Oibajajá! ¡Jujujuy!

En rápidas puñaladas ahora cruzan las hojas de acero ceñidas al cuerpo del bailarín. Y vuelven a golpear una con otra, sin que él contenga la danza. Alguna se desprende, a veces, pasa rozando el cuello en tensión, torna a caer sonora sobre la otra, y sale a dar en la espuela, y asciende fulgurante.

Los guitarreros se van haciendo un ovillo, cual si quisieran meterse en la guitarra para salirse, hechos también aquellos sonos por las cuerdas

-¡Ahura y nos juimos!

Simultáneo con el acorde final Juan Carlos de espaldas al grupo, da media vuelta veloz abre las manos y entre cabezas que instintivas se echan atrás, quedan los dos cuchillos clavados y vibrando sobre la mesa

-¡Eso sí qu'está bonito! ¡Tenemo que peliar por la libertá! ¡Venga conmigo, Tupambay!

Es Manuel Benítez, que se adelanta con su perro desde la puerta donde contempla embelesado. Las palabras, en seguida, se mojan en su llanto

-¡El último que pelió por la libertad fue el gaucho Aparicio Saravia! ¡Ya naides pelca por la libertá! ¡Ni por nada!

* * *

Esta apacible tarde Juan Carlos ha estado en la cárcel a visitar -con tabaco y buenas noticias- al Mellizo Juan, a Natividad Pérez, a Pedro Falero y a Bonifacio. Bajo fianza saldrán de un momento a otro. Los del bando gubernista estaban provocando desde el principio de la campaña electoral. Juan Carlos contenía a los impacientes. Pero, des-

pues que en el Centro se vio obligado él también a pelear,
dio la orden, una noche

-No aguanten más Peleen cuando se ofrezca

Bonifacio casi descogota a un provocador
deslavado A Natividad lo acostaron de un palo El Mellizo
y Falero Chico después de poner en fuga a un grupo
adversario, pelearon en el camino real con la policía, sin
querer entregarse Es que tomaron al pie de la letra las pa-
labras de Juan Carlos una noche, en lo del Peiro El alco-
hol azuzaba al joven aquella vez Y un odio por los que
suplican las cosas del cielo lo estaba enardeciendo Fue
cuando una «arreada» policial para descubrir al que dejó a
cierto pardo tendido en un callejón del Bajo, al enterarse
del atroz martirio de aquellos a quienes se quiso arrancar
la confesión de lo que no sabían «El hombre es libre -
había proferido- En vida nadie lo manda Ni Dios Para
eso está el Infierno ¿Y si Dios ha de juzgar a qué juzgar
los hombres?»

De ahí los gritos del Mellizo Juan, alentando a su
compañero entre cuerpeadas a los sablazos en aquella oca-
sion

- ¡Viva el Infierno, no más! ¡Viva el Infierno!

-Yo tengo la culpa de esto -va diciéndose Juan Car-
los, desolado

Atraviesa la plaza La tarde es clara El aire, ya pri-
maveral, trae de los campos circundantes un perfume sil-

vestre, cálido de actividades subterráneas. A través del humus de hojas y de ramas podridas, en los troncos de cascara que se despega, las yemas despiertan, en cierne ya su flor como su ensueño. Y ante este rebrote, ante esta floración sobre la muerte, pónese triste el espíritu en su imposibilidad de semejarse.

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo pesadamente cargado de libros.

Por la acera de enfrente, muy apurado, pasa Román Calero, el del sombrero como semilla de dátil con alas.

-¡Adiós, mi respetable compatriota y talentoso amigo!

Juan Carlos ni siquiera responde al saludo.

-¡Yo tengo la culpa de esto! -va diciéndose Juan Carlos- ¡Como aquella vez!

Y se le aparece Luis María, el muchacho entrañable que se abrió la cabeza de un balazo para apresurar el retorno hacia la «patria divina» que Juan Carlos, descreído en ese entonces de sus lecturas de adolescente, le mintiera conmisericordia.

-Yo también... tengo. ¡A mí me sucede cada cosa!

El Bajo, el pueblo entero, arden de odio y de cariño a influjo de las divisas tradicionales. Y este amor intenso y su opuesto ineludible que contribuyó a acentuar, él, racionalmente, cuando se enfrenta a sí mismo, ya no los justifica hasta ese grado. Además, su pensamiento ha ido más

lejos fuera del horizonte de los partidos, mas allá de blancos y colorados «El Centro es la civilización con su exigente desvirtuamiento. Aquí, en el pueblo peor que eso, porque es un torpe remedio. Quien no se deshace y se reforma, al Bajo. A aniquilarse entre las guitarras y la caña y los vicios apiadados. Todo el mundo está lleno de Centros y de Bajos, de pulpos chupadores de la vida y de hombres escapados a sus tentáculos, perdidos en el oscuro instinto de la libertad que no se quiere entregar. ¡Hijos de los Bajos del mundo, bajadlo todo a la tierra! ¡Purificad, enterrad! ¡Que no quede piedra sobre piedra! Han invadido los campos dejando tras de sí los alambrados limitantes como la babosa su estela. Mío el árbol que ofrece ciego, todo extendido en ramas hacia los cuatro costados. Mía la carne que se desangra mirando sin comprender el sacrificio. Mío el hermano muriéndose por el sudor, levantador de mi techo que, por ser mío, será para mí solo. Mía la máquina, ahora. ¡Fuera hombres lentos, hombres que os fatigáis, hombres que queréis vivir, amar, tener mujer, hijos! ¡Los que pretendéis dormir, fuera! La máquina trabajará por vosotros. Ella es sola en el mundo. Es el insomne Adán creado por el hombre. Y sin ansias. Trabaja antes del pecado. No duerme nunca. No tiene hijos. No se cansa. ¡Y los hombres, descoloridos de hambre frente a las máquinas relucientes de grasa! ¡Ah, no, ni una piedra sobre otra! ¡Te invito a beber yo, Bonifacio! ¡Bebe una caña grande!

¡Dame un abrazo, Bonifacio! ¡Por el golpe que me diste en la cabeza, por lo que dijiste de los niños! ¡Sí, cortémonos la lengua y ofrendémosla en la cuna de los chiquitos! Bocas vacías, con el muñón al fondo, campaneando infructuoso. Mundo callado. Y en el vastísimo silencio los niños ellos sí, con sus lenguas intactas, intentando voces desconocidas. » « ¡Viva Bonifacio no más! ¡Viva Juan Carlos, no más! ¿Viva l'amistá qu'es tan linda! »

- ¡Si yo tuviera todavía a mi madre! ¡La madre es un descanso! -va deseando el joven

¡Ojos negros, profundos! ¡Cabellos derramados sobre los hombros! ¡Regazo tibio, seno querido!

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo cargado de libros. Juan Carlos camina ahora con los ojos fijos en ellos. En una bocacalle el grupo se triplica. Y desaparece, a los pocos pasos, por la ancha puerta del Liceo, donde un perrito, meciéndose sobre sus patas fijas, a la vez atraído y asustado, observa indeciso el entrar.

Cuando pasa, Juan Carlos echa una ojeada. Ve el patio de baldosas rojas, los bancos, los percheros colgados en la pared. Piensa en los mozalbetes que, con aire tan prematuramente grave, acaban de entrar. Y piensa en su adolescencia, en sus compañeros de entonces. Allí, entre aquellas paredes, durante cuatro años, oyeron hablar de hipotenusas, de equinoccios, de anapestos y de espectroscopios. Tenían años y los encerraban para im-

nerles oír y recordar. Pero pasaba el tiempo. Y, de pronto, les venía una cosa. Y se iban al Bajo, donde la guitarra clama tangos y milongas desnudos. Algunos no salían más de allí. Otros iban y venían, abrumados. En el claustro las palabras llegaban a ellos, entonces, como hojas de un idioma desconocido, como ráfagas frías. Por momentos se podía escuchar el volido de una mosca. Otras veces, rumores sordos enfurecían al erudito profesor.

-Escuchen bien, porque habrá que repetirlo en el examen. Faraones de la segunda dinastía. Buzau. KaKu. Binuturu, Uzas. Sudu, uno cuyo nombre se ignora. Nofirkeri, Nofirkasokari y otro anónimo en total nueve.

Con estas cosas los emparedan vivos. A algunos, no a todos. Porque hay quienes se defienden olvidando o huyendo hacia donde la vida se ha refugiado, casi irrecognocible, tal vez en espera de la hora de subir devastadora sobre el Centro.

Las casas se van espaciando en rondas de corralones ya sin revoque. Ya no hay empedrado. Se pisa la tierra viva.

¡Ah, todo vuelve a estar ahí, en el aire, frente a Juan Carlos, mientras anda!

-Escuchen bien. El sáfico se acentúa en cuarta y octava. El yambico sólo se acentúa en la sexta. El dáctilo, también llamado anapesto.

Salones oscuros, con pequeñas ventanas sólo hacia el lado del patio de baldosas rojas. Silencio. Y he aquí, nuevamente la voz del profesor

-Un endecasílabo también puede combinarse con un pentasílabo. Pero debe tenerse cuidado con

Todo es inerte aquí. Falta aire. Por la ventana no se ve más que piso y paredes, con largos bancos al pie. Y un poco más allá, está todo lo que aquí falta: aire, luz, amor, odio, vida.

-¿Y entonces qué te dijo ella?

-Que no, que ya no te quería más.

Encogido en su banco el muchacho siente como si una mano helada cerrara los dedos sobre su corazón. Sus ojos brillan. Y se pone rígido porque oye gritar al profesor:

-¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Perturbadores! ¡Incultos!

Ahora es otra escena. Más simple. Trató de hundirla pero no hubo caso. Está ahí, bien clara. Es un pequeño cuerpo humano colgado del pescuezo al pasador de una puerta por un cinturón de cuero. Eso es lo que ve ahora Juan Carlos. Y se detiene en la cruz de dos callejones. Si él pudiera ver otra cosa, contemplaría lo que tiene delante. Algunos ranchitos, de distancia en distancia, entre terrenos baldíos. Y algún paraíso, algún lacio sauce llorón. Bajo la tarde suspensa. Mas todo lo intercepta Isaías, el pálido, pecoso, pelirrubio Isaías. Su madre era lavandera, su padre, peón del molino. Y cinchaban para darle carrera. Un

titulado puede no servir para nada. Pero gana dinero. En el Uruguay, en América, así es. Y si su profesión no se lo da, entonces tiene, lo mismo, el camino despejado. Está siempre, para todo, primero que los otros. Un título de propiedad puede enajenarse mal, hipotecarse ruinosamente. Es posible obligar con malas artes a que se le ceda. Un título universitario, no. Gana siempre. Y se sudaba sangre por el título universitario del pálido Isaías. «¿Y esto es saber?», preguntó él, tímidamente, un día cuando con dos compañeros repasaba para el examen en casa de Juan Carlos. Por fin uno de los otros, tartamudeando, había respondido: «Parece que es esto». En siete meses les habían explicado Oriente. Grecia y Roma, algebra y geometría, retórica y poética, cincuenta y seis autores en literatura. Y química, física, geología, mineralogía, dibujo. No habiendo comprendido algunos teoremas del principio a medida que avanzó el curso de geometría, las *v*, las *ll*, las *R*, los ∞ danzaban en forma más aquelárrica. Y el embrollo cogió al muchacho como el pampero a una hojita. Cuando el presidente de la mesa, el que dirigía aquellas diez o doce gravidades sentadas frente a la silla de Isaías, dijo: «Aplazado», apenas si impresionó un instante en el recinto. Los ya examinados habían salido como desencadenados. Los otros se estaban viendo ya allí y eso los inhibía de pensar en otra cosa que en la silla. Isaías no podía decir a sus padres que el tanto sudar de ellos era inútil. Cuando el portero abrió

la puerta color lacre del excusado, lo vio Tenía la cara lívida Y la lengua largamente afuera

Juan Carlos mueve las piernas Sigue la calleja Ve la barriada del Bajo, a su izquierda Pero no dobla Avanza dos cuadra más Entonces se detiene, las piernas abiertas, los brazos caídos

Sí, por ese callejón transversal pasaron una tarde con Isaías Lo llevaban acostado en una caja de pino Lo llevaban ellos, sus compañeros del Tercer Año Los compañeros Porque las compañeras se habían quedado en sus casas, llorando Mandaron las flores y se quedaron llorando La gente mayor iba detrás, tropezando a cada paso con el perro de Isaías, que se estaba inquietando por grados ¡Qué livianito, ahora! Siempre fue delgado Y los estudiantes enflaquecen durante el repaso para los exámenes

De donde se ha parado, Juan Carlos vería el cementerio si no fuera porque la calle va subiendo subiendo y, luego, baja de golpe Y el cementerio está en la hondonada. Los hombres iban detrás Lo llevaban al padre con un traje nuevo, de mezclilla azul, la cabeza floja sobre el pecho Cerraban la marcha algunos profesores Sinceramente apenados Era que, en su concepto, Isaías había sido un excelente muchacho E inteligente para algunas cosas ¡Si hubiera estudiado más! ¡O por lo menos, atendido en clase!

Las imágenes le retrocedan a Juan Carlos por otro camino En salto bruscos Ahora vuelve a ver a Isaías col-

gado. Le ve su pañuelito verde asomar una punta por el bolsillo de la chaqueta. Torna sobre sus pasos. Tras el alambrado, a unas varas de la calleja, frente a un rancho, bajo un sauce llorón, están tomando mate los padres de tres chiquilines que, allí también, retozan, descalzos. Arde un fogoncito. Igual que antes, a cada paso, en la extensión de la patria. Y como hasta dentro de poco tiempo, fatal, inexorablemente, en pocos sitios, todavía

¡Cómo se balancean alrededor del grupo inocente, dirías que agoreras las pendientes ramas del sauce!

Juan Carlos aprieta los ojos

Cuando llega a la calle del Bajo, dobla hacia el. En medio de la calzada hay un soldado. Largo y flaco. Inmóvil. Con su gran casco, de lejos parece un poste con un nido de hornero.

-Dejando de lado el que la ilustración sirva o no para algo -se dice el joven tristemente-, ¿quién la trasmite? ¿Como es posible que haya tantos que la trasmitan? Ella no puede, no, no podrá ser nunca extensiva a un gran número. Por eso, lo que en el fondo quizá sea, no más, algo vivo llega muerto. Los labios de esa gente intermediaria son de hielo.

-¿ Los labios sólo?

Esto ha salido del cuerpo de Iváias, que pende otra vez ante sus ojos, pegado a una puerta color lacre.

La imagen se borra. Él color de la puerta cambia súbitamente. El da con los nudillos en una puerta verde.

-Margarita, ¿estás sola? ¡Soy yo! ¡Abri!

Esperá a que me ponga los zapatos. Te habías perdido, ¿eh?

-Perdido, sí. -responde el joven con voz doliente.

Se oyen pasos. La puerta se abre.

-¡Entrá!

La pieza de Margarita tiene una puerta a la calle ahora, a más de la que da al zaguán. Es que Encarnación mudó la mancebía. No fue que la casa estuviera embrujada, se comprobó sin lugar a dudas. Pero las finanzas marchaban barranca abajo. Ya ni los santos de las alcobas, en castigo vueltos a la pared por orden de Encarnación, atraían clientela.

-¡Santos! ¡Santos hijunagransietes! ¡Van a ir a parar toditos a la calle, m'está pareciendo!

Hasta el bello y dulce Jesús con el cordero en brazos, el del cuarto de la patrona, pasó muchos días sin ver luz dando la espalda. ¡Y nada!

La finca alquilada es la última de la barriada, ya junto al campo y con comodidad para cabalgaduras. Se ciernen ahora grandes esperanzas. Bajo caución, los santos posan otra vez sobre los lechos sus soñadoras miradas.

¡Con qué encantado sonreír recibe Margarita a su amigo! Cautelosa, como quien maneja un objeto cortante o

al rojo pregunta por la Nena mientras le ofrece una silla. Cuando se entera de que están reñidos, el corazón le palpi- ta. Pero mantiene su sonrisa porque ha descubierto que, de esta manera, le llegan ciertas cosas.

-¡Hasta vos sos malo, Juan Carlos! ¡Es que son malos los hombres, che! ¿Por qué será? -sigue, ahora sería-. Nacen de vientre de mujer, como las mujeres. Y ¡la fresca!

Una rama de paraíso se ve a través de los vidrios empujados del ventanuco.

Mientras se calienta el agua, Margarita va preparando el mate. Juan Carlos, sentado junto a la atarecada, contempla la cabecita rubia. Siente tentaciones de darle en la frente con los nudillos, como a la puerta. Para preguntar «¿Por qué esto y lo otro, todo?», más que a la joven, a la Vida misma.

Ella se ha incorporado. Echa un poco del agua ya tibia dentro del mate y lo deja sobre la mesa para que la yerba hinche.

Juan Carlos ve las caras de Mellizo Juan y sus amigos como ratos antes, a través de las rejas de la prisión. Piensa que la que anda en el cuarto está también entre rejas. Que la humanidad entera se halla enrejada.

-¡Tú eres una mujer muy buena, Margarita! -exclama por exteriorizar algunos de los sentimientos que lo embargan.

No era exactamente eso lo que quería decir. Vibran, pues, tales palabras lejos de él, sin dejar de ser suyas, como una resonancia, como si su voz fuera el eco en su propia voz

-¡Muy buena, muy buena! -repite

Ella ríe vertiendo un chorro de agua en el marte. Se lo ofrece

-Para comprarme el que no me conozca, ¿eh?

Y poniéndose grave, agrega

-¡No, en serio, a mí, a veces, me parece que soy buena! Pero en esta vida. . Si hubiera sido muy, muy buena. . Pero che, desde que me quedé sin madre, había que ver! El patrón andaba conmigo cuando se le antojaba, los dos hijos, también. Ellos no, nunca me pegaron. Pero ellas, las hijas, una, sobre todo! . ¡Ay, Juan Carlos, yo recién te decía que las mujeres eran buenas! Bueno, es que. . Mirá, yo pienso muchas cosas, a veces. Y he pensado que no hay malos ni buenos. ¿Qué te parece eso?

-Y. . ¡yo qué sé! Tomá el mate, está lindo

¡Ella está linda, también! Con su traje azul, de cuellito blanco. Ella. . la que contó una vez a un hombre con quien durmió una sola noche. previa entrega a Encarnación de sólo cinco pesos, porque ya eran las dos de la mañana. «Yo digo que Dios me reserva una felicidad muy grande. Tengo que tener una buena recompensa. Veo a otras tan felices. Yo nunca tuve novio. Ni siquiera tuve la felicidad de que un hombre se me declarara. . »

-¡Es que el mundo es un barullo muy grande, Juan Carlos! -reflexiona ella llenando el mate- Se ve de lejos

-Yo estaba pensando al venir, en cuando era muchacho

-¿Y ahora qué sos?

-Ahora voy a tener veinticuatro añitos

El espíritu de Juan Carlos se absorbe en otras cosas. Las palabras de Margarita lo desensimisman, pero lo que iba a decir se le ha pasado de largo

-¿Y qué pensabas, Juan Carlos?

-¡Qué sé yo! ¡En unas cosas tan tristes!

La joven ya no pregunta. Ceba el mate en silencio

¡Qué bien se siente ella! ¡Qué embelesada está hablando así al del acento grave y melancólico! Ama a Juan Carlos como nunca a nadie. Y el colmo de su dicha es conversar con él de cualquier cosa. Cierta clara mañana, al día siguiente de su último cumpleaños, sintió de pronto, que una palabra del hombre la convertiría en su amante. Ahora, la idea de que eso pueda llegar la vuela. Acostarse con él y entregársele ¡Dios mío qué vergüenza!

Se lo come con los ojos, sin embargo, ahora. ¡Qué hombre es Juan Carlos! ¡Tan bueno, tan valiente, tan generoso tan triste!

-¡Vos siempre estás triste hasta cuando estás contento! -exclama al cabo de un rato

-¿Te parece, Margarita? ¡Y qué voy a hacer!

Más que las palabras es el tono lo que la impresiona
-¡Sí, claro! Es que, mirando bien todo el mundo es triste. A todos les falta algo, ¿te has fijado? Aquí en el Bajo, allá en el Centro. ¡Se siente un peso! Mirando bien el mundo todo es triste. ¡De arriba abajo!

E interroga, de pronto, rápida

-¿Vos qué pensás del mundo, che?

Juan Carlos trata de decir algo sin saber a ciencia cierta qué, cuando alguien pregunta sin abrir la puerta

-¿Se puede?

-Sí, entrá

Es Luisa. El rostro un poco ajado ya. Y la cintura flexible y felina

Acepta un mate mientras Margarita revuelve entre cajitas y frascos en busca de la pomada requerida

-¡Tengo que ir al Centro, y estoy deshecha!

Y sale con el potecillo, untando ya los dedos en la crema y frotándose la cara

Llenando el mate. Margarita suspira:

-Es seguro que hay algo, che, porque, si no, ¿a qué el mundo?

-¿Algo? ¿Algo qué, Margarita?

Las cejas contraídas, ella le tiene clavados los ojos. Y el ceño se desarruga, de pronto, cuando suelta una carcajada

-¡Nos hemos quedado que parecemos...!

La risa resbala en el alma de Juan Carlos sin participarse -Como si fuéramos

Margarita vuelve a ponerse seria, sin terminar la frase que por otra parte, de ningún modo podría concretar

Posa la caldera en el suelo y se sienta al lado del joven

Tiembla la rama del paraíso en la ventana La estremece un viento ha poco desatado, que viene de lejos oloroso

En estos callejones la policía permite abrir las ventanas de las mancebías El que anda por aquí está dispuesto a todo Si alguien pasara y quisiera asomarse vería, pues, a través del vidrio, el interior de este cuarto de lenocinio Bueno la cama, la mesa de luz y una mujer callada ahora, frente a un hombre también callado Tomando mate

-¡Qué lastima que sea tan bueno! -piensa Margarita- Los buenos se deshacen solos, ¡caray! Empiezan a caer al Bajo ¡Se les conoce de lejos!

-¿Damos vuelta al mate?

-¡Sí cómo no!

En algo de cierta semejanza con las ideas de Margarita piensa Juan Carlos junto al ventanillo Lo piensa con toda su alma sin las debilidades que momentos antes lo asaltaban

-Es un funesto error -se dice de los seres que amarecí que se les hará felices el día que se les proporcione

trabajo a todos, que se les contemple y se les respete. No. Nunca para ellos habrá paz. Como no la habrá para aquellos que, llegados a cierta altura de la vida, sienten de pronto un frío amargo en el corazón y detienen su actividad para acercarse a los Bajos, o para seguir entre los suyos, ya como máquinas. No, nunca para ellos habrá paz. Esta muchedumbre renovada que se corre de los Centros es la desterrada de la tierra, en cuyas venas la existencia no soporta el desvirtuamiento vital y se extingue sin calor y sin llama. La naturaleza, desde ellos, rechaza a las organizaciones que la desconocen. Mas el hombre vence en el hombre. Cae una capa de plomo sobre el Bajo. Sin embargo allá arriba, en el Centro, a los triunfadores se les pudren los dientes, los huesos se les tuercen y comban, la sangre se les aguachenta, la mirada se les apaga, los cráneos se les pellan. ¿Para qué todo? Para vivir y para amar, para odiar y adorar y morir no hay necesidad sino de nacer. ¿Se hace otra cosa allá en el Centro? ¿Y en el mundo entero, y en el tiempo entero se ha hecho otra cosa, por ventura? Su amigo Isaías estaba muy bien corriendo en torno a su madre, cuando pequeño. El mismo estaba muy bien, pegado al seno de su madre, esperando ambos el sueño suyo. ¿Para qué, pues, lo que es inútil? Porque en el fondo todos los que hacen algo saben que eso es inútil, aunque consigan su objeto, que no es lo que quisieran. El microscopio no es para mirar lo que muestra, ni se agita un tubo de ensayo

para conocer eso precisamente que va a resultar ¡No hay que ser mentiroso! -se dice- En el fondo toda investigación se propone subrepticamente otra cosa que la propuesta. Como si así se pudiera agarrar desprevenida a esa otra cosa y cazarla. También puede indagarse para que nuestra grandeza nos haga olvidar nuestra pequeñez. Pues bien, no nos podemos olvidar. Regresemos si aun es posible. O dejemos a los niños que se adueñen del mundo.

Eso de los niños, que oyó cierta vez a Bonifacio, lo obsesiona de un tiempo a esta parte. ¿Bonifacio tendría?

-Che, ¿quierés que le ponga yerba nueva? Está más que lavado.

-No, vamos a dejar.

Ambos están demudados. Juan Carlos va ahincando cada vez más en sus pensamientos. Ella se halla perdida, marcada entre los suyos.

A grandes gritos llega desde la calle.

-¡Peguenlén! ¡Tupambay, no se vaya, quédese aquí!
¿A ver quien se anima a pegarle?

-Esa es la voz de Manuel Benítez.

Juan Carlos se asoma. Y tras él, Margarita, enterándolo, aunque él nada ignora, de la causa de tal desasosiego.

Fue que el perro Tupambay o Coco andaba atrás de la perra Milonguita. Y que de ninguna manera podía consentirse que el bello animalito cayera bajo el can feo y

mendigo Se le arregló una casilla en lo de Agueda depositaria celosa Y allí la perrita estuvo reclusa una temporada Pero para más seguridad, cierta mañana se condujo con mil precauciones, a lo de Encarnación

Volvió a resonar la voz airada

-¡A ver, Tupambaycito si alguno se le anima!

Una tarde sorprendieron a Tupambay o Coco ya en el patio y tuvieron que expulsarlo a escobazos Se pasa el día en medio de la calzada, los ojos casi humanos fijos en el zaguán Huye de las pedradas y del agua hirviente Y cuando menos se piensa, aparece otra vez el maldito con su intensa mirada

Esto cuenta Margarita y es verdad Lo que no sabe ella -porque anda debajo de su conciencia, como en la de los demás-, es que la idea de encastar a la perla con un animal de clase es un pretexto ¿Acaso no trajo de quien sabe dónde el rengo Epifanio un fox-terrier lindísimo? Y el zapatero del extremo superior del Bajo, ¿no ofreció y expuso el bulldog que le prestara un abogado del Centro? ¿Y el de los Cepeda? ¿Y el del «dotoi» Jacarandá, el yuyero? Todos los candidatos, después de un examen más que superficial, eran rechazados por las mujeres Y el Tuelto, juez de última instancia, tuvo que fallar alguna vez cuando el presentador era exigente, de acuerdo con el primer veredicto

Era que la virginidad volvía a encontrar su perdido culto en la virginidad de la linda perrita

-¡Y cuando quiera v'a pararse en la calle no más!
¡Yo les v'ia dar piedras! ¡Yo les v'ia dar agua caliente!
¡Ultimamente la calle es libre! Y no hacen más que andar alardeando muy alarifes que le van a echar tal perro y tal otro mejor que el Tupambay ¿Y ande están esos perros?
¡Que salgan esos perros famosos!

Tupambay o Coco está echado a sus pies. De los portales se asoman cabezas y se ocultan en seguida. En el boliche del Tuerto escuchan como quien oye llover porque la policía, en tiempos de elecciones, se pone muy poco razonable.

Manuel ha visto que, por el alto terraplén de la vía que tiene al frente, aparece un casco policial. Y luego la cabeza, los hombros, el tronco de un soldado que ahora, deja ver hasta las botas.

-Vamos, Tupambay.

El perro se niega a seguirlo.

-¡Pero vamos con Eustaquia, que nos está esperando!

Ya va descendiendo el soldado el terraplén.

-¡Pero vamos! le digo! ¡Chicho! ¡Chicho! ¡Uta, lo que debía hacer yo era agarrarlo a palos!

Lo alza en brazos, sin apretarlo y con ganas de darle unos zamarreos. Y da la espalda a las mancebías.

Su enojo se disipa como por encanto al encontrarse de manos a boca con una esperanza. Ha alcanzado a distinguir a Juan Carlos en la puerta de Margarita. Y una idea lo embarga y florece en cierto plan factible

-¡Coco! -dice- ¡No esté triste, Coquito! ¡Esta la ganamos, Coquito! ¡Alguna tenemos que ganar! ¡Les vamos a robar la perra, si Dios quiere!

* * *

Junto a la tierra, un celeste que se va haciendo rosado al subir. Y un rosa fuerte que, arriba, se torna celeste. Envolviendo a la luna vaguísima. Tías cercos de cina-cinas rayan el cielo, las cañas con sus plumachos enhiestos, con sus lanzas doradas. De un rancho lejano asciende humo en columna que se ensancha en el aire otra vez quieto. Pasa una vaca por el callejón. Tarda, lenta, con la misma expresión del paisaje en las grandes pupilas. Detrás, un niño. Tararea un estilo con voz velada. La canción se funde en el ambiente como una nota más en un acorde perfecto. En el cielo, el celeste se azula. Sube y desciende diluyendo los rosas, que ahora toman un tinte violáceo. Y la luna afirma su plata, su azogue, su brillo. Flota en el aire casi imperceptible polvo morado. Un poco más de sombra y las estrellas desgarrarán sus velos. Rodeando a una cabeza desangrada.

-¿Y si la inteligencia fuera un pértido agente de muerte'-se pregunta el joven mientras sube hacia el Centro- ¿Si ella tendiera a un inerte equilibrio en su remoción del mundo?

* * *

Yuca Tatú,⁽¹⁾ que bien pudiera trocar el apodo que de niño le pusieron por el de Yuca Quiyá⁽²⁾ ahora ha llegado por la mañana del Arazatí. Vino con un muy buen cargueo de pieles de nutria. Ya las vendió. Tiene su cinto por consiguiente, repleto de monedas. Y ha concurrido al Bajo a divertirse. Ya «anduvo» con una mujer. Ahora bebe caña, dichoso en una mesa solitaria de lo del Tuerto. A las dos de la mañana la muchacha vendra a buscarlo. Después que se cierren los prostíbulos. Ya arreglaron el precio. Tomarán un rato juntos, como cuestión previa. ¡Es tan lindo conversar familiarmente con una mujer! Frente a frente. De cualquier cosa. Esto es casi tan bueno como lo otro, como echarla en la cama y acostársele arriba. Se bebe en un rincón de la taberna, y se conversa. Cada cual cuenta sus cosas. Y luego el sueño y el deseo que llegan despacito, embargantes, promisoires. Una mano se dirige sin pen-

(1) Yuca= mata, tatu, especie de armadillo

(2) Matador de nutrias

sar hacia otra mano. Se bosteza con una sonrisa. De todo fluyen como corrientes que convergen en la pareja, que la rodean como a una isla y que siguen insinuantes hacia la pieza a media luz donde hay una cama espaciosa, limpita. ¡Y esta demora sin zozobras despierta algo tan hondo en el alma! Entonces, después de esto, sí puede uno irse meses y meses a chapalear en los esteros, cuerpeando yataiás, rodeando el interior de la mísera cabaña del monte con lonjas de cuero de venado que ahuyentarán a la víbora. ¡Entonces, sí! Pues uno sabe que al regreso, después de pasar por la barraca a vender las pieles, la vida parece un sueño. Y hasta... Y hasta muchas cosas más que un sueño, piensa Yuca Tatú. Porque no olvida cierto acontecimiento memorable en su vida, cuando después de una semana sin salir de los callejones del Bajo hasta quedarse sin un cobre, María lo quiso seguir. María no tenía nada de linda. Él la había observado muy bien al principio. Y la imaginación poco pudo hacer, después, frente a las impresiones que al conocerla, grabó en el espíritu su ojo avizor. Tenía la nariz un poco aplastada. Era pequeña y de senos flácidos. Pero, aun así, a él le fue gustando cada vez más. ¡Y ella, la última noche que pasaron juntos se quiso ir con él, seguirlo por los esteros traidores a la choza donde se estira entre estacas la piel de las nutrias y donde el cuero del venado cierra el paso desde lejos a las yatarás! Yuca Tatú comprendió que así, ya sin un cobre en el tirador, era más que

locura llevarla. Pero pensó que trabajando mucho, mucho, que interándose todavía más en los esteros y atendiendo mas trampas, podría regresar para la primavera y hacer bastante plata. Y Yuca Tatú enflaqueció entre las espadañas. Y regresó cuando permanecían aún los fríos sobre los pagos del Arazatí. Más en el Bajo ya no estaba María. Se había ido, primero, a Polanco del Río Negro, después. Unos decían que estaba ahora en el pueblo de Olmar, otros allá por el Azul, en la Argentina.

-¡Pero, Carlitos! ¡No le dijeron que estuve hoy en su casa a verlo?

-Sí, me dijeron. A ver, mozo, qué se va a servir mi hermano Yuca Tatú.

Y Juan Carlos toma asiento frente a la sonrisa del indio querido.

* * *

Desde la entrada una mujer recorre con la vista la concurrencia.

-¿Dónde anda mi nutrierio?

Es Petra. Es también un resplandor en las angulosas facciones curtidas de Yuca Tatú.

-Aquí hay un pedacito. ¿Cómo le va diendo a usted, señorita?

Después de un momento Juan Carlos los deja solos. En el mostrador se detiene con el Tuerito, quien abandona por saludarlo su libro diario donde esta noche está anotando en el Debe: «Eusebio tres cañas» «El Mellizo Juan no el que viene con él de botas coloradas, veintiocho centésimos prestados» «El del sombrero de paja dos copas caña un paquete tabaco un librito papel»

Luego el joven se hunde cabizbajo en la boca de lobo del callejón. Allí arriba, sin embargo, hay algunas estrellas. Parecen más lejanas que otras veces. Como si hubieran subido más, como si la tierra hubiera bajado más.

Yuca Tatú se acomoda en la silla. Y frente a los ojos vivos de la muchacha, después de pedir dos cañas grandes, se dispone a conversar.

Juan Carlos camina hasta encontrar la calle de La Cachimba. Entonces tuerce a la derecha y va subiendo. Se ve allá, a lo lejos, el impreciso chorro de luz que sale del café. El pueblo duerme. Lo despierto anda en el Bajo, a sus espaldas, o como él, buscando refugio en las «cachimbas» del Centro. En la obscuridad recortan su masa más negra y opaca las casas, a los lados de la calle. Son casas bajas, chatas, de sombras tétricas. Ahora, en esta noche altísima y serena, provocan ideas absurdas de los seres que en ellas duermen. Extremadamente altos y enjutos, o gruesos y patizambos, con anchas cejas unidas y mejillas de cartón. Con caras que resonarían a hueco, sin despertarlas, si uno

les diera tinguñazos. Ah, la calle parece, ahora, un extraño cementerio de tumbas en doble fila que a lo lejos se estrecha delante y detrás del que la transita. Juan Carlos siente resonar sus pasos sin que les conteste ningún otro rumor. Pero no. Alguien avanza hacia él. Alza entonces la abatida cabeza. Reconoce. Es la Nena que viene del figón con su traje negro, de botoncillos rojos en la pechera y los puñitos, caído el cabello sobre los hombros. El se para, estremecido.

-¡Te fui a buscar! ¿Por qué sos tan malo conmigo?- exclama la Nena buscándole los ojos.

El tono doliente desarma a Juan Carlos.

-¡Que! ¿Es que vos! ¿Es que!

Esto lo dice sin energía, como un niño empecinado.

-¡Si yo tengo la culpa, perdoname, Juan Carlos!

Va a prorrumpir en sollozos. Juan Carlos se crispa.

-¡Por favor, no llores! -implora con desesperación casi iracunda- Si llorás no me verás nunca más en la vida, ¿oís?

En seguida, bajando la voz.

-Vamos, dame el brazo.

Vuelve sobre sus pasos con la joven y toma a la derecha, hacia lo de Zulema.

Poco a poco, a Juan Carlos le van sugiriendo menos las casas tendidas a los lados de las calles. Va ensimismándose. El mundo exterior comienza a dejar de existir para

él Después, apenas un brazo, al que aprieta tiernamente contra el suyo Porque el resto de la mujer se ha fundido totalmente con él en su espíritu

Al abrir la puerta de la alcoba, un olor a bebidas y a humo de tabaco se abalanza hacia afuera, penetrante En su apresuramiento por salir, la joven prostituta no retiró las colillas de cigarro, las botellas y los vasos de la mesa, restos de una costosa fiesta de despedida de soltero que terminó allí

Como el barrer de noche trae mala suerte ella recoge los puchos con la mano para arrojarlos al patio

Se acuestan y apagan la luz Él aspira el humo de un cigarrillo Pasando el brazo bajo la cabeza de la joven, la acaricia

-Déjame llorar

-¡Estás loca! Ahora que ¿No estás contenta ahora?

-¡Sí estoy! ¡No puedo aguantar más!

Y se torna y lo abraza, sollozando

-¡Boba! ¡Mire qué niña!

Arroja el cigarrillo Y la abraza a su vez Se humedece la boca en las mejillas, en la boca de la Nena Ha pasado la mano sobre el tibio seno. Y lo acaricia Sin darse cuenta al principio Ella lo apresa, lo cierra entre sus piernas Hasta que él hace un movimiento rápido y queda encima Una mano vuelve a pasar bajo el cuello de la muchacha, sigue hasta posársele en la frente, apretándosela La

otra se hunde bajo la cintura y atrae fuerte sostenidamente,
hacia él

Cruzan hacia los campos tres campanadas recónditas
Más que de arriba de la torre, parecen haber surgido de
lo profundo de la tierra

* * *

¡Hoy es la elección! De un tiempo a esta parte, entre el creciente desaliento de Juan Carlos suben
enardecedoras la alegría y la esperanza

A la una de la madrugada llega acompañado por
Martín, a La Cachimba Se habían encontrado con Pancho
y con el Flaco Pero se saludaron y siguieron Ya los colorados y los blancos, por amigos que sean, no andan juntos
hasta días, a veces hasta semanas después de los comicios
En tales circunstancias cualquier expresión puede, sin querer, herir tanto

-Caña

-Cañas grande

Hay mucha gente Humo que atenúa la ya escasa
luz Olor a carne asada, que viene del fondo Casi todos los
concurrentes muestran en el ojal del saco una flor del color
de su partido Algunos golillas tendidas Flores y golillas
blancas, aquí -en sustitución de la divisa de guerra-, pues
La Cachimba es casi un cantón de los nacionalistas

Golpes sobre las mesas. Ruido de vasos. Risas

-¡Mañana los redotamos pa siempre!

-El salvajerío no más como perro en cancha e'bocha!

-¡Por fin les v'a llegar el turno!

Un indiecito, junto al mostrador, bebe entre dos emponchados que a cada movimiento de las botas con nazarenas hacen un ruido de carro en pedregal. Se acerca a la mesa de los arrinconados jóvenes. Tiene una alegría de niño en el rostro.

-M'iba a du' a dormir, pero ¡quién puede dormir n'una noche d'estas! Sirvansén de algo

-Gracias, ya pedimos. Pero te invitamos a ti. ¿Qué tomás?

Entra el Mellizo Juan, con espuelas él también y poncho. Borracho y de golilla tendida, «no más». Al ver a Eusebio le tiende los brazos. Pero se le traban las piernas y da de bruces.

El otro lo ayuda a levantarse. Se abrazan.

-¡Hermano, esto es una fija, no más! ¡Tenemos el triunfo en la mano, no más!

Se ha puesto los lados del poncho sobre los hombros, quedando, así, como con la ajada estola de un cura más chico que su antecesor. Y, frunciendo la boca, imita el son del clarín tocando a la carga.

-¡A deguello aurita! ¡Aurita a deguello! -piden a gritos, jubilosos los gauchos del mostrador

El Mellizo Juan va a acceder Pero como en el mismo instante aparece en la puerta del fondo el jorobadito Carlín, se echa sobre él, lo tumba y, haciendo como que manotea el cuchillo le hunde un dedo en la garganta

Entre la algarabía general Carlín se levanta iracundo

Alguien, desde un rincón, hace tambor con su mesa

Salтан vasos

El jorobadito se sacude la ropa jadeante

-¡S enojó hermano! ¡Pero hermano !

Una voz llega desde la enramada del patio, doliente y clara

¡Oíme, patria querida!

¡Oí a tu hijo abandonado!

Se hace un brusco silencio Entonces puede escucharse también el guitarrero del payador

-¡Y pensar que el lunes ya nadie se acordará de ellos!

¡Ah si yo tuviera valor! ¡Pero soy un cobarde, un egoísta asqueroso!

Se pone fuera de sí Sus ojos llamean Cierra la mano y la da en la mesa

-¡Soy un miserable! ¡Yo, sí, yo que parezco tan bueno! ¡Si lo fuera, arrojaría lejos todo lo mío, viviría como

esos desgraciados, les enseñaría a matar y a devastarlo todo!
¡Pero temo, temo por mí! ¡Me da lástima de mí!

-» ¡Abandona a tu padre y a tu madre» -recuerda en voz baja Martín, al cabo de un momento, mirando al suelo. Y con una sonrisa amarga, sigue- Creo que yo nunca he leído eso. ¡Pero mirá que lo repetías antes cuando te había dado por leer la Biblia!

-¡Sí, sí! ¡Pero para eso se precisa ser duro! ¡Y yo soy una porquería! ¡Y pensar que todos creen que yo me llevo el mundo por delante! -ruge golpeando nuevamente la mesa con los puños

Calla, ahora. El rostro va adquiriendo su natural dulzura triste. En los ojos brillan lágrimas apenas contenidas. Bruscamente, cogiendo el brazo de su amigo, vuelve a hablar.

Te juro que cuando alguien me mira con cariño y con respeto me dan ganas de llorar. ¡Dime que soy un estropajo! ¡Dímelo fuerte, para que lo oiga hasta romperme los tímpanos!

-¿Y yo, entonces? -balbucea ahogado Martín, con la boca crispada- Juan Carlos, todo esto es demasiado para nosotros. ¿Quién diablos lo entiende? Es que no se trata de abandonar vivos, se trata, en nosotros, de abandonar muertos, nuestros muertos.

En el patio, el payador sigue desgarrante, entre la sombría milonga

¡Ay, patria qué desdichados!

¡A mí me ponen un yugo

Y a ti te han encadenado!

-¡Vamos! ¡Vámonos de aquí!

Al verlos retirarse Eusebito sale y los ataja. Y de la calle se aproxima con cara de sobresalto Manuel Benítez seguido por su perro Tupambay o Coco.

-Voy, entonces, esta noche ¿no? -pregunta Eusebito, muy misterioso.

-Sí -responde Juan Carlos rehaciendo su cara descompuesta- Margarita, a las tres, va a abrir la puerta. Vos esperá con cuidado de que no te vea alguno.

-¿Y nosotros? -interroga a su vez Manuel Benítez por él y por su perro.

Tupambay o Coco parece inquirir también, moviendo la cola, los ojos fijos.

-Ustedes dos váyanse a su casa y esperen allí. Buenas noches.

Ya en la calle, un grupo de parciales que viene subiendo de los suburbios los reconoce.

-¡Viva la Patria!

-¡Viva! -contestan los jóvenes, descubriéndose.

Llegados al prostíbulo, sale Renée a abrir.

-¿La Nena se acostó ya?

Renée rodea con un brazo la cintura de su amante y lo lleva a su cuarto

-¡Ay! ¿No sabés que la Coca -va diciendo muy disgustada-, otra vez me mandó decir ?

-¿Por qué le hacés caso? ¡Si la Coca es loca! ¡No le hagas caso!

Juan Carlos se queda solo. Enciende un fósforo y empuja la puerta. Un instante permanece inclinado sobre la Nena dormida. Su forma larga y fina se dibuja bajo la sábana.

Se quema los dedos. Enciende otro fósforo y da luz a la lámpara.

Ahora, de pie en medio de la alcoba bañada en celeste, difusa claridad, los brazos a la espalda, mira hacia el lecho.

-¡Soy despreciable! ¡Soy despreciable!

Quiere cortar así un ensueño que le nace sin mercerlo, porque lo tranquilizaría y él debe expiar, que le hace multiplicar situaciones cumplidas de su deseo que no debe consentir transcurran en su espíritu, ya que no se ha sentido capaz de realizarlas.

Al acostarse, la muchacha despierta, lo mira fijamente. Y le ofrece su boca.

* * *

Suenan las tres en la lejana iglesia Y las campanadas pasan por encima del Bajo, siguen hacia los campos

Duermen todas, ya menos una, en el prostíbulo de Encarnación Al escuchar la hora Margarita se sienta en la cama, aguzando el oído

Silencio

Baja del lecho Se ha acostado vestida Sólo se quitó los zapatos Que no se pone, ahora al dirigirse en la oscuridad hacia la puerta que da a la calle.

Silencio

La entreabre

Junto a un paraíso distingue un bulto

-¿Sos vos, Eusebito? -pregunta muy por lo bajo

-Sí

-¿Y Juan Carlos?

-Está en el Centro

-¿Y Manuel?

- Se fue para la casa a esperar

-Bueno, esperá.

Margarita abre cautelosa una puerta interior, y siente entonces clarito los golpes del corazón Sus pasos callados se dirigen hacia el fondo La noche es estrellada y serena ¡Qué ronquidos confiados los de Encarnación! Un gato, entre los yuyos le muestra dos ascuas verdosas Pero un momento, tan sólo Porque las apaga y huye hecho otra de las sombras

Junto al aljibe, Margarita se detiene Vuelve a escuchar Mira hacia atrás . Ya sigue

-¡Chicha! ¡Chicha! ¡Quédese calladita, m'hijita!

La perra, reconociéndola, se agita ansiosa en su encierro

La mano levanta la aldaba, entreabre la puerta del improvisado claustro

Cuando Milonguita se escurre la mujer la agarra y la alza como a un niño.

-¡Calladita! ¡Quédese calladita, m'hijita!

Ha pasado el aljibe Tras Margarita, entre el yuyal, se han encendido de nuevo dos ascuas verdosas

¡Qué ronquidos confiados los de Encarnación! Parece un serrucho deslizado en madera muy dura . ¡Jdrjjj! ¡Jdrjjj!

Se interna por el pasadizo y llega a la alcoba

Silencio

Se asoma a la calle

-Aquí está, tomala

La perra pasa a los brazos de Eusebito

-Está bien Hasta mañana.

-Adiós, Eusebito ¿Estaba la Nena con Juan Carlos?

-No

-Adiós, Eusebito ¿Entonces no estaba?

> * >

En la ya a oscuras habitación, la Nena duerme Entre los brazos de Juan Carlos descansa su carne triste El pega su cara a la cara de la joven prostituta Una removedora ternura ha ido desbordando su corazón Voces, gemidos ahogados Hacia el se dirigen Manos implorantes . Poco a poco va trascendiendo su ansia hasta abarcar el mundo, hasta hacerle sentir que es la humanidad entera lo que tiene entre sus brazos, triste y fatigada, impura y santa

Juan Carlos había querido interrumpir ese ensueño porque el desahogo que le trae no lo merece Ahora le ha envuelto la razón en sus mallas Ahora el lo acepta y lo vive Inconsciente, aprieta más los brazos

La Nena abre los ojos, estremeciéndose

-Descansa descansa con confianza Estoy yo aquí, para siempre, ya -oye la voz de su amante de su todo, entre la oscuridad

-¡Sí! -contesta ella asombrada e inquieta

Él sigue aunque oprimiéndola más, dirigiéndose al mundo, del cual se siente un hijo ingrato

-Ya nunca nunca más volveré con los míos Seré bueno por fin Sere espantosamente bueno Moriré por ti. ¡Ah no! ¡Más bueno más bueno, todavía! Mataré por ti

-¡Sí! -repite la muchacha

No comprende nada Pero estas palabras para ella sin sentido son pronunciadas con un acento tan evidentemente doliente y dulce

Tañen las tres en la lejana iglesia. Las campanadas
pasan por encima del pueblo, siguen hacia los campos.

Suenan los silbatos de los guardias. Y todo recobra
su quietud

Es la humanidad entera callada en sus brazos
hercúleos. No es desvarío. Es no más

- ¡Duerme! ¡Descansa! ¡Soy yo quien vela tu sueño!
¡Yo, que te amo!

Y la proyección de esas palabras pasa por encima
del pueblo, sigue hacia los campos

* * *

La Nena se ha desvelado. Sin saber la causa siente-
se más dichosa que nunca, segura como nunca de su aman-
te. La rival presentida, a quien antes imaginaba según las
circunstancias, alta o baja, rubia o morena, pero bella y
pura siempre, y quien, desde el encuentro en la farmacia,
se le presenta bajo la figura de Olga, va alejándose, bo-
rriándose, haciéndose cada vez menos temible hasta ad-
quirir tal aspecto de tristeza que a ella misma le causa pie-
dad. Concibe hasta una solución conciliadora. Pero sólo
un momento. Porque el ensueño, el ardiente, salvaje en-
sueño de su corazón sigue arrollador. Y se ve ella sola
dueña de su hombre, sólo ella, sólo ella, en medio de una
tibia soledad.

Le cubre de besos.

Él enciende un cigarrillo y aspira el humo ansioso

-Después que voten todos ¿me vendrás a buscar para ir a la Picada?

-Bueno

-Pidiéndole vos, doña Zulema me deja salir desde temprano ¿Que lindo! ¿Andaremos en bote y todo!

-¡Claro!

Ella se sienta en la cama, acariciadora

-¡Usted es muy malo! -exclama

Y jugando con la verdad como un niño con un cuchillo, radiante y sin memoria agrega mimosa

-¡Usted es muy malo conmigo! ¡Me hace sufrir mucho! ¡Me da muy mala vida! Yo me tendré que ir de aquí

No ha habido golpes, palabras que queman Ni agarradas del pelo ni empujones contra los muebles Nunca ha estado de bruces en el suelo, llorando Ni a sus oídos llegó jamás «¡Perra!» «¡Te olvidas de que eres una perra y de quién soy yo!» Lo que ha habido es un amor hundido en el embeleso Y un niño grande junto a su corazón feliz

-¡Yo me iré, sí! ¡Me tendré que ir!

Y ríe y lo besa, iluminada

-¡Cállate!

Ella guarda silencio porque la palabra es pronunciada con mucho imperio Pero tal alegría retozona le bro-

ta en el alma, que salta del lecho, se viste rápida y comienza a caminar a grandes pasos por la habitación

Aventa con la mano el humo del cigarrillo. Aproximándose a la silla donde él colgó el saco, revisa uno por uno los bolsillos. Cuenta el dinero. Saca un lápiz. Abre las hojas del cortaplumas. En uno de los bolsillos halla una carta que Juan Carlos olvidó franquear: el sobre está abierto todavía.

Sentándose en la cama, desplégala al revés y, con infantil curiosidad, clava los ojos en los renglones para ella enigmáticos. De pronto, tal como cuando por la noche atraviesa el ancho patio del prostíbulo y entra con recelo en la habitación a oscuras y enciende la lámpara, así siente que las líneas pierden sus formas sobrecogedoras y se hacen amigas y le revelan su sentido. Una dicha inocente va resplandeciendo en su alma.

-¡Yo no quiero más que a la Nena! -musita cual si leyera- Por eso no podré ser nunca más tu novio. No iré más a tu casa. No te escribiré más.

Los labios se mueven velozmente, ahora, pero sin pronunciar palabra. Hasta que, recobrando el hilo de su agitado pensamiento, continúa con voz solo para ella perceptible.

-Adiós. Me quedo con la Nena. Para siempre. Para toda la vida.

Dos lágrimas asoman a sus ojos dichosos Deja la
carta sobre la silla

-¡Ay, mi querido! -exclama

Y se arroja sobre su amante y lo cubre de besos

Por la entreabierta ventana que da a la calle por los
resquicios de la puerta penetra la luz celeste en que el azul
de la noche se ha ido diluyendo Y con la luz un olor fresco
a gramínea, a tierra húmeda, a flor recién nacida

Un carro cruza por la calle. Luego otro Pasos apre-
surados de alguien que silba alegremente Ladridos La voz
de un niño

¿Un niño a estas horas, tan de madrugada?

Silencio

* * *

Bocinazos de automóvil cada vez más frecuentes
Juan Carlos tiende la mano hacia el chaleco y mira
la hora

-Las cinco Deben de ser los delegados a las mesas
de campaña Es temprano todavía A las siete debe estar en
el campamento

-Te voy a cebar mate

-Bueno, ceba

La Nena abre la puerta Una claridad ya dorándose
entra a la alcoba

-¡Dios quiera que ganen ustedes! -exclama al salir

-¡Sí, claro!

Juan Carlos se queda solo

-Ganar ¿Ganar qué? -se pregunta de pronto, con rabia- ¿Quién ganará nada? ¡Ni nosotros ni ellos! ¡Nadie!

Su ceño se desarruga La honda tristeza de sus ojos vuelve a prevalecer en la cara

-¡Pobres! -suspiró- ¡Pobres de ellos, de mí de todos!

Radiante, entra le Nena con el mate y la caldera Y Juan Carlos experimenta de nuevo una ira sorda en el corazón

Se incorpora a medias. Ella se sienta a su lado.

Al mirarlo, al ver un hondo pliegue entre las cejas de su amante, comprende que debe cebar el mate sin chistar, que no puede sonreírle ni hacerle una caricia ¡Sí, sí! Que no debe hacer otra cosa que cebar mate

* * *

Antes de las siete llega al lugar del campamento, campito con un enorme ombú y de rancho a la calle En la calzada y también adentro, hay caballos maneados

Entra en el rancho, donde una larga tabla fundada en caballetes muestra encima pilas de hojas de votación

Entre los grupos ve a Eusebio, al pardo Luna a Bonifacio

En el campo cercado de pitas como de bayonetas, ya están preparando las canchas de taba. Otros hacen rueda junto al gran fogón donde los cocineros ponen asadores de reja y dos grandes tachos enormes con agua a calentar para el puchero

Eusebio se aproxima

-Ya está la perra en lo de Manuel

-¿No te vio nadie?

-No

-Bueno

-¡Hoy ganamos no más! ¡Hoy sí que ganamos, no más!

Es el Mellizo Juan entre el ruido de sus nazarenas, con su poncho, su golilla tendida y una ancha divisa en el sombrero. Amarillenta ya. La del finado su padre. Tiene una inscripción bordada en oro: «O libres o nada»

El Mellizo Juan ha pasado por el rancho sin ver a nadie. Y se pierde en el campito, al gritetío

-¡Hoy ganamos, no más! ¡Hoy robamos la plata, no más!

Juan Carlos ha erguido la cabeza con los ojos llamcantes. Va a gritar

-¡No! ¡Mentira! ¡Yo también los he engañado! ¡No nos crean, por el cielo!

Pero se contiene

Agacha la cabeza y sólo musita, entre dientes, con doble sentido

-¡Quién sabe!

Comienza a sorber un mate. Siente asco de sí mismo, obediente a designios de lejanos hombres a quienes apenas conoce. experimenta duro rencor por todos los que lo rodean allí o ya se vienen acercando desde las rancherías y los campos circundantes. amigos suyos, antiguos soldados de su padre. hijos de esos soldados, que ahora lo siguen también a él, y también ciegamente.

-Estos son los que tienen la culpa de todo! ¡Éstos son!

Una llamarada le quema los sesos. Tiembla de rabia. Agarra otro mate, el que le ofrece un hombrecillo de ojos estrábicos

-¡A ver, imbécil! ¡Este mate está lavado!

Y en pleno pecho del cebador va a dar el mate arrojado con fuerza certera

-¡Pero, don Juan Carlos!

El líquido verde e hirviente pone grandes manchas sobre la pechera de la camiseta, sobre el saquito de brin del cebador, sobre sus encogidos, casi a media canilla pantalones blancos. Juan Carlos dilata con estupor los ojos. Y oye desde el fondo de su ser una voz que lo abruma. «¿Y tú, qué les has dicho? A ellos, que te quieren tanto, qué les

has dicho, tú tú Juan Carlos, precisamente por ser hijo de tu padre, que los llevó con él al frente, hacia la muerte?»

El desgraciado, cabizbajo saca el pañuelo. Se sacude la yerba, se enjuaga. Y repite con amargura

-¡Pero don Juan Carlos!

Nadie los ha visto. Todos andan por las canchas de taba, por el fogón acogedor

Juan Carlos saca también su pañuelo y lo ayuda a secarse

-, Es que yo me pongo loco, de repente, querido!

-, Y ahora asín asín? ¿Y cuando me miren los de la mesa de votación?

-Ahora yo mando a casa a buscar un traje para vos. Discúlpame, Jesús. El mejor que tengo. ¡pues viste que cosas me pasan, Jesusito!

Con los puños crispados Juan Carlos va hacia la larga mesa. Y entre las hojas de votación, se acoda, sombrío

-Don Juan Carlos, esto lo manda mi mama, y que después venimos todos.

Son una niña y un niño. Descalzos

La niña entrega un gran ramo de flores. Tiene los ojos luminosos, la cara fresca, la ropa en harapos. El pequeño, cubierto con chiripacito y camisa, ostenta un aire demasiado prematuramente grave. Provoca, sin embargo, más tristeza ella que él, a quien no los conoce

Juan Carlos les ofrece unas monedas

La niña las toma las mira y les sonríe

-Dice que después venimos toditos- repite

El gurí no dice nada Mira no más Porque es mudo.

Salen hacia la calle

-Pruebe Lo apronté otra vez

Juan Carlos no se anima a mirar al hombrecillo del mate. Con los ojos bajos, dice

-¡Ahora sí que está lindísimo!

Devuelve el mate Siempre acodado en la mesa, sus manos se posan ahora a ambos lados de la cara Poco a poco, un ansia infinita, una tensa compasión van envolviendo su alma Y siente como que le desgarran las ropas a manotazos; como que le arrancaran los miembros y las entrañas en medio de una felicidad suprema ¡Él se da se da sin last' ¡ma! Adquiere, ahora la forma de un árbol, de un ombú de grandes ramas amorosamente extendidas, protectoras .

-¡Buen día! Deme una lista de votación Así voto de los primeros por ese la primera vez Primera vez, parece mentira, que puedo servir al partido

Es Carlín, el Jorobadito

Juan Carlos estrecha la mano que le tiende.

-¿A ver la boleta? Te toca votar en la Iglesia

Pero falta como media hora

-Si cuadra vi'hacer un trito a la taba.

Carlín sale hacia las canchas con unos billetes recién embolsicados

- ¡Pa la suerte! ¡Pa la suerte de las elecciones!

Esta vez el jorobado no se disgusta porque un partido confianzudo le palmea la giba. Al contrario, ríe alocadamente. Y con los ojos fulgurantes, corriendo, dando saltos, frenético, presenta a los más próximos su lomo deforme, gritando

- ¡Toquen, toquen! ¡Pa la suerte del partido! ¡Viva la patria!

Muy atareado, sin reconocer a nadie, atraviesa el rancho, hacia la calle, al ruido de sus espuelas, el Mellizo Juan. Como de su cincha lo sigue un indio corpulento con párpados de recién levantado de la cama que, al salir, lanza un grito aguardentoso:

- ¡Viva la memoria 'el finao mi padre!

En el primer coche que llega Carlín y el bizco cebador se dirigen a lo de Juan Carlos a hacer el cambio de traje

* * *

- ¡Al tiro voy dos riales! ¡Dos riales al tiro!

- Pago

- ¡Poniendo estaba la gansa!

- Un rialito más

-Pago
 -¡Suerte no más!
 -¡Mama, el chiquito quiere teta!
 -¡Yá voy, te digo! ¿Y la cédula don, es a rial el saque?
 -Por un rial puede sacar usted cualquier cosa. Un puñal, una boquilla, un relós, un guardapelo.
 -¡A ver los que tienen que votar en el Parque!
 ¡Ahí está el auto! ¡A ver los del Parque!
 -¡Los del Párquee! ¡Los del Párquee!
 -A mí me dijeron que tenía que votar en el Parque.
 ¿No quiere entrar en esta suscripción pa este pobre manco?
 -¡Caña fresquita! ¡A rial la copa! ¡Guarda, mudito!
 ¡No ande estorbando!
 -Dame dos cañitas.
 -Una primero y otra después, caballero, porque no tengo más que un vaso.
 -¡Mama, el chiquito está llorisquiando!
 -¡Ya voy, te digo! ¿Y si no saco ni guardapelo, don, ni bombilla ni nada? ¡Ay, qué lindo qu'es este guardapelo!
 -¡Jueguen, caballeros!
 -Metele al siete, que se están dando contrajudías.
 -Es juego de menores.

-Sota en puerta De cinco riales, tres riales y medio
De un rial, un medio De un medio, un medio, de un medio
un medio de un medio, un medio Doy en tres por cinco
riales ¡Fresquito! Falta un rial y medio Gueno, me doy
guelta ¡La sota! Doy cachucha por el peso, caballeros
-¡Cuidao de las espuelas! ¡No peche pues, amigo!
-Y si los salvajes no entregan el poder ¡Jue sin
querer, amigo! ¡Y si no entregan el poder, se lo sacamos
a punta e' lanza no más! ¡Viva la revolución, no más!
-¡Viva la memoria 'el finao mi padre, no más!
-¡Hele no peche!
-¡Es que uno anda apurao, no más!
A ver los que tienen que votar en el Barrio Indus-
trial Ahí está el auto
-¡Los del Barrio Industriaal! ¡A ver!
-Tray al chiquito p aquí que ya es hora Venga,
m'hijito quieto Tome la teta ¡Que lindo ese guardapelo
pa guardarle un rulito a usté pa cuando síá grande!
-¡Un rial, señores! Con un rial pueden sacar cual-
quier cosa Un cuchillo, un relós, una pulsera
-¡Esa taba está cargada! ¡A mí no me roba naides! ¡te
vi'a dejar el cuero como pa cernir melones, mulato trompeta!
-¡Esa no no era mi mi taba! ¡Yo yo devuelvo
la plata!
-¡Peliá, maula! ¡Peliá ladron!
-¡Guard esa daga! ¡Respeten! ¡Respeten estas canas!

-¡Mama, compré el guardapelo p al chiquito y pa mí el relós d' oro!

-Para la Iglesia A ver los que van a la Iglesia

-A rial la copa Caña fresquita

-¿Ves? Aquel qu est allí es mi tata. El de chiripá floriao Es nuevo el chiripá porqu e una colcha

-¿Y tu marde?

-Yo no tengo Yo ante tenía Pero asigún mi tata dice que nunca tenía ¡Yo qué sé!

-Yo tengo marde, solito Y bisaguelo

-¿Y tata?

-Mi marde dice que a mi tata lo mataron los coloraos

-A mi tío lo mataro los coloraos Y al finao Urbano, también Y a un qu'era del Guaycurú, que le decían el Tordillo ¡El colorao mata mucha gente!

-¡Tenés un mosquito en el pie! Mi mama tiene un espejo grande y un anillo ¡Es mu linda marde!

-¡Uta que debe ser lindo tener marde!

-¡Ah y seguro!

-Tuquito tiene una marde qu'es una seda ¿Qué lo vele a ese mosquito?

-¿Ves cuál es mi marde? Es aquella qu está con el chiquito alzao Allá, al lao de las rifas

> * *

„Qué voz llega? ¿ Viene de arriba, del cielo, o de
abajo, de los hondones de la tierra? ¿ Por qué no estremece
ningún tímpano y no se hunde en la cabeza y se revela? ”

¡ Ah no! Aquel hombre que va y viene por el campito
y da órdenes e indica dónde hay que votar, aquel hombre a
quien se lanzan miradas de profunda simpatía de amorosa
fe, la está escuchando.

¡ Mal hayas sol de noviembre -dice la voz- bello
sol de este desnudo día de noviembre!

Tú que enciendes la buena y la mala semilla y no
llamas en el corazón al germen dormido

Mal hayas tú, operador de milagros en la planta y
en la piedra, que no llegas al alma aterida

Brilla, no más, sobre los ferrocarriles y los puentes,
sobre los automóviles y los aeroplanos

Dora la cúspide de los rascacielos, la antena de las
radios y todo lo levantado sin goce por los que han sido
constreñidos a curvarse

Separa, diferencia, ¡ oh alto sol de noviembre!; que
nadie confunda a un hombre con otro hombre.

Haz que se advierta el zapato descosido, el desgarrón del traje la perla sobre el pecho y el anillo en la mano

Arde en las pupilas alegres de los ahítos, patentiza
el rubor y la lágrima en la faz del mancillado

Muestra el ojo del sin cosas el predio cerrado los
caminos sin fin que han trazado los cercos para que no se

detenga, senderos de muerte que alejan siempre y nunca aproximan

Evidénciale, detrás de las vallas, al tierno cordero y a la espiga en sazón

Revélele los frutos del árbol de brazos contenidos a hacha cuando se alargan hacia afuera, saca hacia su vista el interior de las casas de lecho y plato

Haz visibles las huellas de sus pisadas si delinque, y persíguelo con tu luz como perro de caza

Y señálale al mismo tiempo las bellezas levantadas, diciendo al que no ha de gozarlas. ¡Mira lo que consiguió tu esfuerzo! Y al que tiene hambre ¡He aquí tu oigullo, Rey de la Creación!

¡Ah, si pudieran cortarse las horas del día de las horas de la noche, y se arrojaran al abismo las luminosas!

¡Y si se anegaran las usinas en sus fuentes, y se vieran días negros sobre la tierra!

¡Mal hayas, limpio sol de noviembre! ¡Mal hayas tú el de todos los días del tiempo!

¡Oh, es de abajo que llega esa voz! ¡De los hondones de la tierra!

* * *

-Deme un pedazo de asao pa cinco

-Deme asao pa once

-¡No no! ¿Primero, el puchero! ¡Si no, si'acaba l'asao!
¡Saqu'esa mano, he dicho!

-¡Los gurises p'atrás! ¡A ellos se les v'a repartir aparte!
¡Los gurises tuitos p'al ombú!

-¡Deme asao!

-¡L'asao, tuavía no, si'ha dicho!

-¡Métale l'indiada, no más! ¡Esto é sun triunfo completo, no más!

-¡Viva la memora 'el finao mi padre nomá!

-¡Venga, Mellizo, tire un tajo! ¡Cuidao que s'enneda!

-¡Yo no como, no más! ¡Yo, y éste tenemos que andar recorriendo, no más!

-¡Mamá! ¡Mamá! ¡Siá perdido mi mama!

-No llore, amigo. Por ahí tiene que estar ¿Cómo se llama su madre?

-¡Justina!

-¡Justínaa! ¡A ver quien es Justínaaaa!

-¡Yo soy! ¿Quién me llama a mí? ¿Qué hay?

-Yo temba miedo que uste si había perdido

-¡M'hijito, no llore! ¡Ya stoy con usté! ¡No llore!

-¡No atropellen, pues! ¡Si van a comer todos, pues!
¡Cuidao con los tizones!

-Sí, cuando siá grande yo v'andar de anillo ¡Ta lindo el puchero, che! ¡Tiene hasta garbanzos y hasta chorizos!

-¡Sí! ¡Y mirá morcilla!

-Mi marde trajo una bolsa pa llevar carne Che y me dijo que cuando yo fuera grande, l'anillo de oro con piedra era pa mí

-¿Ah, sí? ¡Pero mir'a tu tata viejo! ¿No come? Ta sentao n'el ombú, solo

-¡Pucha, mi mama si'ha olvidao d'el! Y él no si'ha dao cuenta'e nada Como está sordo, como está cegatón completo ¡Y está muy ido! Tiene ciento sai saños, ya pa ciento siete

-Vamo a'genciarle un plato

-¡Vos ya tenés plato, gurí! ¡Vos ya tenés plato!

¡Retirate p atrás! ¡Dejen acercar al mudito!

-Es pa tata viejo, que está baldao n'el ombú sentao n'aquella raíz

-A ver alguno que haya comido y tenga que votar en la Exposicion.

-¡A ver, a la Exposición! ¡Alguno que haiga comido!

-A la mano derecha'el plato hay piron ¡Tan lindas la selesiones, tata viejo!

-¿Cuándo?

-Digo qu'están lindas la selesiones.

-¡Ah! ¡Están lindas!

-¡Qué barba machaza tiene tu aguelo!

-¡Sí! Agarraselá, si querés. No te dice nada Tata viejo, ¿quiere más moicilla? Aquí, nosotros, tenemos

-¿Cuándo?

-Digo si quiere ¡más. morcilla!

-¡Ah, gueno! ¡Ta linda!

-Deje el dedo quieto, tata viejo. Es éste, que e está tocando la barba

-¡En la mesa 'e la Iglesia han peliado! ¡La polecia está haciendo pasar puro coloraos!

-¿Eh?

-¿Qué hay?

-¡A ver, hable!

-Ta herido Bonifacio, de machete en la cabeza. Y dos de los Falero, a bala. Y un sargento 'el batallón. Y un hijo 'el finao Udosio. Y

-¡Pero cómo!

-¡El desparramo e milicos! ¡Antes de caer, el Mellizo Juan abajó a uno de un mangazo!

El mediodía es cálido y sereno. En el cielo ni una nube. Porque aquello de allá arriba es una bandada de garzas rosadas buscando el oriente.

* * *

Desolado vuelve Juan Carlos del hospital. Por morir están Pedro Falero -pues el balazo le atravesó el vientre-, y un sargento del cuerpo de línea, con heridas en la cabeza. Muy graves. Bonifacio, el Mellizo Juan y cuatro soldados. Tendiendo a duras penas una mirada que se le

volvía para adentro, el Mellizo Juan lo había reconocido
Y como quien trasmite un parte, musitó desde las vendas
que lo fajaban

-¡No s'han redotao en todo terreno, no más, parece
mentira!

Y apagó los ojos.

Juan Carlos entra en su cuarto. Se echa en la cama.
A la vieja Basilia, que ha acudido, miente que quiere dormir.
Para quedarse solo. Su pensamiento, que poco a poco
se va alejando de lo que lo rodea, planta su tienda en una
región brumosa del espíritu. Y un ahínco, entonces, la concreta
y la aclara.

-¡La vida animal, libre! -piensa el joven- Europa
nos ha perdido. Aquí pudo el hombre blanco desnudarse,
renacer. Pero no lo dejaron. Le siguieron acumulando cosas
hasta ahogarlo. ¡Estamos perdidos! ¡Pobres gauchos!
¡Pobres indios! ¡Pobres de todos nosotros! Pretenden enseñarnos,
y nos queman las entrañas. Hay que volver a la niñez del ser.
Empezar de nuevo, si no es posible permanecer. ¡Pobre América esclava!

Se revuelve en la cama. Su amor trascendido, que
abre las alas ansiosas sobre todo lo creado, corre el riesgo,
ahora, de perderse en la nada. Y hace pie en él, de nuevo.
Se ama a sí mismo, ya tierna y desesperadamente.

Acerca el brazo desnudo a su boca. Besa aquella
carne suya de la que lo han querido alejar con palabras
mentirosas y con libros traidores.

-En vez de descubrirnos nos han cubierto de cosas - habla ahora al tibio brazo que posa junto a su cara- ¡Y de qué cosas! Adentro solloza nuestro animal que hemos hundido ¿Quién podrá libertarlo unirlo otra vez al collar de la naturaleza? ¡Ya no es posible! ¡Ya no podemos retroceder!

El otro brazo se ha recogido Comienza a subir hacia el besado Y junto a la boca que besa, su mano acaricia también, doliente y trémula

-¡Sabiduría! ¡Sabiduría! No, no es que se añada dolor con ella No ha hecho otra cosa ella que velar el dolor Pero velarlo poniendo paños sobre los ojos inventando problemas de solución fatalizada Nosotros no tenemos miedo al dolor ¡Si nosotros no le tenemos miedo!

Ya lo que piensa no se concreta en palabras Sólo la música, una música brutal y rabiosamente amorosa -un gran tango-, podría expresar ahora lo que piensa

La almohada chupa lágrimas El se da cuenta que llora porque, al mover la cara, siente fría la almohada

Entonces se levanta Se lava los ojos Sale

* * *

-¿Me venís a buscar?

Él recién recuerda la promesa de llevarla a la Picada

-Sí, vamos Vamos caminando despacio con el barullo de la elección hoy no es posible que haya autos dis-

ponibles en el pueblo En el Comité debe de haber muchos, con seguridad ¡Pero allí no me quiero acercar, Nena, no me quiero acercar!

La Nena se pone el traje negro con botoncillos rojos que tanto place a Juan Carlos Está triste porque ha advertido el aspecto sombrío de su amante Tiene apetito Piensa en el asado jugoso y se le llena la boca de saliva. ¡A ella le gusta tanto el asado! Pero vuelve a mirar a Juan Carlos y la tristeza asienta firmemente en su espíritu

-¿Quién está llorando ahí?

-Renée Renée, es ¡Yo no sé cómo Martín no le para el carro a la Coca! Ella ha vuelto a escribir a Renée Y Renee no muestra la carta.

* * *

La noche es clara Una luna grande cuelga entre el estrellero Juan de Dios, el dueño del rancho, desparrama brasas y clava el asado Bajo una enramada con varias mesas, la Nena, sentada frente a Juan Carlos meditabundo, guarda silencio De cuando en cuando clava los ojos en el vaso de caña Luego los vuelve a perder en los anchos pilares que salen del agua y sostiene el enorme puente, en el bosque que sobre esta orilla se interrumpe en un breve claro, donde se asienta la pulpería, pero que en la opuesta

sigue tupido a lo largo de la ribera, antes y después del
elevado terraplén

De pronto, apurando su vaso, él se incorpora

-Vamos a caminar ¡Qué noche!

La Nena y Juan Carlos salen de la enramada. Del
lado del pueblo se ven rayar la noche fugaces estrías de
fuego. Con cohetes están celebrando el triunfo los ganado-
res

Caminan callados por el campo iluminado

-¡Pobre del Hombre! -piensa él- ¡Todo es inútil,
ya! ¡Sólo un cataclismo!

Respira el aire fresco, cargado de aromas y como
de silencios. Un ansia salvaje arde en su corazón

Se ha detenido. Hunde la mirada en el campo silente

De pronto se agacha, coge a la sorprendida y pa-
ciente Nena en brazos y se alza en la noche. La sombra de
ambos se recorta, ahora, en forma de tosca cruz. Él no ve
eso porque mira rabioso hacia la ciudad que se destaca a lo
lejos. Siente como que las antiguas razas, cuya tierra está
hollando, le infunden una fuerza poderosa y oscura

-¡Añangmembuí! ⁽¹⁾ -maldice con los ojos fijos en
las casas de los hombres.

Comienza a adelantarse de nuevo en la noche. Er-
guido cuan largo es, oprimiendo contra su pecho la tibia

(1) Imprecación guaraní. Literalmente: hijo del diablo

carne sumisa Va aspirando a pleno pulmón Avanza ahora
entra entre el monte, con paso seguro y lento

Ella entorna los párpados y sueña un sueño de cuna
y madre No ve, por eso, la mueca que contrae los labios de
quien, presa de un embargador delirio, está amando más
que nunca Ni su mirada ceñuda

El río hace un camino de estrellas en el paisaje
Cabrillea la luz en la corriente. Los coletazos del pez en-
cienden, de súbito, blancos chisporroteos

-¡Un hombre, un hombre tremendo se necesita! -
piensa- ¡Que se muerda él mismo su corazón y devaste
todo, hasta que no quede piedra sobre piedra en las casas
de los hombres!

* * *

Al sentir el contacto con el suelo, la Nena abre los
ojos Él se tiende a su lado y le muerde los labios

En el frenesí de la posesión el monte escucha.

-¡Un niño, un niño! ¡Dame un niño, Nena!

La voz tiembla desesperante, con el temblor de la
llama, en la calma nocturna. Y se oscurece hasta tenderse
en un suspiro prolongado

Se ha sentado sobre las gamillas.

La Nena jadea aún, los ojos cerrados, tendida.

Juan Carlos agarra sus brazos, su cabeza, sus hombros, ahora, como quien sacude las rejas de una cárcel

La contempla en silencio Alarga la mano y la desliza por la frente, por las mejillas, por el cuello de la joven Luego la posa sobre el vientre mancillado

A través del ramaje brilla el río Cruza silencioso por entre el silencio de la tierra

-¡Nena! ¡Nena! ¿Por qué eres lo que eres?

Ella permanece tendida con los ojos cerrados Palida Parece muerta

-¡Nena, Nena! ¡Estamos acorralados! ¡Todos estamos acorralados! ¡Sólo esto es santo y puro!- ruge Y da con los puños en la tierra

Un auto viene veloz por el alto terraplén, cruza el puente y se hunde de nuevo en la carretera

- ~ ~ ~

-¡Vamos! -ordena, iniciando la marcha

La Nena lo sigue a dos pasos Siempre silenciosa Oscuramente, goza su corazón algo que le llega sin ni siquiera rozarle la conciencia

* * *

El Jefe de Policía está inquieto. Ha colgado su espada y su galoneado quepis, y se ha lanzado con ahínco sobre la pila de papeles de su escritorio, a pesar del creciente calor. Los dos oficiales y los escribientes se atropellan en el despacho. En las oficinas tabletean las máquinas de escribir. Repica a cada instante el timbre del teléfono contagiando hasta a la más remota comisaría del departamento de San José la afiebrada actividad de su Jefe de Policía. Éste lee los documentos, calándose a cada vez los lentes que guarda en el bolsillo superior izquierdo. Firma con letra menuda: en esta ocasión no todo lo bella y clara de otras; se detiene para dar órdenes breves, imperiosas aunque en tono paternal, hunde las manos en el montón informe de expedientes.

Cuando, transcurridas ya dos horas, la mesa se halla vacía, el Jefe se incorpora, se pasea a largos pasos por la habitación y comprende con desaliento que ya no tiene nada que hacer. Entonces llama al abrumado secretario para comenzar a dictarle el borrador de un prolongado memorial al Señor Ministro. Pero, aun así, no consigue apartar de la mente el insospechado agente de tal inquietud, esto es, un pensamiento que busca de manifestársele desde las primeras horas de la mañana, casi en seguida de tomar el desayuno con sus tres hijas y su fiel esposa, en este treinta y uno de diciembre.

Como siempre las jóvenes habían llegado después de sus padres al comedor. Y al besar, como siempre la estrecha frente paterna, le solicitaron dinero para los gastos que demandaría la recepción del día siguiente. Sacó el un fajo de billetes, sonrió con ternura, y fijó los ojos en su mujer, quien, a su vez, lo miraba conmovida. ¡El primero de enero, lo más distinguido de la ciudad llegaría a felicitarlos con motivo de sus bodas de plata! Poco después como siempre, había dejado a sus familiares para acogerse durante breves minutos al ambiente propicio a la lmeditación de su gabinete particular. Se tendió en una chaise-longue, como siempre, como siempre, encendió un puro y, entornando lo ojos, se dispuso a recibir allí, a solas, al celoso funcionario que hay en él. Pero entonces, cosa extraña en aquella hora, en aquel lugar, a la cual y donde exclusivamente se gestan y se miden y sopesan sus determinaciones de Jefe de Policía, él vio pasar por su espíritu los felices años de su vida conyugal, su creciente prosperidad económica y -después de aquel período de revoluciones donde solo merecían galones los mas sanguinarios- su carrera en ascenso, próxima ya al generalato. la obra de reconstrucción lograda gracias a su carácter firme. También se acoplaron en los declives de los últimos pensamientos -no podía ser menos por cumplirse en aquella hora y en aquel lugar-, las escenas en la capital, que lo llenaban de orgullo, cuando el Señor Ministro se ponía de pie al verlo

y le decía, llevándolo cariñosamente del brazo hasta la puerta «¡Ni una palabra más, Coronel! El Señor Presidente y yo tenemos en usted plena confianza. ¡Váyase, Coronel! ¡Ni una palabra!»

Entonces, en el preciso instante en que casi sentía otra vez sobre su brazo las manos de Su excelencia, un sentimiento venido quién sabe de dónde se asomó y quiso irrumpir hacia su conciencia. Pero otras potencias de su ser lo rechazaron en seguida. El Coronel tuvo sensación bien clara de esa lucha. Y se puso de parte de las fuerzas contrarias a lo que quería ser idea. Al principio, casi sin darse cuenta. Después, consciente y enérgicamente. Sin razonarlo, se negó a recibir aquel pensamiento. Como a cosa espuria, inmerecedora por ninguna circunstancia del más elemental de los análisis. Sin embargo, algo en su corazón parecía dispuesto a acoger la tal idea con honda simpatía; con ese secreto afán de quien, inescuchado durante mucho tiempo, considera llegado el momento de volver por sus fueros. El Coronel miró el reloj. Todavía no era hora de ir a la Jefatura. Pero se incorporó, fue en busca de su espada y de su quepis, besó a su compañera y salió seguido a corta distancia por el negrazo asistente.

Al medio día se sienta a la mesa, presa, como nunca, de una creciente zozobra. De ordinario come frugalmente, no por otra cosa que a fin de guardar estrictas reglas de higiene alimenticia, mas esta vez almuerza menos

de lo acostumbrado Y en lugar de humedecer, como siempre apenas los labios en el vino se bebe, lo que nunca, dos copas rebosantes, mientras en la cocina el asistente se ha encontrado con tamaña media gallina ¡Y rellena!

Esposa e hijas permanecen calladas respetuosas expectantes ¡Quién sabe qué problemas estará resolviendo la admirada mente!

Pero el silencio va haciéndose cada vez menos tirante Los ojos de las jóvenes -y sobre todo los de la matrona- comienzan a iluminarse con ligeras alternativas hasta brillar alegres, definitivamente Es que el rostro del Jefe, bajo la influencia del vino, se suaviza por grados recordando su natural gravedad dulce Se siente dichoso allí rodeado por sus seres queridos Comprende que ha sido un hombre bueno, útil a la sociedad, fiel servidor de su patria. Fundó un hogar, veinticinco años hace Y allí están los frutos de su amor en aquellas hermosas, honestas jovencitas Una infinita alegría le crece en el alma Con igual ternura con idéntico agradecimiento, mira a su esposa a las muchachas, a la mesa a las sillas, a los muebles todos del comedor que adquirió veinticinco años hace

-Estoy contento de mí -dice- Estoy contento de ti esposa mía ¡Estoy contento de ustedes, queridas hijas!
Yo

Va a seguir ante las miradas humedeciéndose de las otras Mas, de súbito aquel sentimiento que desde la ma-

ñana acecha furtivo en cierta parte de su corazón pocas veces oída surge libre de obstáculos y sienta sus reales en plena conciencia

El Jefe no continúa la frase

Su esposa lo atribuye a la emoción se incorpora, corre hacia él, lo besa, le acaricia sus ralos cabellos grises

Y, entonces, el zarandeado pensamiento inquietador sube hasta situarse con las alegrías. Pero, ¡cosa inaudita!, sin turbarlas como una dicha más entre las dichas que flotan en el espíritu del Jefe, aceptada por todas. Por todas las otras que giran en su torno como ante una Cencienta amada, aguardada y bellísima.

El Jefe espera a que las hijas abandonen el comedor. Luego conduce a su esposa hasta un sofá, la sienta a su lado y la entera de que acaba de tomar una resolución. Con voz velada pero firme, manifiesta

-Esta tarde ordenaré que celebrando el Año Nuevo, la policía permita tocar música y bailar en los prostíbulos hasta las cuatro . hasta las cuatro y cuarto de la mañana

La señora apenas si atiende a esto. Lo toma como una importuna, efímera intervención del funcionario que hay en su marido en medio de esta conmovedora escena conyugal. Mas él continúa, grave aunque radiante en su interior

-Tu sabes que no dejo que, despues de las dos, permanezcan abiertos los lenocinios. Tú sabes bien que pro-

híbil que de noche se haga música allí Pero no es por maldad ¡Si yo soy un hombre bueno!

Esta frase le tiende sobre el alma un bienestar tan intenso que se interrumpe para escuchar su resonancia

-¡Sí, yo soy un hombre bueno! -repite, conmoviéndose

Con esfuerzo recobra el hilo de su discurso

-Esta noche después de las doce, es decir en el primero de enero, quiero que haya alegría hasta en esos lugares

La dama se emociona admirativamente Y brota en su memoria el recuerdo de los muchos actos magnánimos de su esposo Tantos son, tan claramente reviven que, entre el tropel que acude éste que va a realizar lógicamente, después de provocar la evocación, retroceda con modestia hasta un plano secundario

El Jefe se dirige hasta el teléfono Llama al Comisario de Ordenes Le manda que haga advertir a sus subordinados y enterar a las patronas de las mancebías Luego vuelve al sofá, donde su esposa permanece envuelta en sueños de él Conmovido, él se pone a su lado y la abraza Allí, pegado a ella, se siente en este instante bueno como pocas veces tanto ¡Ah, más que cuando, por ejemplo, a pesar de la vista gorda que hacían los generales, él, al terminar aquella tremenda batalla de 1904, ordenó a su compañía «¡Piedad para el vencido!» ¡Más, mucho más!

Estrechando a su esposa, hasta experimenta cierto deseo sexual. Esto rebosa todas sus fibras. Vuelve a besarla. Abandona el comedor. Va al jardín y se despide con besos de las muchachas, tendidas en hamacas a la sombra de los árboles. Después, cogiendo la espada y el quepis, sale y palmea al asistente que aguarda en la puerta.

Se le antoja fresco el aire de fuego de la calle. Una inusitada energía le recorre los miembros.

Y todo esto por aquel humilde deseo nacido quién sabe cómo, rechazado sin examen, zarandeado, que bien pudo quedar en el fondo de su ser, ahogado para siempre.

En la soledad de la calle calcinada, resuenan los pasos firmes del Jefe de Policía. Como si un tambor, inoíble para los demás, a él se los estuviera marcando.

* * *

La redoma de un cielo desnudo, de vidrio, sobre el pueblo. Miríadas de chicharras trozan el tiempo. Se oye su tarea en imprecisables aserraderos. A la tierra, entre piedra y piedra, tostada, vuelta polvo, se la llevo el viento. Brillan desnudos guájarras de mica. La carretera es áspera cola de dragón, desgarras y quema. La mosca de vientre esmeralda zumba en torno a las carroñas. Y su agujón infecto hace llaga de brasa si da en carne viva, arde como un aguja más entre las agujas del astro. Flamígera la cúpula de la Iglesia.

es el pendón de guerra de la fiebre. Azuza hacia los árboles y los pastos enjutos, hacia los colores que se demudan hacia los hombres y las bestias jadeantes. El suelo se raja reventando raíces. Y la luz, precipitada por las grietas, registra sedienta, insaciable, enloquecida. Reseca la tierra, efluvia en busca de agua. La atmósfera tiembla bajo su oscura emanación, ondula entre espectros de una floresta subterránea que asciende huyendo. Las hojas se agachan ante la lluvia de fuego. Al menor impulso se columpian y se arrojan al vacío, a la sombra del árbol ya casi sin sombra. Los arroyos conducen al río sus aguas cansadas de barro. Llevan encima peces que poco antes trizaron la luna sobre cañadones ahora también muertos. Blanquean en el pardo de las corrientes exhaustas. Y desde las orillas, de cuando en cuando, se deslizan hacia ellos otros más panzudos como ellos, hinchados, fétidos, abandonando flotantes cementerios de camalotes y de juncos. En los campos -picos y palas quemando las manos-, bajo los techos de cinc, en los largos galpones, en las barracas, en los andamios, pulmones humanos que se abomban como para estallar. Salpicaduras de sudor, única agua en la sed de la Naturaleza. Sangre es inocente. Injustamente derramada. E inútilmente.

Un pájaro que cuelga en el aire ardiendo, lo hiende de pronto, hacia la tierra. Al llegar a la altura de los tejados. No. Se estrella contra las piedras.

Un perro abre los ojos al golpe, bajo averiada pálida sombra. Lo mira. Sin ánimo, vuelve a entornar los ojos.

* * *

Esta tarde -tan promisoría por ser vísperas de Año Nuevo- en lo de Zulema reina inusitada expectativa. En la habitación de la Nena, sentadas en sillas, o sobre la cama, la patrona y varias mujeres que han llegado de visita portando abanicos incansables. Presiden la asamblea Zulema, grave y digna, y la Iracema de ojillos y voz infantiles, la de esos ojillos y esa voz que a cualquiera sorprende hallar en ella y aquí.

Dos días antes ya se supo que la Coca había escrito a su ex amante, a Martín, al actual amante de Renee, la esbelta ramera que ahora duerme, o hace que duerme, y a quien, después del frustrado maleficio, la Coca ha seguido hostigando válida de mil estratagemas. No se podría precisar a ciencia cierta quién trajo la noticia de la carta; pero ella, demasiado vaga, permitió el incremento de las más contradictorias versiones, cada una de las cuales cuenta con sostenedoras apasionadas. Una, consiste en que Martín recibió personalmente en su casa la carta, y que sin leerla la devolvió con la mensajera. (Esto encontró poco apoyo en el Bajo porque constituye casi un callejón sin salida. Sólo lo mantienen Flora y una de sus pupilas, Maruja, que

ahora se encuentra de visita en lo de Zulema) Se afirma también que Martín la recibió por correo muy lacrada, que la leyó y que al Tuerto habló de ella algo que no pudo ser oído (Aquí el grupo partidario de esta versión se divide. Una parte afirma que Martín muy bien pudo revelar al Tuerto intenciones de seguir viviendo con Renée, mientras que las que no estiman a la muchacha presumen con argumentos de peso que manifestó todo lo contrario) Se dijo desde el primer momento -también contó tal variante con quien la defendiera- que la carta fue dirigida a Juan Carlos para que éste la entregara, pero que él consideró prudente no enterar de nada a Martín. (Mas esto halló cada vez menos eco) Hoy, por la mañana, se propaló la noticia de que Mabel, una pupila de «Las Tres Hermanas», había leído la carta cosa que interesó hasta la impaciencia, sobre todo a Iracema, que acaba de enviar una mandadera a requerir de urgencia a Mabel, aunque con exiguas esperanzas, porque la veracidad de esta joven ha estado siempre en tela de juicio

De pronto en medio del intercambio de opiniones aparece la parda cebadora con el mate y una noticia bomba que hace poner bruscamente de pie a la concurrencia. Eustaquia acaba de llegar de parte de la Coca, ha preguntado por Renée y está ahora en su cuarto

La vida darían todas por hallarse en este momento en la habitación de Renée. Pero nadie se atreve a intentarlo porque conocen el genio violento de la muchacha

Iracema sorbe el mate de un trago. Lo entrega a la cebadora. Ésta abre la puerta para salir y retrocede

-¡Ahí salen! ¡Ahí salen las dos!

En efecto. Renée, seguida por Eustaquia, pasa por el corredor hacia la calle, sin siquiera mirar a los costados. La parda trasmite que pudo advertir la boca crispada y los ojos de fuego de Renée

Casi todas vuelven a tomar asiento, anonadadas de curiosidad. Pero se levantan en seguida porque Iracema, con cuidado de no hacer ruido, ha entreabierto el balcón muy sigilosa y ha sacado la cabeza.

-¡Van a lo de la Coca! ¡Van a lo de la Coca! ¡Dios mío, qué cosa tan espantosa!

Vuelve a su silla. Y exclama, consternada:

-¡Si me consulta, no la dejo ir! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pónganme un poco de agua de olor en el pañuelo!

La Nena ha buscado apoyo en el respaldo de una silla.

-¿Pero qué cree usted que puede pasar? - implora Zulema, presa de una inquietud que crece por grados, entusiastamente

Iracema advierte que a ella misma aquello no le parece tan grave. Pero responde sin variar su acento lastimero meneando la cabeza, feliz de mantener tanto interés

-¡Ay yo qué sé hija!

-¡Dios mío! ¡Jesús Santo!

La cebadora, al trasponer la puerta, se echa atrás, asustada

-¡La policía está en el zaguán! -tartamudea. Y se va al fondo del cuarto, por las dudas

Zulema, como dueña de casa, se siente en la obligación de salir. Cobra bríos. Y se asoma

-Por orden del señor Jefe, que esta noche pueden hacer baile hasta las cuatro y cuarto de la mañana

* * *

Es noche blanca. Juan Carlos está bajo la enramada de La Cachimba, donde han quedado pocas mesas. La suya la de un viejo alto y escuálido que toca por su cuenta, hace horas, el acordeón, y la de reclinatorio para un borracho que duerme un sueño cruzado de zozobras, ¡por apresurarse a celebrar el Año Nuevo desde la tarde del 31 de diciembre! Las otras mesas se sacaron a la calle, donde corre mas fresco. En torno de ellas, mucha gente. Mozos que poco frecuentan, también hay. Mientras se bebe se templan

guitarras, se ensaya por lo bajo alguna canción. Es que algunos jóvenes se aprestan para ir de serenata.

Los de un grupo procedente del Bajo escudriñan entre las mesas. Luego irrumpen hacia la enramada. Allí, al extremo del patio de espaldas a un hacinamiento de botellas vacías, está el que buscaban inútilmente para quien sabe qué parranda. Lo sacuden. Sin abrir los ojos, él arrastra, bronco.

-¡Dejenlón que saque cuchillo, no más!

Estas palabras tienen la virtud de interrumpir por sorpresa al incansable acordeonista. Pero un momento. Porque inclinándose, continúa con su música, de nuevo indiferente a todo lo demás.

Las doce campanadas llegan por fin desde la alta torre.

La taberna se conmueve entonces, del mostrador a la calle. Y la ciudad, desde el Centro hasta el último rancho del Bajo. Abrazos, augurios. Se invita a beber, se acepta, se retribuye.

Una esperanza tan imprecisa como honda -por imprecisa es que renace su flor bendita-, abre en perfumes sobre el pueblo. Raza todos los corazones. Vela el presente y el pasado. Concede que el alma anime a capricho el porvenir.

En lo de Iracema entran varios hombres bajo las doce campanadas.

-¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo!

Las mujeres se besan deseándose también venturosos días

A la ha poco llegada de Montevideo se le enciende la faz. Desea, a su vez, un feliz año a la muchacha que la besa y, de pronto, da vuelta y corre hacia su cuarto

Arrojada de bruces sobre la cama, se sacuden su linda cabecita, el cuerpo todo

La voz apenas inteligible de un borracho que acaba de trasponer la puerta de la mancebía le llega

-¡Feliz Año Nuevo, mozas! ¡Feliz Año Nuevo señores!

-¡Igualmente! ¡Estreche esos cinco, don Bartolomé!

En el Bajo la casa del Perro, la del Tuerto, se han convertido en avisperos. Y en los portales iluminados, ¡qué lindas aparecen a los alcoholizados ojos Margarita, Luisa, Mabel, Juanita, Pocha, Julia, Lula, Angelica! ¡Qué bonitas y qué al alcance de la mano! ¡Cómo sonríen! ¡Que acogedoras! Hasta la «tomadora» de Agueda la hercúlea Isabela, que sólo se mantiene en la mancebía porque las copas que bebe arrojan tanta ganancia como las «visitas» de las otras, hasta Isabela no parece tan grande y hombruna.

-¡Feliz Año Nuevo!

-¡Gracias! ¡Que le traiga mucha suerte a usted también!

-¡Tomá este guardapelo como recuerdo de Año Nuevo!

-Bueno Y vos, entonces, llevate . a ver ¿esta medallita de la Virgen?

¡Qué agradables caritas ofrece a ambos lados el callejón! Hay que mirarlas, fijarse en el suelo, y mirarlas, y volver a fijarse donde se pone los pies Por las zanjas y las piedras de la calzada y de la acera misma

¡Qué lindo todo!

Lo feo es entrar en una alcoba Porque en todo el año no hay noche tan concurrida «¡Apurate!» «¡Apurate de una vez!» O si no «¡Bum!» «¡Bum!» en la puerta Y la voz impaciente de la patrona llamando a la muchacha

¡Qué noche tan blanca! ¡Qué bonitos vestidos! Verdes, rojos, amarillos celestes blancos De negro en los portales, sólo Mabel Pero no por su gusto, aunque le sienta bien ¡Porque está de luto! Recién para el quince si Dios quiere, se hará hacer de medida o se comprará un traje con alguna cosita blanca.

Ya los músicos se agrupan por orquestas, en los boliches A la una comenzará la danza Y los endebles tabladados de los burdeles volverán, como antes, a estremecerse bajo los musicantes estremecidos.

¡Ese Jefe de Policía! ¡El tango otra vez, y hasta altas horas! ¡El tango bueno, el tango al que se entra mudo y ya no deja recobrar la palabra hasta el fin, en el que la

mujer se pega de las piernas a la cara se separa, es atraída, durante el cual uno hunde a la hembra la rodilla hasta el encuentro, y la mece y la gira, la viborea y la planta, de golpe, y la empuja y se confunden!

La caña, desaparecida de los vasos por el gáznate asoma ahora a los ojos como a ventanas. Y allí se marea a su vez, entre estas graciosas visiones. Lula Blanca, Blanca Chica, Marujita, Petra, Betty, María, Micaela, Violeta Verdes, rojos, celestes... el negro, tan bien sentado al cuerpo, único entre todos... amarillos, blancos.

Algún traje hay que un fino observador quizá pudiese reconocer. Por haberlo visto desde la puerta del Club, llegar a una fiesta entre fracs y smokings. Hay compradoras de ropa en el Centro que son vendedoras en los lenocinos. Así, dentro de un vestido que realmente se palpa se puede estrechar en la ensoñación al ausente ser deseado. Ahora aquí mismo. Realizar lo imposible ayudado por la caña. Y el ansia que esta misma noche se esta madurando templando a fuego en el Centro en mansión lujosa, en aristocrático salón, tal vez otra noche, aquí, de golpe en mitad de la parranda, con motivo de un vestido...

-, ¡Mírala a esa de la pollera colorada y el saquito blanco!

¡Qué noche tan blanca!

Allá en el Club al primer toque de campanas se han levantado las copas de champagne

¡Qué algazara! ¡Qué bullicio!
Sólo una está silenciosa Sólo una dulce niña está
triste

-¡Usted está triste, Olga!
-¿Yo, capitan ' ¿Y por qué voy a estar triste?
Sólo unos labios se crispan de oscuro encono
-¡Me hastio! , Yo no salgo a bailar!
-¡Gracias por la fineza, Lala!

Juan Carlos bailo allí hace unas noches, con Olga
Y al clavarle duramente los ojos a quien danzaba con Lala
evitó que está ya en ascuas, se viera obligada a dejar plan-
tado en medio de la sala al guarango forastero

-¡Ah, qué inmensa noche!
¡Ah qué noche tan blanca!

En la Cachumba, frente al vaso que renueva su con-
tenido, Juan Carlos, solo. Próximo, el enjuto viejo gaucho
que no deja de escuchar su música más que para tomar un
trago

A Santos Lemos no se le ve en el pueblo sino para
Navidad y hasta Reyes Desde que por esos pocos días cae
de Carreta Quemada, se compra un acordeón Y en los ca-
fés y figones se emborracha solitario, tocando su instru-
mento indiferente al suceder Ya avanzada la madrugada
su cabeza reposa sobre la mesa entre el acordeón y el vaso
no siempre vacío. Entonces, indefectiblemente, pues hay
que cerrar el establecimiento, un soldado lo lleva preso

Con dificultades. Porque hay que comprender que el guardián del orden sólo dispone de un brazo, ya que el otro rodea la caja de cartón donde él mismo ha tenido que guardar al codiciado compañero de su presa.

¿Por qué los acordeones no cumplen jamás un año de vida? ¿Qué les sucede allá por los pagos de Carreta Quemada? ¿Dentro de qué zanjas se aplastan bajo el inconsciente descabalgado? ¿En qué trifulcas los desinflan?

El último veintitrés de diciembre como siempre Santos Lemos llegó al pueblo, se compro un acordeón y, desde entonces, está tocando.

¡Qué noche tan blanca! Por los huecos de su quinchá, la enramada deja pasar en los lugares donde el farol llega a duras penas los plateados rayos. ¡Que lástima que el armiñado cendal que se cierne sobre el pueblo sea enturbiado por el amarillo de los focos eléctricos! ¡Lindo, sí, se va a poner después de las dos, cuando ellos se apaguen! Antaño, el alumbrado público era a kerosene, y no se encendían los faroles en las noches de luna. Ahora que con la electricidad cuesta menos encender y apagar, los dejan prendidos, no más. Antes, no. Y aun más atrás en el tiempo, ni las noches negras ni las noches blancas eran turbadas jamás por estos fulgores enfermizos que de lejos toman el tinte de la planta del pie de los muertos. ¡Ah, no, ninguna de esas luces, antes! ¡Los rostros pálidos estaban lejos!

¡Qué lindo, qué lindo va a estar el pueblo después de las dos de la mañana!

-Esto lo invita Justo Sellanes, don Juan Carlos

-¿Eh?

-Que esta caña la mandó echar Justo Sellanes. que está en el mostrador

-¡Ah!

¡Qué noche tan blanca! Sí, pero antes . antes . cuando el hombre era libre, cuando los rostros pálidos estaban lejos

¡Es Liropeya . la joven india, flexible como el tallo del cipó, cuyo amor debe de emular en dulzuras al fruto del mburucuyá. Sus senos desnudos son firmes e intactos, pues aún ostenta en el rostro las cinco rayas azules de la doncellez. Va a situarse, como antes -¡ella, atravesando el país del Sueño Helado!-, va a reclinarse junto a los urandays que escucharon un día la voz velada del valiente Yandubayu

-¡Linda! ¡Paloma! Las prometidas cinco cabelleras de caciques adornarán tu tienda, sí, antes de que sobre tus manos cuenten de nuevo la llegada de los soles fríos. Y entonces haré que en mi piragua del Paraná - Guazú los margays ⁽¹⁾ dejen sus pieles y el chajá tibio plumón para que descanses tu cuerpo, mi errante caicobé ⁽²⁾

(1) Gato montes de rayas negras

(2) Sensitiva del Uruguay

¡Son los jefes muertos! ¡Es Oberá! ¡Es la esperanza
de las tribus, es el esbelto Abá -Aihubá! ¡Son Zapicán y
Yamandu! ¡Es Yandinoca!

¿En qué substancia han sido conformados? Ellos
atravesan imperturbables los muros de la taberna. Se sien-
tan en cuchillas a través del moblaje. Sus aulosas capas de
piel de quiryá⁽³⁾ no mueven una brizna. Su aliento no empa-
ña los espejos del salón. Silenciosas las plantas sobre el
vacío botellero de un rincón de la enramada.

Apatecen arroyos enjuncados y floridos. Y sobre
ellos, cual sí estuviesen helados, andan los clientes: los
mozos del café. Pero sus cuerpos no traban el raudal desli-
zar de las piraguas, ni el estrépito de voces y el ruido de
vasos en el mostrador interfieren el cantar de las cobrizas
doncellas de pie en los esquifes de un tronco ahuecado: el
canto que remeda la voz del *annumby*⁽⁴⁾.

E imperceptibles aun para este mundo de fantas-
mas más etéreos, más sutiles, todavía, por los rayos de la
luna, por las escalas incorpóreas del Astro Pálido, descien-
den y se deslizan entre copas y botellas de la estantería los
duendecillos indios, los que cuando el caburé trina junto a
su nido tienden lazos invisibles y atraen hasta él las avecillas
del holocausto; esos imposibles de distinguir por pupila

(3) Nutria

(4) Zorzal

alguna, hasta por las del tubichá ⁽¹⁾ más avizor hasta para los del puma y el yaguareté anhelantes esos que se empeñan ya en fermentar en los tazones de barro el jugo embriagador del camoatí ⁽²⁾ y apagan ya y encienden al isoindí ⁽³⁾ su farolillo como de translúcido berilo

¡Qué noche tan blanca!

El dueño del perro Tupambay y Coco Manuel Benítez, al pasar muy orondo hacia su casa -donde Eustaquia duerme confiada en su cama, a los pies el can y Milonguita- oyó el acordeón y llevo su sombrero alicaído, su raído chaquetón, sus pantalones desflecados hasta plantarlos frente al ensimismado melómano. Y quedó en embelleso

-¡No me lo pasa a mí un ratito! ¡Un ratito y nada, nada más!

¿Qué locura es ésta? ¿Pero acaso alguna vez Manuel tocó el acordeón? ¿Como es que nadie en el pueblo lo sabe?

Sin detener la música, Santos Lemos había alzado la cabeza, con la mirada del que tiene medio ser en la vigilia y medio en el sueño. Ahora extiende los brazos

Manuel Benítez inhábiles los dedos, hace asmático el instrumento. Al conjuro de su ansia, a pesar de eso,

(1) Cacique

(2) Colmena de avispas

(3) Luciernaga

un turbión de recuerdos se le ordena en seguida. Para irse apartando, apartando, hasta situarse detrás de un rancho cercano a cierto montecito con un arroyo al pie. Al divisarlo Manuel Benítez se entenece cada vez más. Y aviva la milonga que jadea cada vez menos a medida que adquieren las manos la destreza de otrora. ¡Una antigua pena está allí! ¡Volvió a su corazón! Y bajo la atención de lucidez creciente de Santos Lemos, Manuel la sufre otra vez y se pone a llorarla.

¡Qué noche tan blanca!

Entre el grupo de parroquianos que ha tomado asiento en la enramada de la taberna, Metilón avizora el horizonte. Y se inclina otra vez sobre las huellas, sólo visibles para sus ojos, del guazuara ⁽¹⁾. ¡Cómo cantan de pie en las piraguas, bogando a través de las paredes y de las mesas, las núbiles doncellas de frentes y sienes rayadas, señal de las vírgenes! Blancos ensueños téjenlos los geniecillos para su espera, blancos, blancos como la flor del guayacán. Pero ellas nada advierten. Ellas sueñan sin descubrir la aguja hábil -de las más leve espina de ñapindá ⁽²⁾- con los que los incorpóreos juntan pétalo con pétalo, perfume con perfume.

Los del grupo llegado a la enramada del café son procaces y jaraneantes. El de cara redonda y gruesos lentes de níquel, el de guardapolvo blanco, ha reparado en Juan

(1) Leopardo Americano

(2) Zarza del Uruguay

Carlos, en una Se incorpora Sin adelantarse, le hace una ceremoniosa reverencia, se descubre, le desea felicidades en alta voz y vuelve a sentarse El ademán casi estatuario, es de una solemnidad significativa Está borracho

Ya sentado, se inclina todo oídos hacia sus compañeros para recobrar el hilo de la charla. Después de un instante, aún, de gravedad, consecuencia de su reciente homenaje, torna a ponerse alegre Festeja retorciéndose todo bajo su guardapolvo, prorrumpiendo en gritos ahogados que acompaña con palmadas, con histéricos, convulsos zapateos y cabezazos.

¡Ahora lo reconoce Juan Carlos! Es uno de los sepulcrales Hace ya años, entre las tumbas él llevaba flores . Eran ramos de jazmines del país, de las pequeñas flores que su madre amaba tanto .

¡Qué noche tan blanca! ¡Cómo cantan las virgenes!
¡Qué melancólica, ensimismada la canción!

¿Quién borrará de mi frente las tres líneas azules?
¿Quién borrará de mis sienes las dos líneas azules? Entre las ceibas en flor pasan ellos con sus arcos y sus flechas, el vistoso quiyapí⁽¹⁾ flotando al viento, vueltas hacia la espalda las plumas del ñandú ⁽²⁾ Pasan esbeltos como el urunday ⁽³⁾ ¡pero mudos como las rocas del Guazú Nambí!

(1) Manto de piel de nutria

(2) Avestruz rioplatense

(3) Árbol del Uruguay

¡Y no miran en mis sienes las dos líneas azules! ¡Y no ven en mi frente las tres líneas azules!

Allí, entre las luces del café a través de mostrador y estanterías se planta la selva oscura Anahualpo atisba, puesta la flecha en el arco en tensión Le mellan la mirada las tinieblas Pero he aquí que eficaces duendecillos, pasando a través de Manuel Benítez estremecido sobre su acordeón, le evidencian al yaguareté al asomarle desde las pupilas del telino dos llamitas verdosas

Por el camino primaveral la mujer blanca y bella -derramado el cabello sobre los hombros- lleva a Juan Carlos niño, de la mano Al verlo estiran gustosas las margaritas sus cabecitas blancas y azules y rojas

-¡Traeremos del arroyo mojarritas de plata! ¡Ya verás, Carlitos mío!

¡Cómo cantan las vírgenes!

¡Y qué noche tan blanca!

* * *

Pasó la noche del Año Nuevo y el horror de su madrugada

Desde el suelo, la Nena oyó la iracunda voz encima

-¡Salí de aquí, perra! ¡Porque te mato!

Ella, ya casi desnuda y ya a punto de meterse en la cama cuando cayó se levanto y volvió a vestirse, sumisa

-¡Fuera! ¡A la calle! ¡No mereces ni estar aquí!

La muchacha agobiada, entró en la cocina. Entornó la puerta. Y tras ella se puso a llorar.

Juan Carlos se acostó, temblando de rabia. ¿Habría salido ella? Sus pasos no se oyeron hacia la calle.

Zumbaban los mosquitos. Saltó de la cama y comenzó a vestirse. Iría a dormir a su casa. El remordimiento brotó en su corazón. Tímido, azorado, y como con miedo de hacerse presente.

En la cocina la halló llorando. Tras la puerta. De cara a la pared.

Le tornaron a Juan Carlos las ansias crueles. Pero se satisficieron en hirientes palabras.

Y luego había ordenado:

-¡Andá a acostarte! ¡Yo me voy a casa! . ¡No te quiero ver más!

Salió. Amanecía. Allá lejos, junto a una ventana todavía tres hombres y una guitarra daban serenata.

La ira estalló. Se paró en la calle. Y la rabia sin desahogo venció a su voluntad. Regresó a la mancebía.

Ya la Nena lloraba, desnuda sobre la cama.

-¡No, no es posible ni que estés siquiera aquí!
¡Andate! ¡Pero te vas a la calle! ¡Andate, no te quiero matar!

La Nena fue a estirar el trémulo brazo hacia la silla donde estaba su ropa. cuando una súbita esperanza la hizo

dirigirse al ropero y retirar de allí otro vestido. ¡El negro con pequeños botones rojos en la pechera y los puñitos!

Se lo puso temblorosa aguardando el efecto. Y oyó, inexorable:

-¡Pero no a la cocina! ¡A la calle, perra! ¡Como los perros!

Esta vez sí los pasos se oyeron hacia el zaguán.

Ahora Juan Carlos trataría de conciliar el sueño, de olvidar los celos salvajes. ¡Contestarle con Carlín que viniera él a la mancebía, que ella no podía ir a La Cachimba porque estaban de baile! Juan Carlos no advertía que la patrona manda, que la Nena, por su parte, quería bailar allí como antes. ¡Pero con él! Como antes, ¡tan lindo!, cuando era otro el Jefe de Policía. Aún no se habían enmariado. Juan Carlos llegaba y ella ya se dirigía a la pista. Pegadas las mejillas, dejándose ir a merced de él, obediente a la presión de su mano en la cadera, apartada, unida a él, cruzando ante él inmóvil, estrechada otra vez, cara con cara, y llevada, girante.

Zumbaban los mosquitos.

Y se vistió por segunda vez.

Al trasponer Juan Carlos la puerta de la alcoba, la Nena, que había dado vueltas sin ton ni son por el barrio a oscuras aguaitándole el sueño, abrió el zaguán. Y quedó helada. Juan Carlos avanzaba por el corredor y desplegó un sonreír sardónico al verla. Y al pasar junto a ella, algo

más brutal que el porrazo contra el suelo, más hiriente que los improperios del cuarto, el más amargo dolor en toda su vida de prostituta

¡Adiós, che! ¡Feliz Año Nuevo!

Ya pasó, ya pasó la noche del Año Nuevo y el horror de su madrugada. Pasaron también la Noche de Reyes y el despertar vacío sobre los zapatitos de la muchacha

¡El año anterior! Dentro y en torno de los zapatos, lápices de Michell, extractos de Guerlain y de Coty

¡El reloj pulsera!

¡Generosa realeza!

¿Cómo pudo Juan Carlos introducir tantas cosas en la alcoba sin que ella lo advirtiera? ¿Cómo no la despertó al levantarse para disponerlas en los zapatos? Y debajo la seda del corte de vestido. Y las medias finísimas

¿Pero cómo ella no se dio cuenta de nada?

¡Un año ya! ¡Un sueño!

¡Ay, Juan Carlos del alma!

* * *

De buena gana la Nena hubiera llamado aparte al jorobadito Carlín, que sólo visitó esta tarde el prostíbulo para consolarla. Pero Carlín, entre la madeja que envolvía su atención y la embrollaba, en seguida estuvo pendiente de los labios presurosos de doña Zulema y de Flora. Se

referían ellas a la entrevista de Renée con la Coca. Y el jorobadito va de asombro en asombro porque la manera de presentarse los hechos casi no permite a nadie sacar conclusiones definidas. Parece que en un momento culminante del encuentro la Coca se arrodilló llorando e imploró a su rival que se fuera del pueblo. Pero no es posible averiguar el grado de verdad que hay en ello. Renée no habló una palabra de lo conversado y la escena se desarrolló sin testigos. Quien pudo haber revelado algo sería, pues, la Coca. Pero es difícil que ella diera una versión atendible de aquello en que su amor propio salía tan mal parado. Que Renée lloró, no cabe la menor duda. Máxime cuando, a la noche siguiente, es decir cuando Renee se fue del pueblo, el empleado de la oficina del telégrafo reveló su sorpresa por el aspecto de la joven en momentos de extender el telegrama. Se aseguró también, que la Coca había atemorizado a su rival amenazándola de muerte. Esto desechado al principio, hubiera cobrado verdadera importancia después de la narración del empleado del telégrafo. Era muy natural que Renée llorara frente al grave riesgo surgido. Pero una escena sucedida al regreso de Renée al lenocinio hacía imposible que la tesis de las amenazas hiciera camino. En efecto, la muchacha llegó relativamente tranquila, aunque preocupada a ojos vistas. Su cuarto se llenó de inmediato. Y la contenida curiosidad subió de punto cuando anunció a la concurrencia de expectantes prostitu-

tas que había telegrafiado a Santa Lucía, solicitando pieza. Luego de algunas palabras sin importancia -que se recuerdan, sin embargo en la esperanza de desentrañar con ellas hundido sentido-, expresó casi para sí.

-Me voy porque ella quiere a Martín y yo no. Le dejo el camino libre. Pero me gustaría quererlo. Entonces me iría lo mismo. ¡Y entonces sí sería buena!

Una de las muchachas que, acuciada por la curiosidad, había acudido desde temprano de la tarde a lo de Zulema, soltó hiriente carcajada al oír estas palabras. Y exclamó

-¡Entonces sí que no te nías, hija!

La escena que sucedió dejó en el ánimo de todas una impresión imborrable. Por lo que tuvo de imprevista, por la maudita revelación que entrañaba. Renée se irguió, se abalanzó sobre la que había proferido tales palabras y mientras que con la una mano se le prendía del pelo le abofeteó con la otra repetidas veces el rostro.

-¡Lo quiero, sí! ¡Y por eso me voy!

Cuando consiguieron separarlas, Renée sollozaba presa de una crisis nerviosa.

-¿Pero en qué quedamos? -interroga el azareado jorobadito-. Si lo quería. ¿por qué se fue? Y si se fue, ¿por qué lloraba?

Una mujer entra corriendo por el zaguán. Es Eustaquia, la copropietaria del perro Coco o Tupambay.

Se precipita en el cuarto

-¡Se ahogó Margarita! ¡Se ahogó Margarita, en la Laguna 'e Veinte Toros!

-¡Pero cómo es posible! ¡Ese ángel de Dios!- exclama alzando los brazos Zulema

-¿Y a usted quién le ha dicho tal cosa? -dice yéndoselo encima Flora

En medio de grandes parpadeos, Eustaquia responde

-Le dijo a doña Iracema un soldado que iba a todo lo que daba a la Comisaría. Y ella me mando a avisar acá cosa que

La Nena queda anonadada. Con un esfuerzo se sobrepone y se dirige a su cuarto. Sus celos de Margarita que a nadie ha revelado, que ni a Juan Carlos dejó traslucir nunca, le están pareciendo un delito atroz

-¡Pero cómo es posible! ¡Ese ángel de Dios!- exclama, como Zulema, al sentarse en la cama y hundir el rostro entre las manos

Zulema y Flora, seguida por Eustaquia, cuya delgadez en seguida le permite sacarles ventaja, corren hacia lo de Iracema

El jorobadito Carlín queda abandonado. Secos los ojos y la imaginación detenida

* * *

Doña Basilia se aleja del cuarto de Carlín. Le fue imposible contenerle el llanto, arrancar una palabra reveladora de los motivos de su dolor.

Solo está, ahora, echado en la cama, de bruces.

De las cuatro muchachas que en el patio del prostíbulo se exponían cierta apacible tarde, ¿cómo, aquella vez, iba a elegir él, deforme, a la de los ojos verdes y el pelo rubio y la sonrisa alada, a Margarita, nada menos? Convidó a la más fea, claro, a la que, aun así, bastante contrastaba. Y adivinó su risa, se la vio venir. Y apenas si comprendió las chuzonerías de las otras y de los hombres. Todo, todo estaba encerrado en aquella carcajada que cortaba en serrucho. Se halló como clavado entre el griterío. Y prorrumpiendo en llanto, se curvó más para ocultar el rostro enrojecido. Hasta que alguien se incorporó iracunda. Y una blanca mano de seda, sacudida de sollozos también, le acarició la frente, después del tirón por el brazo y el chirriar de los pasadores al cerrar la puerta. En el patio, ¡qué silencio! Y allí, adentro, en el cuarto, ¡qué blanca mano de seda! la mano de Margarita, sobre su cara fiía! ¡Qué palabras tan tiernas! Él se sentía niño. Ella enjugaba las lágrimas del jorobadito y las suyas. Le posaba los labios sobre los cabellos en desorden. ¡Qué acentos tan dulces! ¡Más reminiscentes todavía que los de la bandita de circo que Carlín solía sentir llegarle cuando se hallaba muy abandonado! El se le acostó encima. Y más que delirio sexual,

fue beatitud del alma, entre el frenesí del cuerpo, el suyo
Pero después ¡Ah! él estaba cegado en aquella alcoba
Como si gasas blancas le velaran los ojos Pero después
¡ah! después, a la salida, al rato, pasado el deslumbramiento,
Carlin recordó, de cuando estaba arriba, la boca de Margarita,
esquiva, pegada a la almohada Entonces comprendió todo La amó de golpe y

-¡Carlin!

Reconoce la voz grave de Juan Carlos

-¡Se ahogó Margarita! ¡Se ahogó! ¿Ya la encontraron?
-exclama con la cara hundida en la almohada ostensible la joroba

-¡Sí, la halló Ulpiano Falero! ¡No llores!

-¡Se ahogó! ¡Se ahogó! ¡No puedo!

Apresurándose a salir al encuentro de doña Basilia
que viene con el mate y palabras presumiblemente curiosas,
Juan Carlos abandona la habitación

* * *

Salen del dormitorio el negro Luna, Eusebito y los dos indios transportando de las manijas el cajón a la gran pieza destinada al tango, pues allí lo esperan el soporte los candelabros y las velas aún sin encender Ulpiano Falero, delante todo de negro, alumbra con una lámpara

Próximo al sitio donde es situada la caja fúnebre se alza el tablado que ocupaban los músicos cuando la policía permitía bailar en las mancebías. Las paredes están pintadas de azul profundo, roto por la humedad en distintos lados. Los cirios proyectan en seguida una inquietud pálida.

Margarita está linda lo mismo. Su boca, que fue ligeramente abierta por el agua cuando ya inútilmente le apretaron el estómago, sonríe con dulzura. ¡Y esta sonrisa, forzada, se semeja tanto a la que a todos encantó cuando vivía! Parece dormir entre las flores un tierno sueño de fácil despertar.

-Guerno -dice el negro Luna-, vamos a dir de una vez a ver si damos con el viejo.

-Si se le hace cuesta arriba, ofiecele plata, no más -previene Encarnación- Y que no vaya a maliciar adónde viene, porque se les va a echar atrás.

Eusebio sigue al negro hacia la noche.

La patrona, las pupilas y los dos indios, rodeando el ataúd, toman asiento.

Con voz que en ocasiones se estremece, la dueña, dirigiéndose a los indios, cuenta lo sucedido. A pesar de ser ésta la tercera vez, ellos escuchan parpadeantes de atención.

-Cuando fuimos a bañarnos a la laguna, yo tenía un presentimiento. Pero no dije nada porque no sabía de qué.

Los indios, con caídos bigotes con rojos escarpines subidos sobre las bombachas han puesto los pies en los travesaños de sus sillas y han apoyado los brazos en las piernas. Parece que estuvieran colgados por hilos, del techo. Llegaron cuando el alboroto al atardecer y ya no salieron. Han de quedarse, mientras haya caña, «acompañando al cuerpo», los hermanos

- y ¿qué iba a hacer yo, qué iban a hacer éstas cuando Margarita dio un grito y se hundió en el agua? Por más que clamamos nadie nos oyó. Yo, entonces ¡Che, te llaman!

La aludida, Luisa, se incorpora y va adonde la espera su cliente, un pequeño comerciante que celoso de su reputación, no le gusta mostrarse

-¿Sabías que se ahogó Margarita?- dícele ella con doliente acento

-Sí, sabía. Sí, sabía. ¡Dame un !

-¡Entrá, hombre!

Luisa, al salir ha estremecido el aire. Y la luz del velorio desliza un fulgor metálico sobre la cabellera de Margarita

* * *

Luna y Eusebio llegan al rancho de Mangunga, tan agachado como su dueño, y golpean las manos

-¿Qué quieren aquí?- grita una voz débil que quiere ser bronca y asustante

-Es que ha muerto una y no hay quien rece porque la que había se ha olvidado

-¡Fuera! ¡Fuera, fariseos! ¡Fuera infieles!

Con fastidio el pardo piensa en Luisa, en la torpe Luisa que probó de rezar ante Encarnación y hasta interpoló un fragmento de décima. Endulzando su acento, insiste:

-¡Es de veras, don! ¡A ver si quiere ir a rezar un rato! ¡Es aquí cerquita, no más!

¿El tono resulta convincente?

Aún no lo saben los llegados porque ignoran el sentido de una frase masculada adentro

-Ninguno que enciende una vela la cubre con una vasija o la pone debajo de la cama mas la pone en un candelabro para que los que entren vean la luz

Las rendijas se iluminan débilmente.

-¿Qué es la muerta, peregrino?

-Y es esté es Margarita

-Para el Señor no hay nombres ¿Infiel?

Luna vacila, rascándose otra vez, la cabeza. Luego por las dudas, contesta

-Fiel

En el espíritu del cándido anciano el recelo ha dejado paso a la más completa de las tranquilidades

La puerta se abre

-¡Entren, señores! Ésta es su casa

Es una pieza de paredes y techo de tablas y latas
Sobre un camastro hay un colchón cubierto de bolsas y de
trapos. Hay también un cajón de kerosene, hay un plato, un
jarro de hojalata, un cuchillo de arco de barril. Y papeles,
más papeles, botellas, frascos, cajas

Ante la sorprendida mirada de los recién llegados,
el dueño de casa exclama

-La pobreza y la honradez son compañeras. Escrito
está. Le será más fácil a un camello pasar por el ojo de una
aguja que a un rico entrar al reino de los cielos.

El viejo Mangunga agarra su bolsón de mendigo
pero lo deja en el suelo en seguida. Y una vez afuera él y
los otros, reata la puerta con un alambre

-¡Es aquí cerquita, no más! ¡Se ahogó, la pobecita!

-¡Qué cuadro! ¡Pobre madre!

El negro se sobresalta. Pero Eusebito acude en su
ayuda

-¡Déjeme!- exclama

De los ranchos que bordean el camino se abalanzan
perros ladrando enardecidos. El viejo ha ganado el medio
de la calle. Marcha con el corazón encogido, los ojos como
brasas entre la oscuridad poco densa de la noche

A la izquierda de los caminantes se abre el campo
florecedo de luciérnagas, dormido. Dan un rodeo para no
cruzar por las calles de la barriada que hubieran alarmado

y hecho desistir a Mangunga. Por la parte de atrás, pues atravesando campos, llegan al prostíbulo. Descubriéndose, el anciano se persigna y entra al cuarto mortuario con un aire de importancia no desprovisto de dulzura. Luego de tender una mirada bastante sorprendida sobre la concurrencia, se aproxima al féetro y contempla a la muerta. Allí se le disipa naciente desasosiego.

-¡Era un ángel! -exclama, arrobado- ¡En la flor de la edad!

Y agrega solemne con los ojos en el techo sin ver una arañita que teje velozmente su red apiestándose a la caza.

-¡Abríos, puertas de la Eternidad!

* * *

Mientras el hombre se desviste colocando la ropa con mucho cuidado sobre una silla, Luisa se acuesta de espaldas. Al verse casi desnuda, recuerda más vivamente la trágica escena. Entonces cierra un poco las ya abiertas piernas. ¿Pero ella y las otras mujeres, qué podrían haber hecho? Y si no hubiera sido por los soldados y por Ulpiano Falero, Margarita, la pobre Margarita, seguiría en el agua. A estas horas, todavía en el agua. ¡ya boyando!

-Juan Carlos paga el entierro -dice en voz alta- Encarnación corre con los otros gastos. Las bebidas y todo

-¡Está bien! ¡Está bien! -aprueba admirado, el pequeño comerciante, quitándose los zapatos

Es bajo, rechoncho Tiene bigote negro El pelo es crespo, de cuidados raya al medio

-¡Seguro! ¡Si no, la hubieran velado en la Comisaría! ¡Qué horrible!

El hombre no contesta Está fastidiado El cordón de su zapato se ha roto

-¿Y ahora? - se pregunta con creciente furor

-¿Eso no te parece muy triste?

-Por mí, que la hubieran tirado a los perros.

-¡Sos un animal!

Dolida iracunda, se sienta en la cama

El hombrecillo se sobrecoge Balbucea

-¡Fue un decir, muchacha!

Ella, ardientes los ojos, repite

-¡Sos un animal!

Se tumba en el lecho, boca arriba Una lágrima cruza la sien y se pierde en el pelo

-¡Vamos, pronto!

Él se tiende a su lado La contrariedad producida por la rotura del cordón el incidente con la mujer, lo han puesto nervioso y no le dejan identificar a la esquiva novia con la expuesta prostituta Ha cerrado los ojos Siente el contacto de todo un cuerpo con el suyo, pero la siempre fácil y necesaria ensoñación esta vez no se produce

Al cabo de un momento, gemebundo, exclama:

-¡Elvira! ¡Elvira! ¡Elvira!

Hasta que la imagen deseada surge por fin al quejumbroso llamamiento. Y afina caderas y ciñe carnes y yergue senos marchitos, ostentándose como quisiera verlos.

-¡Ay, querida!- ruge, ya rehecho.

Un rumor llega de fuera. La voz del pordiosero Mangunga destaca del coro oscuro que repite sus palabras:

- a ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando.

La cama de Luisa cruje estrepitosa. Y esto desagradado al hombrucillo. Vuelto a su dura realidad, se detiene un momento.

-¡Pero, querida!, no te dijo para que te enojases... pero, ¿por qué no haces arreglar la cama? ¿No ves... que es feo?

Con el lento pensamiento en otra cosa, ella no contesta.

-Señora- se oye al viejo.

-Señora- repite el coro.

-...abogada nuestra... vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos... y después de este destierro.

El comerciante salta de la cama, montando en cólera.

-¡No vengo más aquí! ¡No vengo más nunca!

Sin hacer caso, la mujer se viste rápido y sale.

- ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!- ruega el anciano, los ojos en el techo.

Luisa cae de rodillas.

-¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!- implora uniendo su voz a la de las demás mujeres

Suena la hora en el reloj de la lejana iglesia. Desde el alto cielo la Cruz del Sur abre sus brazos piadosos sobre la tierra, sobre miríadas de luciérnagas de encendido faro-lillo entre los pastos, sobre grillos intermitentes, sobre charcas donde el sapo canta arrobado junto a la estrella descendida, canta inmóvil para no despertarla al menor estremecimiento del agua. La Cruz del sur abre sus brazos piadosos sobre la ciudad dormida y sobre el Bajo despierto.

* * *

Se sigue el mate. Los hombres también toman. No tienen escrúpulos. ¿De qué? Si se besa, bien pueden tomar mate en rueda.

Sin duda alguna tienen razón.

En la puerta, dos jóvenes prostitutas han poco llegadas, han quedado suspensas, contemplando la abigarrada concurrencia entre la profusa iluminación.

-¡Está precioso el velorio! ¡Y ella lo merece!

-¡Sí, cómo no, pobrecita!

La Nena, que desde temprano solicitó permiso a su patrona para venir, no saca la mirada del extático Mangunga. Arden extraños sus grandes ojos.

Un «Buenas noches» corta la disquisición de las dos jóvenes. Es el Flaco. Se enjuga el sudor con el pañuelo. Está muy fatigado. Se aproxima al léretro. Contempla a la muerta, tan amiga. Busca con la vista un asiento al mismo tiempo que decide irse porque aquella escena, allí, lo acongoja más. aun

-¿Juan Carlos no vino? - pregunta por decir algo

-Hoy temprano, vino. Pero después no vino. Seguinto esperaré a venir a la madrugada. Digo yo. Vienen todos. Todito el mundo. ¡Él se portó como un caballero!

-Yo luego vengo con él

-¿Gustás una caña?

-No. Hasta luego

Al salir, casi se pecha con dos emponchados, éstos sorprendidos al mirar hacia adentro, se descubren, indecisos. Uno de ellos, todo de negro, es ya maduro. El otro es un adolescente.

-¡Dentren, si gustan!

Se consultan con la vista. Entran. Y mueven sus sombras en la pared y en el techo.

La más joven de las rameritas, delgada y bella, ofrece en una bandeja caña y cerveza. Quienes toman mate siguen optando por la caña.

-El cielo es lindísimo -divulga Mangunga- sin beber y rodeado de puchos, envuelto siempre en una fija mirada de la Nena- Está Dios, allí, sentado en su trono. De

un lado tiene a la Virgen y del otro a Jesucristo. Después, vienen los santos. Después, como ser de esa puerta para allá, los ángeles y los querubines. ¡Y qué pájaros tan bonitos y cantores! ¡Y qué cantidad! ¡Hay pájaros así!

Y junta los dedos de su sarmentosa diestra

El gaucho joven clava con codicia los ojos en Irene quien le ha ofrecido de beber. Cuando ella vuelve a su asiento casi frente al suyo, continúa mirándola. Le gustan las mujeres así, delgadas, tristes.

En una, al encontrarse las miradas, el gauchito sonríe.

La joven demora un instante en retribuir la sonrisa. A no ser porque ésta fue acompañada por un movimiento de cabeza, no la hubiera percibido, tal vez. Es que la joven estaba abstraída en el recuerdo de una tarde del año pasado en que iba hacia el Centro del brazo de Margarita. En la tranquilidad del ambiente, súbitas detonaciones las habían sobresaltado. Y en un rancho ya se disponían a guarecerse por las dudas, pues el tiroteo se acercaba, cuando vieron desembocar en el callejón una volanta de las antiguas, entre nubes de polvo, los caballos lanzados a la carrera. Detrás, dos coches más aparecieron. Y luego fueron surgiendo en el recodo a galope, de pie sobre los estribos, jinetes de ponchos flotantes agitando sus rebenques o sus humcantes revólveres. Vestida de blanco, coronada de azahares, bella y triste, iba una jovencita en la volanta. Junto a un hombre entrado en años, de ostensible ufanía. Los brazos

rodeando la cintura, así las dos prostitutas contemplaron el coche nupcial y su rauda cortejo hasta que una loma se interpuso y quedó humeante.

-¿Viste, vistas la novia? ¡Qué lindo! ¿eh?

La recién advertida sonrisa del gauchito turbó la evocación. Ha traído un embeleso melancólico mas intenso del que debiera corresponder. Sonríe ella, a su vez. Tiene un instante de irresolución. Luego se incorpora y va a sentarse a su lado. Como quien, despertando, aún con sueño, tiene que vestirse.

Pero esta sensación es fugaz. Porque la conversación se inicia en tono menor, en el tono de su melancolía.

-¿De dónde sos vos?- le pregunta bajito.

-Del Arazatí.

-Me parecés cara conocida.

-Yo anduve una vez con vos. Fue en Semana Santa.
¿No te acordás? Estabas todita'e blanco.

-¿A ver? ¿A ver? . No, ¡no me acuerdo!

El emponchado de negro, Eusebito y Luna conversan de sus cosas. Cuando lo tienta la risa, el último encima ambas manos en la boca gruesa.

Los de rojos, subidos escarpines y bajos bigotes, cruzados de brazos, los pies en los travesaños de sus sillas están mudos e inmóviles. No hablan más que al ofrecerse tabaco entre ellos, se mueven sólo para bajar el brazo y coger la copa de caña que descansa en el suelo. A fuerza

de poner cara de circunstancias, se han entristecido. Uno, hace ya rato. El otro, Aniceto, el mayor, recién.

Encarnación ha cortado el discurso del viejo y retraído, con eso, la mirada de la Nena. Los ojillos miopes de la patrona, arden. Está algo ebria.

-¡Todos la querían! Ustedes van a ver lo que se cierran las casas, lo que empieza a salir la gente de los cafés. ¡Se me va a llenar la casa de gente!

Y sin reparar en el viejo Mangunga, por suerte absorto en la contemplación del cielo que pintó a su capricho para hacerlo sensible a la concurrencia y que ahora a él también seduce, agrega:

-Y Flora, Iracema, todas van a venir con sus muchachas. Ahí está la corona de Flora. Ahí tiene su tarjeta. Sacale l'alfiler y léela otra vez fuerte, hija.

-A mi querida pupila -leé, canturreando, la peliforríta-, que tuve una vez en mi casa donde se portó perfectamente como era su deber y fue el encanto de todos tanto amigos no más como clientes. ¡Adiós, desdichada ahogada! ¡Adiós!

Bebe un gran trago de cerveza Encarnación mientras la lectora se enjuga lágrimas.

-¡Esto va a ser un gran velorio! Y aquí no va a faltar nada mientras a Encarnación le quede un cobre. Tomen, no más. Yo soy así, yo.

El gauchito alarga la mano hacia el tibio refugio de los senos de su compañera.

-¡Aquí no! -musita ésta- ¡Hay que respetar!

Él baja los ojos confuso Y luego, furtivamente, los posa sobre la caja donde Margarita, entre blancas flores compradas lejos del Bajo por ahí a cualquier precio parece soñar un dulce sueño

-Si quiere querido, vamos a mi cuarto

La sigue pálido, sintiendo el golpeteo de su corazón Al trasponer la puerta, le rodea la fina cintura felina Advirtiéndolo, la Nena se entristece más Y crecen en ella las ansias de estar a solas con la muerta Y con Mangunga Algunas veces ha oído rezar Cuando pequeña rezó, también Pero hoy, en esta noche en que la voz del sapo acerca la oscuridad hasta casi junto a las velas, las palabras se llenan de removedoras resonancias . «A ti llamamos los desterrados hijos de Eva » En cierta oportunidad, Zulema su patrona, había dicho «Hay muchos, hay miles y miles de rezos Hay rezos de todas clases»

Al sacar el pañuelo para enjugarse la frente, el viejo Mangunga deja caer un papel

La Nena se apresura a recogerlo Y se lo entrega

* * *

Llegaron patronas de las otras mancebías, acompañadas de sus pupilas La casa se va llenando de gente Por la calle, Pancho distinguió en un grupo de mujeres a Lulú, la

linda alocada de lo de Agueda que, enmaridada ahora con un empleado de la Estación muy generoso de su dinero, cambió al Flaco por Pancho, manteniendo relaciones «ilícitas» con éste, ahora Bastante en tranca ambos, cogiéronse del brazo para entrar muy orondos a la casa del duelo

Ya no caben en la pieza mortuoria. Se disemina la concurrencia por el patio. Muchos hombres van a la cocina donde, entre caña y caña, se siguen dos mates porongos. Allí, en voz baja, Eusebito y Luna incitan a los gauchos forasteros a ir con ellos a jugar a las cartas a lo del Perro, con la intención de trampearlos.

Junto al fogón, en un banco, Ulpiano Falero, de luto por un hermano, cargado el pecho de cadenas, dijes, guardapelos, asume un aire de importancia esta vez muy justificado, ya que fue él quien se dio cuenta que aquello que palpaba en el fondo de la laguna no era «baba e sapo», era pelo. Y enredó los dedos en él, y volvió a la superficie con Margarita.

Encarnación, en su carácter de patrona de la difunta, ha adquirido situación de «doliente principal». Al abrazarla, todas las que llegan la compadecen, a su turno.

- ¡Qué se le va a hacer! ¡Hay que conformarse!

El alcohol y estas palabras producen su efecto. Lloro con sinceridad, llora a gritos, cual si la muerta fuera su propia hija que está de pupila, sí, pero en un colegio de

monjas Y provoca el llanto de las demás Irrumpen en el silencio de la noche alaridos lastimeros

Del rancherío que circunda el burdel las oyen los perros, escalofriándose Y comienzan a ladrar, inmóviles, con los cuellos tendidos hacia las estrellas ya ahogándose en la aurora

Guau Guau Au .au .

-¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

Guay Au

-¡Pobrecita!

Au. au

Luisa desparrama sillas presa de un ataque nervioso. Los que, apartando mujeres, acuden de la cocina, la llevan a su cama El gaucho enlutado consigue meterle la vaina del cuchillo entre los dientes para que, al morder no se corte la lengua

-¡Ponganlén un pañuelo con Agua Florida! -recomienda Encarnación- ¡Apretenlén los ovarios, a la pobrecita!

Y vuelve a posar la cabeza en el hombro de Flora, gimoteando

Bruscamente agitada, la luz fulge sobre la cabellera de Margarita

* * *

Rato después de la preza mortuoria sacan a una mujerona alta y gruesa, del brazo de otras dos que apenas si pueden con ella. Las sigue una muchacha llevándole la silla

-Usté venga con nosotros. Usté venga con sus amigas

La más borracha es Isabela, la «tomadora» de Agueda. Ya inconsciente, tiene los ojos duros, enormemente abiertos

Cuando consiguen sentarla, permanece así, mirando fijo y sin ver. Un estremecimiento le llega por momentos. Como si recibiera sacudidas. Como si escuchara distantes voces y, atada de pies y manos, amordazada, no pudiera acudir ni con el grito

-¿Por qué no la acuestan en algún cuarto vacío de esos?

-A lo mejor, lo que precisa es un descanso

-¡Sí! lo mejor es un descanso!

-Isabela, ¿no querés descansar un ratito en una camita linda?

Esto, dicho a gritos y casi al oído, no provoca ni un fugaz parpadeo. Los ojos son dos vidrios pegados, sin engarce

¿Qué atiende ella? ¿A quién escucha ella sola? Y siendo así, ¿qué palabra, de pronto, es la que hace estremecer?

-Gueno, vamos a llevarla. Pasate el brazo de ella por el pescuezo

-¡Cancha!

Junto a la cocina hay una covacha con cama. Es la habitación más alejada. Allí estará mejor.

Entornar la puerta. Regresan conductores y curiosos. Entre éstos, Pancho y Lulú, cada vez más ebrios del brazo, con el ensimismamiento placentero de dos novios por un florido jardín.

En el corredor se encuentran con Juan Carlos que, recostado a la pared, observa absorto el gentío.

Pensando en el «marido» de la muchacha, el generoso empleado de la Estación que bien pudiera provocar un incidente si se entera, Juan Carlos reconviene.

-¡No debieran andar haciéndose ver por todos, caray!

-¿El qué, Juan Carlos? -salta Lulú con insólita gravedad- ¡Es que si mi marido se entera, a mí me ofende!

Y expresando en forma rotundamente ostensible el deseo de variar de conversación, pregunta a su compañero:

-Che, Pancho, ¿cuando es sábado? ¿El viernes de noche?

Pancho queda como viendo visiones.

-Según- dice al cabo de un momento.

Esta respuesta satisface visiblemente, desde el fondo de su borrachera a la muchacha. Mueve sus lindos ojos por toda la órbita. Suspira. Y exclama en un arranque

- ¡Qué felicidad! ¡Pobre Margarita! ¡Este velorio está precioso! ¿Por qué no nos sentamos? ¡Qué pocos asistentes! ¡Ay, se fue a incomodar!

Coge un vasito de la bandeja que le tiende una de las pupilas de la casa

- ¡Las mujeres adentro! ¡Las mujeres adentro!

- ¡Van a rezar! ¡A ver las mujeres!

Las voces se corren

- ¡Las mujeres adentro!- repiten

- ¡Ay! yo. ¡Qué vergüenza! ¡Sin rosario!

- ¡No, si casi nadie tiene!

- Hay un viejo que sopla, ¿no es cierto?

- ¡Sí, lo más bien se sigue!

Agrupadas las mujeres, genuflexas ya en torno al cadáver de tenue sonrisa Irene se resuelve por fin a dar la noticia consternante. El rezador ha desaparecido. Huyó, quizá por haberse dado cuenta de algo

Otra vez de pie, se reinicia, ahora por todos los rincones, la búsqueda. Que, en el excusado, provoca la zozobra iracunda de la vieja Agueda

- ¡No se puede! ¡Soy yo! ¡No les digo que soy yo la que está aquí! ¡Caramba!

En una de estas idas y venidas es que oyen unos significativos crujidos de cama en el cuarto donde llevaron a descansar a Isabela

Empujan la puerta. Pero ésta no cede. Alguien ha trancado por dentro

Una de las compañeras de la accidentada se adelanta, enardecida y llorante

- ¡Es una maldá! ¡Pobre! ¡Es una maldá!

Y bate la puerta con los puños hasta hacerse daño.

Otras gritan también:

- ¡Dejelá! ¿No le da vergüenza? ¿No tiene lástima?

Una sospecha asalta la mente de todos con lógica unanimidad. A pesar de esto, recordando el aspecto del viejo Mangunga, tan amable, tan dulce, tan bueno, nadie se resuelve a exteriorizar su pensamiento

- ¡Echen abajo la puerta! ¡Ay, qué malda de las más grandes! ¡Echen abajo la puerta!

Y la muchacha golpea ahora con los pies

Profiriendo graves amenazas, el negro Luna, Eusebito y otros hombres decididos se abren paso. Pero, en ese instante, el chirriar de la llave repercute en el corazón de todos. Y aparece un mulato en la puerta. Abrumado, confundido, consigue tartamudear:

- ¡Ella me convidó!

- ¡Qué, si está sin habla, asqueroso!

Eusebito, abrazando por detrás a Ulpiano Falero
para contenerlo ruega al cachondo

-¡Haga el favor de desaparecer! ¡Mire haga el favor!
Alguien enciende un fósforo

Terciada en la cama las piernas al aire, descubierta
hasta el vientre, está Isabela. Cuando le aproximan la luz a
la cara abre los ojos. Y los deja fijos en el techo

-¡Ahora te vamos a pasar llave, Isabela! ¡Ahora te
vamos a pasar bien la llave!

Junto al oído grita esto su compañera todavía llo-
rosa

Los dilatados ojos permanecen inmóviles. Y un
nuevo, casi imperceptible estremecimiento les sobreviene
a ellos también

-¡Pónganla en el cuarto de la difunta! Con las cosas
de la muerta. Así no se animan a entrar

-¡A rezar! ¡A rezar! ¡Iracema sopla! ¡Ella aprendió
cuando chica, dice!

Juan Carlos aprovecha la oportunidad. Absorto en
remotos pensamientos, sale y se aventura por los calleje-
nes

Alguien lo ha visto. Vacila da unas vueltas sin ton ni
son y, de pronto, abandona también la mancebía. Es la Nena.
Pero Juan Carlos ha desaparecido

* * *

La Cruz del Sur ya no está en el cielo del amanecer
Las luciérnagas han apagado sus farolillos. Los sapos callan en los charcos sin estrellas, manchados cual si, en un rito cruel, alguien las hubiera sacrificado

La luz produce en los habitantes del Bajo el mismo efecto que en las cucarachas. Todos se encierran presurosos en sus refugios

Junto al féretro blanco, dos mujeres duermen, sentadas

* + *

En el saloncito de sesiones del club están, gravemente arrellanados en mullidos butacones de cuero, varios señores

-¡Son las seis menos cuarto, ya!

-¡Bah! Un pequeño retraso en un joven, no tiene importancia

El que está a la derecha del Jefe de Policía es don Luciano, uno de los hombres más respetables del pueblo. Suyas son las últimas palabras

-¡Oh, ya sé! Yo no hacía ninguna inculpación

Quien esto replica es un médico de barbilla de chivato y mirada tan puntiaguda como la barba

Se hace un silencio frío. Se mueve el picaporte atrayendo los ojos. La puerta, al abrirse, ha dado paso a dos

fatigados gordos rozagantes vestidos de negro Aún son jóvenes

-¡Ay! ¿no vino todavía? Nosotros supimos que él iba a venir, y vinimos Pero como nos dijeron que era a las cinco y media veníamos casi corriendo

Los intrusos sin advertir la desagradable impresión que su presencia ha causado toman asiento

-¡Ay! Nosotros nos decíamos que íbamos a llegar al final Para peor, a éste se le antojó afeitarse ¡Sí hablarle es lo mejor! Yo, en cuanto supe de la reunión, dije «¡Sí, hablarle es lo mejor!» La ciudad está escandalizada revolucionada

El Jefe de Policía se ha puesto de pie Y se pasea las manos atrás, fastidiándose por grados con los importunos

-Con el apurón -dice el otro gordo-, me dejé la cara ardiendo ¡Es que hay que ver! ¡Cualquier día sucede una barbaridad! Lo de menos sería que ande siempre entre la chusma Allá él Pero es que la va a perder más de lo que está ¿Saben lo que le dijo la mucama, el sábado pasado, a mi hermanita, porque le reprendió con toda razón? «Hay más pobres que ricos Cuando a ellos se les antoje usted tendrá que tenderse la cama» Ella no pudo sacar eso de su cabeza Lo tuvo que oír a alguien Y ese alguien tiene que ser de las juntas de él. Y él, cobrando todos los años sus rentas, que para nada le sirven porque las tira . Y él, con

una amante a quien va a ver en pleno día. Y ahora que digo esto, lo de Lala que se lo hagan tragar a otro. Si no hubiera gato encerrado, dirían francamente que son novios. A la pobre Olguita la tienen de pantalla. Los han sorprendido mirándose escandalosamente. ¿Y no ven que con Olguita ni se ennovia ni ? ¿Qué quiere decir eso ?

El doctor, al ver los gestos de desagrado de don Luciano, saca de nuevo su reloj e interrumpe

-¡Las seis menos dos! No es posible que

Una mano se ha posado en el picaporte. Alguien empuja la puerta. Juan Carlos

Al trasponer el umbral, se sorprende. De inmediato presiente algo desagradable.

Todos se han puesto de pie.

-¡Oh, querido Juan Carlos!

El Jefe de Policía y don Luciano se adelantan a estrecharle la mano

-Amigo mío -dice el coronel-, agradezco en nombre de todos que haya aceptado nuestra invitación

-¿De qué se trata?

Don Luciano levanta la diestra

-¡Siéntate! ¡Sentémonos, señores!

Conjeturando afiebrado, se sienta en la butaca colocada por uno de los gordos delante de las demás

Don Luciano se compone el pecho. Se ve en su rostro un dolor sincero. Habla con gravedad y ternura al mismo tiempo.

-¡Nosotros te queremos, Juan Carlos! Tu eres bueno. Tienes un gran corazón. Es de los grandes corazones el tuyo. Lo sabemos quizá mejor que tú. Pero

-¡Nadie duda de su bondad, Juan Carlos!- salta el Jefe de Policía, severo y digno, las manos sobre el pomo de la espada.

El «pero» aquel flota en el aire como nube en un cielo donde no cruza el viento.

Juan Carlos tiene las cejas contraídas.

-¿Pero qué pasa contigo?-, interroga escudriñando los rostros solemnes.

-Pero es necesario cambiar, cambiar de vida-, apresura, contra su propósito, don Luciano.

Aquello vago que presentía era esto, eran estas palabras pronunciadas en tono paternal y doliente.

Juan Carlos palidece. El aire se le ha tornado tibio y pegajoso, insuficiente. Y la ira se le muere al nacer, entre una tristeza que lo embarga.

-Eres joven, culto, fuerte. Eres rico. Hay aquí, en el pueblo, muchachas lindas y buenas. ¡Elige una, Juan Carlos! ¡Cásate! ¡Funda un hogar! ¡Perpetúa tu nombre y tu vida! ¿No has pensado que va a ser de lo tuyo cuando mueras? ¿Eh? Dime.

-No- responde el joven, ahogándose

Uno de los gordos agrega, con palabras que resue-
nan a vidrios rotos.

-¿Y qué será de ese dinero sin dueño? ¿Ves que
no piensas?

En otras circunstancias, Juan Carlos hubiera salta-
do como un tigre ante la frase y el acento. Pero nada lo
ofende ahora. Momentáneamente, como le suele aconte-
cer, está cerrado para todo lo que no sea sufrimiento.

Entre el chirrido que el gordo produce en el cora-
zón emocionado de los demás, don Luciano continúa

-Ya ves, yo - nosotros - enmienda el error padecido
porque las palabras frías del gordo hicieronle desear estar
solo-. Ya ves, nosotros, ¿crees que en el fondo somos tan
buenos como tú? Por mi parte, yo no, te lo aseguro.

Juan Carlos, las pupilas dilatadas, está de nuevo
pendiente de lo que oye. Ah, si no estuvieran los otros,
delante de los cuales el hablar le escuece, cómo cambiaría
su actitud muda! Porque con él, con don Luciano, se puede
hablar razonablemente, por lo menos. Y se podría llorar
sobre su pecho.

-Y ya ves, nosotros, menos buenos, luchamos. Hay
que luchar. Ya ves, Juan Carlos, está bien empleado el ter-
mino. La vida es una lucha. ¿Contra quién? ¿Contra qué?
No se sabe. Pero hay que luchar. Al que se entrega, eso -
recalca la palabra-, eso se lo traga.

Don Luciano busca unas frases que no le salen, cuando tuerca el doctor, seguro y firme como cuando opera

-Además, Juan Carlos, estás perdiendo a nuestros hijos a los hijos del pueblo ¡Le salen a uno con cada teoría! No quiero decir que tú los aconsejes. Pero ellos empiezan a seguirte, te imitan. Quieren ser como tú. Y eso no está bien. Además... tú eres solo. Ellos tienen padres hermanas

Los gordos aprueban con interés

Como un trapo en el asiento está Juan Carlos. Mira extraviado

El Jefe interviene

-Estas palabras, que le agradecemos nos escuche, podrán parecerle egoístas. Quizás haya un poco de eso. Es legítimo. Es humano.

Se pasa el pañuelo por la frente. Hay en su expresión nobleza afectuosa y triste.

-Usted será el primero en reconocer que es humano. Pero hay algo más, en lo que usted quizá no crea: se lo decimos, también, porque lo queremos. Así, como lo oye.

El Jefe de Policía se emociona a ojos vistas

-Usted es un caballero. Usted es un gran corazón. Nadie puede sorprender en sus actos un móvil oculto. Cuántas veces, en mi casa, al ver a mis hijas adentrándose en la vida con tanto candor, con tanta inocencia... ¡Ya ve que me coloco en una situación escabrosa! ¡Y no la temo, la

afronto' . Mirando a mis hijas, he pensado muchas veces, para ellas, en hombres como usted . Y vea que tristeza para los que lo queremos en hombres como usted, pero no de su conducta

El montón de ropas aquel de la butaca del frente, se conmueve

-Yo siempre he cumplido con mi deber -prosigue el Jefe- Es mi único mérito, lo reconozco . Y bien por usted, a mi edad, he dejado muchas veces de cumplirlo . Usted o sus amigos, no acatan a la policía . En el Bajo hay frecuentes disturbios, Mis subordinados saben que a su amante usted le

El coronel retrocede la expresión . Ha visto implorar la mirada del muchacho

-La ley no es pareja, me han dicho muchas personas respetables . ,Y tienen razón, Juan Carlos' -sigue con acento suplicante- ,Por primera vez desde que tuve mando, la ley no ha sido pareja'

Saca un pañuelo . Se enjuga la frente . Y reponc

-Todo el pueblo, todo el departamento supo en seguida que usted le dio caballo y dinero a Rodríguez para que huyera cuando mató a Laguna

Se hace un silencio . Sólo se oye el ansioso respirar de Juan Carlos . El aspecto legal que ha tomado la cuestión, le permite hacer pie, de nuevo . Se va recobrando . Puede ya reflexionar

-¿Y si tuvieran razón estos idiotas?- piensa

Ha sido injusto con don Luciano, al envolverlo en el epíteto. Lo comprende en seguida. Eso consigue que su voz, ya firme, no manifieste a los demás lo que estaba a punto de decirles a todos.

-Bueno, ¿qué voy a contestar a lo que me han dicho? Les agradezco el interés que se toman por mí. No sé hasta qué punto lo merezco. Comprenderán que esto me hará meditar mucho. Yo, claro, ahora en seguida ustedes ven.

Han quedado muchas cosas por decir. Otras, contra lo que se decía, se escaparon. Pero Juan Carlos ya está de pie y les tiende la mano, con un aire crecientemente ceñudo.

-¿Amigos como siempre?- pregunta, al advertirlo, el Jefe de Policía.

-¡Ah, eso sí, amigos como siempre! -añade vivamente uno de los gordos, clavándole los ojos con inquietud.

-¡Oh, claro que sí!

* * *

-¡Ahú! ¡Ahú!⁽¹⁾ ¡Abajadlo todo!

(1) Grito de guerra de los indios.

El Bajo hormiguea. Los callejones se van poblando de gente que irrumpe de las casuchas, de los ranchos; de hombres que se levantan de los campos, descansados por la ira. Las mujeres que en tropel se incorporan traen armas, también hachas, trozos largos de hierro, palos. Los puños se tienden amenazantes hacia la confiada ciudad de arriba. Y entre los ladridos de la perrada inquieta y trabante se cruzan humanos alaridos. El Mellizo Juan blande corvo sable. Una pesada maza se ve en la diestra de Bonifacio. Llevan hachones encendidos muchas mujeres.

Entre el humo que enardece, estallan las primeras detonaciones como señal de avance. Y, en jauría, la turba se precipita hacia el Centro. Y entra en las casas el huracán devastador ante el corto pasmo de los habientes. Las teas incendian. Los brazos armados se abaten implacables. Caen con estrépito puertas y muebles, silenciosos, los de cráneo partido.

-¡Ahú! ¡Ahú! -azuza el de cuerpo choneante de sangre, el de brazo incansable, él, Juan Carlos.

-¡Ahú! ¡Ahú!

Y su hacha cae sobre las cabezas que se abren apenas crujientes.

-¡Ahu! ¡Ahú!

A su lado Bonifacio sube y baja en silencio el brazo armado. Y la muchedumbre enfurecida desborda por las calles en irresistible ascenso. Por las calles, donde hacia

abajo corrieron siempre los detritos del pueblo ahora la chusma miserable sube tras el de cuello almidonado y zapatos de charol los tarados los borrachos los sifilíticos, los hambrientos, los piojosos los extenuados, los tísicos, los gonocócicos Descalzos en alpargatas, de tamangos, de botas Con sombreros, con vinchas Enfurecidos de amor Aquélla, lleva aún las moñitas de papel con que ondea el cabello atractivo

-¡Ahú! ¡Ahú!

Esa gran mancha sobre la albura del traje no es sangre, todavía, es permanganato derramado

-¡Ahú! ¡Ahú!

Y el viejo Mangunga, de rodillas entre las turbas, abre la boca sangrante Sangrante a viva fuerza, porque le ha cortado la lengua, porque ni su voz debe interrumpir los primeros silencios de la tierra

-¡Ahú! ¡Ahú!

¡La corriente se ha invertido! Todo lo sucio y fuerte sube ahora del Bajo hacia el Centro Se desploman las casas Las llamas del incendio envuelven a los muertos, secándolos volviéndolos carbón Y como ratones buscan y abandonan inútil escondrijo los de la ciudad Al principio habían sido las tres hermanas eran Blanca Blanca Chica, Agueda, Flora; eran los Falero, el Mellizo los apocalípticos Ahora también son seres desconocidos, como bestias de exterminio, como máquinas de arrasar El humo envuelve

al pueblo por los cuatro costados. Las paredes se rajan flameantes. Entre las ramas que llegan hasta la calle se mecen cuerpos suspendidos por el cuello. Tienen la lengua afuera, como flamas que, inmóviles, han quedado atadas a sus leños. Y sus pies patean la frente de los que cruzan sin mirarlos hacia las casas todavía no tocadas por la devastación.

-¡Ahú! ¡Ahú!

En el cielo se evidencia el resplandor de otros incendios. Y el aire calcinado trae el estruendo de otras hecatombes. Están ardiendo las ciudades, todas las ciudades. América entera ha escuchado la voz de un nuevo Yamandú⁽¹⁾.

-El hombre no es tan sociable como se le ha hecho creer. El lo que quiere es estar solo. El instinto de soledad es el que mueve al arte y al pensamiento y al amor.

¡Pero no! ¿Qué voces pueden repercutir a no ser las simplorantes? Porque las lenguas de los que realizan la masacre cayeron hace rato en el polvo. Y su muñón se mueve como en campana hendida el resto del badajo. Sólo ¡Abú! ¡Ahú!, para lo cual no se requiere lengua. ¡Ahú! ¡Ahú!, gutural.

¡Con qué acento sale ahora el grito de guerra de los indios!

(1) Yamandú planea una sublevación general de los indios de América del Sur.

-¡Ahú! ¡Ahú!

Las mujeres huyen con faldas de flamas, con cabe-
lleras de llamas. El gigante ha cogido al hombrecillo por
los pies. El cráneo estalla contra las piedras. Cae entre la
hornaza el cuerpo chisporroteante.

-¡Ahú! ¡Ahú!

Por las ventanas salen humo, llamas, cabezas con
brazos y se derrumban entre las chispas.

¡Sube la mancilla! ¡Esta vez se ha invertido la co-
rriente! Sube y salpica y empapa y anega. Sólo desciende
la sangre por la tierra caliente, que no la deja enfriar. Sólo
la sangre y algunos hombres con niños muy pequeños, intactas
las lenguas, en brazos. Descienden sangre y ellos hacia el
Bajo. Y el cielo se ennegrece y enrojece.

-¡Ahú! ¡Ahú!

Bajo los pies de las turbas ya está quieto el viejo
Mangunga. Destrozado, sin un gemido, ya. Sólo sangre por
sus labios inmóviles. Y la Biblia caída del bolsillo, desho-
jándose bajo las pisadas siempre hacia arriba, revolotean-
do el papelerío entre los calientes remolinos, incendiándo-
se de pronto, como mariposas en llamas. En los escombros
asoman los hierros al rojo de las máquinas inservibles ya
para siempre, retorcidas, esqueléticas.

¡Qué hermoso es sentir hundirse el hacha en las ca-
bezas! Sin ruido se parten y el cuerpo cae sin ruido.

-¡Ahú! ¡Ahú!

Tras una masa palpitante que se desploma, surge
Olga Los ojos verdes son de víbora De viborilla El ha-
cha se alza y baja hendiente Y, lanzando un gemido, Juan
Carlos emerge de su alucinación

Aún perduran un breve instante entre el café, las
furias desencadenadas Hasta que se disipan con las últi-
mas ruinas humeantes con el cuerpo de Olga que se ha
incorporado intacto y le mantiene, hasta esfumarse, sus
melancólicos ojos verdes

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Nadie tiene culpa de nada!
¡Todos somos igualmente desgraciados! ¡Los de arriba y
los de abajo! ¡Los que orientan y piensan para las ciudades
también son tristes y desalentados!

Cuando se recobra totalmente, saca el reloj ¡Oh!
todavía no pueden llegar sus amigos con las mujeres que
fueron a buscar para ir al rancho de la Picada La pesadilla
ha durado escasos minutos

Pide más caña Le parece haber vivido toda su vida
en ese breve tiempo

No viene nunca la caña ¡Ah!, ahora sí le trae el
mozo la caña No encuentra en el bolsillo el pañuelo Sí,
estaba allí, Se pasa el pañuelo por la frente

¿Quién lleva sus pasos hasta él?

Es la Nena De carne y hueso

-¡Pero Juan Carlos! ¡Yo no puedo ser más buena contigo! Te hago todos los gustos te he respetado siempre ¡y el día menos pensando me vas a matar!

× × ×

Descienden del auto Mientras el Flaco y Martín se dirigen a lo de Iracema a buscar dos muchachas. Pancho, alzando una guitarra que llevaba entre las piernas, entra a lo de Zulema, cuyas artes consiguieron sacar a Lulú de lo de Agueda

Al asomar la cabeza y verlo, la joven corre a su encuentro

Como todavía hay gente en la mancebía, Pancho se resigna a sentarse bajo el ombú del fondo, en una de cuyas ramas se balancea el gran farol rodeado de bichitos

Se quita el saco Hay calor de tormenta

La ramerita desaparece en uno de los cuartos Cuando regresa trae un vaso servido

-¡Ay esperate! Están unos empalagosos que no se van nunca Se están contando hace rato de cuando ellos eran chicos Si querés, andá tocando la guitarra

-¿Y tu marido no se aparecerá más tarde?

-¡No señor! Le dije que tenía compromiso desde las dos, y se fue muy tranquilo

Lulú vuelve a desaparecer Y en ese instante llegan los dos jóvenes acompañados sólo por Chichí, la linda pupila de Iracema Gladys no pudo venir porque la patrona la contrató con un forastero que no tardará en hacerse presente Llorando se quedó a lágrima viva

-Caña para todo el mundo -pide a gritos el Flaco, rodeando la delgada cintura de su accidental compañera

La Nena, que los ronceaba, trae la bebida

-¿Y esa guitarra? ¿Van a la Picada?

-Sí, estamos de asado

-¿Y Juan Carlos va?

-Quedó esperándonos en «La Cachimba»

-¿No dijo nada?

Martín se compadece

-¿Está más triste, si vieras!

Croar de sapos en las charcas próximas Negro el cielo, sin un estrella De cuando en cuando, se desliza entre las nubes algún rayo de luna Da la sensación de que es tibio y pegajoso

-Yo tengo miedo de ir al café porque a lo mejor, lo agarro de mala vuelta Anoche me pasé llorando ¿Y lo quiero, lo quiero porque es bueno! ¡ah, sólo yo sé Dios mío, lo bueno que es!

Una difusa luz rojiza estremece el cielo Y viborillas de fuego lo cruzan de arriba a abajo

-Mirá, el está deseando arreglarse. Vamos, te llevamos a La Cachimba. Nosotros seguimos, dejamos a éstas en La Picada, y volvemos a buscarlos.

-¡Ay, bueno!

Corre la Nena a su cuarto, se desviste y se pone el traje negro con botoncillos rojos en la pechera y los puñitos.

Cuando sale, ya los demás la esperan en el corredor. Menos Lulú que, muy nerviosa, está sacando permiso a la patrona, pues los de las reminiscencias infantiles no piensan en marcharse.

Apretándose, caben muy bien los seis. El auto parte hacia el Centro.

La puerta de lo de Iracema ya está cerrada.

-¡Pobre Gladys! ¡Se quedó llorando!

Frente a La Cachimba, el auto se detiene. Y desciende la Nena.

-Antes de media hora los venimos a buscar.

Se oye el guitarreo de Pancho. Va a cantar, seguro, porque se compone el pecho.

Desde la entrada la Nena mira a todos lados. Sí, él está allí, en la penumbra de un rincón.

Se adelanta.

-¡Pero, Juan Carlos! Yo no puedo ser más buena contigo.

Comienza a llorar Mas allí tan a lo oscuro nadie lo advierte

* * *

La Nena sonríe, ahora Da esa impresión triste del sol bajo la lluvia Juan Carlos, silencioso durante casi todo el tiempo, ha tendido su brazo, apoyando el codo sobre la mesa Le acaricia el cuello

Cuando el Flaco y Martín vuelven a buscarlos, ellos se incorporan sin ganas

El auto sale veloz A cada tumbo la Nena se abraza a su hombre, sobresaltada

En el cielo, como coléricos, cruzan los relámpagos. Hay olor a tierra húmeda en el aire

Al lado de la enramada, de la cual pende un gran farol amarillento, reluce el fuego donde el costillar se asa Beben hombres y mujeres Pancho bebe y sigue con su guitarra

Al llegar el coche, se hace un brusco silencio Juan Carlos desciende y da la mano a la Nena Esta se le cuelga del brazo

Entonces un coro horripilante, bronco, estriado de vocecillas agudas, se eleva en el espacio celebrando la reconciliación de los amantes.

Por condescendencia Juan Carlos se descubre Y agacha en seguida la cabeza haciendo esfuerzos por sonreír

La Nena clava los ojos con inquietud en los grandes vasos de caña

Hay mesas bajo la enramada Se traen dos bancos más del rancho Juan Carlos apura un gran trago

Próximo al grupo pasa el río Silencioso entre la noche A la derecha, asoma el puente con sus pilares enormes Junto a la enramada, un álamo altísimo Luego, el monte

El Flaco, que al llegar cambió su saco por el poncho del dueño de casa, se ha apoderado de Chichí La abraza envolviéndola en el poncho, y se pasea con ella, fuera de la enramada Inútiles las protestas de Martín, quien asegura que la mujer es suya Y de Pancho, porque le disminuye el auditorio Imperturbable, el Flaco sigue paseándose con la muchacha Avanza en dirección al río Regresa Pero entonces, simulando que anda por la ciudad, la empuja cortésmente y la cambia de costado sin descubrirla del poncho, cediéndole lado en imaginaria acera Ella intenta desprenderse Él la aprieta bajo el brazo Y con el otro hace ademán de saludar muy gentilmente a alguien

-¿Conocistes a ése?

-¿A quién? -pregunta asombrada a pesar de todo Chichí, hundiendo la mirada entre la noche

-A ése que pasó Es mi tío ¡Excelente persona, sin despreciar! .

Se interrumpe. A pocos pasos de la enramada ha visto un olvidado catre cubierto de blancos cojinitos. Y se pone serio

El cielo se estremece de rojo, se agrieta. Y allá lejos, lejísimos, del lado del Mal Abrigo, rezongan sordamente los truenos cual si alguien los tuviera encerrados en las grutas de las sierras, y ellos esperarían impacientes, revolviéndose, la señal de arrojarse sobre el mundo

Hubo un momento, al principio, en que para el ánimo de todos flotaba Margarita sobre las aguas. Pero, poco a poco, o descendió o subió, desapareció sin dejar rastro. Aunque Lulú permanece callada como nunca

-Vamos adentro, ¿quierés? -convida la Nena a Juan Carlos bastante ebrio ya, y como ausente

Entran los dos al rancho Inocencio, el patrón, enciende un farolillo y les lleva una mesa y vasos y sillas. En seguida quedan solos. Se miran en silencio

En el rincón iluminado hay un recado, cabezas de vaca para asiento cuando la gente es mucha, y una damajuana hasta la mitad de caña. Hay también una escopeta colgada de un clavo. La luz de los relámpagos deja ver, a veces, el resto de la habitación. Dos catres de cuero, una palangana sobre un cajón, un par de alpargatas y otro de botas ensebadas. En una de las paredes se hallan clavados

dos grandes cuchillos. Allí cuelga también, una cola de vaca con una peimilla entre las cerdas.

La Nena y Juan Carlos están acodados en la mesa, mirada con mirada. Sus sombras se proyectan, parte sobre la tabla, parte sobre el piso de tierra. Y la luz recórtalas en pálido.

Él bebe caña. Deja posados flojamente los ojos en la mujer. Como quien mira a un perro querido, de ser hundido e irrevolvable. Nunca podrá fundirse con ella totalmente, confundirse. Sólo llega hasta el estrechamiento de la carne. Allí lo detiene su muro tibio. Lo otro debe permanecer sumergido en las lindes oscuras de la animalidad. Al clamor de sus ansias, en ella sólo responde siempre, como si fuese el eco de algo que permanece muy lejos, esa mirada húmeda y mansa. Las palabras de ella nada consiguen traer del interior brumoso. Las de Juan Carlos, que podrían despertar eso, apenas si tiemblan un momento en la conciencia de la joven como gotas de agua en una superficie ardiente. Para deslizarse en seguida hacia la nada.

Comienza a acariciarla. La Nena aproxima su asiento. Y le deja caer la cabeza sobre el pecho. Él le pasa el brazo por los hombros. Su mano roza las pestañas, alisa las cejas, desciende hasta los labios, torna a la frente, juega con los dedos sobre la mejilla. Es un animal, un inocente y triste animal, lo que tiene a su lado. Una bestia santa. Ese mirar tan suyo, que ahora no ve por la posición del rostro.

lo transporta a su niñez recóndita. Recuerda el corral de las lecheras lentas. Con aquellos balidos, con aquellos ojos en el atardecer también despaciosos. A veces la luna llevaba su palidez a la escena. Y alguna estrella, que hacía más alto el cielo.

Afuera, en la enramada, resuenan carcajadas.

El Flaco, a viva fuerza, había obligado a Chichí a tenderse con él en el catre en descampado y humedecido.

-¡Apague la luz! -ordena con imperio- ¡Dese vuelta para la pared!

Martín los ha visto. Se echa al suelo y se arrastra sigiloso hacia la pareja. Pancho canta a voz en cuello, adrede. Parece que las cuerdas de la guitarra van a estallar, tan rudamente las pulsa. Cuando Martín consigue situarse sin ser visto bajo el catre, escucha asombrado el cuchichero.

-Mañana voy a hacer arreglar el techo -dice el Flaco con la mayor naturalidad- Por lo que he oído, parece que este año tendremos un invierno llovedor.

Bajo el catre Martín apoya las espaldas y empuja, de golpe. Con un grito de espanto, Chichí rueda por el suelo. El Flaco persigue al importuno, pero lo pierde entre el monte.

Afuera, en la enramada, resuenan carcajadas. Por las mejillas de la Nena ha comenzado a rodar el llanto.

Él vuelve a rodearle el cuello Le parece bien que la
Nena lllore así mansamente Que lllore así por ella, por él
por la vida sin sentido

* * *

El cielo apretado en gris sucio, deja escurrir la claridad del amanecer Y sobre ésta se deslizan, a veces relámpagos Los truenos no se escuchan Doorman, de seguro en las grutas serranas del Mal Abrigo

Bajo la enramada, sobre dos mesas que fueron juntadas han quedado los restos del asado. Y vasos manchados de grasa. Ahora unos siguen con vino otros han vuelto a la caña

Pancho, de nuevo con la guitarra, la vista en las ramas que hacen techo, canta

Cruzando entre los pensamientos que el alcohol ha ido provocando, el tango deja a todos meditabundos Hasta que, poco a poco, con otras canciones, se recuperan

Cuando la Nena y su amante suben al bote, sienten risas El Flaco, en cuatro pies, ladra y se abalanza furioso sobre el guitarrero con riesgo de romperle el instrumento

- ¡Señora, espante su perro!

- ¡Ah, bandido! -hace que se desespera la linda Chichí- ¡Si a vos no se te puede dejar sin cadena!

Juan Carlos embargada la mente por la caña, desamarra y hunde los remos

-¡Qué extraño todo esto, Nena! Estos idiotas las risas el tango, el fuego en la noche Y yo entre todo ¡Ah, Nena! ¡Que triste simulacro de hombre he llegado a ser!

Desde los árboles próximos se oye cantar de pájaros Cruzan éstos entre el ramaje Oscuros. Como pedradas arrojadas por manos invisibles. El monte despierta Se llena de rumores. de débiles crujidos Silenciosa, el agua mece mataojos, laureles, barrancas, foscas nubes Se han juntado sobre el río lo de arriba y lo de abajo Se estremecen Se estremecen oyendo de nuevo el bronco bramido que viene de lejos de allá, del Mal Abrigo

Él rema pausado y con fuerza Se desliza el bote, veloz La Nena mira las orillas fugitivas ¡Está tan contenta ahora! ¡Y, como nunca, locuaz! ¡Juan Carlos ha sido esta noche tan afectuoso! Tiene las cejas contraídas como cuando se enoja, pero está bueno La Nena se siente hondamente querida Percibe que llega hacia ella el amor de Juan Carlos como algo material, como una emanación envolvente y defensora

-¿Quién es el dueño de todo esto? -pregunta

-Nadie

-¿Cómo nadie?

-Sí, nadie -afirma él, aunque ya han pasado las estrechas tierras fiscales

-¡Qué fenómeno!

Parpadea asombrada.

-¿Entonces -continúa- todo el mundo puede venir aquí y andar por todos lados y quedarse aquí si quiere y nadie lo echa?

-¡Claro!

-¡!

Sube los remos y deja que el bote sea llevado por la corriente

-Habrá una época en que toda la tierra no tendrá dueños -sostiene con voz sorda- Y por eso ella será para siempre de todos los seres

-¡Pero eso no puede ser! ¿Estás loco, muchacho?

-¡Sí sí! Nosotros no veremos eso, pero llegará

-¡Pero y los montes y las estancias y todo?

-¡Todo! ¡Toda la tierra te digo! -repone enfureciéndose al pensar que él es también propietario de grandes tierras- ¿No lo oyes?

Y vuelve a decir a gritos

-¡La tierra toda!

Todaaa, repite el eco desde el monte

La Nena se sobrecoge. Le parece que el eco es la voz de un ser lleno de misterio y de poder a quien ha exasperado su obstinación

Él comienza a remar otra vez. El bote vuela sobre el río

~ ~ *

Giran para regresar al rancho

Al principio, las palabras de Juan Carlos habían embarullado la mente de la Nena. Miraba lo tantas veces visto como si fuera por primera vez. Los árboles, las barrancas, los lindos lugares, cobraban otro aspecto para sus ojos. Parecíanle todavía mucho más acogedores, más bellos, más buenos. Es que no eran de un dueño. Es que eran de todos. De ella, de Juan Carlos, de Pancho, de... Pero al pensar en lo otro, en lo del mundo, sentía como si su pensamiento chocara contra una barrera. Eso no lo admitía por más que se esforzaba.

Ahora no piensa en nada. Siente, no más, la posesión una inmensa dicha que la enternece.

El aire puro ha refrescado a Juan Carlos. De regreso de un remoto ensueño por regiones de fe, apaciguado, sonriente, rompe el silencio.

-Hoy te asustó el eco ¿eh?

-¡Me dio un miedo!

-¡Tonta!

Sigue remando. Ríe.

De pronto, pronunciando rápida y marcadamente las sílabas, grita:

-¡Nena!

Nenaaa... se oye desde el monte.

A ella le hace gracia.

-¡Nena!

Nenaaa .

Entonces ella se incorpora en su asiento y grita,
también

-¡Juan Carlos!

El eco reproduce algo sordo, confuso

-¡Ja, ja! ¡El eco está enojado contigo! ¡No te con-
testa!

La Nena se estremece. Aquello se le antoja de mal
agüero

El bote avanza rozando pendientes ramas de sauces
y de sarandíes, apartando camalotes que ya perdieron su
linda flor azul

-¡Nena!

Nenaaa .

Como de vidrio brilla el río, ahora. Pero no daña
los ojos. Entre las ramazones ha crecido el coro de los pá-
jaros. Aunque hoy se quedarán sin el sol, no es nada. Hay
que cantar. No se le ve, pero él los escucha. Allá, arriba de
las nubes foscas

Salta a tierra y amarra el bote

La Nena se apoya en la mano que él le tiende y sal-
ta, también

-¡Apúrense! ¡Se viene el agua! ¡No venían nunca!

Empiezan a caer las primeras gotas

* * *

-Robar, Carlín. es. como ser Usté, como ser. saca plata, algún relós algo que al dueño le haga falta. pero en unas majadas viejas bárbaras carnear una oveja, a eso no se le puede llamar robo ¿usté no haya?

-¡Ah y seguro, tío Gamarra! Bueno, como le iba contando .

-¡Ladrón de algo viene ser .

-¡Gueno! -dice el otro, decidido a desviar la conversación del tema doloroso-, esa noche me despedí del buen boyero, todavía mi acuerdo que me regaló cinco riales, y empecé a meter talón derecho al pueblo En un red repente me quedé como estaca, tío Gamarra, en la oscuridá. Sentí clarito que de allá, del Mal Abrigo, me estaban diciendo: «¡Pobre de vos si te le aparecés de noche a un perro!» «¡Tu figura es capaz de hacer persinar al mismísimo Mandinga!» La voz d'ella ¿se acuerda, tío? Tuve miedo de que al llamar en algún rancho se asustaran de mí y me acostaran de un palo Me acomodé en un zanjón. Y esperé las barras del día De ahí fue que llegué a lo'e las lavanderas Las como madres conmigo, después

-¡Sí la pobre, n el fondo era guena! Lo que tenía era el geño.

-¡Sí, tenía un geñazo bárbaro!. Mozo, traiga otra vuelutita, que ésta la pago yo

-Gueno si viera después que Dios se acordó d'ella
yo siempre tropiando no más, n'el Norte Y en ocasiones
decía «Tengo que abajar al Sur a ver si n'una me topo
con mi sobrino » ¡Y yo que casi no dentro aquí! Me par en
la dentrada y ya iba a pegar la guelta Y n' un redepente
veo y. ¡Pero mire lo que son las cosas del mundo!

A los dos se les abren amplias sonrisas Beben las
copas recién servidas

-Conque ya sabe, amigo Carlín yo le doy mi recaó
que usted estará muy blandito 'e carnes Y yo marchó n' el
de tiro Saliendo aurita, p' al medio día estamos en l' Azotea
'e los Barcelones

-¡Si, yo me voy con usted, no más! ¡Yo aquí ya nadita
tengo que hacer, tío Gamarra! ¡Sin él. yo aquí !

-¡Gueno, no llore!

-¡Yo, lo que es a usted, lo sigo hasta el fin del mundo,
mi tío!

-¡Gueno, no llore! ¡Pucha que vamos a estar lindo
los dos! ¡Mire que yo lo extrañaba! Siempre decía «¡Ande
andaré!.. ¡Ande andaré! ..» ¿Cuánto es el consumo, señor?

Pagan al mozo Se incorporan

Ya en la calle, dos recónditas campanadas los en-
vuelven y siguen hacia los campos, llevándoles el alma

La noche es clara y fría.

Van atravesando el pueblo dormido, entre el ruido
de las grandes nazarenas del alto, enjuto anciano

Cuando las casas empiezan a ralear, ellos doblan a la derecha

Una mujer ya está a punto de desembocar en el callejón que han tomado ahora

Va sola ¡A estas horas!

-¡Pero paresé, tío Gamarra! -exclama Carlín cogiéndolo de un brazo - ¡Sí, sí, tío Gamarra, ésa es la Nena! ¡Esa es la que era la mujer d'el

Se ocultan tras un árbol

-¿Ande irá sola, a estas horas? ¡Vamos a seguirla, tío Gamarra! ¿No se irá a tirar al río, como una pobrecita que yo sé?

Le brotó un sollozo Pero se dominó.

La luna esplende otra vez en el cielo Bajo su cendal el mundo se ha quedado como un niño dormido. Y todo lo que antes estaba oscuro ha arrojado su sombra sobre el suelo y se deja vestir en luz plateada

-¡Sáquese las espuelas, mi tío! -cuchichea Carlín-. Así no nos descubre el ruido

Turban la paz ladridos La mujer se interna en un camino de ranchos a los costados

-¡No, para el río no va! Está agarrando para . ¿Estará agarrando a estas horas para lo del viejo Mangunga? . Si es que vive en el mismo lao que antes. Porque yo, desde que nos dispersamos todos. . Desde que todo se jue barrenca abajo Desde que no lo tuvimos más a él

Entre el yuyal se ha perdido la Nena Aparece en
seguida junto a la puerta

Luego, la luz se evidencia ya sólo por las rendijas

-Tío Gamarra ¿a esto usted qué le calcula?

-Tendra plata, el viejo, y ella vendr'acostarse con
él . ¿No habías dicho qu'era mujer de la vida?

-¡No, a acostarse, no! ¡No tío Gamarra! ¡Él es un
santón!

-Entonces vendrá a consultarlo Gueno, vamos a
dir a ensillar, que si no

-Pero tío Gamarra Sigamé, sigamé un poquitito

Callan porque ya están muy próximos

El jorobadito un poco alizados los brazos, Juan
Gamarra con una nazarena en cada mano, posando ambos
muy cuidadosos los pies en el suelo antes de apoyar el cuer-
po, van rodeando el rancho

-Quédese usted aquí tío Gamarra Yo me voy a acer-
car a la ventanita

De ventana hay dos tablas interceptando un hueco
en la pared de cebato

Una voz cascada y animosa les llega

-Alégrate, oh estéril, la que no paría, levanta can-
ción, y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto
porque más serán los hijos de la dejada que los de la casa-
da dijo Jehová

Ensancha el sitio de tu cabaña, y las cortinas de tus tiendas sean extendidas, no seas escasa, alarga tus cuerdas y fortifica tus estacas.

Porque a la mano derecha y a la mano izquierda has de crecer, y tu simiente heredará naciones y habitará las ciudades solitarias

No temas, que no serás avergonzada, y no te averguences, que no serás afrentada antes, te olvidarás de la vejez de tu mocedad, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria

El jorobadito saca un brazo del ovillo en que está convertido y hace señas a Juan Gamarra de que se aproxime Al mismo tiempo, arrima la cara a una rendija

Sentado en el camastro, la vela en una mano, en la otra un libro, lee Mangunga, transfigurado Frente a él sentada en un cajón, la Nena

-Porque como a mujer dejada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a mujer moza que es repudiada dijo el Dios tuyo.

Por un pequeño momento te dejé, mas te recogeré con grandes misericordias.

-¡No, no! -clama la joven, rompiendo a llorar - ¡Yo estoy perdida! ¡Yo estoy perdida!

-¡Bobita! ¡Escuche lo que viene ahora! ¡Sin llorar!
¡Sin llorar!

Y la voz conmovida, poco a poco recobrándose, vuelve a tomar el hilo:

-Porque esto me será como las aguas de Noé, que juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra, así he jurado que no me enojare contra ti ni te reñiré

Porque los montes se moverán y los collados temblarán, mas no se apartará de ti mi misericordia ni el concierto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti

Sin enjugarse el llanto que mana ahora callado, la Nena mira brotar las palabras de la boca desguarnecida. Y a la boca miran también los que están tras la ventana, suspensos

-Pobrecita, fatigada con tempestad sin consuelo - sigue oyéndose-, he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo y sobre zafiros te fundaré

Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y todo tu término de piedras de codicia

Pegada la boca al oído de Juan Gamarra, el jorobadito no puede menos que cuchichear, como desahogo

-, Mirelál tío, qué linda que está ella! , Y qué cosas tan lindas le están diciendo!

Juan Gamarra no se mueve. Sólo oye el palpitir de su corazón y la voz del otro anciano

-Con justicia serás adornada, estarás lejos de opresión,
porque no la temerás; y de temor, porque no se acercará a ti

Si alguno conspirare contra ti, será sin mí el que
contra ti conspire delante de ti caerá

He aquí que yo crié al herrero que sopla las ascuas
en el fuego y que saca la herramienta para su obra, y yo he
criado al destructor para destruir

-¡Mirelá! ¡Mirela que linda!

El viejo ha dejado el libro sobre la cama y, sobre el
libro el candelero Incorporándose, se acerca a la Nena

-¡Pobrecita! -dice acariciando los cabellos que se
derrama hasta los hombros- Estas palabras son mejores
que las de anoche y que las de antenoche, todavía, ¿eh?
¡No llore! ¡Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consue-
lo, he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo y
sobre zafiros te fundaré! Con justicia serás adornada, esta-
rás lejos de opresión, porque no la temerás, y de temor,
porque no se acercará a ti

* * *

Desde la alta torre se arrojan cuatro campanadas
hacia los campos

-Es mansito yo te subo Los estribos están muy lar-
gos Vamos a acortarlos. ¡Gueno, no llore! Afloje el pie

-¡No, deje, deje no más, tío Gamarra! ¡Déjeme no más a mí!

ÍNDICE

Ensayos

Alberto Zum Felde ..	IX
Santiago Dossetti	XIX
Arturo Sergio Visca	XXIX
Eneida Sansone ...	LXI

Tres Preguntas de Arturo Sergio Visca a Francisco Espínola y sus respuestas	LXXV
Carta de Francisco Espínola a Carlos Vaz Ferreira	LXXXVII
Última Entrevista por Antonio Mercader	XCIII

Francisco Espínola	CV
Criterio de Edición	CXXI

Sombras sobre la tierra

Sombras sobre la tierra	5
Índice	457

VOLÚMENES PUBLICADOS

- 1 - Carlos María Ramírez ARTIGAS
- 2 - Carlos Vaz Ferreira FERMENTARIO
- 3 - Carlos Reyles EL TERRUÑO Y PRIMITIVO
- 4 - Eduardo Acevedo Díaz ISMAEL
- 5 - Carlos Vaz Ferreira SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES
- 6 - Carlos Vaz Ferreira SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA
- 7 - José María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY (TOMO I)
- 8 - José María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY (TOMO II)
- 9 - Francisco Bauza ESTUDIOS LITERARIOS
- 10 - Sansón Carrasco ARTICULOS
- 11 - Francisco Bauzá ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
- 12 - José P. Massera ESTUDIOS FILOSÓFICOS
- 13 - El Viejo Pancho PAJA BRAVA
- 14 - José Pedro Bellán DONA RAMONA
- 15 - Eduardo Acevedo Díaz SOLEDAD Y EL COMBATE DE LA TABARA
- 16 - Alvaro Armando Vasseur TODOS LOS CANTOS
- 17 - Manuel Bernárdez NARRACIONES
- 18 - Juan Zorrilla de San Martín TABARE
- 19 - Javier de Viana GAUCHA
- 20 - María Eugenia Vaz Ferreira LA ISLA DE LOS CANTICOS
- 21 - José Enrique Rodó MOTIVOS DE PROTEO (TOMO I)
- 22 - José Enrique Rodó MOTIVOS DE PROTEO (TOMO II)
- 23 - Isidoro de María MONTEVIDEO ANTIGUO (TOMO I)
- 24 - Isidoro de María MONTEVIDEO ANTIGUO (TOMO II)
- 25 - Daniel Granada VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO (TOMO I)
- 26 - Daniel Granada VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO (TOMO II)
- 27 - Francisco Xavier de Viana DIARIO DE VIAJE (TOMO I)
- 28 - Francisco Xavier de Viana DIARIO DE VIAJE (TOMO II)
- 29 - León de Palleja DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY (TOMO I)
- 30 - León de Palleja DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY (TOMO II)
- 31 - Pedro Figari ARTE, ESTÉTICA, IDEAL (TOMO I)
- 32 - Pedro Figari ARTE, ESTÉTICA, IDEAL (TOMO II)

- 33 - Pedro Figari ARTE ESTÉTICA, IDEAL (TOMO III)
- 34 - Santiago Maciel NATIVOS
- 35 - Alejandro Magariños Cervantes ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA (TOMO I)
- 36 - Alejandro Magariños Cervantes ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA (TOMO II)
- 37 - Juan Zorrilla de San Martín LA EPOPEYA DE ARTIGAS (TOMO I)
- 38 - Juan Zorrilla de San Martín LA EPOPEYA DE ARTIGAS (TOMO II)
- 39 - Juan Zorrilla de San Martín LA EPOPEYA DE ARTIGAS (TOMO III)
- 40 - Juan Zorrilla de San Martín LA EPOPEYA DE ARTIGAS (TOMO IV)
- 41 - Juan Zorrilla de San Martín LA EPOPEYA DE ARTIGAS (TOMO V)
- 42 - Juana de Ibarbourou LAS LENGUAS DE DIAMANTE
- 43 - Eduardo Diez Teseo - LOS PROBLEMAS DEL ARTE
- 44 - José Enrique Rodó ARIEL Y LIBERALISMO Y JACOBINISMO
- 45 - Mateo Magariños Solsona PASAR
- 46 - Héctor Miranda LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII (TOMO I)
- 47 - Héctor Miranda LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII (TOMO II)
- 48 - Martín C. Martínez ANTE LA NUEVA CONSTITUCIÓN
- 49 - José P. Varela Obras Pedagógicas LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO (TOMO I)
- 50 - José P. Varela OBRAS PEDAGÓGICAS LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO (TOMO II)
- 51 - José P. Varela OBRAS PEDAGÓGICAS LA LEGISLACIÓN ESCOLAR (TOMO I)
- 52 - José P. Varela OBRAS PEDAGÓGICAS LA LEGISLACIÓN ESCOLAR (TOMO II)
- 53 - Eduardo Acevedo Díaz NATIVA
- 54 - Eduardo Acevedo Díaz GRITO DE GLORIA
- 55 - Carlos Roxlo SELECCIÓN DE POESÍAS
- 56 - Antonio D. Lussich LOS TRES GAUCHOS ORIENTALES
- 57 - Elías Regules VERSOS CRIOLLOS
- 58 - Osvaldo Crispo Acosta MOTIVOS DE CRÍTICA (TOMO I)
- 59 - Osvaldo Crispo Acosta MOTIVOS DE CRÍTICA (TOMO II)
- 60 - Osvaldo Crispo Acosta MOTIVOS DE CRÍTICA (TOMO III)
- 61 - Osvaldo Crispo Acosta MOTIVOS DE CRÍTICA (TOMO IV)
- 62 - Carlos Reyles BEBA
- 63 - Eduardo Acevedo Díaz LANZA Y SABLE
- 64 - Juan Zorrilla de San Martín CONFERENCIAS Y DISCURSOS (TOMO I)
- 65 - Juan Zorrilla de San Martín CONFERENCIAS Y DISCURSOS (TOMO II)

- 66 - Juan Zorrilla de San Maratín CONFERENCIAS Y DISCURSOS (TOMO III)
- 67 - Jose P Varela - Carlos María Ramirez EL Destino Nacional y la Universidad - Polémica (Tomo I)
- 68 - José P Varela - Carlos María Ramírez EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD - POLEMICA (TOMO II)
- 69 - Delmira Agustini ANTOLOGIA
- 70 - Javier de Viana SELECCIÓN DE CUENTOS (TOMO I)
- 71 - Javier de Viana SELECCION DE CUENTOS (TOMO II)
- 72 - Juan Manuel de la Sota HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY (TOMO I)
- 73 - Juan Manuel de la Sota HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY (TOMO II)
- 74 - Benjamín Fernández y Median CUENTOS
- 75 - Joaquín Torres García LA RECUPERACION DEL OBJETO (TOMO I)
- 76 - Joaquín Torres García LA RECUPERACION DEL OBJETO (TOMO II)
- 77 - Agustín de Vedia LA DEPORTACION A LA HABANA
- 78 - Martín C. Maratínez ESCRITOS SOCIOLOGICOS (1881-1885)
- 79 - José E. Rodó EL MIRADOR DE PROSPERO (TOMO I)
- 80 - José E. Rodó EL MIRADOR DE PROSPERO (TOMO II)
- 81 - Pedro Figari EDUCACIÓN Y ARTE
- 82 - Francisco Acuña de Figueroa ANTOLOGIA
- 83 - Romildo Russo POESIAS
- 84 - Carlos Reyles ENSAYOS (TOMO I)
- 85 - Carlos Reyles ENSAYOS (TOMO II)
- 86 - Carlos Reyles ENSAYOS (TOMO III)
- 87 - Ernesto Herrera TEATRO COMPLETO (TOMO I)
- 88 - Ernesto Herrera TEATRO COMPLETO (TOMO II)
- 89 - Víctor Pérez Petit LOS MODERNISTAS (TOMO I)
- 90 - Víctor Pérez Petit LOS MODERNISTAS (TOMO II)
- 91 - Luis Melián Lafinur LAS MUJERES DE SHAKESPEARE
- 92 - Damaso Larrañaga SELECCIÓN DE ESCRITOS
- 93 - Prudencio Vázquez y Vega ESCRITOS FILOSÓFICOS
- 94 - Carlos Reyles LA RAZA DE CAÍN
- 95 - Francisco Bauzá HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO I - PRIMERA PARTE)
- 95 - Francisco Bauzá HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN LA URUGUAY (TOMO I - SEGUNDA PARTE)
- 96 - Francisco Bauzá HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO II)

- 97 - Francisco Bauza HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO III)
- 98 - Francisco Bauzá HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO IV)
- 99 - Francisco Bauza HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO V)
- 100 - Francisco Bauza HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (TOMO VI)
- 101 - Horacio Quiroga SELECCIÓN DE CUENTOS (TOMO I)
- 102 - Horacio Quiroga SELECCIÓN DE CUENTOS (TOMO II)
- 103 - Carlos María Ramírez CONFERENCIAS DE DEPLUCHO CONSTITUCIONAL
- 104 - Fernan Silva Valdes ANTOLOGIA
- 105 - Yamandú Rodríguez SELECCION DE CUENTOS (TOMO I)
- 106 - Yamandú Rodríguez SELECCION DE CUENTOS (TOMO II)
- 107 - Justino Zabala Muniz CRONICA DE UN CRIMEN
- 108 - Ramon Piriz Coelho ANECDOTARIO DEL URUGUAYO SANTIAGO MARCOS
- 109 - Otto Miguel Cione LAURACHA
- 110 - Manuel Herrera y Obes - BERNARDO PRUDENCIO BERRO EL CAUDILISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA - POEMICA
- 111 - Bernardo Prudencio Berro ESCRITOS SELECTOS
- 112 - Lorenzo Barbagelata ESTUDIOS HISTORICOS
- 113 - Julio Herrera y Reissig OBRAS POETICAS
- 114 - Gregorio Pérez Gomar CONFERENCIAS SOBRE EL DEPLUCHO NATIPAL COMO INTRODUCCIÓN AL CURSO DE DERECHO DE GENTES
- 115 - Gregorio Pérez Gomar CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES (TOMO I)
- 116 - Gregorio Pérez Gomar CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES (TOMO II)
- 117 - Francisco Espínola RAZA CIEGA Y OTROS CUENTOS
- 118 - Juan Andrés Ramírez DOS ENSAYOS CONSTITUCIONALES
- 119 - Rafael Barrett CARTAS INTIMAS CON NOTAS DE SU VIUDA FRANCISCA LOPEZ MAIZ DE BARRETT
- 120 - Andres Héctor Lerena Acevedo PRADERAS SOÑADAS Y OTROS POEMAS
- 121 - Florencio Sánchez TEATRO (TOMO I)
- 122 - Florencio Sánchez TEATRO (TOMO II)
- 123 - Juana de Ibarbourou ANTOLOGIA
- 124 - Gustavo Gallinal CRITICA Y ARTE - TIERRA ESPAÑOLA

- 125 - Gustavo Gallinal LETRAS URUGUAYAS
- 126 - Horacio Quiroga HISTORIA DE UN AMOR TURBIO
- 127 - Pedro Leandro Ipuche SELECCION DE PROSAS (TOMO I)
- 128 - Pedro Leandro Ipuche SELECCION DE PROSAS (TOMO II)
- 129 - Cesar Díaz MEMORIAS
- 130 - José M. Pérez Castellano CRONICAS HISTORICAS
- 131 - José M. Pérez Castellano OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA (TOMO I)
- 132 - José M. Pérez Castellano, OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA (TOMO II)
- 133 - Roberto Sienra PARAFRASIS
- 134 - Emilio Oribe POETICA Y PLASTICA (TOMO I)
- 135 - Emilio Oribe POÉTICA Y PLÁSTICA (TOMO II)
- 136 - José G. Antuña UN PANORAMA DEL ESPÍRITU 'EL 'ARIEL' DE RODO (TOMO I)
- 137 - José G. Antuña UN PANORAMA DEL ESPÍRITU 'EL 'ARIEL' DE RODO (TOMO II)
- 138 - Adolfo Montiel Ballesteros SELECCION DE CUENTOS
- 139 - ANTOLOGIA DE LOS POETAS MODERNISTAS MENORES
- 140 - Francisco Bauzá ESTUDIOS SOCIALES Y ECONOMICOS (TOMO I)
- 141 - Francisco Bauzá ESTUDIOS SOCIALES Y ECONOMICOS (TOMO II)
- 142 - Francisco Soca SELECCION DE DISCURSOS (TOMO I)
- 143 - Francisco Soca SELECCIÓN DE DISCURSUS (TOMO II)
- 144 - Francisco Soca SELECCIÓN DE DISCURSUS (TOMO III)
- 145 - Francisco Bauzá José Pedro Ramírez Agustín de Vedia, José Espalter Gustavo Gallinal, Juan Zorrilla de San Martín, Felipe Ferreiro LA INDEPENDENCIA NACIONAL (TOMO I)
- 146 - Pablo Blanco Acevedo LA INDEPENDENCIA NACIONAL (TOMO II)
- 147 - Carlos Ferres EPOCA COLONIAL LA COMPAÑIA DE JESUS DE EN MONTEVIDEO
- 148 - Mariano B. Berro LA AGRICULTURA COLONIAL
- 149 - Pablo Blanco Acevedo EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD (TOMO I)
- 150 - Pablo Blanco Acevedo EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD (TOMO II)
- 151 - Luis Arcos Ferrand LA CRUZADA DE LOS TREINTA Y TRES
- 152 - Carlos María Ramírez PAGINAS DE HISTORIA
- 153 - Valentín García Sáiz EL NARRADOR GAUCHO SELECCIÓN DE CUENTOS
- 154 - Juan Zorrilla de San Martín ENSAYOS EL SERMON DE LA PAZ (TOMO I)

- 155 - Juan Zorrilla de San Martín ENSAYOS EL LIBRO DE RUTH
(TOMO II)
- 156 - Juan Zorrilla de San Martín ENSAYOS HUERTO CERRADO
(TOMO III)
- 157 - Francisco Acuña de Figueroa DIARIO HISTORICO DEL SITIO DE
MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14 (TOMO I)
- 158 - Francisco Acuña de Figueroa DIARIO HISTORICO DEL SITIO DE
MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14 (TOMO II)
- 159 - Luciano Lira EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POETICA DE LA
REPUBLICA URUGUAYA (TOMO II)
- 160 - Luciano Lira EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POETICA DE LA
REPUBLICA URUGUAYA (TOMO II)
- 161 - Luciano Lira EL PARNASO ORIENTAL O GUIRNALDA POETICA DE LA
REPUBLICA URUGUAYA (TOMO III)
- 162 - Mario Falcón Espalter ENTRE DOS SIGLOS
- 163 - Juan Antonio Rebella PURIFICACION SERIE DEL PROTECTORADO DE
'LOS PUEBLOS LIBRES' (1815 -1818)
- 164 - Juan Zorrilla de San Martín LA LEYENDA PATRIA
- 165 - Carlos Sabat Erccasty ANTOLOGIA (TOMO I)
- 166 - Carlos Sabat Erccasty ANTOLOGIA (TOMO II)
- 167 - Serafin J. Garcia TACURUSES
- 168 - Serafin J. Garcia ANTOLOGIA (TOMO I)
- 169 - Serafin J. Garcia ANTOLOGIA (TOMO II)
- 170 - Bartolome Hidalgo OBRA COMPLETA
- 171 - Juan E. Pivel Devoto DE LA LEYENDA NEGRA AL CULTO
ARTIGUISTA
- 172 - Enrique Amorim LA CARRETA
- 173 - Milton Stelardo CUENTOS SELECCIONADOS
- 174 - María de Montserrat EL PAIS SECRETO
- 175 - Francisco Espínola SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

FE DE ERRATAS

Página LXXXV, línea 7 donde dice "1989" debe decir "1962"

Página CIX, línea 8 agregar "«Francisco Espinola Reflexiones sobre su obra» (Fundación de Cultura Universitaria Montevideo, 1968, reeditado en «Francisco Espinola después del silencio» Editorial Arca Montevideo 1987)"

Página CIX, línea 22 agregar "«Carlitos no conozco a Paco, ¿qué lastima!» (Conferencia de Francisco Espinola dictada en el Teatro Solís sobre Carlos Gardel publicada en el Diario «La Hora», Montevideo, 25-VI-1989)

Página CXI, línea 14 donde dice "Alcides Abella Prólogo a Cuentos de F G" debe decir "Alcides Abella Prólogo a «Cuentos» de Francisco Espinola"

Página CXI línea 20 donde dice "«La Semana» Semanario" debe decir "«La Semana» Suplemento semanal del Diario «El Día»"

Página CXI línea 21 donde dice "Arbistur" debe decir "Albistur"

Página CXI línea 25 donde dice "Francisco Espino" debe decir "Francisco Espinola"

Página CXII, línea 8 donde dice "P-VII, 1983" debe decir "8-VII 1983"

Página CXII línea 13 donde dice "Editorial Alfa 1963" debe decir "1ª edición Editorial Alfa 1963, 2ª edición ampliada, Editorial Alfa 1969, 3ª edición en fascículos del Diario «La República», Montevideo, 1991"

Páginas CXII línea 26 y CXIII línea 1 donde dice "(Editorial Claridad Buenos Aires 1940)" debe decir "(Impreso en los Talleres gráficos «Letras» Montevideo Uruguay para la Editorial Claridad S.A. Rioplatense—incluido en la «Biblioteca de Escritores Uruguayos — Buenos Aires Argentina, 1940)"

Página CXV, línea 1 donde dice "Marcha" debe decir "Brecha"

Página CXVII líneas 12 y 13 donde dice "Jorge Ruffinelli" «Palabras en orden» debe decir "Jorge Ruffinelli" «Una imagen piadosa y verdadera de los hombres» en «Palabras en orden»

Página CXVIII líneas 21 22 23 y 24 donde dice "Alberto Zum Felde «Proceso Intelectual del Uruguay»" hasta "Prologo de «Sombras sobre la tierra»" debe decir "Alberto Zum Felde «Proceso Intelectual del Uruguay» (2ª edición, Editorial Claridad Montevideo 1941 3ª edición en 3 volúmenes Ediciones del Nuevo Mundo Montevideo 1967, 4ª edición en 2 volúmenes impresa por Monteverde & Cia para Editorial Librosur Montevideo 1985 5ª edición en 3 volúmenes Ediciones del Nuevo Mundo Montevideo 1987) Alberto Zum Felde Prologo a «Sombras sobre la tierra» (3ª edición, Centro de Estudiantes de Derecho (concesionario del Servicio de Librería de la Universidad) impresa en la Imprenta Nacional Montevideo Uruguay, noviembre de 1966)

LA COMISION NACIONAL EDITORA
DE LA
"BIBLIOTECA ARTIGAS"
"COLECCION DE CLÁSICOS URUGUAYOS"
AGRADECE A LA SRA
ANA RAQUEL BARUCH DE ESPINOLA
Y A LA SRA
MARIA MERCEDES ESPÍNOLA DE BARUCH
QUE CON SU GENEROSIDAD
HAN HECHO POSIBLE LA PRESENTE EDICION

ESTE CENTIMO SEPTUAGÉSIMO QUINTO VOLUMEN
DE LA
«BIBLIOTECA ARTIGAS»
«COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS»
SE TERMINO DE IMPRIMIR EL
4 DE OCTUBRE DEL 2001
CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE FRANCISCO ESPINOLA
EN LA IMPRENTA MASTERGRAF SRL
GRAL. PAGOLA 1727 - Tel. 203 47 60
MONTEVIDEO

Tiraje 300 ejemplares

DEPOSITO LEGAL N° 323 415/01
Edición amparada por Decreto 218/996
I S B N 9974-36-076-5

Distribuye
ARCHIVO GENERAL DE LA NACION
CENTRO DE DIFUSIÓN DEL LIBRO
25 de Mayo 520
Montevideo
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
E-mail: agn1474@adinet.com.uy